

VERSATIL
romántica

Sarah MacLean
UN CANALLA
QUE NO LO ERA
Escándalos & Canallas 1

· 1. El patinazo social de Sophie ·

Londres, Junio, 1833

Si la condesa de Liverpool no hubiera sido una ferviente admiradora de las criaturas acuáticas, quizá todo habría sido diferente.

Tal vez entonces nadie hubiera sido testigo de los acontecimientos del 13 de junio en la legendaria fiesta que ofreció para celebrar el final de la temporada de 1833. Quizá Londres se hubiera sentido feliz hablando de la miríada de anfitriones que se propagarían como escarabajos por los campos británicos a lo largo del idílico verano.

Quizá.

Pero un año antes, la condesa de Liverpool había recibido de regalo media docena de carpas naranjas y blancas que se decía que eran descendientes directas de los venerados Shoguns de Japón. Sophie consideraba que la historia era totalmente inverosímil y que Japón seguía estando muy aislado del resto del mundo, pero *lady* Liverpool se sentía muy orgullosa de sus mascotas y las cuidaba con una pasión casi enfermiza. Seis se habían convertido en dos docenas y la fuente en la que vivían aquellas criaturas había dado paso a un lugar que solo podía describirse como un estanque.

Sin embargo, los peces habían despertado la imaginación de la condesa, y la *soirée* veraniega de los Liverpool tuvo como tema un extraño mundo chino a pesar de que la condesa sabía todavía menos sobre China que sobre Japón. De hecho, cuando los saludó, iba envuelta en una elaborada y diáfana seda blanca y naranja con la que pretendía evocar a sus preciadas carpas.

—Por lo que se ve, nadie sabe nada sobre Japón—les dijo, explicándoles su razonamiento—. Los japoneses son muy reservados, lo que los hace poco divertidos para una fiesta temática. Sin embargo, China está tan cerca... que es casi lo mismo.

Cuando Sophie le dijo a la condesa que ambas culturas no se parecían en absoluto, esta soltó una risita y agitó un brazo cubierto por aletas de seda.

—No se preocupe, *lady* Sophie. Estoy segura de que en China también hay

carpas.

Sophie había lanzado a su madre una mirada desesperada al escuchar aquellas ignorantes palabras, pero esta no se dio por enterada. Durante semanas, Sophie había insistido en que China y Japón no eran lo mismo, aunque nadie la había escuchado. Su madre estaba demasiado agradecida por que las hubieran invitado a un evento tan exclusivo. Después de todo, las hermanas Talbot no solían frecuentar tales acontecimientos.

Tanto ellas como el resto de la aristocracia se habían ataviado con una enorme variedad de brocados, cada uno más elaborado que el anterior, de tonos rojos y dorados, y se habían cubierto la cabeza con extravagantes sombreritos que habían mantenido ocupadas a todas las modistas de Londres en cuanto se empezaron a recibir las invitaciones.

Sophie, sin embargo, se había resistido ante la insistencia de su madre a participar en la farsa y, para consternación de su familia, su atuendo era de un ordinario amarillo pálido.

Y así fue como aquel precioso día de mediados de junio, *lady* Liverpool se fijó en la pobre y poco interesante Sophie —que no era la más hermosa, la más loca ni la que mejor tocaba el piano de las Talbot— y le sugirió que quizá le gustaría ver las nuevas carpas en un entorno adecuado.

Sophie aceptó tan contenta la oferta, agradeciendo poder alejarse de la fiesta repleta de aristócratas y de sus intensas miradas, que tanto ella como su familia evitaban siempre que podían. Después de todo no había una mirada tan penetrante como aquella que fingía eludir el objeto de su curiosidad. Y eso era particularmente cierto cuando los objetos en cuestión eran imposibles de ignorar.

Las miradas habían seguido a las jóvenes Talbot desde que comenzaron a ser presentadas en sociedad —cinco hermanas en cuatro años—, y cada una fue peor recibida que la anterior, mientras las invitaciones habían ido disminuyendo cada temporada que pasaba.

Sophie siempre había deseado que su madre abandonara ese sueño de querer que sus hijas fueran aceptadas en la sociedad, ya que era algo que jamás ocurriría. En consecuencia, Sophie estaba allí, ocultándose como podía en los ornamentados jardines de los Liverpool, fingiendo no estar escuchando los insultos que lanzaban contra sus hermanas con tanta regularidad que ya no suponían ninguna novedad.

Así fue como, con no poco alivio, Sophie siguió las instrucciones de su anfitriona y se dirigió al legendario invernadero de los Liverpool, una enorme

construcción de vidrio donde se podía admirar una impresionante variedad de flora, que prometía no proporcionar ningún chisme.

Buscó en su interior el estanque de peces, caminando entre los limoneros, que crecían exuberantes en macetas, y los impresionantes helechos, hasta que oyó unos sonidos: una especie de gritos rítmicos e inquietantes, como si alguna pobre criatura estuviera siendo torturada entre los rododendros.

Convencida de que la criatura en cuestión necesitaba claramente ayuda, se acercó a investigar. Por desgracia, cuando encontró el origen de los ruidos, se hizo muy evidente que la mujer en cuestión no necesitaba asistencia.

Ya la estaba recibiendo.

Del cuñado de Sophie.

Es preciso anotar que la mujer no era su hermana.

Razón por la cual, después de recuperarse de su conmoción inicial, se sintió con todo el derecho de interrumpir.

—Excelencia... —pronunció con voz firme y clara, rompiendo el silencio con el desprecio que sentía por ese hombre y por el mundo que le había otorgado tanto poder.

La pareja se quedó inmóvil. Una bonita cabeza rubia apareció por detrás del brazo de su cuñado, cubierto con una pagoda de seda roja de la que colgaban multitud de borlas doradas, unos grandes ojos azules se clavaron en ella parpadeando.

El duque de Haven no se dignó siquiera a mirarla.

—Vete.

Sin duda, no había nada en el mundo que Sophie odiara más que la aristocracia.

—¿Sophie? Mamá está buscándote... Ha interceptado al capitán Culberth en el campo de croquet, pobre hombre, está a punto de matarlo con ese enorme abanico que ha insistido en llevar. Debes ir a rescatarlo.

Sophie cerró los ojos al escuchar aquellas palabras, deseando no haberlas oído. Deseando que la persona que las acababa de decir estuviera a mucha distancia. Se dio la vuelta para detener el avance de su hermana.

—No, Sera...

—¡Oh! —Seraphina, duquesa de Haven, de soltera Talbot, se detuvo en seco cuando dobló la esquina hacia el bosquecillo de plantas en maceta, percibiendo la escena con las manos sobre su vientre, que sobresalía ligeramente donde crecía el futuro duque de Haven—. ¡Oh! —Sophie percibió la sorpresa en la expresión de su hermana al asimilar la escena, que fue

seguida con rapidez por otra de tristeza y luego una de fría calma—. Oh... — repitió.

El duque no se movió. No miró a su esposa, a la madre de su futuro hijo. En su lugar, empujó con una mano la cabeza de rizos rubios y habló con la boca pegada al cuello de su amante.

—He dicho que os vayáis.

Sophie miró a Seraphina, que se irguió en toda su altura y trató de ocultar todas las emociones que debía estar sintiendo. Que Sophie no pudo evitar sentir las con ella. Deseó que su hermana dijera algo. Que luchara por sí misma. Por su hijo no nacido.

Pero Seraphina se dio la vuelta.

Sophie no pudo reprimirse más.

—¡Sera! ¿No piensas decir nada? —La mayor de las Talbot sacudió la cabeza. Aquel movimiento de renuncia hizo que Sophie se viera atravesada por una sacudida de ira e indignación que la impulsó a volverse hacia su cuñado—. Si no lo hace ella, lo haré yo. Eres un pomposo asqueroso. Un ser deleznable y repugnante.

El duque le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Debo continuar? —espetó Sophie.

La rubia jadeó entre los brazos de su cuñado.

—¡Por favor! No se puede hablar a un duque de esa manera. Es una terrible falta de respeto.

Sophie resistió el impulso de arrancar el ridículo sombrerito de la cabeza de aquella mujer y pisotearlo.

—Tiene razón. Soy la única que está faltando el respeto en este momento — ironizó.

—Sophie... —susurró Seraphina. Sophie percibió la urgencia en aquella palabra, como si quisiera impulsarla fuera de la escena.

El duque emitió un largo suspiro, soltó a la dama en cuestión, le bajó la falda y le indicó que se levantara del lugar donde estaba sentada.

—Vete...

—Pero...

—He dicho que te vayas.

La mujer sabía lo que le convenía y obedeció al instante, enderezando sus borlas y alisándose las faldas antes de desaparecer.

El duque se volvió hacia ella, todavía abrochándose los pantalones. Su duquesa apartó la mirada; Sophie no. De hecho, se puso delante de su hermana

como si así pudiera proteger a Seraphina de aquel terrible hombre con el que se había casado.

—Si piensas que vas a asustarnos con tu vulgaridad, puedes ir olvidándolo.

Él arqueó una ceja.

—Claro, vuestra familia está acostumbrada a la vulgaridad.

Las palabras querían ofender, y lo hicieron.

La familia Talbot era el escándalo de la aristocracia. El padre de Sophie y Seraphina era un conde de nuevo cuño, hacía solo una década que había recibido el título del rey. A pesar de que su padre nunca había confirmado los rumores, era creencia común que había sido la fortuna que Jack Talbot había hecho con el carbón lo que había comprado el título. Algunos decían que lo había ganado en una partida de faro y otros que era el pago por haberse hecho cargo de una deuda particularmente embarazosa del rey.

Sophie no lo sabía y tampoco le importaba demasiado. Después de todo, el título de su padre no tenía nada que ver con ella; jamás hubiera elegido relacionarse con el mundo aristocrático.

De hecho, habría elegido cualquier otro entorno antes que ese, donde la gente hablaba mal y se metía con sus hermanas. Alzó la barbilla y se enfrentó a su cuñado.

—Pues no parece importarte mucho gastar nuestro dinero.

—Sophie... —repitió su hermana, y esta vez su voz estaba cargada de censura.

Se sintió furiosa con Seraphina.

—No puedes defenderlo de ninguna forma. Es cierto, ¿verdad? Antes de casarse contigo, era pobre. ¿De qué sirve tener un ducado si no puedes mantenerlo? Debería arrodillarse para darte las gracias, venerar tu nombre.

—Le he dado mi apellido, ¿no es cierto? —El duque se estiró una de las mangas de la levita—. Estás loca si piensas que eso es factible. Le he presentado a vuestro padre a todos los inversores de la nobleza. Prospera gracias a mi buena voluntad. Y sí, me gasto el dinero con placer —escupió—, porque ser pescado por la puta de tu hermana me ha convertido en un hazmerreír.

Sophie contuvo el aliento al oír el insulto. Conocía las historias que circulaban sobre que su hermana lo había pescado, sabía que su madre había presumido ante todo el que quisiera escucharla de que su hija mayor se había convertido en duquesa. Pero no estaba dispuesta a soportar los insultos de ese hombre.

—Va a tener a tu hijo.

—Eso dice... —Pasó junto a ellas hacia la salida del invernadero.

—¿No crees que esté embarazada? —le dijo a su espalda, sorprendida, mirando a Seraphina con los ojos muy abiertos, que los observaba cubriéndose la pequeña curva de su vientre con las manos. Como si así pudiera proteger a su hijo de que el padre fuera un monstruo.

Cuando Sophie se dio cuenta de lo que quería decir realmente, siguió al duque.

—¿Dudas que el hijo sea tuyo?

Él se dio la vuelta y la miró con una frialdad llena de desprecio. Sin embargo, no tenía los ojos clavados en Sophie, sino en su esposa.

—Pongo en duda cada palabra que sale de sus labios mentirosos. —Sophie se dio la vuelta y miró a su hermana, alta, orgullosa y llena de fría reserva, salvo la lágrima que se deslizaba lentamente por su mejilla mientras observaba a su marido.

Y en ese momento, Sophie ya no pudo soportar más aquel mundo lleno de reglas, jerarquías y desdén. Ese mundo en el que no había nacido. Ese mundo que jamás habría elegido.

Ese mundo que odiaba.

Siguió a su cuñado con intención de vengar a su hermana.

Él se volvió, posiblemente porque llegó a sus oídos la desesperación con la que la llamó su hermana, o quizá porque oír a una mujer corriendo hacia él fue lo bastante extraño para sorprenderlo, o tal vez porque Sophie no pudo evitar expresar su frustración y su grito casi salvaje resonó en el recinto.

Lo empujó tan fuerte como pudo.

Si él no hubiera estado girando, ya desequilibrado...

Si no lo hubiera impulsado con tanta fuerza...

Si el suelo que él pisaba no hubiera estado resbaladizo por el minucioso trabajo realizado por los jardineros a primera hora del día...

Si la condesa de Liverpool no hubiera adorado sus carpas...

—¡Pequeña arpía! —gritó el duque desde el punto donde aterrizó, en el centro del estanque, con las rodillas dobladas, el pelo mojado pegado a la cabeza y los ojos llenos de furia. En su expresión había una muda promesa—. ¡Te destruiré!

Sophie respiró hondo. Supo con absoluta certeza que ya, de perdidos, al río, así que puso los brazos en jarras, se acercó al borde del estanque y bajó la mirada a su normalmente imponente cuñado.

No lo era tanto en ese momento.

Sonrió, incapaz de reprimirse.

—Inténtalo.

—Sophie... —dijo una vez más su hermana con tono de consternación y pesar.

—¡Oh, Sera! —la consoló, volviéndose hacia ella con una sonrisa mientras ignoraba los catódicos gritos de su cuñado—. No me digas que no has disfrutado un poco.

Hacía muchísimo tiempo que Sophie no tenía un momento tan agradable en Londres.

—Sí que lo he hecho —musitó su hermana—, pero, por desgracia, no soy la única.

La duquesa le indicó que mirara por encima del hombro. Cuando se volvió, con cierto temor, se encontró a casi la totalidad de la aristocracia londinense mirándola desde el otro lado de la enorme pared de cristal del invernadero.

La vergüenza cayó sobre ella como un rayo.

No importaba que su cuñado se mereciera ser humillado, tener la ropa empapada y las botas arruinadas. No importaba que cualquier hombre que alardeara de sus aventuras sexuales ante su esposa embarazada y su cuñada soltera fuera un animal de la peor calaña. No importaba que fuera él, y solo él, el que había hecho algo escandaloso.

A los duques les resbalaban los escándalos.

Sin embargo, a las hermanas Talbot se les pegaba a la piel como la miel a la crin de los caballos.

Desde que Jack Talbot se había convertido en el conde de Wight, todo Londres había dirigido su atención y su desprecio a la numerosa y poco refinada familia, aquella gente nada aristocrática que había llegado para quedarse. Que la fortuna del nuevo conde procediera del carbón daba lugar a chistes fáciles, por lo que recibían el apodo de las sucias Talbot, en lo que Sophie suponía que consideraban una ocurrencia inteligente, dado que los nombres de las cinco hermanas comenzaban por «S»: Seraphina, Sesily, Seleste, Seline y Sophie.

Aunque Sophie prefería que las llamaran «las sucias Talbot» que de otra manera mucho menos halagadora, si cabe, que se susurraba en los bailes y salones de té, y especialmente en los clubes de caballeros. Ese otro apodo era

una advertencia: aunque Seraphina hubiera pescado al duque perfecto, aunque el dinero hubiera comprado el condado, la casa en Mayfair, los hermosos (y extravagantes) vestidos, los caballos perfectos y los carruajes llenos de detalles dorados, ellas jamás poseerían la sangre adecuada ni lo necesario (se casaran con quien se casaran) para pertenecer a los círculos de la nobleza.

Eran las peligrosas Talbot.

La etiqueta se veía corroborada porque tres de sus hermanas no estaban casadas; cada una de ellas era cortejada de forma extravagante con un pretendiente igual de extravagante. Sus noviazgos rayaban el escándalo y estaban siempre a punto de romperse. Sesily era conocida por ser la musa de Derek Hawkins, reconocido artista, estrella y propietario del Hawkins Theater. Hawkins poseía todo lo que uno podía imaginar, salvo un título, y eso era suficiente para conquistar el corazón de Sesily. Sin embargo, Sophie no entendería nunca, ni muerta, qué veía su hermana, o cualquier otra persona de la sociedad, en aquel insufrible hombre.

Seleste mantenía una irregular, pública y profundamente emocional relación con el muy guapo (y por desgracia empobrecido) conde de Clare. Era la pareja más dramática que se podía imaginar; discutían en los salones de baile, donde con frecuencia se desmayaban uno en los brazos del otro. Seline, la segunda hermana más joven, estaba siendo cortejada por Mark Landry, el propietario del Criadero de Purasangres Landry, que estaban haciendo que Tattersall's, el organismo que controlaba los pedigrís de los caballos, multiplicara su dinero. Landry era grosero y vulgar, no poseía ni una gota de sangre azul, pero si se casaba con Seline, esta se convertiría, sin duda, en la más rica de las cinco hermanas.

Tales noviazgos estaban de forma constante en boca de todo el mundo, suscitando todos los comentarios imaginables. Y las hermanas Talbot adoraban ese escrutinio, por lo que cada una de ellas se esforzaba por ser la que acaparara las páginas de los escándalos de sociedad, a pesar de la consternación de su madre. Las Talbot florecían bajo la censura de la sociedad, cada crítica que suscitaban en una dama las conducía a un comportamiento todavía más extravagante.

Todas, menos Sophie. Ella, la menor de las Talbot de veintiún años, siempre había intentado evitar el escándalo. Pensaba que era porque le importaban muy poco la sociedad, sus reglas y opiniones y, de alguna manera, la sociedad parecía haberlo entendido.

Pero ahora que el duque de Haven estaba en el agua del estanque, con

varias plantas acuáticas pegadas a los pantalones antes impecables, parecía que la sociedad ya no estaba interesada en dejar en paz a Sophie Talbot, que hasta ese momento era considerada «la tranquila» de las peligrosas Talbot.

Sophie notó que le ardían las mejillas, pero intentó mantener la cabeza alta mientras salía del invernadero, deteniéndose en la puerta para escudriñar a la multitud. No faltaba nadie: duquesas, marquesas y condesas la miraban desde detrás de los abanicos que agitaban entre susurros como las cigarras que poblaban el empalagoso aire veraniego. Sin embargo, la respuesta de esas damas a sus acciones no era lo más impactante, ya había sido testigo de los chismes femeninos y cómo alimentaban los escándalos durante años.

Fueron los hombres.

Por lo que ella había visto, los caballeros de Londres se preocupaban poco de los chismes, dejando ese tema a sus esposas y concentrando sus pensamientos en otras diversiones más viriles. Pero, al parecer, no se comportaban así cuando el difamado era uno de los suyos. Los condes, marqueses y duques, así como todos los demás títulos venerables, la miraron con una inequívoca censura.

Repugnancia que se solía describir a menudo como frialdad, pero que en ese momento era tan ardiente como el sol. Sophie levantó la mano sin pensar, como si así pudiera bloquear todo aquel calor.

—¡Sophie! —Su madre se precipitó hacia delante con una amplia sonrisa y un tono lo suficientemente elevado como para provocar los susurros de los asistentes a la fiesta. La condesa llevaba un vestido de color escarlata, que ya habría resultado escandaloso si no estuviera acompañado por una ridícula construcción a juego en la misma tonalidad que se cernía sobre su cara menuda, opacando su belleza con lo que ella consideraba que era la última moda china.

En ese momento, sin embargo, a *lady* Wight no le preocupaba su sombrero. Se abalanzó sobre su hija pequeña con una mirada que solo podía describirse como de pánico, seguida por las tres hermanas Talbot que no habían participado en la charada vestidas como extravagantes patitos.

—¡Sophie! —repitió la condesa—. ¡Has hecho una escena!

—Incluso van a pensar que eres una de nosotras —añadió Sesily secamente. Su impresionante escote amenazaba con reventar las costuras de la extravagante y ceñida túnica, se podría decir que resultaba casi estridente. Por supuesto, Sesily tenía el temperamento adecuado para lucir tal prenda y resultar tentadora—. Parece que Haven quiere matarte.

«Te destruiré...».

—Creo que lo haría si no tuviéramos tanto público —replicó Sophie.

—Por desgracia... —siseó su madre entre dientes.

Sesily arqueó una ceja al tiempo que se sacudía una mota invisible de su seno.

—Y si no estuviera tan mojado...

—No hace falta que enseñes los pechos, Sesily. Todas tenemos —añadió Seleste en tono irritado desde el otro lado de un velo de gasa de hilo de oro que le cubría la cara y el cuello, sujeto a una corona.

Seline se rio.

—¡Chicas! —advirtió la condesa.

—Ha sido realmente fantástico, Sophie —aseguró Seline—. ¿Quién iba a imaginar que hicieras tal cosa?

Sophie lanzó una mirada mordaz a su hermana más cercana en edad.

—¿Qué quieres decir?

—Este no es el momento, chicas —intervino su madre—. ¿No ves que esto podría arruinarlo todo?

—Tonterías —repuso Sesily—. ¿A cuántas amenazas de ruina vamos a tener que enfrentarnos antes de que vean que somos como los gatos?

—Incluso los gatos tienen un número limitado de vidas. Hay que reparar este daño. De inmediato —dijo la condesa de Wight antes de recordar dónde estaban: ante los ojos de todo Londres—. ¡Todos hemos visto lo que ocurrió! —dijo entonces, lo suficientemente alto para que todos la oyeran—. ¡Su pobre excelencia!

Sophie se quedó inmóvil, sorprendida por las palabras.

—¿Su pobre excelencia?

—¡Sí, por supuesto! —Por increíble que resultara, la voz de la condesa subió una octava.

Sophie parpadeó.

—Es mejor que le sigas la corriente —intervino Seline de forma casual mientras sus hermanas se amontonaban a su alrededor como enormes cormoranes dorados aficionados a aletear, balanceando todas las borlas—, o mamá se volverá loca por el miedo al ostracismo.

—No te preocupes —dijo Seleste—. Tampoco es como si alguna fuéramos a exiliarnos de verdad. No pueden con nosotras.

Sesily asintió moviendo la cabeza.

—Exacto. Adoran todas nuestras escenas. ¿Qué harían si los priváramos de

ellas?

No iba del todo desencaminada.

—Llegaremos más lejos que cualquiera de ellos. Mira a Seraphina...

—Pero Seraphina está casada con un idiota, da igual lo apropiado que parezca —señaló Sophie.

—¡Sophie! ¡Esa lengua! —Parecía que su madre estaba a punto de desmayarse por el pánico.

Sus hermanas asintieron.

—Tendremos que evitar esas palabras —dijo Sesily.

—Está claro que resbaló y se cayó en el estanque —gritó la condesa con mucha desesperación, abriendo tanto sus ojos azules que Sophie llegó a preguntarse si no se le saldrían de las órbitas. Una imagen parpadeó en su mente: su madre persiguiendo por el cuidado césped sus globos oculares, con el extraño sombrero haciéndola caer de bruces, incapaz de soportar el peso.

«¡Menuda imaginación!».

No pudo reprimir la risa.

—Sophie —silbó la condesa entre dientes—. ¡No te atrevas!

La risita se transformó en un resoplido.

La condesa de Wight continuó con la mano contra el pecho.

—¡Pobre, pobre Haven!

Era más de lo que Sophie podía soportar. La risa no llegó a estallar porque fue sofocada por la ira. Su familia no había sido la misma desde que su padre recibió el título, desde que su madre era condesa y sus hermanas no solo eran ricas, sino damas ricas que obligaban a la sociedad a reconocer su presencia. Y, de repente, esas mujeres, a las que nunca había preocupado demasiado toda aquella parafernalia de los títulos y el dinero, se habían volcado en ambas cosas.

Nunca habían sido conscientes de la realidad, que las hermanas Talbot podrían casarse con la realeza y no serían bien recibidas en la sociedad. Que la aristocracia toleraba su presencia porque no podían arriesgarse a perder los consejos y la inteligencia del nuevo conde, ni las dotes que había proporcionado a sus hijas. El matrimonio era, después de todo, el negocio más floreciente de Gran Bretaña.

Y la familia de Sophie lo sabía mejor que nadie.

Adoraban el juego. Sus maquinaciones.

Pero a Sophie no le gustaba. No quería nada de eso. Nunca lo había querido. Durante su infancia había vivido perfectamente bien con el dinero y

sin el título. Había jugado en las verdes colinas de Mossband, aprendiendo a hacer empanadas con su abuela en la cocina de la casa familiar porque eran la comida favorita de su padre. Había acudido al pueblo cercano a caballo para comprar carne o queso. Nunca había soñado que su marido tuviera título. De hecho, había imaginado un futuro razonable, casada con el hijo del panadero.

De pronto, su padre se convirtió en conde, y todo cambió. Hacía diez años que no pisaba Mossband, desde que su madre cerró la casa y establecieron su residencia en Mayfair. Su abuela ya no estaba, había muerto un año después de dejar la casa. Las empanadas eran consideradas una comida demasiado común para un conde. El carnicero y el quesero entregaban sus productos en la entrada trasera de la impresionante mansión familiar de Mayfair. Y el hijo del panadero... era un lejano y brumoso recuerdo.

Parecía ser la única de su familia que tenía problemas para adaptarse a ese mundo que nunca había deseado. Que nunca había pedido.

Parecía que no preocupaba a nadie que ella odiara todo eso.

Y así fue que en los jardines de los Liverpool, con todo Londres mirándolos, Sophie se cansó de fingir que era una de ellos. Que pertenecía a ese lugar. Que necesitaba su aceptación.

Tenía dinero. Y piernas para moverse.

Miró a sus hermanas, cada una de ellas bien equipada y segura de que algún día gobernaría el mundo. Y ella sabía que nunca sería así. Nunca disfrutaría provocando escándalos. Nunca querría ese mundo y las trampas que ocultaba.

Entonces, ¿por qué quedarse?

No era como si la sociedad fuera a darle la bienvenida a partir de ese día, ¿por qué no asumir el escándalo y decir la verdad por una vez?

Como decía su padre: «De perdidos al río».

Se volvió hacia ellos.

—Por supuesto. Es una parodia que su pobre excelencia haya degradado a nuestra hermana y que a mí no me quedara más remedio que vengar su honor, ya que ninguno de los mal llamados caballeros estaba dispuesto a hacerlo — dijo en un tono lo suficientemente elevado para que todo Londres lo escuchara —. Su pobre excelencia, de hecho, que se ha criado en este mundo al que ha engañado tanto como a sí mismo al ostentar un título de caballero cuando él mismo, y la mayoría de sus iguales, si soy sincera, es un patán. O algo mucho peor.

Su madre tenía los ojos desencajados.

—¡Sophie! Las damas no dicen esas cosas.

¿Cuántas veces la habían advertido que no se comportaba como una dama? ¿Cuántas veces había intentado aparentar una imagen perfecta en ese mundo aristocrático que jamás la aceptaría? ¿Llegarían a darles la bienvenida si no fuera porque necesitaban su dinero?

—No te preocupes —respondió delante de todo el mundo—. Ellos tampoco piensan que seamos unas damas.

Sus hermanas se quedaron paralizadas.

—Sophie... —dijo Seline, en un tono de enorme incredulidad y no poco respeto.

—Bueno... qué inesperado... —añadió Sesily.

—¿Qué te he dicho sobre esa manía tuya de tener opinión? —siseó la condesa con un susurro—. ¡Estás arruinándote! ¡Y a tus hermanas contigo! ¡No hagas algo de lo que luego te arrepientas!

—Lo único que lamento es que el estanque no fuera más profundo —dijo Sophie, sin bajar la voz—. Y que no estuviera lleno de tiburones.

No sabía que esperaba que ocurriera en aquel momento; jadeos, tal vez. O silbidos. O agudos gritos femeninos. O incluso fuertes carraspeos masculinos.

Quizá tenía en mente un par de desmayos.

Pero no esperaba silencio.

No esperaba frío y exigente desinterés, o la forma en la que todos los asistentes a la fiesta le dieron la espalda y comenzaron hablar de nuevo como si ella no hubiera dicho nada. Como si no estuviera allí.

Como si, para empezar, nunca hubiera estado allí.

Lo que hizo que le resultara bastante fácil darles a su vez la espalda y alejarse.

· 2. La ilícita huída con Eversley pone furioso al conde ·

Sophie pronto descubrió que era un error dar la espalda a la sociedad en una fiesta.

Dejando a un lado lo obvio —aunque realmente verse arruinada no le preocupaba demasiado—, había otras cuestiones que resolver de forma inmediata. Una vez hubo mostrado su repulsa ante los asistentes a la fiesta, ya no podía quedarse en ella. De hecho, debía regresar a casa por sus propios medios aunque, la verdad fuera dicha, ocultarse en el carruaje de su familia le quitaría todo el dramatismo a su salida.

Eso, y que no estaba segura de que su madre no la asesinara si se la encontraba allí dentro. Necesitaba una ruta de escape que no implicara a los Talbot. Al menos hasta que estuviera dispuesta a disculparse.

Si es que llegaba a estarlo alguna vez.

Odiaba ese mundo, a esas personas y sus despectivas referencias a la grosería de las Talbot, al dinero de las Talbot, al título que había comprado su padre, al que había pescado su hermana. Odiaba cada una de aquellas caras con expresión prepotente, cómo se burlaban de su familia y de la forma en que vivían. La manera en que se comportaban, como si el mundo girara a su alrededor.

Los odiaba solo un poco más de lo que odiaba el hecho de que a su familia no le importara.

De hecho, parecían regodearse en ello.

No, Sophie no estaba dispuesta a disculparse por decir la verdad. Y no estaba preparada para asumir la forma desenfadada en la que sus hermanas defendían a la nobleza cada vez que les mencionaba sus preocupaciones.

Por eso, Sophie no se ocultó en el carruaje familiar, sino que se dirigió al límite más alejado de Liverpool House donde, mientras sopesaba su siguiente paso, estuvo a punto de caerle en la cabeza una enorme bota negra.

Levantó la vista a tiempo para evitar el siguiente proyectil en forma de

Hessian, y observó con sorpresa y no poca estupefacción como una capa gris oscura y una larga corbata de lino seguían el mismo camino que el calzado por la ventana del segundo piso, quedándose esta última enredada en el rosal trepador que cubría una fachada de la casa.

Y justo después, hizo aparición un hombre.

Sophie abrió los ojos como platos cuando una larga pierna enfundada en unos pantalones surgió de la ventana, y un pie buscó apoyo en el enrejado. Luego vio la parte superior del cuerpo del hombre, cubierta con una camisa de lino blanco. Lo observó mientras se sentaba a horcajadas en el alféizar y estudió con atención el muslo musculoso y otra curva precisa que, aunque era igual de impresionante que el muslo, sabía que no debía fijarse en ella.

Siendo sincera, sabía que cuando un hombre pensaba bajar dos pisos por un rosal trepador era mejor fingir no ser testigo de la cuvatura de su entrepierna. Por su propia seguridad personal.

Aunque no era culpa suya que él hiciera ostentación de esa parte inapropiada y ella lo viera.

Entonces, otra pierna igual de bien formada pasó por encima del alféizar y el hombre comenzó a bajar por el enrejado como si tal cosa. Teniendo en cuenta su agilidad, Sophie imaginó que no era la primera vez que realizaba tal hazaña.

Él se dejó caer al suelo delante de ella y, cuando se agachó para recoger la ropa desechada, otro tipo asomó la cabeza por la ventana. Sophie abrió mucho los ojos al darse cuenta de que era el conde de Newsom.

—¡Maldito bastardo! ¡Me las vas a pagar!

—No, y lo sabes —replicó el hombre que acababa de aterrizar con elegancia, incorporándose en toda su impresionante altura, con la ropa y una bota en la mano, para estirarse y recoger la corbata del enrejado—. Pero imagino que tienes que decirlo igual.

El hombre de la ventana comenzó a soltar toda clase de ruidos ininteligibles antes de desaparecer.

—Cobarde... —murmuró el que acababa de bajar al tiempo que movía la cabeza. Luego se concentró en buscar la otra bota.

Ella se le adelantó, inclinándose para rescatar el elemento lanzado junto a sus pies. Cuando se enderezó, se lo encontró mirándola fijamente con una expresión que era mitad curiosidad mitad diversión.

Sophie respiró hondo.

Por supuesto. El hombre que acababa de escapar de las habitaciones

superiores de Liverpool House era el marqués de Eversley. Al parecer había motivos para que perteneciera a los llamados «Canallas reales».

Más tarde, atribuiría su contundente «Es usted...» a la turbulencia emocional del día.

Y la amplia sonrisa junto con la elegante reverencia que él ejecutó, así como su: «Así es», a la arrogancia que lo precedía.

Ella apretó la bota contra el pecho.

—¿Qué ha hecho... —señaló el segundo piso de la casa con la barbilla— para merecer tal defenestración?

—¿Para merecer tal qué? —preguntó él arqueando las cejas.

Sophie suspiró.

—Defenestración. Arrojar desde la ventana.

Él empezó a anudarse la corbata con expertos movimientos, moviendo las largas cintas de lino a uno y otro lado. Por un momento, ella se distrajo pensando que parecía no requerir un espejo ni un ayuda de cámara.

—En primer lugar, no me he tirado. Salí por voluntad propia. Y, en segundo lugar, cualquier mujer que usa la palabra «defenestración» es, sin duda, lo suficientemente inteligente como para adivinar lo que estaba haciendo antes de salir del edificio.

Él era todo lo que se decía. Escandaloso. Pecaminoso. Un absoluto sinvergüenza. Era todo aquello de lo que la sociedad le acusaba. Y encima lo celebraba. Igual que su cuñado. Y que muchos otros hombres y mujeres de la aristocracia británica. Un buen ejemplo de lo peor del mundo en el que había nacido. Y al que ella había sido arrastrada.

Lo odió al instante.

Alzó la bota en el aire y dio un paso atrás, alejándola de su alcance.

—Así que lo que dicen las páginas de sociedad sobre usted es verdad.

Él ladeó la cabeza.

—Hago todo lo posible para no leer las páginas de chismes, pero le garantizo que no es cierto todo lo que dicen de mí.

—Dicen que le gusta arruinar matrimonios.

Él se estiró las mangas.

—Falso. No toco a mujeres casadas.

En ese momento, la cabeza de una dama se asomó por la ventana de arriba.

—¡Está bajando!

La advertencia de que su oponente estaba acercándose para enfrentarse con él puso en marcha al marqués.

—¡Es mi señal! —Le tendió una mano—. Por maravilloso que esté siendo este encuentro, *milady*, necesito mi bota.

Sophie la sostuvo todavía más cerca del pecho, mirando hacia la dama.

—Es Marcella Latham.

La amante de Eversley era la prometida del conde de Newsom, aunque Sophie supuso que después de lo ocurrido ya no lo sería.

—¡Gracias, Eversley! —se despidió de él *lady* Marcella, agitando la mano alegremente.

Él la miró y le guiñó el ojo.

—Ha sido un placer, querida. Disfrútalo.

—Espero que no te importe que se lo diga a mis amigas.

—Espero con ansia tener noticias de ellas.

Lady Marcella desapareció por la ventana. Sophie pensó que aquella conversación era bastante extraña e... infantil, para tratarse de dos personas que acababan de ser atrapadas en una situación comprometida por su rico prometido.

—*Milady* —insistió el marqués de Eversley.

Sophie le sostuvo la mirada.

—Ha estropeado su matrimonio.

—Lo cierto es que solo el compromiso. —Siguió con la mano extendida—. Por favor, mi bota.

Ella ignoró el gesto.

—Por tanto, sí toca a las mujeres que están comprometidas.

—Exacto.

—Supongo que es muy diferente —ironizó. ¿Es que ninguno de los miembros de la nobleza eran dignos de conocer?—. Es usted un sinvergüenza.

—Eso dicen.

—Un pícaro.

—Eso dicen —repitió él, mirando con atención por encima del hombro.

—Un hombre sin escrúpulos.

Una idea empezó a tomar forma.

Él la miró como si se fijara en ella por primera vez. Arqueó las cejas.

—Parece como si en vez de nariz tuviera las antenas de un insecto enorme.

Sophie se dio cuenta de que estaba arrugando la nariz, y aflojó el gesto.

—Lo siento —mintió.

—No importa.

Y allí, mientras lo miraba, vestido con sus galas de verano, sin una bota,

Sophie se dio cuenta de que, odioso o no, en ese momento, él era precisamente lo que ella necesitaba. Si lograba soportar su presencia los tres cuartos de hora que tardaría en llegar a su casa.

—Va a tener que salir pitando si no desea encontrarse con lord Newsom.

—Me alegro de que lo entienda. Si me devuelve la bota, podré apresurarme. —Se adelantó a por el calzado, pero ella dio un paso atrás, poniéndolo fuera de su alcance—. *milady* —dijo con firmeza.

—Parece que está usted en una posición apropiada. —Sophie hizo una pausa—. O, tal vez, soy yo la que está en una posición apropiada.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y qué posición es esa?

—La posición de negociar. —Él era su transporte a casa.

Llegó un grito desde la esquina de la casa y él miró hacia el lugar por donde, sin duda, estaba a punto de aparecer su enemigo, dándole a ella la oportunidad de escapar, con la bota en la mano, hacia la parte posterior de la propiedad. Allí, una hilera de árboles y la maleza ocultaban un muro bajo de piedra y, más allá, había una fila de carruajes esperando que sus propietarios abandonaran la fiesta para regresar a casa.

Él la siguió. Tenía que hacerlo, después de todo, ella tenía su bota.

Y él tenía un carruaje.

Era el trato ideal. Una vez protegida por los árboles, se volvió hacia él.

—Lord Eversley, quiero hacerle una propuesta.

Él arqueó las cejas.

—Mucho me temo que ya he cubierto el cupo de proposiciones por hoy, *lady* Sophie. E incluso yo sé que es mejor no verme involucrado en nada con una de las peligrosas Talbot.

Sabía quién era. Ella se sonrojó al oírlo, la rabia y la vergüenza pugnaron por el rubor de sus mejillas. Ganó la ira.

—¿Se da cuenta de que si fuera una mujer, le habrían expulsado de la sociedad hace años?

Él se encogió de hombros.

—Ah, pero no soy una mujer. Y doy gracias a Dios por ello.

—Sí, ya, pero otras personas no somos tan afortunadas. Algunas no disfrutamos de su libertad.

Sus miradas se encontraron, él parecía de repente muy serio.

—No sabe nada sobre la libertad.

Sophie no retrocedió.

—Sé que usted tiene más de la que yo nunca tendré. Y sé que sin ella, se debe recurrir a... —se interrumpió para buscar la palabra.

—¿A la vileza? —sugirió él con seriedad, tan rápido que Sophie casi hizo una pausa para considerarlo. Hasta que recordó que él era demasiado irritante para especular con lo que salía de su boca.

—Esto no es ser vil.

—Estamos juntos en una zona aislada, *milady*. Si tiene intención de que termine de la misma manera que terminó la relación de su hermana con su ex amante y ahora marido, es ser bastante vil.

De todas las cosas exasperantes que podía llegar a decir ese hombre, aquella era la peor. Sophie golpeó el suelo con el pie.

—Estoy realmente cansada de oír cómo mi hermana pescó al pobre Haven y le obligó a casarse con ella.

—Él no quería firmar con su hermana —repuso Eversley.

—Entonces no debería haber jugado con su tinta —aseveró ella.

Cuando él comenzó a reírse, Sophie cambió de idea: Eversley no era exasperante.

Era horrible.

—¿Lo considera divertido?

Él se llevó una mano al pecho.

—Perdón. —Pero la risita volvió a convertirse en una carcajada—. ¡Jugado con su tinta!

Ella frunció el ceño.

—Ha sido usted el que empezó.

—Pero usted lo ha transformado en algo perfecto. Se lo aseguro, si entendiera el doble sentido inherente a la metáfora, lo comprendería.

—Lo dudo.

—Oh, por su bien espero que se equivoque. No me gustaría pensar que usted no es divertida.

—¡Soy muy divertida! —dijo ella.

—¿De verdad? Usted es *lady* Sophie, la menor de las hermanas Talbot, ¿no?

—Sí.

—La muermo.

Ella dio un paso atrás ante la definición. ¿Eso era lo que decía la gente de ella? Odió la tristeza que le produjo. Vaciló. Se estremeció de temor al pensar que podía ser cierto.

—Estoy segura de que *muermo* ni siquiera es una palabra.

—Exactamente igual que defenestración.

—¡Defenestración sí que lo es! —protestó ella.

Él se balanceó sobre los talones.

—Si usted lo dice...

—Es una palabra —declaró con ímpetu antes de reconocer el brillo burlón en sus ojos—. Ah... Entiendo...

Él extendió las manos como si así demostrara su opinión.

—*Muermo*.

—Soy muy divertida —repuso ella sin convicción.

—No lo creo —refutó él—. Mírese. Ni siquiera se ha vestido acorde con el Lejano Oriente.

Ella frunció el ceño.

—Es un tema ridículo para una fiesta, y más cuando los que se disfrazan no poseen conocimientos ni interés por China.

Él sonrió.

—Tenga cuidado. *Lady Liverpool* podría oírla.

Sophie enderezó los hombros.

—Dado que *lady Liverpool* está vestida como un pez japonés, imagino que no le importarán demasiado mis razonamientos.

Eversley arqueó las cejas.

—¿Ha hecho una broma, *lady Sophie*?

—Solo es una observación.

Él chasqueó la lengua.

—Ya veo... Después de todo, es la *muermo*.

—Bien, creo que usted es desagradable. Y esa sí es una palabra que puede entender —aseguró.

—Es la primera mujer que piensa tal cosa.

—Estoy segura que no puedo ser la primera mujer en su sano juicio que conoce.

Eversley se rio. Su risa era un sonido cálido... extrañamente seductor. Agradable. Aprobador.

Alejó aquel pensamiento de su mente. No le importaba si él la aprobaba o no. No le importaba lo que pensara de ella. Como no le importaba lo que el resto de su estúpido, insípido y horrible mundo pensara de ella. Sinceramente, aunque toda la sociedad la considerara un *muermo* —hizo una mueca para sus adentros—, ¿por qué debía importarle? Era un medio para un fin.

—Ya he tenido suficiente —dijo ella, regresando al presente. Había sido testigo muchas veces a lo largo de su vida de cómo llevaba su padre las negociaciones y sabía cuándo había llegado el momento de hablar de forma franca para lograr un acuerdo—. ¿Puedo pensar que está marchándose de la fiesta?

La pregunta tomó a Eversley por sorpresa.

—Pues lo cierto es que sí. Me estoy marchando.

—Lléveme con usted.

—¡Oh, no! —soltó él al instante.

—¿Por qué?

—Hay muchas razones, muñequita. Y la más simple de las cuales es que no tengo intención de permitir que me pesque una de las peligrosas Talbot.

Sophie se puso rígida ante el apodo. La mayoría de la gente no se atrevía a llamarlas así a la cara, pero supuso que debía esperar que aquel hombre horrible sí lo hiciera.

—No tengo la menor intención de pescarlo, lord Eversley. Le aseguro que incluso aunque esa idea se me hubiera pasado por la cabeza, tras este encuentro... —agitó la mano para moverla entre ellos— la habría desechado. —Respiró hondo—. Tengo que marcharme de aquí. Estoy segura de que puede entenderlo, a fin de cuentas se encuentra en la misma situación.

Él se concentró en ella.

—¿Qué ha pasado?

Ella apartó la vista, recordando la fría mirada de la sociedad, la vil indiferencia.

—Nada importante.

Eversley arqueó las cejas.

—Si está en un bosque conmigo, querida, diría que sí es importante.

—Esto no es un bosque, sino una hilera de árboles.

—No está siendo demasiado amable a pesar de que me necesita.

—Yo no le necesito.

—Entonces deme mi bota y deje que me marche.

Ella la apretó con más fuerza contra su pecho.

—Necesito su carruaje, que es algo muy diferente.

—Mi carruaje no es un ente autónomo —repuso él.

—Solo necesito que me lleve a casa.

—Tiene usted cuatro hermanas, una madre y un padre. Que la lleven ellos.

—No es posible.

—¿Por qué?

«Por orgullo».

Bueno, desde luego no iba a decirle eso.

—Solo tiene que creer lo que digo.

—Una vez más, las mujeres de su familia no tienen una reputación capaz de engendrar confianza.

No fingió malinterpretarlo.

—Ah, ya, y usted es el vivo retrato de la respetabilidad...

Lo vio sonreír.

—No presumo de ser respetable, querida.

Estaba empezando a odiarlo.

—Estupendo. —Asintió moviendo la cabeza—. No me deja otra opción que recurrir a medidas extremas. —Él arqueó las cejas—. Lléveme con usted o perderá la bota.

Eversley la observó durante un buen rato en el que ella se obligó a permanecer inmóvil bajo su mirada. Trató de convencerse a sí misma de que no había notado el precioso color verde de sus ojos; la larga rectitud aristocrática de su nariz; la provocativa curva de sus labios.

No, no debía fijarse en ellos.

Tragó saliva ante el pensamiento, y él clavó los ojos en su garganta, donde se vio traicionada por el movimiento. Lo vio curvar los labios.

—Quédese la maldita bota.

A ella le llevó un momento recordar de qué estaban hablando.

Antes de que pudiera pensar una réplica adecuada, él atravesó los árboles hasta el muro, dirigiéndose hacia su carruaje con un pie descalzo.

En el momento en el que llegó al muro, donde se había detenido un enorme vehículo negro, de aspecto elegante, él se aproximó a los caballos. Sophie lo observó durante un buen rato, deseando que pisara algo incómodo. Parecía que estaba revisando los animales, comprobando arneses y riendas. Pero eso sería una tontería, dado que sin duda tenía una recua de criados para que lo hicieran.

Una vez que hubo inspeccionado a los seis caballos, Eversley se subió al carruaje, y Sophie vio que un joven lacayo cerraba la puerta con un chasquido antes de adelantarse para comprobar si el carruaje podía abrirse paso entre la multitud de vehículos.

Sophie suspiró.

El marqués de Eversley no sabía lo afortunado que era al haber sido bendecido con la libertad que traía aparejada el dinero y ser un hombre. Se lo

imaginó acomodándose en el interior del carruaje, en la más pura imagen de la ociosidad aristocrática. Dispuesto a echar una siesta para recuperarse del esfuerzo que había realizado esa tarde.

Perezoso e inamovible.

Supo sin lugar a dudas que ya se había olvidado de ella. No imaginaba que él reservara demasiado espacio en su mente para recordar a gente insignificante, y menos, cuando, después de todo, había una corriente constante de mujeres en su vida.

Dudaba incluso que recordara a sus criados.

Miró fijamente al lacayo; no parecía tener suficiente edad como para ocupar ese puesto. Probablemente fuera solo un paje. El niño permanecía de pie junto a la fila de carruajes, viendo como los conductores ocupaban sus asientos lentamente y empezaban a cambiar y a mover los vehículos para que pudiera salir el carruaje de Eversley.

Mientras tanto, ella sentía que el ridículo le pesaba en la mano, resultado del dinero que guardaba en su interior. «Jamás salgas de casa sin llevar encima el dinero suficiente para salir de cualquier lío». Las palabras de su padre habían quedado grabadas a fuego en la mente de todas las hermanas Talbot (todas ellas damas poco aristocráticas que a menudo se encontraban en situaciones de las que solo podían librarse con una contundente ayuda económica).

Pero Sophie no era tonta, y sabía que lo que acababa de ocurrirle en Liverpool House era lo más parecido a un lío en lo que ella podría verse metida. No tenía ninguna duda de que su padre consideraría bien invertidos los fondos del ridículo si los gastaba en huir.

Se acercó al lacayo con decisión.

—Perdone, ¿señor?

El chico se dio la vuelta, sorprendido sin duda por encontrar a una joven a su lado, con una bota masculina en la mano. Pero hizo una rápida reverencia.

—¿*M-milady*?

Era tan joven como parecía. Mucho más que ella. Sophie envió mentalmente una breve oración de agradecimiento al Creador.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en poder salir el vehículo? —preguntó ella en un tono que esperaba resultara natural.

El muchacho pareció agradecer aquella pregunta tan fácil de responder.

—No más de un cuarto de hora, *milady*.

Tenía que darse prisa.

—Dime —continuó—, ¿trabajas para el marqués?

Él asintió con la cabeza antes de bajar la mirada vacilante a la bota que ella sostenía en las manos.

—Hoy.

Sophie ocultó la bota detrás de su espalda, casi incapaz de reprimir la sorpresa.

—¿No llevas más tiempo?

Él negó moviendo la cabeza.

—Tengo un nuevo puesto. En el norte.

Una sombra de tristeza cruzó por su rostro. ¿Pesar, tal vez? Se agarró a ese clavo ardiendo, poniendo en práctica su idea antes de poder considerarla desde todos los ángulos.

—¿Te gustaría quedarte en Londres?

En ese momento, el chico pareció darse cuenta de que no debería estar hablando con una dama de la aristocracia y bajó la cabeza.

—Es un placer servir al marqués en donde sea que él lo requiera, *milady*.

Sophie asintió, moviendo la cabeza con rapidez.

Los sirvientes eran trasladados de una propiedad a otra con lamentable regularidad. No tenía ninguna duda de que a Eversley no se le había ocurrido nunca pensar que sus empleados podían no desear verse desplazados a su antojo. No parecía un hombre que se preocupara por los demás.

Así que Sophie no se sintió culpable en absoluto cuando puso el plan en marcha.

—Sin embargo, me preguntaba si podrías estar dispuesto a servir a un conde...

El muchacho abrió los ojos como platos.

—¿*milady*?

—Mi padre es el conde de Wight.

El joven parpadeó.

—Trabajarías aquí. En Londres.

Parecía confundido por la oferta y, siendo sincera, a Sophie no le extrañó. Imaginó que no todos los días un paje recibía una oferta de trabajo en una fiesta.

—Empezó trabajando en las minas de carbón —compartió ella—. Al igual que su padre, y su abuelo antes que él. No es un aristócrata normal. —El chico siguió callado, así que Sophie recurrió a la franqueza—. Paga muy bien a sus criados. Te ofrecerá el doble que el marqués. —Hizo una pausa. Debía

aumentar la oferta—. Todavía más.

El lacayo ladeó la cabeza.

—Y podrías quedarte en Londres —añadió Sophie.

—¿Por qué yo? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Ella sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Matthew, *milady*.

—Bueno, Matthew, alguien ha tenido muy buena suerte hoy, ¿no te parece?

El niño la miró escéptico, pero ella supo que estaba considerando la oferta cuando miró hacia el carruaje del marqués.

—¿El doble, dice?

Sophie asintió.

—Se dice que las habitaciones de los criados en Wight Manor son las mejores de Londres —comentó él, y Sophie supo que lo tenía.

Se inclinó hacia él.

—Esta misma noche podrías comprobarlo por ti mismo.

Matthew entrecerró los ojos.

—Puedes presentarte allí esta misma noche, después de la fiesta. Preguntar por el secretario de mi padre, el señor Grimes. Dile que vas de mi parte, yo lo corroboraré cuando llegue. —Metió la mano en el ridículo y sacó un trozo de papel y un lápiz, donde escribió la dirección de la casa de su familia en Mayfair y una nota rápida para asegurarse de que lo dejarían entrar en la casa. Luego metió de nuevo la mano en el bolso y sacó dos monedas. Se las entregó al chico junto con la carta—. Ahí tienes dos coronas.

—¿Es lo que gano en un mes! —exclamó el muchacho, boquiabierto.

Ella ignoró la referencia al dinero. Después de todo, era el origen de su vulgaridad.

—Mi padre te pagará más que eso, te lo prometo.

Él apretó los labios.

—¿No me crees? —preguntó ella.

—¿Puedo creer a una mujer?

Ella ignoró el insulto y se limitó a sostenerle la mirada.

—¿Cuánto tengo que darte para que me creas?

Matthew frunció el ceño.

—¿Una libra?

Era una cifra enorme, pero Sophie comprendía el poder del dinero y de lo que se podía comprar con él mejor que la mayoría de la gente. Volvió a meter

la mano en el ridículo y sacó el resto del dinero que llevaba. No dudó en entregárselo al chico, pues sabía que podría reponerlo en el momento en que llegara a casa.

Cuando Matthew cerró la mano alrededor de las monedas, ella supo que lo había conseguido.

—Solo una cosa más —dijo ella lentamente, con una punzada de culpa.

El más nuevo y fiel sirviente de su padre no dudó.

—Lo que sea que necesite, *milady*.

—¿Lo que sea? —preguntó, incapaz de reprimir el tono de esperanza.

Él asintió.

—Lo que sea.

Sophie respiró hondo, sabiendo que una vez que pusiera en marcha ese plan, sería imposible retroceder. Sabiendo también que, si la pillaban, su reputación quedaría arruinada para siempre.

Miró por encima del hombro; Liverpool House se erguía como las puertas del averno entre los árboles. La frustración, la tristeza y la ira se agolpaban en su interior al recordar lo ocurrido en los jardines. La fiesta. El invernadero. El intercambio con su cuñado. La manera en que Londres lo había apoyado... Contra ella. La forma en que la habían repudiado. Su vergüenza.

Tenía que salir de allí. Ahora. Antes de que se dieran cuenta de lo mucho que le había dolido.

Y solo había una forma de conseguirlo.

Se volvió de nuevo hacia Matthew.

—Dame tu librea.

· 3. Sophie encuentra un disfraz. Advertencia: hay juego sucio ·

A Sophie le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que el carruaje no se dirigía a Mayfair.

Si se hubiera dado cuenta de eso antes de ponerse la librea de Matthew y de esconder el pelo debajo de la gorra, habría tenido la presencia de ánimo necesaria para dar marcha atrás. Sin duda habría corrido el riesgo que suponía sentarse en el pescante, junto al cochero, en vez de rechazar su invitación.

Por desgracia, no valoró como debía las cejas arqueadas del cochero ni su escéptico: «Haz lo que quieras», y ocupó su lugar de escolta en la parte trasera del carruaje, de pie en el escalón trasero, donde se aferró con absoluta entrega a las asas.

Tampoco se dio cuenta de que, al llegar al final del largo camino de acceso a Liverpool House, el cochero giraba a la izquierda en vez de a la derecha. Ni de que el paisaje que pasaba se hacía cada vez más campestre. En su lugar, respiró hondo varias veces, lo que su padre llamaría «aire bien respirado» y se sintió libre por primera vez desde que su familia se había trasladado a Londres.

Y también se sintió definitivamente divertida.

«Toma eso, odioso canalla real».

Se rio pensando en que el marqués de Eversley iba tan tranquilo en el interior del carruaje, desconociendo que ella estaba a corta distancia. Esto por haber pensado que no iba a conseguir aquello que le había pedido. Casi lamentó que no fuera a enterarse de que iba a saltar del carruaje para dirigirse a su casa.

Pagaría lo que fuera por ver desaparecer su expresión de suficiencia.

Se rio para sus adentros mientras miraba el cielo azul, las verdes tierras de labranza salpicadas de rebaños de ovejas, los bosques y las balas de heno. Y se recreó en el hecho de haber escapado sin la ayuda o la atención de la aristocracia. Por desgracia, nunca podría contarle a nadie esa historia.

Momentos después de regresar a Wight Manor en Berkeley Square, tendría que deshacerse de la muy útil pero ajustada librea de Matthew e inventar una historia sobre cómo había vuelto a casa. Y conseguir que el nuevo lacayo de su padre le guardara el secreto.

Pero por ahora, mientras los tejados de Londres desaparecían en la distancia, era inevitable pensar en lo que había ocurrido esa tarde —en su pública e indudable vergüenza a largo plazo—, aunque podía disfrutar de su triunfo.

Y lo hizo. Las mejillas le dolían por el tiempo que llevaba sonriendo, hasta que fue consciente de otros dolores que sufría en piernas y brazos.

Al principio no les hizo caso. Era lo suficientemente fuerte para soportar los kilómetros que faltaban hasta Mayfair. Las calles de Londres obligaban a parar y arrancar de nuevo, a ir despacio en algunos puntos, así que solo tenía que mantener la cabeza gacha y aferrarse con fuerza hasta que llegara a casa a su debido tiempo.

Luego comenzaron a dolerle los pies, todavía enfundados en los escaarpines de seda. Las botas de Matthew habían sido demasiado pequeñas para lo que su padre siempre había denominado sus «aletas»; aunque ella siempre se había negado a aceptar el hecho de que ser comparada con criaturas acuáticas no era en absoluto un halago, era evidente que en ese caso había jugado en su contra.

Pronto fue consciente de que los susodichos escaarpines no estaban pensados para eso.

Y, como también vio después, tampoco ella.

De hecho, menos de media hora después, comenzó a pasarlo mal. Las manos empezaron a dolerle, y parecían garfios por la forma en que se aferraban a la parte trasera del carruaje. Sin duda no había esperado que el puesto de lacayo fuera tan exigente.

Apretó los dientes, recordándose que había situaciones más difíciles que esa en el mundo. Los hombres habían construido puentes. Las familias habían emigrado a las colonias. Era hija de un minero. Nieta de otro.

Sophie Talbot podía permanecer aferrada a un carruaje los cinco kilómetros que había hasta su casa.

El vehículo incrementó la velocidad como si el mismo universo hubiera oído sus pensamientos y deseara demostrarle su idiotez. Bajó la mirada, considerando si debía saltar al camino y recorrer a pie el resto de la distancia. Pero al ver la rapidez con la que viajaban, consideró que era mejor no hacerlo.

Su intención era alejarse de la fiesta, no morir.

—¡Oh, córcholis!

«Sophie, esa lengua». Escuchó la advertencia de su madre en la minúscula parte de su cerebro que no era presa del pánico en ese momento. Pero no le cupo ninguna duda de que si había un momento para maldecir, era ese, vestida como un lacayo, aferrada a un carruaje, segura de que iba a morir.

Entonces se cruzaron con un carruaje de postas lleno de gente, en el que había un niño sonriente en el mismo lugar que ella ocupaba.

En ese instante supo que aquel carruaje y el hombre que reposaba en el interior, no iban a Londres.

—¡Oh, córcholis! —repitió, más alto.

El niño la saludó con la mano.

Ella no se atrevió a soltarse para responderle, sino que se agarró con más fuerza al tiempo que apretaba la frente contra la fría madera del carruaje.

—Córcholis córcholis córcholis... —entonó como una melodía.

Como si quisiera castigarla por su vulgaridad, una rueda se hundió en un bache de la carretera y el vehículo rebotó, haciendo que le crujiera la columna y que estuviera a punto de caerse. Gritó de miedo y desesperación mientras se aferraba con más fuerza todavía. Ahora con un terrible dolor en las manos.

Solo había una opción. Tenía que bajarse de ese vehículo. Inmediatamente. Ahora solo estaba a cinco kilómetros de Wight Manor, podía ir andando si se libraba en ese momento de aquella ridícula situación.

—¡Te he dicho que te sentaras conmigo!

Sophie cerró los ojos.

—¿Cuándo nos detendremos?

Esperó durante algunos segundos la aterradora respuesta.

—Si todo va bien, diría que dentro de tres horas. O quizá cuatro.

Gimió, la palabra que se le ocurría era mucho peor que «córcholis». De repente, saltar del vehículo le pareció una posibilidad absolutamente viable.

—Supongo que has cambiado de opinión sobre viajar en el pescante —dijo el conductor.

Por supuesto que había cambiado de idea. No debería haber ideado un plan tan terrible. Si no se le hubiera ocurrido huir de la fiesta, ahora estaría en casa y no allí, a unos minutos de la muerte.

—¿Quieres que me detenga para sentarte a mi lado?

Apenas escuchó lo que dijo después de «detenga».

«¡Santo Dios! Sí, por favor, deténgase».

—¡Sí, por favor!

Cuando el carruaje comenzó a disminuir la velocidad, el alivio que la inundó fue tan grande que opacó todo lo demás, haciendo que se olvidara del pánico y el dolor por un fugaz momento. Un instante muy, muy fugaz.

—Me pareció muy raro que quisieras viajar en la parte trasera todo el viaje.

Bueno, podría habérselo comentado entonces, y no estarían en esa situación. Si Sophie hubiera tenido siquiera un indicio de que el marqués de Eversley no se dirigía a Mayfair no hubiera puesto un pie en el carruaje. Pero no podía perder el tiempo pensando en su error cuando podía ser el momento de rectificarlo. Sintióse liberada, enderezó los hombros y alzó la cabeza, respiró hondo, preparada para bajarse del vehículo y anunciar a Matthew que no los acompañaría fuera cual fuera el lugar al que se dirigía.

La libertad era algo maravilloso.

Medio esperaba la sorpresa del marqués cuando descubriera que ella era su polizón. Una sorpresa que compensaría su arrogancia anterior, y que estaba encantada de proporcionarle.

Maldijo por lo bajo hasta que le cedieron las piernas y se desplomó en el suelo sin gracia alguna.

—Córcholis... —Se estaba convirtiendo en su palabra favorita.

El cochero abrió los ojos como platos y ella no pudo echárselo en cara. Los lacayos, estaba segura, solo tenían una responsabilidad: no caerse del carruaje.

—Levántate, torpón —apresuró el cochero, pensando sin duda que sonaba encantadoramente gracioso—. No tengo todo el día.

Atrás quedó su triunfo.

Atrás quedó su libertad.

Se apoyó en manos y rodillas, notando cómo le dolían todos los músculos después de haber estado aferrada a la parte posterior del carruaje por aquella carretera llena de baches. Se levantó lentamente, dándole la espalda al vehículo mientras se enderezaba.

—Me temo que va a tener que esperar —dijo—, necesito hablar con el marqués.

En el momento en el que el conductor digirió las palabras, se quedó estupefacto; no era normal, sin duda, que un criado exigiera hablar con su amo.

Más sorprendido se quedaría cuando se diera cuenta de que el marqués de Eversley no era en realidad su amo. Y que tampoco era un lacayo.

Sintió un ligero remordimiento cuando consideró que el cochero tendría que regresar a Londres cuando ella revelara su identidad. Estaba segura de que su cuerpo protestaría tanto como el de ella.

—¿Te has vuelto loco, chaval? —preguntó el hombre, incrédulo.

Ella lo miró.

—No, en absoluto. —Se acercó al carruaje y golpeó la puerta—. Abra, *milord*.

No hubo ningún movimiento en el interior del vehículo. La puerta permaneció firmemente cerrada

—¡Estás loco! —anunció el cochero.

—Le juro que no lo estoy —replicó ella—. ¡Eversley! —gritó, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sintió al golpear el elegante coche negro. Seguramente el marqués se había quedado dormido, como cabría esperar de un perezoso aristócrata—. ¡Abra la puerta!

Cuando la viera, estaría furioso, pero no le importaba. De hecho, Sophie sentía un constante deseo de proporcionar a aquel indignante e insoportable aristócrata una lección. Estaba segura de que nadie había retado al marqués de Eversley, conocido en privado como King, «rey» en inglés. Como si fuera poco pomposo ya, asumía el título más elevado de Gran Bretaña en su propio nombre

Y todo Londres, sencillamente, lo aceptaba. Lo llamaban con aquel ridículo apodo. O por el otro —canalla real—, como si fuera un cumplido y no una absoluta blasfemia.

Y a ella la habían exiliado por decir la verdad sobre un duque.

La ira la inundó, mezclada con algo más, algo que no le gustaba y que no supo definir.

Golpeó el carro como si se tratara de una representación del hombre que había dentro, del vacío y aristocrático mundo al que él pertenecía, con exasperado ímpetu.

Como si nadie lo hubiera desafiado.

Hasta ahora. Hasta que lo había hecho ella.

—Él no está ahí.

Alzó la mirada hacia el cochero.

—¿Qué ha dicho?

El hombre estaba claramente exasperado y cada vez se mostraba menos tolerante con lo que percibía como locura.

—El marqués no está dentro y me estás haciendo perder mucho tiempo.

Súbete al pescante. Estamos a muchos kilómetros de cualquier lugar y se está haciendo de noche.

Ella miró la puerta, negándose a creer lo que había oído.

—¿Qué quiere decir con que no está dentro?

El cochero la miró irritado.

—Eso: No-está-dentro. ¿Qué parte no entiendes?

—¡Lo he visto entrar!

—Tenemos que reunirnos con él allí —explicó el hombre como si fuera tonta.

Sophie parpadeó.

—¿Dónde?

La exasperación ganó la batalla y el conductor se volvió hacia la carretera con un suspiro.

—Le dije que no me endosara a un crío que no conocía. Haz lo que quieras. No tengo tiempo para esperar a que recobres la razón.

Con un movimiento de muñecas, azuzó a los caballos para que se pusieran en marcha.

Dejándola abandonada en el camino.

Sola.

Donde cualquiera podría atacarla.

«Córcholis».

—¡No! ¡Espere! —gritó.

El carruaje se detuvo el tiempo suficiente para que ella se encaramara al pescante del conductor y se volviera a poner en marcha.

Por un momento, Sophie consideró contárselo todo al cochero. Confesarle allí mismo su identidad y quedar a su merced, con la esperanza de que la llevara a casa.

A casa... Una imagen parpadeó en su mente. Tierra verde y exuberante que se extendía por colinas y valles, salvajes puestas de sol en el norte. No era Londres. Sin duda no era Mayfair, donde lo único exuberante eran las faldas de seda que se veía obligada a usar todos los días, por si acaso alguien iba a tomar el té.

Y su padre tenía suficiente dinero para que siempre fuera alguien a tomar el té.

Londres no era su casa. Su hogar. No lo había sido durante la década que llevaba viviendo en esa casa perfecta de Mayfair que su madre y sus hermanas adoraban como si no echaran de menos

el pasado. Como si hubieran odiado la vida que vivieron antes de trasladarse allí. Como si hubieran olvidado lo que necesitaban de verdad. Como si ya no lo recordaran.

De forma espontánea y sorprendente, se le llenaron los ojos de lágrimas y ella parpadeó, culpando a la brisa veraniega y a la velocidad del carruaje.

Estaba en el pescante de un carruaje, vestida como un lacayo, y no sabía siquiera a dónde se dirigía.

Pero, de alguna manera, la idea de regresar a Londres la entristecía.

Así que se quedó callada, sabiendo que era una locura. Rezando para que el cochero no se diera cuenta de que era una mujer, escuchando el sonido de las ruedas y los cascos de los caballos. Rumbo al norte.

Horas más tarde, cuando ya se había puesto el sol, resultó evidente que Sophie no estaba en su elemento. Había pensado que ponerse la librea de un lacayo, hacerse pasar por un niño y viajar en el exterior de un carruaje serían las partes más difíciles de la farsa, pero ahora sabía que no eran nada en comparación con la llegada a la posada de paso.

Observó desde el pescante cómo el cochero se bajaba para organizar la estancia de los caballos en los establos y, al parecer, la del propio carruaje.

Aquel pensamiento permaneció en su cabeza dando vueltas. ¿Dónde metían los carruajes cuando no se usaban? Era algo que nunca se había planteado.

—¿Qué? ¿Vas a quedarte ahí arriba como si fueras un pasmarote? ¿O piensas bajar y ayudarme?

Las preguntas la hicieron sobresaltarse y bajó la vista para encontrar al cochero con la mirada clavada en ella. Su anterior exasperación parecía haberse visto superada por algo muy diferente: la sospecha.

Bueno. Podía vérselas con ello. Por ahora, por lo menos, mientras decidía cuáles serían los próximos pasos de su plan.

En realidad llamar «plan» a aquella situación escandalosa no era muy apropiado. Le iba mucho mejor «desastre».

—¿Dónde estamos? —preguntó, bajando el tono de voz de forma deliberada para que el cochero no se diera cuenta de que era una mujer. Se bajó del carruaje, dispuesta a apostar que, si bien no tenía claras cuáles eran las funciones de un lacayo en ese preciso momento, poner los pies en tierra era un excelente primer paso. Una vez en el suelo, ladeó la cabeza y se reprimió a tiempo para no hacer una reverencia. Los hombres normales no hacían reverencias. Eso lo sabía.

—Lo único que importa es que hemos llegado antes que el marqués.

—¿Dónde está él? —preguntó antes de poder contenerse. No necesitaba ver la crítica mirada del cochero para saber que había sobrepasado los límites.

—No sé lo que te pasa, muchacho —dijo—, pero es mejor no meter las narices en lo que no te importa. Los sirvientes no se interesan por el paradero de sus amos, ni tampoco hacen preguntas cuando no es necesario que sepan la respuesta. Los sirvientes sirven.

Ese era el problema, por supuesto, Sophie no sabía cómo hacer tal cosa.

—Sí, señor. Eso haré.

El cochero se dio la vuelta.

—Mira bien lo que haces —añadió el hombre por encima del hombro.

Ella no tuvo más remedio que seguirlo.

—Esto... eso que... ¿Qué debo hacer ahora?

Él se quedó quieto y luego se dio la vuelta lentamente. Parpadeó.

—Ponte a hacer tu trabajo —le dijo muy despacio, como si fuera tonto.

Eso no le era útil.

Respiró hondo y se volvió de nuevo hacia los caballos, intentando recordar todo lo que había visto que hacían los lacayos a lo largo de su vida.

Su mirada cayó sobre el enorme carruaje negro vacío. Salvo que no estaría vacío. Eversley no habría viajado una distancia tan grande sin ir preparado para ello. Tendría bolsas. Equipaje.

Y los lacayos se encargaban de él.

Con renovado propósito, abrió la puerta y entró en el vehículo, preparada para recoger cualquier elemento que el marqués hubiera querido que trasladaran a sus habitaciones, pero se quedó inmóvil en la oscuridad. Los animados sonidos de la posada que llegaban desde fuera quedaron ahogados mientras miraba lo que había en el enorme carruaje. Y era enorme, sin duda. Era uno de los vehículos más grandes que jamás hubiera visto. Podría haber allí dentro tres filas de asientos sin esfuerzo. Pero no era así. Solo había una en la parte de atrás, dejando un gran espacio en el interior, lo suficientemente grande para que pudiera tumbarse un hombre. De hecho, podrían estirarse allí varios individuos.

Sin embargo, no había seres humanos en aquel espacio, sino grandes ruedas de madera. Había diez, quizá doce. No podía contar exactamente cuántas eran debido a la oscuridad. Sophie se quedó inmóvil mirando la carga. ¿Por qué el marqués de Eversley trasladaba ruedas en su carruaje? ¿Es que no había quien las hiciera en el norte?

De hecho, la única prueba que había del marqués de Eversley allí dentro era

el montón que formaba la ropa de gala que ella había visto caer desde lo alto cuando él había escapado del conde que lo perseguía.

¿Dónde se habría metido?

—¡Chico!

Sophie soltó un suspiro de exasperación. El cochero estaba empezando a convertirse con rapidez en un compañero indeseado.

—¿Sí, señor? —respondió, apretando los dientes.

—No eres más útil dentro del carruaje que encima de él.

Entonces, para su sorpresa, una mano le agarró de la cintura de los pantalones y la arrastró fuera del vehículo. Sophie soltó un chillido salvaje cuando el hombre la dejó en el suelo y cerró la puerta. Después de todo, no todos los días era maltratada tan... bueno... con tanta facilidad.

Sin embargo, cuando el cochero se volvió hacia ella, supo que estaba acabada. De hecho, era mejor que Matthew estuviera al servicio de su padre, ya que estaba segura de que estaban a punto de despedirlo del servicio de Eversley. También muy fácilmente.

—¿Es que te has vuelto...?

La evaluación del hombre de sus facultades mentales —o falta de ellas— fue interrumpida por un estrépito ensordecedor, compuesto por el ruido de unos cascos salvajes, la pesada respiración de los caballos y un exuberante grito masculino. Sophie se volvió justo a tiempo de ver que el primero de los cabriolés se acercaba hacia ella a una velocidad capaz de romper los radios y los ejes de las ruedas, como si estuviera en un largo tramo de carretera en lugar de en el patio de una posada llena de gente.

Sophie dio un salto hacia atrás al tiempo que gritaba, y se apretó contra el lateral del carruaje negro. Miró con los ojos abiertos como platos cómo el cabriolé giraba sobre una rueda, a punto de perder el equilibrio. Cuando la otra se posó en el suelo, salió disparada cruzando el patio mientras el conductor ejecutaba media vuelta perfecta hasta quedar frente a los cabriolés que lo seguían. El conductor se mantenía de pie sobre el pescante, a pesar de que debería estar cansado; parecía increíblemente fuerte, encima del caballo y el vehículo, cuando se enfrentó con los brazos en jarras a sus compañeros, seguramente tan chiflados como él. Gran parte de su rostro quedaba oculto por el ala del sombrero, pero la luz de la posada mostraba una gran sonrisa lobuna.

Sophie se sintió atraída de una manera inusual por aquella sonrisa.

—Parece que he ganado, muchachos. —Los otros se habían detenido y un

coro de gemidos inundó el aire cuando añadió—: una vez más.

Como esa era la primera vez que Sophie estaba en el exterior de una posada en la oscuridad, se imaginó que aquello era algo común, pero jamás hubiera pensado que los hombres hacían carreras de cabriolés en la Gran Carretera del Norte solo para divertirse.

«Divertirse».

La palabra resonó en su mente, recordándole la conversación anterior con el marqués de Eversley, cuando él le había dicho que era un muermo.

Volvió a sentirse irritada. Era muy divertida.

Después de todo estaba allí, ¿verdad? Vestida de lacayo en un patio lleno de hombres que parecían saber muy bien qué era la diversión.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el movimiento del hombre cuando bajó de un salto del cabriolé y se dirigió a sus caballos para darles unas palmaditas en el lomo a las enormes bestias, felicitándolas por su trabajo, mientras los animales resoplaban y suspiraban.

Cuando Sophie notó cómo se les movían las costillas bajo la mano de su amo, se sintió abrumada. Por él, por el grupo que parecía dirigir. Nunca había visto nada igual. Aquellos hombres iban vestidos de negro con ropa informal, chaquetas negras sobre camisas de lino negro y sin corbata. Los pantalones brillaban bajo las luces de las lámparas, y ella examinó la vestimenta. Era de... ¿cuero? Qué extraño... y fascinante.

Clavó los ojos en el líder, en la larga curva de sus muslos, que destacaban con aquella vestimenta. Admiró esa línea precisa, estudiándola durante más tiempo del que se consideraba apropiado.

Pertenecía a un hombre muy bien constituido. Objetivamente bien constituido.

Esa era la segunda vez en el día que tenía el mismo pensamiento.

Tosió ante la idea mientras el calor se extendía por sus mejillas. El sonido atrajo la atención del hombre, que giró la cabeza hacia ella de inmediato. Aunque no pudo ver sus ojos, Sophie no se había sentido nunca tan observada, y agradeció inmensamente llevar puesta la librea de Matthew. Nunca se había encontrado en una situación así. No pertenecía a ese mundo.

Bajó la mirada a sus botas, deseando que se la tragara la tierra.

Pero entonces se dio cuenta de que no llevaba botas.

Al menos, no llevaba dos.

«¡Córcholis!».

Acababa de llegar el marqués de Eversley.

Y por la forma en que se acercó a ella —con aquella arrogancia que ya había detectado en él cuando discutieron por la bota—, estaba a punto de descubrir que ella también estaba allí. No alzó la mirada hacia él, sino que mantuvo la vista clavada en los pies, esperando que la ignorara.

No dio resultado.

—Chico... —Arrastró las palabras, que llegaron desde demasiado cerca. Perturbadoramente cerca.

Ella se movió, desando poner distancia entre ellos.

Tampoco funcionó.

—¿No me has oído? —insistió él.

Ella se movió, apenas se inclinó unos centímetros antes de reprimir el impulso de hacer una reverencia. Incluso aunque no estuviera vestida de hombre, él no se merecía ningún tipo de cortesía. Aquel arruinador de mujeres representaba todo lo que ella odiaba de la sociedad que la había rechazado. Ese hombre también le había dado la espalda. Si hubiera estado dispuesto a ayudarla, ella no se encontraría en esa situación tan ridícula.

—¿Es que eres sordo? —ladró él.

Sophie se enderezó tosiendo y apretó el mentón contra el pecho al tiempo que bajaba la voz.

—No, *milord*. —El título casi se le estranguló en la garganta.

Ella se libró de lo que él hubiera estado a punto de decirle porque se acercó uno de sus compañeros.

—¡Maldita sea, King! ¡Eres jodidamente increíble! Pensé que te ibas a matar en la última curva.

Ella contuvo la respiración. No fue debido a la inesperada vulgaridad del lenguaje, crecer cerca de los mineros la hacía a una inmune a las blasfemias, sino al tono ronco y al inesperado acento escocés de la voz. Levantó la vista y se encontró cara a cara con el duque de Warnick, otro canalla por derecho propio con su oportuna leyenda, un escocés inculto que había heredado inesperadamente un ducado, sumiendo a Londres en estado de pánico. Aunque se lo veía rara vez por allí, y todavía era más raro que le dieran la bienvenida en la ciudad, estaba allí, a un metro de ella, riendo y felicitando al marqués de Eversley con una palmada en el hombro por algo que Sophie solo podía imaginar y que había estado a punto de matarlo de camino a la posada.

Eversley respondió a la sonrisa del duque con otra igual de amplia, llena de arrogancia y horror.

—Se me rompieron dos radios de la rueda derecha —se jactó. Sus palabras

explicaron por qué ese hombre viajaba con un carruaje lleno de ruedas de repuesto—. Pero sin riesgo no hay victoria, o eso parecía.

Warnick se rio.

—Te tuve a tiro de piedra él último medio kilómetro.

—Incluso aunque hubieras podido pillarme —presumió King—, eres demasiado cobarde para haberlo hecho.

Sophie pensaba que no matar a un hombre no era precisamente una cobardía, pero se abstuvo de indicarlo, estaba demasiado ocupada pensando cómo alejarse de esa pareja sin que el marqués la descubriera en ese espacio abierto, donde su reputación podía quedar absolutamente arruinada por lo que ahora sabía que era un grupo de hombres que reconocerían con facilidad a una de las hermanas Talbot.

El duque se acercó a Eversley.

—¿Acabas de llamarme cobarde? —preguntó en un tono bajo y amenazador.

—Así es, en efecto. ¿Cuándo estuviste en Londres por última vez? —inquirió Eversley antes de darse cuenta de que ella se movía—. Quieto ahí —le dijo, levantando un dedo delante de su cara, aunque no apartó la mirada del duque, dejándola paralizada en el lugar hasta que terminaran de hablar.

Sophie nunca había pensado lo groseros que podían ser los aristócratas con sus sirvientes. Después de todo, eran los que les hacían todo el trabajo. Aunque no estaba segura de qué tipo de trabajo en concreto hacía un lacayo, sí sabía que tenía poco que ver con mirar fijamente a aquellos idiotas.

El duque ladeó la cabeza.

—Tú también sabes cómo evitar los lugares desagradables.

Eversley sonrió.

—Soy todo un experto.

En ese momento, Warnick metió la mano en la chaqueta abierta y sacó una moneda.

—Tus ganancias.

Le lanzó la moneda y Eversley la pilló en el aire antes de guardársela.

—No sabes lo que disfruto ganando tu dinero.

—Dinero... —se burló el duque—. Como si te importara. Lo único que quieres es la victoria.

Sophie reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. Por supuesto que quería ganar. No tenía ninguna duda de que el marqués de Eversley solo pensaba en ganar.

Nada le gustaría más que verlo perder.

Antes de que pudiera disfrutar de aquella fantasía privada, el duque lanzó su pulla final.

—Aunque no creo que llegue para pagar la bota que te falta. Dime que la dejaste de recuerdo en el lugar donde disfrutaste de tu última aventura.

A Sophie se le aceleró el corazón con esas palabras, al recordar la reputación de Eversley, al acordarse de su propia idiotez por estar allí, dondequiera que fuera, lejos de casa y sin ningún plan en perspectiva.

«¿Qué puedo hacer ahora?».

Iba a tener que confiar en la buena voluntad de alguien de la posada para llegar a su casa. Debía regresar a Londres, y no sería fácil. Se vería obligada a prometer que pagaría al llegar, y era difícil que la creyeran.

—Creo que recuperaré la bota enseguida.

Aquello la arrancó de sus pensamientos. Lo que implicaba la impulsó a buscar sus ojos, aunque seguían ocultos por el ala del sombrero. ¿Sería posible que la hubiera reconocido?

—Quizá debería enviar a este chico a buscarla.

Sophie intentó tranquilizarse, pero contuvo la respiración.

La había reconocido.

El duque se rio, sin darse cuenta de nada de lo que acababa de ocurrir ante sus ojos, y regresó a su cabriolé.

—El chico podría aprender alguna que otra lección en el tocador de la dama.

Sophie no pudo evitar un resoplido indignado. Por supuesto, Marcella era criticada por sus acciones mientras que el marqués se veía alabado por sus fornidos y groseros colegas.

Eversley interrumpió su sonido con una mirada.

—Espero que mi bota esté dentro del carruaje.

Ella reprimió el impulso de decirle exactamente lo que podía hacer con la bota en lugar de comportarse como un lacayo perfecto.

—Desafortunadamente, *milord*, no es así.

Él arqueó una ceja.

—¿No?

Deseó poder mirarlo a los ojos. Por supuesto, sus brillantes ojos verdes resultaban muy inquietantes, pero al menos si pudiera verlos sería capaz de adivinar sus pensamientos sobre la situación. En cambio, tuvo que seguir adelante, levantando la barbilla en gesto de desafío.

—No.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó él bajando la voz.

—Imagino que donde la dejé —repuso ella en el mismo tono, imitándolo—. En el jardín de los Liverpool.

Disfrutó bastante con la forma en que él tragó saliva después del momento de silencio que siguió a su anuncio.

—Dejó mi Hessian en un seto.

—Usted me dejó a mí en un seto —señaló ella.

—No la necesitaba para nada.

—Bueno, yo tampoco necesitaba su bota.

Él la miró durante un buen rato antes de cambiar de tema.

—Está ridícula.

Por supuesto que lo estaba. Se encogió de hombros.

—Es su librea.

—¿Es para un lacayo! No para una chica arruinada en busca de diversión.

Se dejó llevar por la ira.

—No sabe nada sobre mí. No estoy arruinada. Y no busco diversión.

—¿No? Imagino que existe una explicación perfectamente razonable para que haya robado la librea de mi lacayo y se haya metido de polizón en mi carruaje.

—La hay, se lo aseguro. Y no he ido dentro de su carruaje, sino en el pescante.

—En compañía de cochero, que por lo que parece está ciego. ¿Por qué ha ido ahí?

Ella sonrió.

—Los lacayos no van en el interior de los carruajes, *milord*. E incluso aunque lo hicieran, este va lleno de ruedas. ¿Por qué es así?

—Por si necesito un recambio —replicó él sin dudar—. Y mi lacayo, ¿dónde está? ¿Lo derribó de un golpe y lo dejó desnudo en el seto, junto con mi bota?

—Por supuesto que no. Matthew está en perfecto estado.

—¿Lleva él su vestido?

Sophie se sonrojó.

—No. Le compró ropa a uno de los mozos de cuadra de los Liverpool.

Eso no detuvo sus preguntas.

—¿Y usted? ¿Se desnudó delante de todo el mundo?

—¿Por supuesto que no! —Sophie estaba cada vez más indignada—. No estoy loca.

—¡Oh, no! Claro que no lo está.

—¡No lo estoy! —insistió ella, siseando cada palabra para no llamar la atención sobre ellos—. Me cambié de ropa en el coche de mi familia. Y le pagué a Matthew por su librea antes de enviarlo a casa de mi padre para servir allí.

Él se quedó inmóvil.

—Me ha robado el lacayo.

—No le he robado nada.

—Esta mañana tenía un lacayo y ahora no. ¿Eso no es robar?

—No le he robado nada —repitió—. Ni que usted fuera su dueño...

—¡Le pagaba!

—Pues parece que ha encontrado otro sitio donde le pagan mejor.

Él permaneció en silencio, y ella percibió la frustración en su mirada antes de que hiciera un único movimiento superficial con la cabeza.

—De acuerdo.

Luego se dio la vuelta.

Bueno, eso era inesperado. Y no del todo ideal, ya que ella no tenía dinero y él era la única persona del lugar que podía sentir alguna inclinación por ayudarla a regresar a casa, suponiendo que eso significara que salía de su vida.

Ignoró el hecho de que haberse metido de polizón en su carruaje podría pesar en su contra.

Sophie suspiró. Ese hombre resultaba insoportable, pero ella era lo suficientemente inteligente como para saber cuándo necesitaba a alguien.

—¡Espere! —gritó, llamando la atención del cochero y de varios de los colegas de él, pero no del hombre en cuestión.

La estaba ignorando. De forma deliberada.

Corrió detrás de él, ignorando el dolor que le producía la grava en los pies calzados con escaarpines.

—*Milord* —lo llamó, nerviosa—. Una cosa más. —Él se detuvo y se volvió hacia ella.

Sophie se acercó, muy consciente de repente de la altura de ese hombre y de que su frente quedaba a la altura de sus firmes e inflexibles labios.

—No le sirve —dijo él.

Ella parpadeó.

—¿Perdón?

—La librea. Le queda muy ajustada.

Primero le decía que era un muermo y ahora que estaba rolliza. Sophie era más que consciente de ello, por supuesto, pero no era necesario que él hiciera hincapié en que no era la más ágil de las mujeres. Se tragó el nudo que se le puso en la garganta y cruzó los brazos.

—Perdone, *milord* perfecto, pero no he tenido tiempo para visitar a una modista de camino. —Él no se disculpó por su rudeza, aunque a ella tampoco le sorprendió, no pudo dejar de notarla—. Necesito que me lleve a casa —continuó.

—Sí, ya me dijo lo mismo esta tarde.

Cuando se negó a ayudarla y acabó metida en ese lío.

«Él no fue quien te metió en este lío». Ignoró la molesta vocecita.

—Sí, ya. Sigo necesítándolo.

—Y, como le he dicho con anterioridad, no es mi problema.

Aquello la sorprendió.

—Pero... —se interrumpió, sin saber muy bien qué decir—. Pero yo...

No tuvo que encontrar las palabras.

—Me ha robado la bota y a mi lacayo en lo que solo puedo considerar (teniendo en cuenta las acciones anteriores de su familia) un intento equivocado para obtener mi atención y mi título. Estoy seguro de que entenderá que no me sienta inclinado a brindarle ayuda. —Hizo una pausa y al ver que ella no hablaba, continuó—: Para decirlo claramente, es posible que usted sea un enorme problema, *lady* Sophie, pero no es mi problema.

Aquello dolió, y la forma en que le dio la espalda, como si no fuera nada, como si no valiera nada, como si no fuera digna siquiera de ser la protagonista de uno de sus pensamientos, resultó más duro de lo que podría haber sido cualquier otro día en el que no hubiera hecho lo mismo toda la sociedad y su familia.

Algo destelló entre los recuerdos de la tarde: la aristocracia en masa renegando de ella, eligiendo a su precioso duque antes que la verdad. Por encima de lo correcto.

Las lágrimas llegaron de forma inesperada. Molestas.

«No vas a llorar».

Contuvo el aliento para reprimirlas.

«No delante de él».

Comenzó a picarle la nariz y sorbió, de una forma impropia para una dama.

Él se dio la vuelta bruscamente.

—Si está intentando estimular mi bondad, no lo haga. No poseo ni pizca.

—No se preocupe —replicó ella—. Jamás se me hubiera ocurrido pensar tal cosa.

Él la observó durante un buen rato en silencio antes de que el cochero hablara desde arriba, donde estaba desatando las riendas del pescante.

—*Milord*, ¿está molestándole este chico?

El marqués no apartó la mirada.

—Sí, bastante.

El otro hombre frunció el ceño.

—Chico, ve a los establos y dale a los caballos comida y agua. Eso es algo que no puedes hacer mal.

—Es que...

Eversley la interrumpió.

—Deberías hacerle caso a John Coachman —aconsejó—. No creo que quieras sufrir su ira.

Ella miró a un hombre y luego al otro.

—Cuando termines, busca un lugar donde dormir —añadió John—. Quizá una buena noche de sueño te haga recuperar el cerebro.

—Un lugar para dormir —repitió ella, mirando al marqués, y odiando la forma en la que curvó los labios.

—Hay sitio en el pajar. —La exasperación del cochero era inconfundible, mientras hablaba con ella como si fuera imbecil. Luego John se bajó y desenganchó los caballos para llevarlos a los establos, dejándola sola en el patio con Eversley.

—El pajar puede resultar acogedor —dijo el marqués.

Sophie se preguntó si él encontraría acogedor un golpe en la cabeza, pero se abstuvo de preguntar.

—Muy acogedor, de hecho —continuó Eversley—. Creo que voy a ir en busca de mi cama. Tengo mucho frío en uno de los pies. Me gustaría poder calentarlo cerca del fuego.

Ella también sentía los pies fríos y doloridos. Después de todo, los escarpines de seda no estaban diseñados para atravesar Gran Bretaña en un pescante. Imaginó el calor del fuego que, sin duda, ardía dentro de la posada.

No estaba segura de cómo sería el pajar, pero si tuviera que imaginarlo, diría que estaría lleno de heno, y eso significaba que allí no habría ningún fuego caliente.

Podría revelar su identidad. Era el momento. Podía quitarse la gorra y

señalar su ridículo calzado. Podría anunciar que era *lady* Sophie Talbot y confiar en la bondad de alguno de los hombres que habían llegado con Eversley al Zorro y el Halcón en uno de aquellos cabriolés tan extraños. Pedirles que le proporcionaran un medio de transporte hasta su casa.

Eversley pareció entender sus intenciones antes de que tomaran cuerpo por completo.

—Es una idea excelente. Concéntrese en otro. Warnick es duque.

No fingió malinterpretarlo.

—No me casaría con usted aunque fuera el último hombre de la cristiandad.

—Eso lo dice porque he frustrado sus estúpidos planes.

—Jamás he tenido esa idea.

—Claro que no. ¿Por qué voy a creer a una de las peligrosas Talbot? —se burló él, consiguiendo que lo odiara un poco más por invocar aquel ridículo apodo. Por ser igual que los demás. Por creer que ella quería la vida a la que se había visto empujada.

Por creer que esa vida era valiosa. Que valía más que la que llevaba antes. Por negarse a ver, como el resto de Londres, que ella era diferente. Y que había sido muy feliz años atrás. Antes de que tuvieran un título, una casa en la ciudad, y que tomaran el té con la sociedad.

Antes de que se viera atrapada.

Se tragó su frustración.

—Yo pensaba que se dirigía a Mayfair —confesó, odiando el hilo de voz con el que habló.

Él le señaló la carretera sin duda.

—Unos sesenta kilómetros al sur. Quizá tenga suerte y pase un carruaje de posta.

Las palabras le recordaron su situación.

—No tengo dinero.

—Es lamentable que se lo diera todo a mi lacayo.

—Imagino que Matthew no piensa lo mismo —respondió ella, incapaz de reprimir la mordacidad de su voz—. Después de todo, lo he salvado de tener que trabajar para usted.

Él sonrió.

—Parece que ya puede empezar a poner un pie delante del otro. Si comienza a andar ahora, estará allí mañana por la tarde.

Era horrible. No es que ella hubiera sido la más agradable de las personas, pero aun así, él era peor.

—Todo lo que dicen de usted es cierto.

—¿A qué parte se refiere?

—No es un caballero.

La recorrió de pies a cabeza con la mirada, recreándose en la librea mal ajustada y demasiado ceñida, y recordándole el terrible error que había cometido.

—Perdone, querida, pero usted no parece una dama esta noche.

Y dicho eso, desapareció en el interior de la posada, obligándola a elegir hacia donde dar el siguiente paso: los establos o el camino.

La sartén o el fuego.

· 4. Una peligrosa Talbot ha sido secuestrada; se sospecha de cierto canalla·

Varias horas más tarde, después de que la posada estuviera a oscuras y reinara el silencio, Kingscote, marqués de Eversley, futuro duque de Lyne, notorio canalla que se sentía orgulloso de su reputación, yacía en la cama, despierto.

Despierto y muy, muy irritado.

Ella le había arruinado la victoria.

Y de todas las cosas del mundo de las que King disfrutaba, de nada lo hacía más que de ganar. No importaba qué se jugara: mujeres, peleas, carreras, cartas... Solo le importaba que la victoria fuera suya.

Su relación con la victoria no era algo simple. No se trataba del mero placer de vencer, aunque muchos pensaran que sí. Tenía poco que ver con la diversión o con el entretenimiento. Él necesitaba ganar cuando a otros hombres solo les gustaba. La emoción de la victoria era tan esencial para él como la comida o el aire que respiraba. Se sentía más libre cuando la alcanzaba.

Entonces, se olvidaba de lo que había perdido.

Y había ganado la carrera de cabriolés, superando con rotundidad a todos los demás, adelantándolos uno a uno a una velocidad de vértigo por la Gran Carretera del Norte. Viajando tan rápido que dejaba sin aliento, azuzando los caballos al máximo, lleno de emoción y euforia. Alejando su mente del verdadero propósito de ese viaje al norte. De lo que le esperaba cuando llegara a su destino.

El pasado.

La victoria había estado reñida. Los demás hombres habían conducido con gran habilidad, habían llegado incluso a amenazar su éxito, espoleándolo con la posibilidad de perder. Pero había ganado, y había sido una sensación dulce y profundamente satisfactoria. Era el sabor de la libertad, esquiva y efímera a la vez.

Cuando había contenido el aliento en lo alto del cabriolé, que requeriría

ruedas nuevas antes de empezar la siguiente etapa, había experimentado el increíble placer de saber que dormiría bien esa noche, antes de que la luz del día le recordara la realidad y su deber.

Salvo que no había sido así.

Ni siquiera había disfrutado de una hora de triunfo.

Porque la primera cosa que vio después de detenerse en el patio de El Zorro y el Halcón había sido a *lady* Sophie Talbot, junto a su cochero, vestida con aquella ridícula librea.

Y eso le había arruinado la victoria.

En un primer momento, no se lo podía creer. Después de todo, de todas las cosas exageradamente idiotas que había visto hacer a las mujeres a lo largo de su vida, esta era la más idiota de todas. Pero luego lo pensó mejor. Sabía de lo que eran capaces las chicas desesperadas para conseguir lo que querían. A los extremos que eran capaces de llegar.

Lo sabía mejor que nadie.

Así que, por supuesto, se trataba de ella. *Lady* Sophie, la más joven de las peligrosas Talbot, esa a la que le había negado expresamente el transporte. Al parecer, ella se había negado a aceptar su rechazo.

Y se había colado de polizón.

Al verla vestida de lacayo, se imaginó que no se había montado en el interior del carruaje, donde habría estado más segura, sino que probablemente había viajado en el pescante, junto al conductor. ¡Dios! Podría haberse caído.

Podría haberse matado, y ese cargo habría caído sobre su conciencia.

Cerró los ojos y una imagen apareció en su mente, una chica rota y sin vida, con el pelo rubio extendido como un halo a su alrededor sobre la tierra compacta del camino

Salvo que no era a Sophie Talbot a la que veía rota y sin vida. Era otra chica, en otro momento.

Maldijo por lo bajo en la tranquila habitación y lanzó a un lado el pesado edredón para ponerse de pie y, cruzando la habitación, buscar algo de beber que mantuviera aquel recuerdo a distancia. Se sirvió un *whisky* ignorando el temblor de sus manos, y apuró la copa mientras se giraba hacia la ventana para poder observar el patio vacío de la posada.

Lo veía muy diferente a unas horas antes, cuando se había enterado de que ya no tenía lacayo y cargaba con Sophie Talbot en su lugar. Ella lo había mirado con los ojos muy abiertos, sorprendida de que la hubiera reconocido. Tendría que estar muerto para no hacerlo.

¡Dios! ¿Cómo era posible que nadie más la hubiera descubierto?

«¿Dónde habría ido?».

No le importaba. Sophie Talbot no era su problema. Así se lo había hecho saber a ella misma.

«Y había llorado».

Ignoró ese pensamiento. Y también la forma en la que las lágrimas habían conseguido, de alguna manera, que sus ojos fueran más azules, enmarcados por aquellas pestañas tan negras, más azules incluso con la iluminación amarilla de las lámparas de la posada. Pero sabía que había llorado para manipularlo. Después de todo, ¿no era eso lo que hacían las hermanas Talbot? ¿Poner trampas a los confiados aristócratas para pescarlos?

Ya habían conseguido que la mayor fuera duquesa, ¿por qué no también la más joven?

Bien, pues Sophie Talbot había elegido mal.

Había llegado hasta allí, comprado a su lacayo, sobreviviendo al recorrido en carruaje; daba igual la reputación que tuviera, esa chica no era una simple florero. Él sabía poco sobre ella —solo que era la más seria de las cinco hermanas Talbot—, algo fácil teniendo en cuenta la ostentosa vanidad y el desprecio por el decoro que mostraban todos los demás miembros de la familia.

Sin embargo, sus acciones no confirmaban esa seriedad. De hecho, la hacían parecer realmente tonta.

Bueno. Podía parecer tonta, pero no lo era.

No era eso lo que le transmitía cuando estaba con ella.

«Esa chica no es problema tuyo».

Había encontrado el camino hasta allí, así que podía arreglárselas para regresar a casa.

Él tenía otras cosas de las que preocuparse. Como encontrar el camino de regreso a Cumbria antes de que su padre cumpliera su promesa y muriera. King tomó otro trago más, incapaz de aceptar la idea de que su padre estuviera moribundo. Después de todo, morir era algo que hacían las criaturas con el corazón palpitante, y el duque de Lyne era demasiado severo e inmovilista para tener sangre en las venas. Eso seguro.

Ven lo más rápido posible, tu padre agoniza.

Una sencilla misiva con la pulcra letra de Agnes Graycote, ama de llaves de Lyne Castle, desde que él era niño. La mujer que había prestado sus servicios al duque durante décadas sin vacilar. Que se había quedado después de que

King se marchara, después de que el duque dejara de viajar a Londres, después de que hubiera abandonado sus propósitos de reconciliarse con su hijo.

Como si tal reconciliación pudiera ser posible. Como si no le hubiera arruinado la vida con su amargado orgullo aristocrático. Como si no hubiera respondido a cada una de sus solicitudes para verlo con las mismas palabras; el único castigo que podía proporcionarle.

King había estado casi a punto de ignorar la nota de Agnes.

«Casi».

Pero allí estaba, en una posada en la Gran Carretera del Norte, a sesenta kilómetros de Londres, rumbo a la frontera con Escocia, para mirar a su padre moribundo a los ojos mientras decía en voz alta: «El linaje acaba conmigo».

Maldijo de nuevo en la oscuridad antes de terminar el *whisky*. Dejó el vaso en el alféizar y regresó a la cama, donde cerró los ojos, obligándose a dormir. Pero en lugar de un sueño profundo, había una cacofonía en su mente. Se resistió a pensar en su infancia, en su padre, sabiendo que eso lo llevaría por un camino sombrío que no tenía ningún interés en explorar, y buscó recuerdos más seguros. El día. La carrera. Su victoria. Y cómo le habían arruinado tal victoria.

«No».

Trató de no pensar en ella. Ni en la petición que le había hecho por la tarde ni en su apariencia. En la forma en la que rellenaba la librea en los lugares incorrectos, en cómo le apretaban los pantalones y cómo tiraban los botones de la levita a la altura de sus grandes senos, en la hermosa curva de su cintura. ¡Dios Santo, si todavía llevaba los escaarpines de seda!

Era evidente que las botas del lacayo no estaban incluidas en el precio.

Se tendió de espaldas y puso la mano sobre el pecho desnudo. ¿Por qué ella no había estado usando el calzado adecuado? Y... ¿cómo era posible que su cochero no hubiera notado las ridículas zapatillas amarillas?

Obviamente el cochero era idiota.

No era que se estuviera preocupando por que ella utilizara calzado inadecuado. De hecho, se lo merecía, ¿verdad? A fin de cuentas, a él lo había dejado con una sola bota.

«Deben dolerle los pies».

Pero esos pies, igual que la mujer, no eran su problema.

Ni tampoco la cama en la que estuviera durmiendo.

«No es tu problema».

Ella estaba durmiendo. En un pajar. Rodeada de todo tipo de hombres. Y seguramente algunos de los cuáles se darían cuenta con rapidez de que su compañero no era un hombre.

Si es que los hombres estaban durmiendo.

Una emoción poderosa y desagradable lo atravesó de pies a cabeza.

Culpa. Miedo. Pánico.

—¡Maldita sea! —Se levantó, cogiendo los pantalones de cuero antes de que el eco de la maldición desapareciera de la habitación.

Puede que ella no fuera su problema, pero no podía mantenerse al margen y permitir que sufriera Dios sabía qué a manos de Dios sabía quién. Se puso también la camisa, dejando el borde por fuera del pantalón. Sin molestarse en atar los cordones, abrió la puerta de su habitación y salió en busca de aquella chica.

La posada estaba tranquila, la cocina a oscuras y los grifos cerrados. En la sala principal ardía el fuego de la chimenea. Posó la mirada en el reloj que había en el extremo opuesto de la estancia. Las dos de la madrugada, una hora que solía traer problemas para los que estaban despiertos para presenciarlos.

Salió de la posada, el misterioso silencio del campo inglés en la noche le agobió mientras se dirigía hacia los establos cercanos, imaginando todos los problemas en los que podía haberse metido Sophie Talbot a tales horas de la noche.

Entró en el edificio corriendo al oír voces masculinas. Media docena al menos si la miriada de frases era una indicación. Había también risas, gritos y abucheos. Él se detuvo cerca del punto que quedaba iluminado por una luz dorada, escuchando, mientras trataba de orientarse y entender las palabras.

Como si estuviera esperando oír precisamente eso, distinguió primero la voz de ella, unas palabras claras y pulcras en mitad de la cacofonía de sonidos.

—Entonces, ¿solo tengo que tragarla?

King se quedó inmóvil.

—Eso es —respondió un hombre.

—Me parece que no va a saber muy bien.

«¡Dios!».

—Te sorprenderás —intentó camelarla el hombre—. Tómala entera. De golpe. Te gustará.

—Si usted lo dice... —replicó ella en un tono escéptico que se vio ahogado por el coro que la ovacionó. King se puso en movimiento sin preocuparse de

que uno contra seis fuera un terrible obstáculo, sobre todo cuando esos seis estaban borrachos y hambrientos de sexo.

—Aléjense de la dama —ordenó con voz amenazadora mientras entraba en las cuadras, sorprendiendo no solo al grupo de hombres ebrios y de nefasto aspecto, sentados ante la mesa que habían colocado en el centro del largo pasillo que había entre los cubículos, sino también a la dama en cuestión, que seguía llevando puesta la librea.

Al menos, él supuso que la había tomado por sorpresa porque detuvo en la boca la jarra de cerveza de la que estaba apurando una larga serie de tragos. Se derramó algo de líquido por la pechera, cuando la retiró de los labios para ponerla en la mesa con la fuerza suficiente para verter el resto sobre la mesa, encima de la que había un montón de cartas distribuidas como si acabaran de terminar una partida de faro.

Ella se puso de pie con rapidez mientras dos de los hombres se apartaron con las sillas precipitadamente para evitar que les cayera encima el líquido que acababa de derramarse. Un pequeño vaso de chupito saltó fuera de la jarra de cerveza y cayó teatralmente al suelo hasta detenerse —de forma bastante dramática— junto al pie de King.

Él miró la jarra... mientras las palabras anteriores hacían eco en su cabeza: «Me parece que no va a saber muy bien».

Le estaban enseñando a beber un chupito de *whisky* mezclado con una jarra de cerveza, la bebida a la que recurrían los hombres que deseaban dormir profunda y rápidamente.

No había sido otra cosa.

King se aclaró la garganta.

—No estoy seguro de haberte oído bien, King. —La voz del duque de Warnick con su marcado acento escocés, retumbó en la estancia—. Hubiera jurado que has llamado «dama» a este chico.

Por supuesto que Warnick estaba en los establos. Ese hombre se había pasado la vida alejado de las compañías adecuadas. Si había habido alguien para quien el título supusiera un carga, ese era el duque de Warnick. Pero, rechazara o no a la sociedad, el duque no era el testigo apropiado para dejar al descubierto el disfraz de Sophie y su peligroso plan.

¿Por qué ella no se había vuelto a la cama en cuanto se dio cuenta de que el duque estaba en los establos?

La mirada de Sophie se encontró con la de él; tenía las mejillas encendidas, por su experiencia con el alcohol y su evidente vergüenza. Podía leer una

muda súplica en sus grandes ojos azules, pero la ignoró. Había tenido suficiente de esa mujer y sus problemas. La quería lejos, muy lejos de él.

—No has oído mal. Es una mujer. Cualquier persona con ojos en la cara podría verlo.

Por las expresiones boquiabiertas que aparecieron alrededor de la mesa, parecía, de hecho, que no podía verlo cualquiera.

Pero supieron que era cierto, sin ninguna duda, cuando ella abrió la boca.

—¿Cómo ha podido? —dijo, dirigiendo hacia él la frustración y la furia que la hacía cerrar los puños. Se enfrentó a él rígida como una tabla—. ¡Lo ha arruinado todo!

—¿Yo lo he arruinado todo? —repitió él, cada vez más indignado—. Usted es la única que ha pensado que podría funcionar esta idiotez.

—Espera... ¿Es una chica? —preguntó otro de los hombres.

—Bien, parece que estamos poniéndonos al día —repuso divertido el duque, arrastrando las palabras.

—Pero lleva librea —insistió el borracho.

—En efecto —corroboró Warnick tras una persistente inspección—. Sin embargo, ahora que me fijo bien...

—¡Basta! —exclamó Sophie, recogiendo una bolsa de arpillera del suelo y poniéndosela al hombro. Luego pasó junto a King en dirección a la salida.

King se volvió hacia el duque.

—No vuelvas a mirarla así.

—Pero si solo la he mirado una vez.

—Has tenido horas para mirarla y ni siquiera te has dado cuenta de que no llevaba botas.

El duque arqueó las cejas mientras los demás hombres emitían un coro de gritos incrédulos.

—Nos habríamos dado cuenta —dijo uno de ellos con una risa.

—Es evidente que no —señaló King—. Habéis visto lo que deseabais ver. —A pesar de que él no podía entender cómo no se habían percatado de que *lady* Sophie Talbot era eso... una dama.

—¿Quién es? —preguntó Warnick.

King no iba a decírselo.

—No es una cualquiera.

—Lo dudo. —El duque sonrió.

—Bueno, no obstante, vas a tener que aceptarlo. —King no tenía tiempo para un combate verbal con el escocés. Se giró sobre sus talones y salió de los

establos en busca de la chica.

Se la encontró en el camino, a unos quince metros de la entrada de la posada, caminando sin vacilar, con los hombros rectos y la cabeza alta.

—Lárguese.

—Es noche cerrada. ¿A dónde se cree que va?

—Y yo pensando que era obvio... —replicó ella—. Lo más lejos que pueda de usted.

—¿Y va a ir caminando?

—Los pies me funcionan perfectamente.

—No seguirán funcionando tan bien después de que lleve un cuarto de hora en el camino. ¿Por qué no se hizo también con las botas?

Ella no respondió.

—¿No tenía dinero suficiente?

—Claro que tenía dinero suficiente —musitó ella.

—¿Entonces?

Ella no respondió, ya que eligió ese momento para pisar una piedra y jactarse con irritación.

—¿Lo ve? —intervino él, incapaz de reprimir el tono de suficiencia de su voz. O quizá no le interesaba hacerlo.

Fuera como fuera, ella se volvió hacia él.

—En tan solo doce horas, me ha llamado idiota y ha dicho que estoy loca, me ha sugerido que trato de pescarlo, me ha declarado poco interesante y ha señalado todos los defectos de mi aspecto físico.

«¿Qué?».

—Nunca he señalado defecto alguno de su físico.

Ella cruzó los brazos.

—La librea, *milord*. No me sirve.

Él parpadeó.

—Es que no le sirve.

Sophie emitió un sonido de frustración antes de cortar el aire con la mano.

—Da igual. Dicho esto, no me puedo imaginar por qué considera necesario seguirme cuando lo único que ha dicho desde el principio es que desea perderme de vista.

Si era sincero consigo mismo, él tampoco lo entendía. Pero de alguna forma, necesitaba hacerlo.

—Además, tampoco he dicho que sea poco interesante.

—No, creo que utilizó el término «muerdo», lo que es todavía menos

halagüeño, ya que soy tan profundamente aburrida que requiero una palabra con unas connotaciones especiales.

—No es lo mismo. —De hecho, tenía problemas para que se le ocurriera un adjetivo menos adecuado para *lady* Sophie Talbot que «poco interesante».

—Por lo que veo, ya vuelve a sugerir mi falta de inteligencia. —Sophie le dio la espalda y continuó su marcha. Él se dio cuenta de que cojeaba, lo que no le sorprendió ni lo más mínimo, dado que los caminos apenas estaban habilitados para los carruajes y los caballos.

Verla cojear le molestó, era una muestra de debilidad que le hacía pensar en ella de una manera que no quería. Era posible que le asaltaran los lobos en el camino y eso le preocupaba. Daba igual lo mucho que se había jurado a sí mismo que no era su problema.

La metería en el siguiente carruaje de postas que saliera rumbo a su casa en cuanto amaneciera. Seguramente podría comprarle un vestido a alguna dama que se alojara en la posada. Sin duda tendría que pagarlo a precio de oro, pero valdría la pena por ver a esa problemática mujer rumbo a Londres.

—Vayamos a la posada —sugirió él—. Le buscaré una cama y mañana la ayudaré a regresar a casa.

—Puedo arreglármelas sola —replicó ella—. No es necesario que se preocupe por mí.

Él suspiró, dejando que se filtrara en el sonido su grado de exasperación.

—Debería de aceptar mi oferta elegantemente.

—Perdóneme, pero no estoy de humor para agachar la cabeza solo porque un aristócrata se haya dignado a tolerarme después de que su reputación corra peligro.

Por lo visto, él había tocado una fibra sensible. La provocó de nuevo, incapaz de resistirse.

—Alguien tiene que hacerse cargo de usted. Es posible que acabe metiéndose en problemas de nuevo.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—Yo no me meto en problemas

Él arqueó las cejas.

—Cariño, va de problema en problema.

—No soy su cariño —advirtió ella con los puños apretados.

—Sin duda no lo es —convino él sin pensar—. Me atraen las mujeres más femeninas.

Ella lo miró boquiabierta un instante, apenas el tiempo suficiente para que

él lo percibiera, y King quiso retirar lo que acababa de decir. No era cierto. Sophie Talbot era muy femenina. En efecto, al recibir el impacto de sus palabras, él había visto una faceta muy femenina de ella, algo que uno no percibía de inmediato.

No era que importara. Él no estaba interesado en su feminidad.

Sophie era obstinada y daba más problemas de los que valía. Y si había algo que a él no le gustaba eran las mujeres molestas.

Pero había herido sus sentimientos. Y eso resultaba inquietante, ya que no parecía el tipo de mujer a la que se pudiera herir con facilidad. De hecho, ella se había puesto en marcha nuevamente, con la espalda y los hombros rígidos, en guardia.

Era una estratagema, diseñada para disimular la verdad.

Él lo supo porque había utilizado una similar.

«No hay nada en ella que sea poco interesante».

La llamó.

—No puede regresar andando a Londres.

—Eso demuestra lo poco que me conoce —replicó ella sin detenerse—. No regreso a Londres. Me dirijo al norte.

—No, si va en esa dirección, al norte no va —explicó él antes de asimilar el significado de lo que ella acababa de decir—. Espere... ¿Al norte? ¿Por qué?

Ella se detuvo.

—Por aquí se va al norte.

—No —repuso él—. Se va al sur.

Ella escudriñó el oscuro camino.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Para qué va al norte?

Sophie se dio la vuelta y empezó a andar en dirección opuesta.

—Porque voy a mi casa.

Esa era, sin duda, la mujer más frustrante que había conocido.

—Londres está al sur.

—Lo sé. Poseo un conocimiento básico de geografía.

—Bueno, pues carece de sentido de la orientación. Lo que está haciendo es muy extraño. —Ella no aminoró el ritmo. Caminaron en silencio durante varios minutos hasta que volvieron a encontrar las luces de El Zorro y el Halcón.

—Si no es en Londres, ¿dónde está su casa? —preguntó King sin poder evitarlo.

—En Cumbria.

Él se quedó inmóvil. ¿A qué estaba jugando esa chica? Era él quien iba a Cumbria. A su casa.

«Las peligrosas Talbot».

El apodo atravesó su mente, recordándole los rumores que corrían sobre las adineradas hijas de Talbot, de su escasa calidad como personas. Que necesitaban comprar a los aristócratas para casarse o pescarlos, y la forma más rápida de obtener un título era buscar la ruina en brazos del poseedor del mismo.

Un viaje en carruaje hacia Cumbria podría llevar con facilidad a dicha ruina.

«Muy peligrosas, estaba claro».

¡Dios! Esa tarde no se había equivocado. Esa chica intentaba pescarlo. La sensación de culpa que había sentido al dejarla dormir en los establos con los hombres fue reemplazada por una ardiente cólera.

—Ese es su plan. La trampa que pretende ponerme.

Ella frunció el ceño.

—¿Perdón?

—¿Cómo sabe que voy rumbo a Cumbria? ¿Le facilitó el lacayo esa información?

—¿Va rumbo a Cumbria? —preguntó ella, sorprendida.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—La delicadeza no le sienta bien, Sophie. —Ignoró deliberadamente su título.

—Claro... Y también estoy desesperada por que me encuentre atractiva... —ironizó ella.

Eversley arqueó una ceja.

—Dígame la verdad.

—Es muy simple. Me dirijo a Cumbria porque los primeros diez años de mi vida los he pasado en Mossband.

Él se rio sin ganas.

—Jamás había oído una mentira mayor.

—Es cierto. Lo que no entiendo es por qué le importa.

—De acuerdo... Vamos a jugar a esto —escupió él—. Yo crecí en Longwood... pero usted ya lo sabe.

Ella movió la cabeza para negarlo.

—No hay ningún Eversley por allí.

Él sonrió.

—No. Pero está Lyne Castle.

Sin duda era una actriz excelente porque pareció realmente sorprendida.

—¿A quién le importa?

—Es una lástima que abandone Londres. Debería dedicarse al teatro. —
Hizo una pausa antes de seguir—. ¿Y si le digo que mi padre es el duque de
Lyne?

—¿Qué? —Realmente se le daba de vicio fingir ignorancia.

—Sí. Vaya sorpresa... ¿Verdad? —escupió, arrastrando las palabras. Ya
había tenido suficiente de ella—. ¿Cree que soy tan estúpido como para pensar
que una de las peligrosas Talbot no sabe que marqués de Eversley es un título
de cortesía?

—Sea estúpida o no, es la verdad. No tenía ni idea de que usted fuera el
heredero de un duque.

—Todas las mujeres solteras de Londres saben que acabaré siendo duque.

—Le garantizo que hay solteras a las que les trae al fresco.

No hizo caso de su afilada respuesta.

—Estoy al tanto de que la sociedad me considera el mejor partido.

Ella soltó una risa.

—Sin duda por su alta autoestima. Permítame asegurarle, *milord*, que es un
partido horrible.

—Y usted es una horrible mentirosa. He adivinado desde el principio que
ha tomado la Gran Carretera del Norte para que yo le ofreciera pasaje, dado
que ambos nos dirigimos en esa dirección.

—Su suposición es incorrecta.

—No se haga la inocente conmigo —dijo él, moviendo un dedo delante de
su cara—. Adivino perfectamente sus extravagantes planes. Quería que le
siguiera la corriente.

La vio parpadear.

—¿Que me siguiera la corriente? ¿En qué? —Él sonrió.

—Estoy seguro de que puede sumar dos y dos. A las mujeres de su familia
se les da muy bien.

Ella lo comprendió de repente.

—Como si yo fuera a permitir que se acercara a mí. Si ni siquiera me
gusta...

—¿Quién ha dicho que deba gustarle? —La mente de King se llenó de visiones de cómo podrían aprovechar el tiempo mientras viajaban al norte—. No importa. No me importan sus planes. No me va a pescar. Soy más inteligente que el resto de los hombres de Londres, querida. Y usted no es tan tentadora como sus hermanas.

Las palabras quedaron flotando en el aire nocturno. La única indicación de que ella las había oído fue la forma en la que enderezó la espalda.

Él soltó el aire con fuerza, resistiendo el impulso de maldecir sonoramente. La última frase había sido cruel. Lo supo en cuanto las palabras salieron por su boca. Era la más sencilla de las hermanas Talbot, sí. Y eso la hacía la menos apta para el matrimonio. Tenía fortuna y nada más.

Y la sorpresa era que... en ese momento, vestida con aquella apretada librea, calzada de forma ridícula, parada en la Gran Carretera del Norte, con la luz de la luna arrancando reflejos de su pelo, no parecía sencilla en absoluto.

Hubo un largo silencio durante el cual King se sintió cada vez más incómodo. Las palabras resonaban sin cesar en su cabeza. Debía disculparse antes de que ella hiciera algo horrible, como ponerse a llorar.

Pero debería haber imaginado que *lady* Sophie Talbot no iba a llorar allí, en la Gran Carretera del Norte, en medio de la oscuridad de la noche, a kilómetros de cualquier lugar o persona dispuesta a ayudarla, frente a un hombre que no le caía bien y que acababa de insultarla de una forma que no se merecía.

Ella se rio.

A carcajadas.

King parpadeó. Bueno..., eso era inesperado.

No le importaba el tono de desdén que contenía la risa, y le importó todavía menos cuando habló.

—Lo único que quería era que me llevara a Mayfair —explicó ella lentamente, como si estuviera hablando con un retrasado—. Pero ya que se negó, tuve que encargarme yo misma, algo que le agradezco —levantó un poco la voz como si quisiera que se enterara bien—. Durante gran parte del día, eso no jugó a mi favor, pero las cosas son diferentes ahora, y no gracias a usted. Ahora sí tengo un plan. Uno que no le incluye a usted, ni su ayuda o su bondad. Una suerte, ya que no me ha ofrecido ayuda ni he apreciado ninguna evidencia de bondad.

Él abrió la boca para responder, pero ella se lo impidió de nuevo.

—Voy a ser muy clara. Me dirijo al norte para escapar de todo lo que usted representa. Es usted todo lo que detesto de la aristocracia: arrogante, insípido, sin propósito... En resumen, está demasiado pendiente de su título y su fortuna, algo que ha recibido sin ningún esfuerzo por su parte. No tiene ningún pensamiento ponderable en su cabeza, solo piensa en estúpidas carreras, utilizando su inteligencia exclusivamente para planificar seducciones y victorias. En caso de que no lo haya notado, yo estaba muy bien en los establos hasta que apareció y reveló que soy una mujer. Y cuando me marché, con toda la intención de encontrar la forma de llegar al norte, ¿usted me siguió! En serio, ¿de verdad piensa que quiero casarme con usted? —Hizo una pausa—. No sé cómo decírselo más claramente. Váyase.

Él conocía su propia reputación. Había trabajado muy duro para cultivarla —el canalla real—, con demasiado encanto y no la suficiente ambición, un tipo que se nutría del escándalo y los rumores, algo que le seguía donde quiera que fuera. Le resultaba más fácil mantener a las mujeres a distancia si no podía prometerles más que una noche, ya que no tenía intención de casarse.

A pesar de ello, mientras estaba allí, en la posada, escuchando arremeter a Sophie Talbot contra su leyenda, tan cuidadosamente elaborada, sus palabras le dolieron más de lo que debían.

No debía preocuparse de lo que esa simple muchacha sin importancia pensara de él.

«No me importa».

De hecho, era mejor que se fuera cada uno por su lado y que nunca volvieran a encontrarse. Tenía un padre moribundo del que preocuparse. Un futuro colmado de responsabilidades que no quería. Un pasado al que había esperado no tener que enfrentarse. Debía dejarla allí. Olvidarse de que la había conocido. Y lo haría, en cuanto tuviera la última palabra.

—Tiene suerte de que la haya seguido o estaría andando hacia el sur durante toda la noche.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Oh, sí! Ha sido usted un afortunado regalo del destino desde que casi dejó caer una bota en mi cabeza.

Si no estuviera tan furioso, podría haber encontrado divertidas aquellas cáusticas palabras. Pero en su lugar, la miró de arriba abajo, clavando los ojos durante más tiempo en sus pies.

—Deseará haber aceptado mi ayuda cuando estaba de humor para ofrecérsela.

—No aceptaría su ayuda ni aunque me estuviera muriendo de hambre y me pusiera delante una bandeja de té y pastelitos.

Él se dio la vuelta, dejando sola a aquella maldita mujer en aquella maldita carretera a merced de sus malditos recursos. Ella no era su problema. ¿Cuántas veces tenía que recordárselo a sí mismo? Si quería quedarse sola, la dejaría sola de mil amores.

Sin dinero.

Sin ropa.

Sin unos malditos zapatos.

Vaciló, odiándose a sí mismo por ello. Odiándose todavía más cuando se volvió de nuevo hacia aquella ingrata mujer.

—¿Cómo piensa llegar allí?

—Me imagino que de la forma usual —repuso ella, calmada—. En carruaje.

—Entonces, ¿ha olvidado que necesita dinero para ir en carruaje? —Tendría que pedírselo a él. Y se lo daría gustosamente. Pero antes quería que ella se arrastrase.

Para su sorpresa y decepción, sin embargo, *lady* Sophie Talbot se limitó a sonreír. Sus dientes brillaron bajo la luz de la luna.

—No requiero tal cosa.

Él no sonrió. Parpadeó.

—Hace seis horas no tenía un penique.

La vio encogerse de hombros.

—Las cosas cambian.

—¿Qué ha hecho? —preguntó con un susurro.

—*Milord*, puede que no sea tan tentadora como mis hermanas —replicó ella, recordándole su último insulto—. Pero tengo otros talentos.

«¿Qué demonios quería decir con eso?».

Ella le señaló la posada con la barbilla.

—Que duerma bien.

Él se lavó entonces las manos, dispuesto a olvidarla para siempre. Se dijo a sí mismo que, al fin y al cabo, ella no era su problema.

No fue hasta la mañana siguiente que King descubrió que sí era su problema. Cuando salió de la posada, frustrado y cansado, y se dirigió hacia los demás competidores, para ver cómo preparaban sus cabriolés para la carrera del día. Su plan era sencillo: debía reemplazar la rueda rota, enganchar los caballos y dirigirse hacia el norte, lejos de ese lugar, olvidando la noche que había pasado allí y a la mujer que se le había metido debajo de la

piel como una espina invisible.

Sin embargo, cuando abrió la puerta del carruaje, no encontró allí dentro el montón de ruedas de repuesto que había esperado. En su lugar vio un espacio vacío. Todas las ruedas habían desaparecido.

Le dio un vuelco el corazón. Se dio la vuelta y encontró al duque de Warnick al otro lado del patio, apoyado en su propio cabriolé con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Echas algo de menos, Eversley?

King entrecerró los ojos, mirando al escocés.

—¿Dónde están?

—¿Dónde está qué? —El duque fingió ignorancia.

—Ya lo sabes, escocés estúpido. ¿Qué has hecho con mis ruedas?

—Creo que te refieres a *mis* ruedas. —Warnick sonrió—. Las he comprado.

—Eso es imposible, yo no te las he vendido.

—No es eso lo que dijo tu lacayo. —El duque se interrumpió—. ¿Te parece bien que siga refiriéndome a ella como tu lacayo? ¿O es otra cosa? Lacaya no parece correcto. —Otra pausa y una maliciosa sonrisa—. Suena muy guarro, ya sabes.

«¡Maldita sea!».

—No la llames nada —dijo él. La furia le hacía ver todo en rojo—. Devuélveme las malditas ruedas.

El duque movió la cabeza, negándose.

—No. He pagado por ellas. Un ojo de la cara, además...

—Suficiente para pagar el pasaje en el próximo carruaje de postas, imagino.

Warnick se rio.

—Suficiente para pagar un pasaje en los próximos cien carruajes de postas. Esa mujer es una negociadora muy dura.

King negó con la cabeza.

—La dama no era la propietaria de las ruedas, por lo que no podía venderlas. Y tú lo sabes.

—Dama, ¿verdad? —King sintió el vivo deseo de romper una silla en la cabeza del duque—. De cualquier forma parece que es tu problema, Eversley. No el mío. Yo he intercambiado unas monedas por las ruedas, la transacción empieza y termina ahí para mí.

—Ni siquiera puedes usarlas —argumentó King—. Están construidas para mi cabriolé. —Se habían hecho al milímetro, siguiendo sus especificaciones al

pie de la letra. Warnick no podría utilizar esas ruedas en su vehículo.

—Eso carece de importancia, la verdad. De hecho, consideraré que mi dinero está bien invertido si te mantiene apartado de la carrera —respondió Warnick antes de mirar a los demás competidores—. ¿No os parece, muchachos?

Hubo un coro de aprobación.

—No dirás en serio que vas a dejarme aquí sin ruedas.

—Oh, claro que sí... —El duque asintió y tomó sus riendas—. Que tengas un buen viaje hasta la próxima parada.

King sintió un golpe en el estómago al recordar el oscuro interior del carruaje.

—Tienes miedo de que gane de nuevo —bramó—. Por eso te niegas a ayudarme.

Warnick se encogió de hombros.

—Nadie ha dicho que teníamos que jugar limpio. —Se puso en movimiento con un resonante grito y dejó atrás la posada a toda velocidad. Media docena de corredores lo siguieron, dejando a King en medio de una nube de polvo. Solo tenía a su disposición un cabriolé averiado, un carruaje vacío y un creciente deseo de venganza.

Girando sobre sus talones, fue en busca de su cochero.

Parecía que su relación con *lady* Sophie Talbot no había terminado todavía.

· 5. Maltrato por correo. ¿La Gran Carretera del Norte? ¿O el Gran Grosero del Norte? ·

Los carruajes de posta eran, definitivamente, incómodos.

Sophie se movió en el asiento mientras hacía todo lo posible para evitar cualquier contacto visual con las demás personas que se amontonaban con ella en el interior de la diminuta cabina. Por desgracia, había poco espacio para moverse y menos todavía para evitar que sus ojos se encontraran con los de esa gente.

El carruaje estaba lleno de mujeres y niños, ninguno de los cuales parecía demasiado interesado en entablar conversación, a pesar del espacio cerrado. La mirada de Sophie se encontró con la de una joven que la observaba en uno de los asientos enfrentados. La mujer bajó la vista al instante a su regazo.

—¡Ay! —gritó uno de los niños cuando Sophie le dio accidentalmente un codazo, al sacar el reloj del bolsillo interior de la librea.

—Perdón —dijo.

El niño parpadeó antes de mirar el reloj.

—¿Qué es eso?

—Es un reloj —repuso ella, sorprendida.

—¿Para qué es?

No estaba muy segura de cómo responder.

—Para ver la hora que es.

—¿Para qué lo lleva? —Esa pregunta la hizo una de las niñas que estaba sentada en el suelo, a sus pies, estirando el cuello para mirar el reloj.

—Para saber cuánto tiempo ha pasado desde que salimos.

—¿Para qué?

Sophie volvió a concentrarse en el niño.

—Para saber cuánto tiempo queda para llegar.

La niña que había en el suelo parecía perpleja.

—Pero ¿no vamos a llegar cuando estemos allí?

—Sí —corroboró el niño, cruzando los brazos y reclinándose en su asiento

— Me parece una pérdida de tiempo pensar cuánto tiempo vamos a tardar.

Sophie no había conocido a dos niños más fatalistas en su vida.

Sin embargo, tenía que admitir que no estaba diciendo la verdad exactamente. No era solo curiosidad por cuánto tiempo tardarían en llegar a la siguiente parada de la ruta, calculaba también la distancia que la separaba del marqués de Eversley, que sin duda se habría puesto furioso al descubrir que ella había vendido las ruedas de repuesto que guardaba en el carruaje para poder ir al norte.

Dudaba que él considerara que era lo más justo.

Tampoco le importaría que no fuera un robo propiamente dicho, dado que ella tenía intención de devolverle el dinero.

Pero antes tenía que llegar al norte.

El norte...

La decisión la había tomado en la oscuridad, la noche anterior, mientras intentaba dormir en un pajar demasiado iluminado, con un periódico olvidado como manta improvisada. Al no poder conciliar el sueño, se incorporó y se dio cuenta de que el diario era una página de cotilleos de hacía varios meses. «Peligrosa Talbot descubierta con Derek Hawkins en Drury Theater», gritaba el titular. La historia relataba un momento particularmente escandaloso en el que se especuló que Sesily se había propasado en el teatro de Derek. «¿Habría escandalizado Sesily a la estrella de los escenarios?», se preguntaban en el cuerpo de la noticia. Como si no tuvieran suficiente que comentar de lo ocurrido por la tarde.

Porque no lo tenían.

Sesily no había hecho nada escandaloso ese día. Sophie lo sabía muy bien porque había sido su dama de compañía esa tarde, y se había visto obligada a escuchar el interminable zumbido de Derek Hawkins sobre su talento sin igual, que alternaba frases en las que se declaraba a sí mismo «el mejor artista de su tiempo» con «un genio sin edad». En un momento dado, había sido tan terrible que el hombre había llegado a sugerir que debían considerarlo para ejercer de primer ministro. Y lo había dicho en serio.

Lo más descarado que había hecho Sesily había sido preguntarle a Hawkins si la consideraba su musa. A lo que él había respondido que no precisaba de una, estaba más allá de esa necesidad; su musa procedía de su interior. Él era su propia e insoportable inspiración.

Si al menos hubiera habido un escándalo esa tarde, Sophie podría haber encontrado la experiencia mucho más agradable.

Sin embargo, las crónicas de sociedad no se preocupaban por decir la verdad. Les interesaban las peligrosas Talbot para poder tener titulares. Y sus hermanas adoraban que hablaran sobre ellas. Recordaba perfectamente que Sesily había leído aquel artículo en voz alta.

Sin embargo, Sophie no lo adoraba. Arrugó el papel con rabia mientras consideraba las opciones que tenía. De hecho, solo tenía una. Opción. En singular. Porque lo cierto era que las mujeres no las tenían en la Gran Bretaña de 1833. Su camino estaba marcado. Y se veían obligadas a recorrerlo les gustara o no. Es más, debían agradecer que fuera así.

Así que había estado en El Zorro y el Halcón viendo cómo el marqués de Eversley, retrato del desdén más absoluto, se alejaba de ella, logrando mostrarse impecable a pesar de que le faltaba una bota. Había sido un hombre, uno tan arrogante que se hacía llamar King, el que había tomado la decisión por ella.

Pero ella no había emprendido ese camino. Estaba forjando el suyo propio.

Iba al norte.

Al lugar donde nunca la habían juzgado, donde había vivido lejos de la amenaza de insultos, lesiones o la ruina. Un lugar donde le permitían ser ella misma, no la más simple o la menos interesante, la muermo de las Talbot, sino solo Sophie, una chica que soñaba con ser la propietaria de una librería.

Viviría lejos de Londres, lejos del brillo y los chismes de los salones de baile, lejos de las páginas de cotilleos, lejos de la sociedad. Y sería feliz. Sin que hombres como el odioso marqués de Eversley le dijeran qué era correcto y apropiado.

Transmitiría la decisión a su familia cuando llegara a Cumbria. Y tan feliz. Su padre le enviaría fondos y comenzaría a vivir liberada de la sociedad.

«Contenta».

Se apoyó contra un respaldo particularmente incómodo, pues el borde se le clavaba en la nuca. Aunque no le importaba. Estaba demasiado ocupada imaginando esta nueva vida. Lejos de los ojos fríos e indiferentes de la sociedad.

Pensaba alquilar unas habitaciones encima de una de las tiendas de Mossband, en el camino alto. Allí se acordarían de ella y le darían la bienvenida. El dueño de la mercería, el carnicero, el panadero... Se preguntó si el señor Lander y su esposa seguirían regentando la panadería; él con

aquella enorme sonrisa y ella con sus anchas caderas, y aquellos bollos de canela y miel.

Se preguntó si Robbie estaría por allí.

El hijo del panadero había sido un chico alto y delgado, con una sonrisa preciosa y un brillo burlón en los ojos. Era dos años mayor que ella, y se había convertido en su compañero de juegos por las tardes, cuando él sisaba uno de esos bollos dulces y pegajosos en la tienda para llevárselo. Se lamían el azúcar de los dedos mientras hacían planes sobre el futuro hasta la hora de la cena.

Iban a casarse. Robbie se lo había prometido cuando todavía eran demasiado pequeños para entender el significado del matrimonio. Un día, él sería el panadero de Mossband y ella la dueña de la librería. Se levantarían al rayar el sol y trabajarían felizmente durante todo el día, con el olor de los bollos pegado al cabello, la ropa y los libros.

No le había llevado mucho tiempo decidir que, liberada ya del yugo de Londres y de la sociedad, tendría su librería. Su padre le enviaría el dinero necesario, y ella convertiría Mossband en el lugar más ilustrado del norte del país. Cuando era niña no había una librería en muchos kilómetros a la redonda; y los libros llegaban en correo desde Londres o los compraba su padre a granel cuando viajaba a Newcastle para negociar el precio del carbón. Siempre se acordaba de sus «niñas», como le gustaba llamar a sus hijas, y regresaba con regalos para todas: cintas de pelo para Seraphina, elaborados vestidos para las muñecas de Seleste, hilos de seda de todos los colores para Sesity, dulces para Seline..., pero a ella le llevaba libros.

Su padre no leía, nunca había aprendido a pesar de que tenía cabeza para los números, por lo que la caja que llevaba solía contener lecturas eclécticas: textos sobre la cría de animales, disertaciones económicas, diarios de viaje, manuales de caza, cuatro versiones diferentes de un libro de oraciones. Una vez, había llegado a casa con una colección de grabados obscenos de la India que su institutriz le arrebató con rapidez y nunca le devolvió.

Para cualquier otra niña, las cajas de su padre habrían sido aburridas. Pero para Sophie estaban llenas de magia. Los libros habían sido para ella aventuras encuadernadas en cuero, páginas y páginas de mundos lejanos, personas notables y lecciones que aprender. Resumiendo, felicidad pura. Los había apilado en su dormitorio. Primero en los estantes y luego en el suelo, hasta que por fin su madre hizo instalar unos armarios en los que poder ocultar los libros. Sin embargo, Sophie había seguido recibiendo libros, por lo que

siempre había imaginado que a su madre no le habían importado mucho sus opiniones. Hasta el día de la fiesta de los Liverpool, suponía, cuando sus opiniones la habían horrorizado. Al igual que al resto de Londres.

Recordó a los miembros más poderosos de Londres dándole la espalda, como si no existiera. Desterrándola. O peor, haciéndola desaparecer.

No podía regresar y no lo haría. Forjaría su propio futuro gracias a los recuerdos más queridos de su pasado.

Y si Robbie seguía allí, quizá renovarían aquella promesa que le había hecho hacía tanto tiempo. Quizá se casaría con ella. Comenzó a sentir un dolor en el pecho ante la idea de casarse... de ser amada. Robbie había tenido una hermosa sonrisa. Y siempre la había escuchado cuando le hablaba de sus libros y sus proyectos.

Si se casaban... Bueno, había cosas peores que casarse con un viejo amigo.

Y si no lo hacían... le quedaría su librería. Había cosas mucho peores que eso.

Abrió los ojos y su mirada se encontró con la de la joven madre que ocupaba el asiento de enfrente. Sin embargo, en lugar de apartar la vista avergonzada, como había hecho anteriormente, la joven ladeó la cabeza, demostrando su curiosidad. La mirada se deslizó por la cara y la garganta de Sophie hasta detenerse en el lugar donde sus senos tensaban los botones de la levita. En ese momento fue ella la que no pudo evitar bajar la vista.

Y descubrió que uno de los botones se había abierto, dejando al descubierto una camisola blanca de encaje que no era apropiada, definitivamente, para un lacayo.

Sophie cerró el botón una vez más y sus ojos volvieron a encontrarse con los de la mujer. La joven hizo un gesto con la cabeza en dirección a su pelo.

—Se le ha soltado.

Ella llevó la mano y se encontró con que un largo rizo castaño había escapado del gorro.

Abrió la boca para explicarlo, pero volvió a cerrarla cuando no supo cómo hacerlo. Entonces se encogió de hombros.

La mujer sonrió, como si aceptara su secreto, luego se inclinó hacia ella.

—Me preguntaba por qué un criado de lujo viajar en un carruaje postal —susurró.

No se le había ocurrido que la librea podía llamar la atención en ese mundo, cuando era tan invisible en aquel del que ella venía.

—Supongo que es evidente que no soy un sirviente.

—Solo para alguien capaz de observar. La mayoría de la gente no se dará cuenta —aseguró la joven, antes de mirar al niño que estaba sentado junto a Sophie.

—Devuélveselo, John.

Sophie miró al niño, que le sonreía con su reloj entre los dedos.

—No iba a quedármelo.

—Eso no lo sabe nadie —repuso la mujer—. Y me has prometido que no volverías a hacer eso.

—Tú no eres mi madre, ¿sabes?

La mujer frunció el ceño.

—Soy lo más parecido.

El chico le devolvió el reloj.

—Gracias —dijo Sophie, dándose cuenta demasiado tarde que de que realidad no debería agradecer que le devolvieran lo que era suyo legítimamente.

—De nada. —John esbozó una sonrisa antes de inclinarse hacia delante—. Si fuera a robarle de verdad, habría ido por su cartera.

Ella se inclinó y subió la bolsa que tenía entre los pies para ponérsela en el regazo.

—Gracias por el aviso.

John se caló la gorra.

La mujer que había enfrente se puso uno de los rizos detrás de la oreja al tiempo que se reía, aunque fue un sonido breve que recordó a Sophie que en un carruaje de posta lleno de gente no quedaba mucho sitio para el humor. La joven volvió a mirarla a los ojos.

—Me llamo Mary. —Señaló a la niña del suelo con la barbilla—. Ella es Bess. —La cría sonrió, y Mary miró al muchacho—. Y ya conoce a John.

Sophie asintió y abrió la boca para presentarse, pero la mujer levantó la mano.

—Y usted es un criado de lujo —sugirió.

Era un recordatorio de que para el resto del pasaje, ella seguía siendo un lacayo. Sophie asintió.

—Soy Matthew —convino, disculpándose para sus adentros con el lacayo de cuya identidad estaba apropiándose.

Mary se reclinó en el asiento.

—Encantada de conocerle.

Dejando a un lado el olor y el hacinamiento, ir en un carruaje de postas no

era tan malo como había imaginado.

«Quizá, al final, todo salga bien».

En el momento en el que aquel pensamiento rondaba en su mente, el vehículo comenzó a disminuir la velocidad. La niña que iba en el suelo se incorporó.

—¡Hemos llegado!

—Ni siquiera sabes a dónde —se burló John.

La cría frunció el ceño.

—Sé que si estamos parándonos, es porque hemos llegado a alguna parte —replicó la niña con acierto.

—Shhh... ¡Callaos los dos! —susurró Mary, estirando el cuello para mirar por encima de las dos mujeres dormidas que le impedían ver por la ventanilla.

Sophie siguió la dirección de su mirada; había árboles en el borde de la carretera.

—No hemos llegado a ninguna parte.

Llegó hasta ellos una conversación ahogada desde el exterior mientras la joven comprobaba la ventanilla izquierda antes de mirar a Sophie.

—¿Es posible que la esté buscando alguien?

Teniendo en cuenta de que le había prestado una suma significativa sin él saberlo, Sophie imaginó que el marqués de Eversley estaría buscándola.

—Espero que no —dijo, inclinándose hacia delante.

—¡Baja de ahí! —ordenó una resonante voz masculina.

—¡Dios! —murmuró su nueva amiga.

—¡Sé que me estás escuchando!

Sophie sintió una opresión en el pecho. Eversley la había encontrado. Y una vez que le pusiera las manos encima, le quitaría el dinero y la mandaría a Londres sin miramientos. Si se sentía magnánimo la mandaría a Londres, pero si estaba muy furioso, era capaz de dejarla abandonada a un lado de la carretera para que se las arreglara como pudiera. Otra vez.

Y no se había mostrado demasiado generoso en su último encuentro.

Claro está que ella le había llamado arrogante e insípido, y también poco inteligente. Nada de eso contribuía a estimular su bondad... Debía ser sincera consigo misma.

—¡Venga, niña! ¡No tenemos todo el día!

Sophie pensó que llamarla «niña» era desagradable e innecesario, pero dada su experiencia, Eversley destacaba precisamente por su grosería.

Las mujeres y niños que llenaban el carruaje de posta se agitaron como

gallinas, haciéndose preguntas sobre quién estaba allí fuera y qué estaba ocurriendo. Sophie no tenía dónde ocultarse. Así que lo mejor sería no portarse como una cobarde. Cuadró los hombros y se levantó despacio. Con cuidado para no pisar a la niña del suelo, se estiró hacia el tirador de la puerta.

—¡Espera! —la llamó Mary.

Se volvió hacia ella.

—No hay nada que hacer. Me busca a mí.

—No abras la puerta —dijo la mujer en tono ominoso—. Una vez que lo hagas, no podrás cerrarla.

Sophie asintió, pensando con tristeza que esa mujer, a la que conocía desde no hacía más de un cuarto de hora, estaba tratando de protegerla.

—Lo entiendo. Pero le he hecho daño. Varias veces. Y quiere vengarse.

Entonces abrió la puerta para enfrentarse a Eversley.

Solo que el hombre que había allí fuera no era Eversley.

Ninguno de los hombres lo era.

El alivio fue reemplazado por temor rápidamente. Aunque aquellos tres hombres no la perseguían a ella, estaban mucho peor vestidos que el marqués y su aspecto era todavía más nefasto.

—¿Quiénes son? —preguntó, parpadeando.

—Yo soy quien hace las preguntas, muchacho —anunció la voz más lejana—. Me alegro de que estés dispuesto a ser un héroe o algo así, pero échate a un lado y déjanos coger lo que queremos.

—Son salteadores de caminos —comprendió de repente.

—No exactamente —replicó el hombre.

—Han detenido el carruaje de postas que va rumbo al norte con intención de robarnos y, por lo que puedo imaginar, matarnos después —señaló, haciendo caso omiso de los jadeos y chillidos que procedían del interior del carruaje—. Son salteadores de caminos. —Levantó la vista hacia el pescante—. ¿Qué han hecho con el conductor?

—Huyó como un cobarde. Los cocheros siempre hacen lo mismo.

¡Oh, Dios! Eso no era bueno.

—¡No permita que nos maten! —gritó alguien en el interior.

El líder de los hombres dio un paso adelante.

—No tenía pensado matar a nadie, pero está empezando a irritarme. Y no me gusta que me irriten. —El tipo buscó su mirada con unos crueles y fríos ojos azules—. No pienso permitir que un chico se interponga entre lo que

quiero y yo. Salga de mi camino antes de que decida matarlo para llegar a ella.

Sophie no supo de dónde surgió el valor.

—¿Qué es lo que quieren?

—Me quiere a mí. —La respuesta llegó desde el interior del coche. Concretamente de Mary. La joven miró más allá de Sophie, al hombre que esperaba fuera—. No hagas daño a nadie, Bear. —Pero había miedo en los ojos de la mujer.

—No estoy buscándote a ti —dijo el hombre llamado Bear, con patente rechazo en la voz—. Quiero al crío.

«A John».

Sophie miró al lugar donde había estado el niño, pero el asiento estaba vacío y al muchacho no se le veía por ningún lado. Mary bajó del carruaje.

—No está aquí.

—Gilipollecés —escupió Bear, y Sophie contuvo el aliento ante aquel lenguaje tan grosero—. Tú te lo has llevado. Y yo lo necesito. Es mi mejor carterista.

—Estoy diciéndote que no está conmigo.

El hombre se acercó.

—Sin embargo, sí está la pequeña.

Sophie percibió la amenaza implícita en las palabras, la fría certeza de que si no conseguía lo que quería, no le importaría hacer daño a Bess. Se bajó del carruaje y se colocó junto a Mary para enfrentarse a aquel monstruo.

—Le sugiero que retroceda —dijo Sophie, haciendo que él se volviera hacia ella con los ojos muy abiertos.

—Y si no lo hago, ¿qué?

Estaba muy nerviosa, pero la voz de su padre resonó en su cabeza: «Que nunca se noten los faroles». Enderezó los hombros.

—Se arrepentirá.

Bear sonrió y la miró de arriba abajo.

—Creo que serás tú quien se va a arrepentir —espetó lleno de ira.

El golpe que recibió en la sien fue rápido, poderoso e inesperado, y le hizo ver las estrellas. Cayó al suelo antes de poder pensar qué había pasado. Mary dio un paso atrás, apretándose contra la puerta abierta del carruaje.

—¡Maldito seas, Bear! Me has dicho que no harías daño a nadie.

—La próxima vez, busca un protector lo suficientemente fuerte para recibir un golpe —fue la respuesta—. Te lo he dicho. Quiero a mi pequeño carterista.

Sophie abrió los ojos y, dada su posición, vio el pequeño cuerpo

acurrucado debajo del carruaje. «John». Tenía los ojos muy abiertos, llenos de miedo y de lágrimas, y la mirada clavada en los pies de Mary.

—Ya te he dicho —replicó Mary— que él no está aquí.

Sophie oyó el golpe, que cayó con fuerza sobre la mejilla de Mary. Y aunque la joven gritó de dolor, no perdió el equilibrio. Bess también gritó en el interior del carruaje, y John cerró los ojos ante el sonido.

—Te lo he dicho bien claro, maldito bastardo —repitió Mary, protegiendo al crío—, él no está aquí.

La bestia que recibía el nombre de Bear volvió a golpear a Mary, esta vez con más saña, haciéndola caer.

Sophie percibió el movimiento de John por el rabillo del ojo y supo lo que estaba haciendo. Iba a entregarse para salvar a Mary. Pero ella no estaba dispuesto a permitirlo.

—¡Espere! —gritó.

Y, gracias a Dios, John se detuvo.

Sophie se puso en pie antes de que el hombre pudiera pasar por encima de Mary para buscar en el interior del carruaje.

—Deja de hacerte el héroe, muchacho —le espetó, volviéndose hacia ella—. No vas a ganar.

Ella se acercó, interponiéndose entre aquel villano y la inconsciente Mary. Puso los brazos en jarras, sin saber cómo detenerlo pero consciente de que no podía permitir que la golpeará otra vez.

—Yo dejaré de hacerme el héroe cuando usted deje de comportarse como un monstruo. —Hizo una pausa, levantando la barbilla—. Pero eso no va a ocurrir por el momento, ¿verdad?

Él se rio otra vez.

—Por lo que parece, tienes ganas de ver a la muerte.

Ella lo miró con odio.

—Solo si estamos hablando de su muerte.

Se apartó de ella y extendió los brazos, intercambiando unas miradas de satisfacción con sus dos compañeros antes de llevarse la mano a la cintura para sacar una pistola. Luego volvió a concentrarse en ella.

Sophie se quedó inmóvil por completo.

—Ya estoy harto de ti —dijo, antes de levantar el brazo para apuntarle a la cabeza.

Ella cerró los ojos, esperando que el terror le diera fuerzas. Pero no llegó a sentir terror, la inundó un único y tranquilo pensamiento.

«Ojalá a la condesa de Liverpool no le hubieran gustado tanto las carpas».

No había nada que King odiara más que los carruajes.

Tiró de la corbata, desesperado por inhalar aire en ese espacio cerrado, y añadió ese paseo a la larga lista de cosas por las que *lady* Sophie Talbot debía ser castigada. Esa mujer había supuesto una grave complicación en sus planes de hacer una carrera hasta Cumbria con sus compañeros de conducción, que se hubiera visto seguida por una breve audiencia final con su padre, el hombre que le había arruinado la vida. Soñaba con el momento en el que se acercaría al lecho de muerte del duque, se inclinaría hacia él y obtendría la victoria final en la batalla que mantenían desde hacía más de una década: «El linaje acaba conmigo».

Sería el momento en el que por fin enterraría sus demonios.

Pero en vez de eso, y gracias a *lady* Sophie Talbot, la ladrona que se había convertido en un problemático escándalo, no estaba compitiendo en una carrera hacia el norte. Estaba dentro de un enorme carruaje vacío, que parecía claramente un ataúd. Si no fuera por el traqueteo de las ruedas sobre aquel terrible camino, King no sería capaz de mantener a raya el pánico.

En cambio, se apoyó en el amortiguador de felpa del carro y suspiró, odiando la forma en que el pequeño espacio se cerraba sobre él.

Debería haber ensillado un caballo y haberse montado en él. Sí, habría tenido que cambiar de montura constantemente, y el clima inglés era impredecible, pero al menos hubiera disfrutado del aire fresco. Más incómodo cada minuto que pasaba, King se quitó la chaqueta y la corbata. Cerró los ojos, respirando hondo varias veces apoyado en el lateral del vehículo.

—Es solo un carruaje, idiota —se dijo en la oscuridad—. Y está moviéndose.

Por un instante, pensó que iba a funcionar, que si seguía con los ojos cerrados, sería capaz de mantener la cordura. Y luego el carruaje tomó un bache particularmente profundo, y se tambaleó, cayendo a un lado. Abrió los ojos y se encontró en un espacio pequeño y a oscuras.

Iba a estrellarse.

«Ella iba a morir».

«Y sería culpa de él».

El pánico lo consumió y se estiró para golpear el techo, incapaz de reprimirse más. Sin embargo, antes de que pudiera hacer contacto, el carro

aminoró la velocidad, como si la enorme masa de madera y metal hubiera comprendido que su ocupante se había vuelto loco.

Abrió la puerta y saltó al suelo antes de que se detuviera.

El cochero lo miró desde arriba con sorprendida curiosidad, y King odió el calor que sintió en las mejillas. No quería que el hombre fuera testigo de su pánico y malestar.

—¿Por qué nos hemos detenido? —espetó, deseando redirigir la atención a cualquier otra cosa distinta a su locura.

El cochero no se inmutó.

—*Milord*, hay alguien en el camino.

King siguió la dirección de la mirada del cochero para encontrarse con un hombre jadeante, que agitaba las manos frenéticamente en el aire.

—¡*Milord*, por favor! ¡Hemos sido atacados por salteadores de caminos!

King vaciló ante las palabras, sabiendo que ese preciso giro de los acontecimientos había acabado con un buen número de viajeros en ese camino. Se engañaba a un hombre, haciendo que abandonara su propio carruaje para convertirse en un héroe, y aprovechaban su ausencia para robarle sus pertenencias. Aunque tampoco había nada en su carruaje que valiera la pena. Sophie Talbot se había asegurado de ello.

Fuera como fuera, o el hombre que tenía enfrente era un actor increíble o estaba muy afectado.

—El carruaje de posta está lleno de mujeres y niños —jadeó—. Acabarán heridos o algo peor.

«El carruaje de posta».

¡Dios!

Aunque pudiera haber ignorado la inminente muerte de una colección de mujeres y niños, estaba dispuesto a apostar la mitad de su fortuna a que Sophie Talbot iba en ese carruaje de posta. Buscó la mirada del hombre.

—¿Iba en él un lacayo? ¿Vestido con librea?

—Pues lo cierto es que... —replicó el hombre sorprendido.

King se puso en marcha antes de que el cochero pudiera terminar la frase. Ella lo había molestado de una forma increíble, cierto, pero no podía dejarla a merced de los crueles bandidos que acechaban en la Gran Carretera del Norte. ¡Maldita fuera!, era una dama de alta cuna. Bueno, lo de la alta cuna era cuestionable en cualquier caso, pero sin duda ninguna mujer, fuera cual fuera su origen, se llevaba bien con los salteadores de caminos. Probablemente habría empezado a gritar como una loca en el momento en el que el carruaje se

detuvo. Eso si no se había desmayado de la impresión ante la situación.

Con un poco de suerte, sí, se habría desmayado.

Eso la mantendría alejada de problemas.

Los criminales eran menos propensos a asesinar mujeres inconscientes que a las que se entrometían en sus planes.

«Pero si una mujer era experta en ser difícil y en entrometerse...».

Comenzó a correr más rápido.

La salvaría, se prometió. La salvaría y la llevaría a un lugar seguro. Una vez que la hubiera puesto a buen recaudo, ella le rogaría que la ayudara a regresar a Londres. Una pequeña victoria contra aquel inconveniente nubarrón en el que se había convertido Sophie Talbot.

Sin embargo, cuando dobló la curva del camino y se topó con el carruaje de posta detenido en el centro, no encontró nada de lo que había imaginado. De hecho, el nubarrón se acababa de convertir en un huracán.

Lady Sophie Talbot no estaba inconsciente en el interior del carruaje de postas que viajaba rumbo al norte, ni gritaba desde la cabina. De hecho, no estaba dentro del vehículo.

Sophie se había colocado en el centro de aquel figurado ring, vestida con la librea del lacayo de Eversley y aquellos ridículos escarpines amarillos, con las manos apoyadas en las caderas, como si fuera una tarde cualquiera.

Como si un hombre no estuviera levantando con calma la pistola y apuntándole con ella a la cabeza.

«¡Maldita sea!».

King incrementó la velocidad, sin otro pensamiento que llegar a ella.

—¡No! —gritó, con la esperanza de que eso pudiera distraer al villano el tiempo suficiente como para que Sophie escapara, pero antes de que aquel hombre armado se diera la vuelta para enfrentarse a él, una criatura de pequeño tamaño se lanzó desde debajo del carruaje hacia Sophie.

A King le pareció oír gritar «¡No!» a un niño, como un eco de su propia voz, pero no podía ser cierto. Era difícil oír nada con los acelerados latidos de su corazón y el rumor de la sangre atronando en sus oídos.

También era posible que la propia Sophie gritara un tercer «¡No!» al tiempo que se daba la vuelta con rapidez, ignorando el hecho de que tuviera una pistola apuntándole a la cabeza para capturar aquel proyectil viviente, interponiéndose a sí misma entre aquella pequeña criatura y el arma, como si a ella no pudieran hacerle nada las balas.

La exclamación de King se convirtió en un incoherente rugido mientras se

impulsaba hacia allí. Pero a pesar de la rapidez que imprimió a sus piernas, no podía llegar a tiempo. Lo supo desde el momento en que el cañón de la pistola la siguió al suelo. El tiempo se ralentizó y más tarde imaginó que casi vio amartillar el arma a cámara lenta durante lo que parecieron minutos —u horas— antes de que el disparo resonara en la campiña inglesa.

Y aun así, no pudo llegar hasta ella.

Alguien gritó. Quizá más de una persona. Nunca lo supo. Cuando llegó un segundo tarde a la escena del crimen, cayó sobre el enorme hombre armado con un poderoso rugido, lanzándolo al suelo y comenzando a golpearle la cara con rapidez hasta dejarlo inconsciente.

Después se levantó y se volvió hacia los amigos de su víctima, reduciendo a uno de ellos mientras el otro huía. King consideró ir tras él, pues quería castigar a los tres hombres por lo que habían hecho: amenazar a mujeres y niños; disparar contra ellos.

¡Santo Dios!

«¡Disparos!».

¿El disparo la habría alcanzado? King se concentró de nuevo en la escena que se desarrollaba a los pies del carruaje, haciendo caso omiso de la docena de rostros que se asomaban por la puerta ahora que el peligro inmediato había pasado. Corrió hacia los cuerpos femeninos; la mujer inconsciente parecía recuperar el sentido y las otras dos figuras estaban enredadas.

Sophie estaba en cuclillas junto a la base del carruaje, sujetando lo que King reconocía ahora como un crío de no más de siete u ocho años.

—¿Estás herido? —la oyó preguntar mientras se acercaba a ellos. El hecho de que Sophie pudiera hablar era suficiente para que lo invadiera un asombroso alivio. Pero se vio reemplazado rápidamente por la furia.

Hizo una pausa para intentar controlar la ira irracional que le atravesaba al verla pasar las manos por los brazos y piernas del niño.

—¿Estás seguro? ¿No te ha disparado?

El chico negó con la cabeza.

—¿No estás herido? —repitió, y King comprendió por qué. Estaba repitiendo la misma letanía que resonaba en su mente. Estaba preocupada por el niño, lo que significaba que tampoco había recibido un disparo.

Después de recuperar la respiración, King instruyó a su cochero y al conductor del carruaje de postas para que ataran a los dos hombres inconscientes antes de volverse hacia Sophie, que tenía al niño entre sus brazos, y se retorció, avergonzado por su atención.

—¡Basta! —gritó el muchacho, intentando zafarse—. ¡Estoy bien!

—No te atrevas a usar ese tono, Jonathan Morton —dijo con agudeza la mujer que estaba en el suelo, incorporándose—. Ella te ha salvado la vida.

El chico parpadeó mirando a Sophie.

—¿Ella?

Sophie sonrió.

—Tú también me has salvado la vida. Ahora que somos amigos, es justo que conozcas mi secreto.

El niño frunció el ceño.

—Eres una chica.

Ella asintió.

—En efecto.

El chico miró a Sophie con respeto.

—Nos has defendido de Bear —dijo con aire confuso, mirando al hombre que seguía inconsciente en el suelo por culpa de King—. Nos has protegido.

Sophie siguió la dirección de los ojos del muchacho hasta las botas de King y luego subió la vista hasta su rostro. Ella tenía hinchado el ojo derecho, la piel había adquirido un color entre negro y azul, lo que la obligaba a cerrarlo. La habían golpeado. La furia lo asaltó de nuevo, esta vez dirigida al hombre inconsciente; quería despertarlo para volver a hacerle perder el sentido.

Dio un paso hacia ella, pero Sophie se concentró en el niño.

—Supongo que sí.

—Pero si ni siquiera nos conoce.

—Tú no me conoces y también has tratado de salvarme, ¿verdad? —Sophie lo miró fijamente—. No es necesario conocer a una persona para ponerse de su parte.

Eso pareció tener sentido para el niño ya que, después de una pausa, asintió y se levantó para ayudar a la joven que parecía haber recibido un terrible golpe en la cabeza.

King ya no pudo contenerse más. Dio un paso adelante y dijo lo primero que le vino a la mente, palabras alimentadas por el pánico y la furia.

—Eso ha sido una estupidez.

Sophie se obligó a levantarse lentamente.

—Echaba de menos sus insultos. —King ignoró la sensación de culpa que acompañó a sus palabras. Después de un momento, ella suspiró—. Supongo que ha venido a buscar su dinero.

«He venido a salvarte, loca —quiso decir de forma irracional—. He venido

a mantenerte a salvo».

Pero no era cierto. Había ido a recuperar su dinero. A vengarse por el infantil comportamiento que ella había tenido.

Había venido seguro de que ella no era problema suyo.

Y, por suerte, estaba ilesa y seguía sin ser su problema.

—Entre otras cosas.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo devolvérselo todo. Necesito un poco para ir al norte. Para sobrevivir hasta que mi padre me pueda enviar más. —Ella hizo una pausa—. Se lo devolveré. Con intereses.

Él cruzó los brazos.

—Me va a pagar en este momento. Y yo me ocuparé de abonar su pasaje de vuelta a Londres. Hoy. Nada de carruajes de postas. Quiero que vaya a salvo en un vehículo, y que no ponga un pie en tierra hasta llegar a los límites de la ciudad. Lejos de mí.

Ella alzó la barbilla.

—No.

Él negó con la cabeza.

—No le queda otra opción. Me ha robado. Y total, ya vamos a tener que llamar a un magistrado por culpa de estos idiotas —explicó él, señalando a los hombres atados en el suelo—. Si es necesario, mataremos dos pájaros de un tiro. —Se inclinó hacia ella—. Me pregunto qué le harán a los ladrones aquí —susurró—, en medio de la nada.

Ella se puso rígida.

—No sería capaz...

—Póngame a prueba —replicó él, entrecerrando los ojos.

—Está arruinando mis planes.

Él abrió los brazos. Estaba disfrutando de la forma en que ella palideció ante su amenaza.

—Es mi razón de vivir, querida.

Ella se tambaleó en ese momento, y él se dio cuenta de que no estaba pálida. Estaba blanca. El temor le atravesó al tiempo que daba un paso hacia delante para cogerla cuando vio que su mirada se desenfocaba durante un buen rato antes de volver a mirarlo.

—¿Sophie?

Ella movió la cabeza.

—No le he dado... permiso... para tutearme...

—Pues definitivamente no te va a gustar lo que viene a continuación. —La sostuvo con un brazo y le abrió los botones de la librea.

—¿Está loco? —protestó ella intentando alejarle las manos.

Él la ignoró, empujando la tela a un lado.

—¡Mierda!

—Y ahora le da por maldecir. —Ella cerró los ojos de nuevo—. No me siento bien.

—Ya me imagino. Te han disparado.

—¿Qué? No, no lo han hecho. —Sophie se retorció mientras la tumbaba en el suelo y le quitaba la librea. Ella le apretó a mano con firmeza, obligándolo a mirarla a los ojos—. No me han disparado.

—De acuerdo —concedió él, devolviendo la atención a los botones—. No te han disparado.

—Si hubiera recibido un disparo, me gustaría saberlo.

—Estoy seguro de ello. —Tiró de los bordes de la camisola para rasgar la tela en dos y poder llegar a la herida.

—¡Basta! —chilló ella, intentando cubrirse la piel desnuda con las manos—. ¡Sinvergüenza! ¡No puede tomarse libertades con los pechos de una mujer cuando le plazca!

Ella bajó la vista y se quedó paralizada.

—Estoy sangrando.

—Eso es porque te han disparado —dijo él, sacando un pañuelo limpio y apretándolo contra la herida que tenía en el hombro. Él tiró de ella hacia delante para mirarle la espalda—. La bala sigue dentro. Tenemos que llamar a un cirujano.

Ella no respondió, y él levantó la mirada; estaba inconsciente.

—¡Mierda! —dijo de nuevo—. Maldita sea, Sophie. —Él le tocó la mejilla con la mano—. Sophie, despiértate.

Ella abrió los ojos un momento; luego volvió a cerrarlos.

«¡Maldita sea!».

—¡No! —exclamó la otra mujer—. ¡No puede estar herida! ¡Estaba bien! ¡Estaba hablándonos!

Sangraba demasiado para estar bien.

«¡Dios!».

Esto era su problema.

«Ella es mi problema».

—¡No puede morir! —exclamó la chica.

No iba a morir.

—No está muriéndose —dijo King, cogiéndola en brazos y estrechándola contra su pecho para dirigirse al carruaje mientras calculaba la distancia a la población más cercana. Al cirujano más cercano.

—¡Eh! —gritó la joven. Él no miró hacia atrás, pero oyó que ella lo seguía por el camino de tierra compactada—. ¿A dónde la lleva?

—Necesita que la vea un médico.

—Es nuestra amiga. Nosotros la llevaremos.

Se volvió hacia la chica, que lo alcanzó justo en ese momento.

—Usted no conoce a esta mujer.

—La conozco lo suficiente como para saber que ha salvado la vida de John. Y también la mía.

—No se preocupe, la mantendré a salvo.

—¿Cómo sabemos que está a salvo con usted?

No tenía tiempo para sentirse ofendido por la sugerencia de que él era un criminal. Por que no confiaran en él. Sophie requería atención médica.

—Conmigo está a salvo.

—Sí. Pero ¿cómo podemos saberlo?

Miró a la mujer inconsciente en sus brazos, la mujer que había sido un problema desde el momento en que la había conocido, y dijo lo único que pondría fin a la conversación. Lo único que los apaciguaría. No importaba que fuera mentira o que pudiera destruirlos a ambos.

—Porque es mi esposa.

· 6. Sophie está herida Hay que encontrar un cirujano ·

Sophie se despertó medio desnuda en un carruaje que recorría a toda velocidad lo que debía ser la peor carretera de la cristiandad.

El carruaje tomó un bache particularmente desagradable y el vehículo rebotó, haciendo que un terrible dolor irradiara desde su hombro. Cuando abrió los ojos, el chillido de dolor se convirtió en otro de sorpresa.

Estaba entre los brazos del marqués de Eversley. Sentada en su regazo. En el oscuro interior de un carruaje.

Intentó incorporarse.

Él se lo impidió con unos brazos de acero.

—No te muevas.

Volvió a tratar de moverse.

—Esto no es... —Otro ramalazo de dolor la atravesó y contuvo el aliento, interrumpiendo la frase a la mitad—... apropiado.

Él maldijo en la penumbra.

—Te he dicho que no te muevas. —Le puso una botella en los labios—. Bebe.

Ella bebió el agua sin vacilar, solo que no era agua. Escupió el líquido que amenazaba con provocarle llamas en la garganta.

—¡Es licor!

—Es el mejor *whisky* que se puede encontrar en Gran Bretaña —aseguró él—. Deja de desperdiciarlo.

Sophie sacudió la cabeza.

—No quiero beberlo.

—Me lo agradecerás cuando el cirujano esté escarbando en tu hombro en busca de la bala.

Las palabras le hicieron recordar: el carruaje de postas, los niños, el matón que los perseguía, la pistola, Eversley rasgando su ropa...

Bajó la vista y se encontró la mano masculina contra la piel desnuda de su

hombro, cubierta de sangre.

¡Oh, Santo Dios!

Cogió la botella y bebió hasta que él se la arrebató de las manos.

—¿Me estoy muriendo?

—No. —No había vacilación en su voz. Ni un solo soplo de duda.

Ella volvió a concentrar la vista en el lugar donde él mantenía la mano, cubierta de sangre.

—Pues parece como si estuviera muriéndome.

—No vas a morirte. —Ella vio las palabras en sus labios mientras resonaban a su alrededor en el enorme carruaje. Eversley era la viva imagen de la certeza: la mandíbula cuadrada, los labios firmes, el gesto inflexible. Como si ella no pudiera osar morir porque él no le dejaba.

—El que te llames King no te convierte en un rey —dijo aludiendo al significado en inglés de su nombre.

—En esto, soy tu rey —replicó él.

—Menudo arrogante. Casi me dan ganas de morir para demostrarte que te equivocas.

Los ojos verdes de Eversley se encontraron con los de ella con una expresión de sorpresa mezclada con algo que parecía horror.

—Si estás tratando de demostrar que no necesita que la controlen, no está haciendo un buen trabajo —aseguró él en tono suave y amenazador después de observarla durante un buen rato.

En el carruaje se hizo el silencio mientras ella consideraba su futuro. Quizá sería corto. O largo. Quizá no volvería a ver a sus hermanas. Podría morir allí, en el carruaje, entre los brazos de ese hombre que ni siquiera se preocupaba por ella.

Al menos no la había dejado sola.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse, y Sophie sorbió con la esperanza de mantenerlas a raya.

—¿Por qué vas al norte? —preguntó él, en un claro intento por distraerla.

Le tomó un momento concentrarse.

—¿Al norte?

—Sí. ¿Por qué te diriges a Cumbria?

En busca de un futuro. Lejos de su pasado.

—Londres no me quiere por allí más tiempo.

Él miró por la ventana.

—Me cuesta creerlo.

—No quiero estar en Londres más tiempo.

—Eso me parece más probable —aseguró él—. ¿Existe alguna razón para que te haya entrado esa prisa?

Imaginó que no importaba si le confesaba los acontecimientos que habían ocurrido en la fiesta, ya que era probable que muriera de todas formas.

—Le dije al duque de Haven que era un patán. Delante de toda la sociedad.

Él no respondió con la gravedad que ella esperaba, sino que se rio. Un sonido que retumbó debajo de ella.

—¡Oh, supongo que se puso furioso!

Consideró contarle el resto de los sucesos de la tarde, pero el azar intervino en forma de enorme bache, haciéndolos permanecer ingravidos en el aire durante un instante antes de caer de nuevo en el asiento. Un horrible dolor la atravesó, lo suficientemente fuerte como para hacerla gritar. Eversley maldijo en la oscuridad y la atrajo contra su pecho, estrechándola con fuerza.

—Ya estamos llegando —le prometió con los dientes apretados, como si fuera él mismo quien sintiera dolor. La conversación había terminado, anulada por la realidad.

—¿A dónde? —preguntó cuando el dolor le permitió encontrar las palabras.

—A Sprotbrough.

Era la primera vez que Sophie oía hablar de tal lugar, pero no importaba. Volvieron a sumirse en el silencio y ella buscó algo de lo que hablar, algo que mantuviera su mente alejada de su próxima muerte.

—¿Es verdad que desfloraste a *lady* Grace Masterston en un carruaje?

Él la miró de soslayo.

—Pensaba que no leías las páginas de sociedad.

—Y no lo hago. Tengo hermanas —explicó ella—. Ellas me mantienen informada.

—Si no recuerdo mal, *lady* Grace Masterson es ahora *lady* Grace, marquesa de Wile.

—Sí —repuso ella—. Pero iba a ser *lady* Grace, duquesa de North.

—El duque de North es lo suficientemente mayor para ser su abuelo.

—Y el marqués de Wile, pobre como un ratón de iglesia.

Él ladeó la cabeza y la observó durante un rato.

—Sin embargo, a ella no le importa.

—Es a su padre al que le preocupa la falta de fondos.

—No creo que su padre deba tener voz en ese asunto.

Pasaron varios segundos.

—La has arruinado para el duque —afirmó Sophie.

—¿No es posible que la haya arruinado para el marqués?

—Aquellas palabras parecían ocultar algo que ella debía entender, pero el dolor del hombro se lo impedía. Trató de incorporarse poniéndole una mano en el muslo, y se vio distraída por el cuero de su atuendo.

Bajó la mirada al resbaladizo tejido.

—Tus pantalones... —Él arqueó las cejas, y ella se ruborizó—. Lo siento. Se supone que no debo hablar de pantalones.

—¿No?

—No es correcto.

Él la interrumpió con la mirada.

—Estás en mi regazo, sangrando por una herida de bala. Sugiero que prescindamos de la corrección por el momento.

—Son de cuero —dijo ella.

—Sí, lo son.

—Eso parece escandaloso.

—De la mejor manera, querida —dijo él arrastrando las palabras, lo que hizo que ella se ruborizada—. Necesitas unas botas.

Ella volvió la cabeza ante el cambio de tema.

—Es que...

Él llevó las manos a sus pies, calzados con escaarpines, y pasó los dedos por la seda raída.

—No deberías haber renunciado a las botas. Deberías habérselas comprado también al lacayo.

Ella negó con la cabeza mientras miraba las sucias zapatillas de seda de color amarillo.

—No me servían. Tengo los pies demasiado grandes.

Él la apretó contra su pecho.

—Te buscaremos unas botas cuando lleguemos.

—¿Tú has encontrado unas para ti?

—Por suerte, mi ayuda de cámara es previsor.

—¿Por qué no está aquí?

Eversley miró por la ventanilla.

—No me gusta tener compañía mientras viajo. Se reunirá con nosotros en la próxima posada.

—Oh... —Ella supuso que la situación en la que se encontraban no sería del agrado de King—. ¿Dónde está Sprotbrough?

Él se tomó con calma el cambio de tema.

—En mitad de ninguna parte.

—No parece el lugar apropiado para encontrar un cirujano cualificado.

King clavó los ojos en ella y, por un momento, se sintió orgullosa de la sorpresa con que la miró.

—¿Alguien te ha dicho que tienes una lengua muy afilada?

Sophie sonrió.

—Parece que, después de todo, no soy tan muermo, ¿verdad?

Él se puso serio.

—No. No diría que eres un muermo. En absoluto.

Ella notó algo en el pecho, algo diferente al dolor que provocaba la bala alojada en su hombro, algo distinto al temor que, a pesar de las impetuosas afirmaciones de King, le provocaba la posibilidad de morir. Algo que no entendía.

—¿Qué dirías de mí?

El tiempo pareció detenerse en el carruaje, en un camino bañado por los rosados rayos del sol que sumían el rostro de King en luces y sombras y, de repente, Sophie necesitó con desesperación conocer su respuesta. Él apretó los labios en una línea mientras consideraba la respuesta.

—Estúpida —dijo finalmente, con voz firme e inflexible.

Sophie jadeó. No sabía qué había esperado, pero desde luego no era eso.

—Perdón. Ese horrible hombre iba a llevarse a ese niño para que hiciera Dios sabe qué para él. Hice lo más correcto.

—No he dicho que no fueras muy valiente —añadió él.

Las palabras la reconfortaron mientras el agotamiento la atravesaba como una ola. Respiró hondo, aunque tuvo dificultad para llenar los pulmones. No pudo evitar apoyar la cabeza en el hombro de King, el lugar donde la tenía antes de recuperar la conciencia.

—¿Es posible que esté notando un poco respeto en ti?

El pecho masculino subía y bajaba con un ritmo tentador.

—Quizá un poco. Muy poco.

La oscuridad cayó sobre el carruaje antes de que llegaran a Sprotbrough, un lugar que apenas podía recibir el nombre de pueblo, teniendo en cuenta que consistía en media docena de casas y una plaza más pequeña que las cocinas de su mansión en Mayfair.

Sin embargo, disponía de los servicios de un cirujano. Aquel pueblo tan ridículamente pequeño tendría un maldito cirujano aunque él tuviera que convocar al hombre de la nada.

Maldijo, un exabrupto áspero y desigual que resonó en la oscuridad mientras abría la puerta y sacaba el escalón para salir del vehículo. John Coachman se materializó ante él, con una linterna en la mano. La luz amarilla iluminó la figura pálida y completamente inmóvil de Sophie. Resultaba perturbador verla así.

—Todavía no puedo creer que sea una mujer.

King la había sostenido durante más de una hora, taponándole la herida mientras miraba sus largas pestañas, los labios llenos, y las curvas y valles de su cuerpo. No podía creer que hubiera alguien que no se diera cuenta al instante de que era una mujer. Pero no dijo nada, mientras la acomodaba mejor en su regazo para la siguiente etapa del viaje.

—¿Está...? —El cochero se interrumpió vacilante, sin decir la palabra que los dos sabían.

—No. —King no quería oírla.

Le había prometido que no iba a morir. Y esta vez, sería verdad. No iba a tener sobre él a otra chica muerta en la oscuridad porque no había sido capaz de salvarla. Porque había sido demasiado imprudente con ella.

Porque no había podido protegerla.

La abrazó y la sostuvo con cuidado mientras salía del vehículo, aunque su peso le hizo perder ligeramente el equilibrio. El cochero se acercó para ayudarlo, para sostenerla entre sus brazos.

—No —repitió. No quería que nadie la tocara. No podía arriesgarse—. Puedo solo.

Una vez en el suelo, se enderezó bajo la mirada curiosa de un joven que se encontraba a algunos metros, sin duda sorprendido de que alguien hubiera encontrado ese lugar, por no hablar de que fuera acompañado de una mujer inconsciente.

—Necesitamos un cirujano —declaró.

El muchacho asintió y señaló en una dirección.

—A la vuelta de la esquina. Es la casa con el tejado de paja, a la izquierda.

Había encontrado un cirujano. King se movió antes de que terminara de dar las indicaciones y miró al cochero.

—Busca una posada y reserva dos habitaciones.

—¿Dos habitaciones? —repitió el sirviente.

King no malinterpretó la cuestión. John Coachman dudaba que llegaran a necesitar una segunda habitación. No creía que Sophie sobreviviera esa noche. King le lanzó una mirada airada.

—Dos habitaciones.

Entonces se dirigió hacia la esquina con la mente concentrada en conseguir poner a esa mujer en las capaces manos de un médico.

Como llevaba a Sophie en brazos, tuvo que anunciar su llegada dando una patada a la puerta de la casa. No le preocupó que el movimiento fuera fuerte y brusco, completamente inapropiado teniendo en cuenta que buscaba la ayuda del médico. Pero sabía que el dinero repararía los daños. Como siempre.

Como nadie atendió a su llamada, lo intentó de nuevo, esta vez con más fuerza, y cuando tuvo que propinar la tercera patada, su rabia y frustración contenían la intensidad suficiente como para hacer que la puerta se rompiera, cayendo en el interior de la casa.

King añadió el daño a sus cálculos y atravesó el umbral en el mismo momento en el que un hombre alto y con gafas apareció ante su vista. El tipo era más joven de lo que él había imaginado, apenas veinticinco años, supuso. Y era muy guapo.

—Quiero ver al doctor.

Perdiendo un tiempo precioso, el joven se quitó las gafas y las limpió.

—Me ha roto la puerta.

Ese jovencuelo no era lo suficientemente mayor para tener barba, ya no decir nada de salvar vidas.

—Se la pagaré —repuso King, acercándose más—. Esta mujer está malherida.

El médico apenas la miró.

—Hubiera preferido que no la hubiera roto —dijo, señalando la mesa de madera del comedor contiguo—. Póngala allí.

King hizo lo que le ordenó, haciendo caso omiso a la punzada de dolor que sintió cuando soltó a Sophie. Ignorando ese hecho en la medida de lo posible, caminó junto a la mesa hasta los pies de la joven, para dejar que el médico examinara la herida, pero no pudo evitar recorrer la pierna femenina con los dedos, como si de alguna manera pudiera mantenerla viva de esa manera.

El médico volvió a ponerse las gafas y se inclinó sobre ella

—Veo mucha sangre. ¿Qué ha ocurrido?

—Le han disparado.

El cirujano asintió antes de hacer rodar a Sophie a un lado para

inspeccionarle la espalda. Cuando la volvió a colocar sobre la mesa, la cabeza de la joven se tambaleó.

—La bala sigue dentro. —El médico se acercó a un maletín de cuero y sacó una botella y un instrumento largo y delgado que a King no le gustó—. Me preocupa que siga inconsciente.

—Y a mí —respondió King, observando que el médico despegaba la tela para examinar la herida.

El joven señaló con la mano un armario cercano.

—Ahí dentro hay vendas. Y un recipiente en la parte superior. Cójalo. Va a sangrar cuando extraiga la bala.

A King no le gustó cómo sonaba. Después de recoger la tela y el cuenco, se acercó a la mesa.

—¿Es usted el único médico del pueblo? —preguntó.

—Soy el único médico en treinta kilómetros a la redonda.

King frunció el ceño.

—¿Dónde aprendió su oficio?

—Señor, es usted quien ha roto mi puerta. No creo que esté en condiciones de cuestionar mis habilidades.

King tragó saliva; sabía que el hombre tenía razón.

—Es usted muy joven.

—No tanto como para no saber que su... —Se detuvo, estudiando las extravagantes ropas de Sophie—. ¿Lacayo?

—Esposa —corrigió King sin vacilar.

—Por supuesto. —El médico se ajustó las gafas en la nariz—. Para saber que su esposa tiene una bala alojada en el hombro y hay que sacársela. ¿Le gustaría esperar a ver si encuentra a un colega más experimentado?

Aquel punto no requería una respuesta.

—¿Podría morir? —Odió la pregunta y la incertidumbre que vibraba en su voz. Ella no podía morir, ¿verdad?

—El hombro no es una parte vital —dijo el médico—. En ese sentido ha tenido suerte.

—Entonces, no va a morir —afirmó King.

—No a causa de la bala. Pero como ya he dicho, no me gusta que siga inconsciente. —El médico levantó la botella sobre el hombro de Sophie—. Esto debería ayudar.

—¿Qué es?

—Ginebra.

King dio un paso adelante.

—¿Qué clase de medicamento es ese?

—Uno de los que duele como una condena. —Antes de que King pudiera detenerlo, el médico vertió la mitad del líquido de la botella sobre el hombro de Sophie.

Ella abrió los ojos de golpe y se sentó en la mesa con un grito salvaje.

—¡Córcholis!

El médico sonrió.

—Bien. Me ha gustado el saludo.

Sophie mostraba una mirada salvaje y desenfocada.

—Pica.

—Sin duda —corroboró el cirujano—. Pero la ha traído de vuelta con nosotros, lo que me hace muy feliz.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Es el cirujano —repuso King.

Ella lo miró.

—No parece médico.

—No estoy muy seguro de su habilidad.

Sophie volvió a concentrarse en el cirujano.

—Señor, intente no matarme.

El hombre asintió.

—Lo haré lo mejor posible.

—¿Era necesario verter eso en mi herida? —agregó ella—. No me importaría que no lo hubiera hecho.

—Existe la creencia de que el alcohol ayuda a desinfectar las heridas —replicó el doctor—. Espero que sea ese el caso, ya que no me gusta pensar que he desperdiciado la mitad de una botella de ginebra.

Ni Sophie ni King le vieron la gracia a la broma. El médico no pareció darse cuenta y eligió ese momento para coger el extraño dispositivo.

—Por favor, sujétela —le dijo a King antes de mirar a Sophie—. Me temo que esto también va a doler.

Cuando King la inmovilizó con las manos, el médico comenzó a extraer la bala. Sophie gritó y comenzó a sangrar, por lo que King se sintió mil veces peor por haber permitido que ocurriera esa situación. Ella intentó liberarse de su agarre, retorciéndose debajo de él, que tuvo que recurrir a las fuerzas que le quedaban manteniéndola inmóvil mientras el médico retiraba la bala y ponía

fin a su dolor.

—He terminado —anunció finalmente el cirujano, retirando la pinza y mostrando la bala a King antes de limpiar el río de sangre que había provocado.

King se acercó a Sophie, que seguía tumbada en la mesa, con los ojos cerrados, mientras gemía por lo bajo. Un sonido que lo hizo flaquear y resistir el impulso de atacar al atractivo hombre que se hacía llamar cirujano. Y lo hubiera hecho, pero el médico regresó con aguja e hilo.

—Señora, ¿le gustaría beber antes de que le cosa la herida? Podría aliviarle el dolor.

Sophie, ya pálida, palideció aun más y asintió. El médico señaló el aparador con la barbilla.

—Ahí hay *whisky*.

King podía ocuparse de eso. Agarró la botella y la abrió.

—Como se trata de negocios en lugar de placer, no usaré un vaso —anunció, acercándole la botella a los labios. Ella echó la cabeza hacia atrás y bebió—. Buena chica —dijo él en voz baja antes de que Sophie empezara a toser. El alcohol, sin duda, le provocaba escozor en la garganta.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Córcholis!

King sonrió al oírla.

—No hace más que soltar esa palabra.

Ella miró la aguja.

—Fui hija de un minero antes que dama de la sociedad.

Él se rio, pero el sonido se vio interrumpido por el jadeo de dolor cuando el médico empezó a coser. King hizo lo posible por distraerla.

—¿Lo echas de menos?

La mirada azul se encontró con la de él.

—¿Se refiere a la vida antes de ir a Londres? —Él asintió con la cabeza y ella se dio la vuelta, mirando la aguja mientras hacía su trabajo—. Sí. En Londres nunca me he sentido cómoda. —La vio sonreír—. Además, ahora no puedo volver. No me aceptarán con una herida de bala.

Él se rio al oírla, imaginando que si Sophie Talbot decidiera regresar a Londres, podría obligarlos a aceptarla.

—¿Qué ocurrió en la fiesta de los Liverpool?

Ella lo miró a los ojos.

—Te contaré lo que me ocurrió a mí si tú me cuentas lo que te pasó a ti.

Él arqueó las cejas.

—Ya sabes lo que me pasó.

—Antes de eso.

—Imagino que puedes adivinarlo —dijo, intentando eludir la pregunta.

—Supongo... —repuso ella, y había algo en su tono. Censura...

Decepción...

No era como si King no hubiera sido objeto de desdén con anterioridad, lo había sido, pero hasta ese momento no le había importado. Era consecuencia de su reputación. Sin embargo, de alguna manera, esa mujer lo hacía sentirse un insecto, a pesar de que no había hecho nada malo.

—Excelente —comentó el médico, al parecer ajeno a la discusión que ellos mantenían, mientras cortaba el hilo que cerraba la perfecta hilera de puntos. King se quedó en blanco al verlo coger un tarro con miel.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es para la herida —replicó el hombre, esparciendo el untuoso líquido dorado por la herida como si fuera algo normal.

—Pero ella no es pan tostado.

—Los antiguos egipcios lo utilizaban para evitar las infecciones.

—¿Y esa le parece una buena razón para usarlo ahora?

—¿Tiene una idea mejor?

Ese hombre le caía cada vez peor.

—¿Funciona?

El médico se encogió de hombros.

—Daño no puede hacer.

King parpadeó.

—Está loco.

—El Real Colegio de Cirujanos parece creer que sí.

—¿Qué saben sobre usted?

—Me expulsaron el año pasado. ¿Por qué cree que estoy en Sprotbrough?

—Ahora veo que es porque es tan tonto como el nombre de este lugar. — King lo agarró por el cuello—. Quiero dejarle clara una cosa. Ella no va a morir.

—Matarme no le ayudará a conseguirlo —replicó el doctor, guardando la calma.

¡Maldición! King lo soltó.

—No va a morir —repitió.

—De la bala no —aseguró el médico.

—No por la bala... —repitió King—. Sigue diciendo eso.

—Es cierto. No va a morir por el balazo.

—¿Entonces?

Hubo un largo silencio mientras el cirujano vendaba la herida. Cuando terminó, se lavó las manos.

—No puedo garantizar que no se muera por lo que viene después.

Sophie abrió los ojos y se centró en el médico con una sonrisa.

—No me cae bien.

El doctor la miró con una sonrisa.

—Tampoco me caigo bien a mí mismo muchas veces.

Ella parpadeó.

—Es demasiado guapo para ser cirujano.

El hombre se rio.

—Gracias, señora. Aunque hubiera preferido que se ahorrara el «para ser cirujano».

Sophie lo estudió durante un buen rato antes de asentir.

—Me parece justo. Es muy guapo. Punto.

King quiso romper algo cuando el médico se rio.

—Mucho mejor.

Era absurdo, obviamente. A King no le importaba que ella coqueteara con el maldito médico. Por él podía quedarse a vivir allí. Todo sería más fácil. Podría deshacerse de ella y seguir rumbo al norte, sin verse asaltado por los problemas que...

Cuando vio que el doctor ponía la mano en la frente de Sophie, no pudo evitar querer matar a alguien. A alguien en concreto.

—¿Es necesario que la toque tanto?

—Para comprobar si tiene fiebre —dijo el doctor, imperturbable—, me temo que sí.

—¿La tiene?

—No. —El cirujano se dio la vuelta y salió de la habitación sin hacer ningún comentario más.

King no era ignorado todos los días con esa facilidad, y tenía casi decidido seguir al joven y decirle que estaba faltándole al respeto, pero bajó la mirada hacia Sophie. Y todo cambió.

Ella lo miraba con aquellos ojos azules que lo veían todo, y curvó los labios en una media sonrisa.

—¿Lo ves? No todo se hace según tus caprichos, gracias a Dios. De hecho,

podría morir.

—Por supuesto, tenías que restregármelo por las narices.

—Mejor eso que otras cosas.

No debía preguntar. Más tarde se recriminaría por haberlo hecho.

—¿Qué otras cosas?

La emoción que brilló en los ojos de Sophie fue clara e inquietante.

—Que tener miedo.

La palabra le golpeó en el plexo solar, y se acordó de otros tiempos. De otra chica. Otra muchacha asustada que se había plantado delante de él, rogándole que la salvara. Pero entonces era un niño, no un hombre. Y aunque ella había muerto, Sophie no lo haría.

—Entonces te aseguro que no...

Ella negó con la cabeza, interrumpiendo su insistente seguridad.

—No lo puedes afirmar.

—Es que...

Sus miradas se encontraron de pleno, esta vez llenas de certeza.

—No. No puedes. He visto lo que pueden hacer las fiebres, *milord*.

Él guardó silencio mientras miraba vacilante la venda de su hombro, la sangre seca en su ropa, en su piel, en aquella piel lisa y perturbadoramente suave. No debería estar manchada de sangre. Era joven y rica, hija de un conde. Debía estar limpia e ilesa. Debería estar riéndose con sus hermanas en algún lugar muy lejos de allí.

Lejos de él.

Volvió a concentrarse en ella, odiando el sentimiento de culpa que lo inundó. Sumergió una de las vendas desechadas en el cuenco de agua, ahora de color rosado, y tras escurrirla comenzó a limpiarle la piel manchada.

Ante el primer contacto con la tela, ella se estremeció, y él se imaginó que, si hubiera tenido fuerzas, se hubiera alejado de la sensación. O de la habitación. En cambio, levantó el brazo sano y le agarró la muñeca con unos dedos fríos y más fuertes de lo que él hubiera pensado, sobre todo teniendo en cuenta los acontecimientos de las últimas horas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Estás cubierta de sangre —señaló él—. Te estoy limpiando.

—Puedo hacerlo yo misma.

—No puedes hacerlo sin moverte.

Se miraron el uno al otro durante un buen rato, y él se preguntó si le permitiría ayudarla. Se tragó las palabras que estaba desesperado por decir:

«Déjame cuidar de ti».

A ella no le gustarían. ¡Maldición!, a él tampoco le gustaban.

Pero quería decirlas.

Quería pedirle que le permitiera atenderla.

Por suerte, no tuvo que pronunciarlas. Se liberó de sus dedos y continuó lavándola con movimientos cuidadosos, retirando la sangre seca del brazo y el nacimiento del pecho, deseando poder volver atrás. Anhelando dar marcha atrás al tiempo. Poder cambiar el curso de los acontecimientos.

—Tienes que irte —dijo ella en voz baja.

Buscó su mirada con los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Que debes marcharte. Tienes una vida que vivir. Estabas viajando antes de que yo me metiera en problemas.

—Mi viaje me ha traído aquí.

—Solo digo que puedo recorrer mi propio camino —argumentó ella—. No soy problema tuyo.

Las palabras le dolieron, ¿cuántas veces se las había dicho a sí mismo? ¿Cuántas veces se las había dicho a ella?

—No voy a dejarte sola.

—El médico parece amable —dijo ella—. Estoy segura de que permitirá que me quede antes de...

Por encima de su cadáver en descomposición.

—No vas a quedarte con el médico.

Ella respiró hondo, y él notó su agotamiento.

—No tengo tu dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Te vas a quedar por eso. Estaba en una bolsita. Lo he dejado en el carruaje. Ya no lo tengo.

A él no le importaba el dinero.

—Por eso me has seguido, ¿verdad? ¿Por el dinero?

—No —la corrigió—. Te he seguido por principios. Sencillamente no puedes vender las ruedas de un hombre. Podría necesitarlas.

—¿Por qué tenías tantas?

—Por si acaso se me rompía una salvando a una inocente mujer de un salteador de caminos.

Ella soltó una risita al oírlo, una que terminó en un jadeo con el forzado movimiento de su hombro. Él se acercó a ella deseando poder evitarle lo que

debía ser un dolor brutal.

—Sophie...

Ella se alejó.

—Deberías marcharte.

Él negó con la cabeza.

—No voy a dejarte.

—¿Por qué? Ni siquiera te gusto.

Ella había sido como una espina clavada desde el momento en que la conoció y le robó la bota. Le había hecho perder las ruedas de repuesto, media docena de carreras y gran parte de su cordura. El día anterior, le había suplicado que lo dejara en paz.

Pero en ese momento...

—No voy a dejarte.

El médico eligió ese momento para regresar con una taza en una mano y una bolsa en la otra.

—El hecho de que no tenga fiebre ahora, no significa que no vaya a tenerla más adelante —le dijo a Sophie como si King no estuviera en la estancia. Levantó la bolsita—. Estas hierbas pueden mantenerla a raya.

—¿Pueden? —preguntó King—. ¿Por qué le expulsaron exactamente del Real Colegio de Médicos?

—Comparto la impopular creencia de que unas criaturas invisibles a los ojos son las causantes de las infecciones.

—King arqueó una ceja y el médico sonrió—. Es demasiado tarde para rechazar mi ayuda. Ya le he quitado la bala. —Se acercó para ayudar a Sophie a sentarse—. Las hierbas pueden ayudar a matarlos y a mantenerlos a raya. Debe hacer infusiones en agua caliente tres veces al día, todos los días. —La ayudó a incorporarse—. Esta es la primera dosis. —Ella bebió la humeante taza mientras él se volvió hacia King—. Incluso un médico en su sano juicio sugeriría que permaneciera aquí varios días.

King asintió con la cabeza, mirando a Sophie.

—Le estaba contando a su paciente que los planes son quedarnos aquí.

Ella no lo miró deliberadamente y se concentró en el médico, que asintió.

—Excelente. Necesitarán una habitación.

Él volvió a asentir.

—Está hecho.

Eso captó la atención de Sophie.

—Su marido es un hombre muy competente, señora —dijo el médico,

haciendo que ella escupiera la infusión.

—Mi... ¿qué?

No era la forma en la que quería que ella descubriera su mentira, pero el universo estaba de su parte.

—¿Señora Matthew? —dijeron desde la puerta antes de que el médico tuviera la oportunidad de explicarse.

El nombre resonó en la pequeña casita, llegó en forma de grito desde la puerta ahora abierta de forma permanente, pronunciado por un muchacho al que seguía una niña no mucho más joven que él.

—John, no se invade los hogares ajenos —amonestó la joven que cerraba la marcha. King los reconoció al instante: eran los niños que casi habían visto morir a Sophie en el camino. Cuando la otra mujer miró al médico, abrió los ojos como platos.

—¡Dios! —soltó—. ¡Qué guapo!

«¿Es que todo el mundo tiene que fijarse en el maldito médico?».

El cirujano sonrió.

—Gracias.

—De nada... —respondió la mujer, estupefacta.

—La puerta estaba abierta —se disculpó John.

—Ni siquiera había puerta —dijo el doctor en tono seco—. ¿Puedo suponer que han venido a ver a la paciente?

—¡Señora Matthew! —repitió el niño cuando vio a Sophie—. ¡Está viva!

«¿Quién demonios era la señora Matthew?».

Sophie le dirigió una sonrisa al niño.

—Lo estoy, John. Gracias en gran parte a ti y al doctor.

—Pensábamos que había muerto —explicó la niña, apretando la cara contra Sophie—. Había un montón de sangre.

—Como puedes ver, no estoy muerta —aseguró Sophie.

—Todavía podría morir —señaló John, cada vez más cerca, empujando a un lado a un sorprendido King.

—¡John! —dijo la mujer que los acompañaba—. Eso no es alentador.

—Es cierto, Mary —insistió John, dirigiéndose luego a Sophie—. Mi madre murió de fiebres después de que la acuchillaran. Ocurre. ¿No es cierto, doctor?

—Es posible.

«¡Santo Dios!».

King decidió que tenía que hacerse con el control de todo aquello.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —los interrumpió, dando un paso hacia los niños.

—Es fácil —explicó Mary—. Ella estaba herida, y salieron disparados en busca de un cirujano. Esta es la población más cercana.

—Así que... ¡Aquí estamos! —anunció John, orgulloso.

—Me encanta —aseguró Sophie, pasándole la taza ahora vacía al médico y volviendo a tenderse en la mesa.

—¿Por qué? —King no pudo reprimir la pregunta.

Mary lo miró antes de clavar los ojos en Sophie y en el médico.

—Porque estábamos preocupados por su esposa.

—Su... ¿qué? —indagó Sophie, mirándolo.

—Mi esposa —expuso King sencillamente, antes de cambiar de tema—. Sin embargo, no es necesario que se preocupen más, el médico ya ha retirado la bala.

—Sí, la he quitado —intervino el médico—. Y también he vendado la herida. El señor y la señora Matthew se quedarán aquí unos días para que yo pueda seguir la evolución de la lesión.

Mary asintió.

—Excelente. Nos quedaremos aquí también.

—No —dijo King.

—Oh, querido... —dijo Sophie, mirándole—. Creo que sería muy bonito que se quedaran. —Para un extraño, la mirada de Sophie, que tenía los ojos muy abiertos, sin duda parecería dulce como la melaza. Solo King notó la irritación que brillaba en sus iris azules—. Mary, debe permitir que mi marido se haga cargo de su habitación.

Incluso con un disparo en el hombro, estaba intentando pescarlo.

—No podemos —dijo Mary.

—Oh, insisto. Es muy rico. Y todos vosotros habéis jugado un papel fundamental para salvar la vida de su esposa.

¡Maldición!

—Sí —intervino él, cuidadosamente—. La pagaré, por supuesto.

—Excelente. —Sophie pareció quedarse satisfecha, y permaneció en silencio después de decir la palabra, deslizándose en un profundo sueño. King habría definido su sonrisa como petulante si no estuviera tan sorprendido por su repentina somnolencia. Se volvió hacia el médico con preocupación.

—En esas hierbas he incluido también algo para ayudarla a dormir —explicó el médico—. ¿Necesita ayuda para llevarla a la posada?

—No —fue la brusca respuesta de King. Podía llevar por sí mismo a su falsa esposa. Quería alejarla de aquel médico loco en cuanto fuera posible—. Dígame, doctor, ¿cuánto le debo por sus servicios?

El médico no respondió, estaba demasiado concentrado en Mary.

—Tiene un terrible hematoma en un lado de la cabeza, señorita.

La mujer llevó la mano al lugar con las mejillas encendidas.

—No es nada.

El médico se dio la vuelta y abrió un cajón.

—Claro que lo es. —Se giró de nuevo con un pequeño tarro, que destapó mientras se acercaba a ella. La joven se apartó de él, que se detuvo—. No le haré daño —aseguró en voz baja.

El rubor de las mejillas de Mary se incrementó, y King tuvo la extraña sensación de que debía apartar la vista cuando el médico comenzó a extender una crema blanca por la contusión que la joven tenía en la cara.

King se aclaró la garganta y bajó la mano para coger su bolsa con intención de pagar al médico... solo que no estaba. Miró al cinturón, donde la llevaba una hora antes.

—¿Le falta su bolsa, *milord*? —preguntó John, balanceándose sobre los talones.

—John... —intervino Mary, alejándose con rapidez del contacto del médico y sonando un poco jadeante—. Es muy amable al honrar los deseos de su esposa, señor Matthew —agregó. Las palabras atravesaron su estupefacción ante la desaparición de su dinero—. Espero que siga siendo tan benévolo cuando descubra que John ha cogido su bolsa.

John le tendió el dinero.

—No iba a quedármela.

Un médico loco y un aprendiz de ladrón. Y, por supuesto, le iba a tocar cargar con esa alegre pandilla. Sophie Talbot sembraba problemas allá por dónde iba. ¿Cuántas veces había oído llamarla la muermo de las peligrosas Talbot?

Era peligrosa, de acuerdo. Pero a él no le preocupaba su propia reputación, sino su bienestar.

Arqueó una ceja en dirección al niño.

—Eres el primer carterista que conozco que no tiene intención de quedarse con lo que roba.

—Es un hábito —se disculpó John, mirándose los zapatos.

—Un mal hábito —corrigió King.

John miró al médico y le tendió una larga cadena de oro.

—Es suya.

El médico llevó la mano al bolsillo del chaleco.

—Ni siquiera lo he notado.

John sonrió.

—Soy el mejor de Londres. Pero me estoy reformando.

King no se sintió impresionado.

—Qué reforma más rara.

Sacó varias monedas y pagó al médico antes de guardar la bolsa. Se acercó a Sophie y la cogió en brazos con suavidad.

Los demás se apartaron, pero la joven los observaba con arrobó.

—Ella es como *La bella durmiente* —dijo repentinamente.

King bajó la vista, fijándose en los ojos cerrados y la piel pálida de Sophie. Se imaginó que parecía realmente la bella durmiente de los cuentos de hadas. Por un momento, consideró las implicaciones de la comparación. Era posible que ella fuera una princesa, pero él no era un príncipe.

—A diferencia de ella, Sophie se va a despertar —prometió, más que nada para sí mismo.

—Por supuesto, lo hará —fue la respuesta—. Solo tiene que darle un beso.

Si no estuviera tan cansado de ese extraño grupo, podría haberse reído. No iba a besar a Sophie Talbot. Eso sería un peligro muy diferente.

· 7. La Bella Durmiente despierta Ni siquiera es necesario un beso ·

Sophie despertó al día siguiente cuando el sol de la tarde atravesaba ya los moteados cristales de las ventanas. El polvo bailaba en la luz y un olor un tanto inquietante subrayaba la escasa limpieza de las habitaciones que había encima del *pub* El Arrullo del Gorrión.

—Está despertándose... —Las palabras procedían de una silla en el otro extremo de la habitación, un lugar en sombras en donde no puedo discernir al emisor. Sin embargo, no necesitaba verlo. Sabía exactamente quién era.

«Se ha quedado conmigo...».

Ignoró la sensación de confort que acompañó al pensamiento. No quería que él se quedara con ella. No lo necesitaba. Era un granuja, un sinvergüenza. Y si no fuera por él, no estaría allí.

«Sin embargo, se ha quedado conmigo...».

Se incorporó sin pensar y un dolor punzante le atravesó el hombro, haciéndola gritar. Llevó la mano a la venda, pero fue un error; el más ligero contacto parecía hacer arder la zona.

El marqués de Eversley se acercó al instante.

—¡Maldición, mujer! ¿Es que no puedes tener cuidado?

—Le puso un brazo detrás de la espalda—. Acuéstate.

Ella intentó apartarlo.

—Estaba siendo cautelosa. Cuando una mujer se despierta y se encuentra a un canalla en su dormitorio, intenta levantarse.

—En mi experiencia —fue la cortante respuesta—, ocurre todo lo contrario.

—Ya, bueno, imagino que depende de la compañía que prefieras. — Comenzó a palparle el hombro—. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Más o menos dieciocho horas —repuso él—. ¿Recuerdas que te desperté para tomar el té?

Un lejano recuerdo inundó su mente: Mary inclinada sobre ella con una taza de té.

—Vagamente.

—¿Qué tal el dolor?

Se movió y disimuló una mueca de sufrimiento.

—Es soportable.

—Interesante. Hubiera apostado algo a que es condenadamente insoportable.

Y lo era, pero ella no estaba dispuesta a admitirlo.

—No deberías usar esa palabra delante de una dama.

—¿En serio? ¿Eres consciente de que tú misma tienes cierta afinidad con el lenguaje más grosero?

Sophie se sonrojó.

—Solo con una palabra.

—Con una es suficiente. —Ella bajó la vista a su regazo—. ¿Te duele?

—Mucho.

—Las mujeres se distinguen por su capacidad para soportar el dolor.

—Mmm... Y pensar que se las considera el sexo débil...

Ella le fulminó con la mirada.

—Sin duda, una etiqueta asignada por un hombre que no fue testigo de un parto.

Él curvó los labios ligeramente.

—Veo que ya estás mejor. —Había algo en su tono que le hizo sentir un escalofrío de placer. Agradeció disponer de tiempo para recuperarse cuando él se levantó y se dirigió hacia la puerta, que abrió para hablar con alguien que estaba fuera de su vista antes de cerrarla de nuevo y girarse hacia ella—. A pesar de mi buen juicio, he pedido que vayan a buscar al médico loco. Y más té.

Recordó al cirujano.

—A mí no me pareció que estuviera loco.

—Te roció con ginebra y luego te untó con miel. Aunque no me parecería mal que administrara el mismo tratamiento a una tarta, me parece extraño que lo hiciera con propósitos medicinales. —Él se acercó todavía más—. Ahora que estás despierta, quiero echarle un vistazo a tu hombro.

Ella volvió la cabeza y olfateó con delicadeza.

«Ginebra y miel».

Aquel extraño olor no procedía de la posada.

«¡Oh, Dios!».

Se concentró en la intención de Eversley y levantó una mano.

—¡No!

Él se detuvo con los ojos muy abiertos.

—¿Perdón?

Estaba dispuesto a olerla.

—¡No te acerques más!

—¿Por qué?

—No es apropiado.

—¿El qué?

—Tú. Que estés aquí. Tan cerca. Mientras estoy en la cama.

Él arqueó una ceja.

—Te aseguro que no tengo ninguna intención de seducirte.

A ella no le cabía ninguna duda, teniendo en cuenta su situación actual, pero no podía decirle la verdad.

—Sin embargo, debo insistir en que observes la máxima corrección.

—¿Quién crees que te ha atendido las últimas horas?

«Córcholis». Tenía razón. Había estado muy cerca. Sin duda se habría dado cuenta ya de su olor. Pero eso no significaba que tuviera que sufrirlo durante más tiempo. Enderezó los hombros, haciendo caso omiso a la punzada que sintió en el izquierdo.

—Ya sabes... Mi reputación...

Él parpadeó.

—Te dispararon en la Gran Carretera del Norte mientras usabas una librea robada...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que pagué por esa librea?

—A ver. Te dispararon en la Gran Carretera del Norte mientras usabas una librea comprada a un lacayo robado, además viajaste como polizón en el carruaje de un caballero soltero...

—Lo de caballero te queda grande, ¿no crees?

Él ignoró el comentario.

—¿Cómo es que tu reputación no está ya por los suelos?

Su reputación estaba por los suelos por el sinfín de acontecimientos ocurridos en los últimos cuatro días, pero no estaba dispuesta a discutir el tema. Así que levantó una vez más la mano, preguntándose cómo podría darse un baño sin que nadie la asistiera.

—Todo eso se percibe como daños. Pero no son daños reales.

Él volvió a arquear las cejas.

—¿Cuánto tiempo has vivido en Londres?

—Diez años.

—Y todavía piensas que existe alguna diferencia entre la verdad y la mentira cuando se trata de un escándalo. ¿No es encantador?

Ella frunció el ceño ante su tono de ironía.

—La cuestión es que te agradecería que mantuvieras la distancia.

—El médico estará aquí en cuestión de minutos —dijo él, más para sí mismo que para ella, después de hacerla pensar que iba a discutir.

Como si Eversley lo hubiera convocado, el doctor eligió ese momento para aparecer. Por suerte, Mary lo seguía con una humeante taza de té.

Fue entonces cuando Sophie recordó que el médico también era guapo. Por supuesto. Porque las desgracias nunca vienen solas, y Sophie —que nunca había llamado la atención de un caballero atractivo más del medio segundo que a él le llevaba darse cuenta de que ella no era la mujer que buscaba— parecía haber captado el interés de dos de los más guapos cuando estaba postrada en la cama, sin asear.

—¡Señora Matthew! —la saludó el cirujano con alegría—. Espero que haya descansado bien.

Se había olvidado de que la habían bautizado con ese nombre.

—Parece que sí, doctor... —Hizo una pausa—. Lo siento, he olvidado su nombre, señor.

—No se lo he dicho —replicó el doctor con una sonrisa deslumbrante, cogiendo el té que llevaba Mary—. Gracias.

Mary se sonrojó.

—De nada, doctor.

Eversley resopló, irritado, ¿o era por otra cosa? ¿Serían celos por el efecto que tenía el médico sobre la mujer? Como si él no fuera sumamente atractivo también...

No es que ella se hubiera dado cuenta.

Para que se diera cuenta, él tendría que gustarle.

Y no le gustaba.

El médico se acercó a la cama y le entregó el té con hierbas.

—¿Qué tal se siente? —preguntó después de esperar a que ella tomara un trago.

Sophie se dio cuenta vagamente de que el hombre seguía sin compartir su nombre. Sin embargo, a nadie parecía preocuparle.

—Muy bien —respondió, consciente de que el marqués de Eversley la vigilaba.

—Bueno. Estoy seguro de que no es cierto. —El médico le retiró la taza y se la devolvió a Mary antes de sentarse en la cama y ponerse las gafas—. Así que vamos a echar un vistazo.

Ella se apretó contra las almohadas, incapaz de pensar en otra cosa que en el olor que desprendía.

—Preferiría...

Él la ignoró y le puso una mano en la frente.

—Maravilloso. No tiene fiebre. —Continuó hablando antes de que Sophie pudiera intervenir—. Le aseguro, señora, que he oído cosas peores. —No bajó la voz, por lo que sus palabras resonaron en la estancia.

Sophie se había puesto de color escarlata mientras Eversley miraba al techo con frustración.

—¿Por eso no me has dejado acercarme?

—Has sido tú el que señaló que me habían rociado con ginebra y miel —se defendió.

—Para subrayar que él está loco, no tu hedor.

Mary los miraba boquiabierta.

Sophie imaginó que ella también hubiera hecho lo mismo si no estuviera tan enfadada.

—¿Mi hedor? —lo miró con irritación.

Él se balanceó sobre los talones como si estuviera calculando su siguiente movimiento.

—No he querido decir que...

Ella ya estaba harta.

—De todas las cosas poco caballerosas que me has dicho, y han sido muchas, esa podría ser la peor de todas.

Le pareció como si él quisiera añadir algo, pero se contuvo. Por suerte, porque el médico eligió ese preciso momento para despegarle el vendaje, y Sophie gritó de dolor.

Eversley dio un paso adelante.

—Le ha hecho daño. La ha herido.

—Sí. Lo siento... —dijo el médico sin levantar la mirada de su trabajo—. Sin embargo, no hay signos de infección.

Sophie se sintió aliviada.

—Entonces, ¿voy a seguir viva?

El médico la miró a los ojos.

—Hoy sí.

—Dios... —murmuró Eversley—. Es usted un bastardo, ¿verdad? ¿Qué le costaba reconfortarla?

El médico se volvió hacia él.

—Solo digo la verdad. Que no tenga fiebre ni rastro de infección un día después de la lesión es muy positivo. Pero la medicina es más un arte que una ciencia. Todavía podría morir. —Se concentró en Sophie—. Todavía puede morir.

Ella no supo qué responder a eso.

—Oh...

Él extrajo más té de su maletín y lo dejó en la mesilla de noche.

—No estaba seguro de si necesitaría más, pero me siento optimista.

Sophie imaginó que eso debería hacerla sentirse más segura del futuro, aunque teniendo en cuenta las anteriores declaraciones, no sabía muy bien qué pensar.

—Continúe con esta mezcla; la mantendrá más despierta que la anterior —añadió el médico—. Y asegúrese de mantener la herida limpia. —Puso un bote con miel en la mesilla, junto a las hierbas, antes de volverse hacia Eversley—. La miel es esencial. Hay que aplicarla después de cada baño.

Ella podría haber protestado ante el hecho de que le diera instrucciones al hombre que se había convertido en una espina para ella, pero se distrajo por otro concepto mucho más alentador.

—¿Puedo bañarme?

El médico se volvió hacia ella.

—Por supuesto. Preferiblemente todos los días, en agua limpia y caliente. Y llámenme de inmediato si comienza a sentirse mal o si la herida cambia de aspecto.

Parecía que todavía no podían marcharse.

—¿Hasta cuándo tenemos que quedarnos? —Todos la miraron, cada uno más sorprendido que el anterior.

—Tiene usted libre albedrío, señora Matthew —repuso el médico—, sin embargo, yo esperaba tenerla cerca por lo menos una semana.

—Una semana —murmuró. Tenía planeado estar en el norte una semana después. Para organizar su futuro.

—¿No le gusta nuestro pueblo?

Ella miró a Eversley. Él también tenía que llegar al norte.

—Una semana es mucho tiempo de reposo —argumentó—. Mi marido —ignoró la advertencia que leyó en sus ojos— y yo tenemos mucho que hacer en

Cumbria.

El doctor encogió los hombros con desgana.

—Entonces, váyase.

—No lo haremos hasta que estés curada —intervino Eversley—. ¿Cuándo tendremos la certeza de que está bien?

El médico se puso en pie y empezó a recoger sus cosas.

—Cuando la herida esté curada y ella no esté muerta.

Pareció que Eversley quería estrangular al cirujano. Sophie sonrió.

—Gracias, doctor.

Él se volvió hacia ella.

—Confío en que volvamos a vernos, señora Matthew. —Dio un paso mientras hacía un gesto con la cabeza a Eversley—. Señor Matthew.

—Le acompaño —dijo Mary, que tenía los ojos muy abiertos, siguiendo los pasos del apuesto doctor.

Sophie miró la puerta mientras se cerraba.

—Bueno. Nunca había conocido a un hombre que hiciera que una se sintiera agradecida de estar viva cada minuto.

Eversley frunció el ceño.

—¿Por qué nos llaman Matthew?

—Por mi lacayo. —La última palabra se disolvió en un bostezo que ella se apresuró a reprimir.

Eversley parpadeó.

—¿Te refieres a mi lacayo?

Ella agitó la mano en el aire.

—Como sea. Se llama Matthew. Lo utilicé en el carruaje de postas.

—Y yo dije que estábamos casados.

—Una tontería como otra cualquiera.

—Sí, me estoy dando cuenta de que ahora recibo mi nombre de un criado.

—Uno muy bueno —añadió ella, bostezando de nuevo. El agotamiento parecía estar acechándola.

—Uno terrible —corrigió él, acercándose a ella para ayudarla a recostarse sobre las almohadas—. Si fuera bueno, te habría dicho que no hablaba con damas y se habría concentrado en su trabajo. Debería buscarlo para meterle una bala en el hombro. Si no fuera por él, estarías en perfecto estado.

«¿Él estaba preocupado por ella?».

—Estoy en perfecto estado —dijo ella en voz baja, ignorando el placer que le proporcionaba aquella idea. De hecho, la desechó al instante—. Al parecer,

solo necesito un baño.

—Dios... —murmuró él—. No me refería a que apestes.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Ten cuidado. Solo tienes dos salidas. Con la primera me ofendes. Y con la otra, mientes.

Hubo una dilatada pausa en la que ella se dejó llevar por la somnolencia.

—¿Por qué te diriges al norte? ¿Qué te espera allí? —preguntó él cuando ella todavía podía oír.

—Mi librería —respondió, apenas capaz de retener los pensamientos antes de que salieran por sus labios—. Mossband... Bollos dulces y pegajosos... Robbie...

—¿Robbie?

—Mmmm... —Era difícil seguir el ritmo de la conversación.

—¿Quién es Robbie?

El recuerdo inundó su mente, borroso y bienvenido... El pelo rubio, las mejillas rubicundas. Su amigo. El único amigo que había tenido. «Nos casaremos», le había prometido él hacía mucho tiempo.

Ella sonrió. Estaría bien casarse con un amigo. Quizá él la amaría. Sería bueno que alguien la amara. Quizá se casaran. Quizá serían felices.

Después de todo, se habían prometido hacía muchos años. Ella lo había dicho también: «Nos casaremos».

Repitió las palabras en voz alta, mientras el marqués de Eversley velaba por ella.

· 8. Agenda de la peligrosa Talbot: Despertarse... Asearse... ¿Ser cortejada? ·

La noche cayó y King dejó dormir a Sophie durante horas antes de pedir una bañera y agua fría. Luego, cuando ella empezó a moverse inquieta por debajo de las sábanas, solicitó agua caliente. Una vez que el vapor humeó desde la bañera de cobre y las mujeres que habían llevado los cubos desaparecieron, esperó hasta que Sophie despertó.

La observó desde su posición, apoyado en la pared de la pequeña habitación, con la cara iluminada por la luz de las velas mientras salía de su profundo sueño. La comodidad del letargo daba paso al dolor del hombro. El dolor de la realidad.

Se preguntó si su padre seguiría vivo.

La carta de Agnes era urgente. Era incluso posible que ya fuera el nuevo duque de Lyne. Quizá había perdido la oportunidad de decir la última palabra, de castigar al hombre que lo había mortificado a él con tanta rotundidad.

Que le había arruinado cualquier posibilidad de tener una familia. Felicidad. Amor.

Un recuerdo surgió de forma espontánea; estaba en el laberinto de setos con su padre, que le revelaba su código.

—Dos a la izquierda y uno a la derecha. Luego uno a la izquierda y uno a la derecha. Hasta el centro —había dicho el duque, impulsándolo a seguir—. Venga, continúa. Hacia el centro.

King había abierto el camino y, cuando llegaron al centro, su padre le había contado la historia de Teseo y el Minotauro.

—¿Quiénes somos? —había preguntado King.

—Teseo, por supuesto —había asegurado el duque—. Los héroes.

King movió la cabeza para deshacerse de aquel recuerdo.

«Héroes... Una condenada mentira».

Se movió hasta detenerse junto a Sophie. No disponía de tiempo que dedicarle a esa chica, que estaba resultando ser un ciclón. En Londres la

llamaban el muermo de las Talbot. Contuvo la risa ante la idea. Si pudieran verla en ese momento, con una herida de bala en el hombro, durmiendo bajo una identidad falsa en un *pub* en mitad de la nada, otro gallo cantaría.

Sophie Talbot no era nada aburrida.

«Se va a casar»

¿Por qué demonios no se lo había dicho desde el principio?

King sabía que las mujeres deseaban casarse por amor.

«Tú también estuviste enamorado, una vez».

¿Quién era el amor de Sophie? Si se había fugado de Londres con planes concretos de buscar un futuro con ese tal Robbie —aunque King ponía en duda la virilidad de un hombre que respondía a tal nombre—, ¿por qué no se lo había dicho desde el principio?

Robert era un buen nombre para un marido. Más directo, más inclinado a cuidar de ella.

«No es que a mí me importe».

Mientras él pensaba aquello, ella frunció el ceño y aceleró la respiración. Sophie estaba a punto de despertarse, y odiaría lo que traería consigo la conciencia.

King se sentó a su lado en la cama. Cuando le puso la mano en la frente, se dijo que era para comprobar si tenía fiebre. La temperatura no había subido. Con una extraña sensación de alivio, le frotó el pulgar sobre el profundo surco que había entre las cejas.

Notó cómo se relajaba bajo su contacto, e ignoró el orgullo que sintió mientras le deslizaba los dedos por la mejilla. No deseaba ser quien la sosegara. Sophie era un problema, y bastantes tenía ya sin añadirla a ella.

Pero no retiró la mano.

—Sophie... —susurró su nombre con suavidad, diciéndose que la estaba despertando para que se diera el baño que tanto parecía desear, y no para ver sus profundos ojos azules.

Ella suspiró y se movió hacia sus dedos, pero no despertó.

—Sophie... —repitió, ignorando el hecho de que le gustaba cómo sonaba aquel nombre en sus labios, ignorando el hecho de que no debía continuar acariciándola como estaba haciendo. En su lugar, se recreó en la suavidad de su piel, en sus sedosas cejas, en las oscuras pestañas que arrojaban sombras en las pálidas mejillas, en los labios rosados.

Levantó la mano como si se hubiera quemado y se puso en pie.

Él no tenía que fijarse en el color de sus labios.

Ella había pedido un baño, y él había ordenado que dispusieran uno. Esa era toda la interacción que iban a tener en ese momento. Debía reprimir sus manos y sus observaciones.

—Sophie —dijo con más firmeza.

Ella abrió los ojos al instante y los clavó en los de él.

—Tienes el baño preparado —explicó.

Sophie miró al otro extremo de la habitación mientras se subía la sábana hasta la barbilla.

—¿Lo han traído mientras dormía?

—Sí.

—¿Me han visto?

Él sonrió.

—¿Importa?

—¡Por supuesto! —dijo ella, abriendo mucho los ojos.

—No te han visto —aseguró él—. He puesto un biombo junto a la cama.

Sophie asintió.

—Gracias.

—Pero yo sí te he visto —constató él, incapaz de resistirse a burlarse de ella—. ¿No te molesta?

—Tú no cuentas —replicó ella.

Aquellas palabras no le gustaron.

—¿Perdón?

—No te gusto.

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—No. Te has dedicado a enumerar todas las razones repetidas veces. — Sophie se sentó en la cama con una mueca—. Por suerte, te has esforzado por olvidar las más ofensivas.

—Me gustas.

—Eso solo prueba que yo tengo razón —dijo ella secamente.

Le gustaba bastante más cuando no se ponía exasperante, como en ese momento. Cambió de tema.

—También te he conseguido un vestido.

Ella miró el sencillo vestido gris que colgaba del biombo y asintió.

—¿Puedes llamar a Mary?

—¿Por qué?

—Necesito ayuda.

—Yo te puedo ayudar.

Sophie negó con la cabeza.

—No en esto.

—¿En qué?

La vio sonrojarse.

—*Milord*... Es que no puedo bañarme delante de ti.

Ella no decía aquello para tentarlo. ¡Dios!, si todavía estaba cubierta por los restos de su aventura en forma de sangre, ginebra y suciedad... Y solo Dios sabía qué más. Para bañarse era necesario despojarse de la ropa y, por alguna razón, la simple implicación de la desnudez de Sophie le hizo tener vértigo por un instante.

«Se va a casar, ¡maldición!».

—Puedo ayudarte —espetó, sabiendo que estaba siendo innecesariamente terco.

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

Sophie lo miró como si fuera imbécil.

—Eres un hombre.

—Pensaba que yo no contaba.

—Para esto sí cuentas —repuso, poniendo los ojos en blanco.

Debería hacer lo que ella le pedía. Ir en busca de Mary y dejarlas solas a las dos. Pero los últimos días lo impulsaban a actuar justo de manera contraria.

—Mary no está disponible.

Sophie parpadeó.

—¿Dónde está?

—En la habitación que le he pagado, como tú pediste.

—Te lo merecías por andar diciendo por ahí que estamos casados sin mi permiso.

—¿Querías que esperara a que recuperaras la conciencia antes de definir nuestra relación?

—Podrías haber dicho la verdad —dijo ella.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Crees que eso habría sido de ayuda?

Ella suspiró, y él supo que había ganado.

—Es de noche y esa chica está cuidando de los niños —dijo de forma casual—. Si quieres darte un baño, tendrás que aceptar mi ayuda.

Ella frunció los labios, mirando con añoranza la humeante bañera.

—No debes mirarme.

—Ni que soñara con ello... —Esa bien podría ser la mentira más flagrante que hubiera dicho nunca.

Sin embargo, ella lo creyó y, moviendo la cabeza, retiró la colcha para salir de la cama. Cuando se puso de pie, la parte superior de su cabeza apenas le llegaba por la barbilla y tuvo que resistir el impulso de ayudarla a atravesar la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, notando que tenía la voz más ronca. Se aclaró la garganta.

—Como si me hubieran disparado, imagino.

Él arqueó una ceja.

—Muy lista.

—Me duele el hombro —añadió ella sonriendo—, y me siento como si llevara una semana durmiendo.

Él se acercó a la chimenea que había junto a la bañera y puso un hervidor de agua sobre las llamas.

—Debes tomar otro té después de bañarte —le explicó, volviéndose hacia ella—. Y también deberías comer. —Las palabras parecieron provocar un gruñido en su estómago, y ella llevó las manos a ese punto con las mejillas rojas—. Imagino que tienes hambre —dijo él con una sonrisa.

—Eso parece —corroboró.

—La comida va después del baño. Y luego el té. Más tarde, a dormir.

Sus miradas se encontraron.

—Eres muy mandón.

—Es uno de mis talentos.

—Y va bien con tu nombre.

—Es cosa del destino.

Sophie le ignoró mientras se movía más allá de la enorme bañera de cobre. Luego se volvió hacia él.

—Gracias.

Él regresó a su lugar, contra la pared, donde cruzó los brazos mientras la miraba.

—De nada.

Ella se inclinó para arrastrar sus largos dedos por el agua caliente mientras suspiraba de anticipación. En aquella estancia silenciosa, sonó como un disparo de placer. Fue delicioso.

King se puso rígido. No estaba interesado en el placer de esa dama. Ojalá alguien convenciera de eso a su cuerpo.

Ojalá alguien le dijera que no estaba interesado en la forma en que sus pechos pugnaban contra aquel camisón prestado, en la forma en que se ceñía a las curvas de sus caderas y muslos. Ni tampoco en dónde más podían indagar esos dedos.

King subió la vista y se encontró con que ella lo miraba fijamente.

Tosió.

—¿No vas a bañarte?

Ella arqueó las cejas.

—En cuanto me des la espalda, sí.

Él no quería darle la espalda.

—¿Y si necesitas ayuda mientras estás bañándote?

La vio negar con la cabeza.

—No lo haré.

—Podrías —insistió él con los ojos entrecerrados.

—Entonces, estarías a solo unos metros. Preparado para actuar como salvador, a pesar de que sería mejor que no lo hicieras.

Él frunció el ceño al oírla. Verla desnudarse habría sido una elaborada muestra de masoquismo, después de todo, no tenía intención de tocar a Sophie Talbot. Era mejor que le diera la espalda.

Salvo que no lo era.

Era una tortura.

Se dio cuenta de su error al instante, en el momento en que comenzó a percibirlo todo: el sonido de la tela deslizándose sobre su piel, la forma en que se le aceleró la respiración cuando la pasaba sobre la herida, el leve ruido casi inaudible que hizo ella cuando, imaginó, había movido el brazo de una forma incómoda.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó. Su voz resonó en la silenciosa habitación.

Ella permaneció callada durante un momento antes de responder.

—No.

Se aclaró la garganta.

—Ten cuidado con el brazo.

—Lo he tenido.

«En pasado». ¡Dios! Tenía los hombros al descubierto.

En el momento en que llegó ese pensamiento, oyó la prueba de ello, el susurro de la tela al pasar por las caderas, el rítmico sonido que le hacía

pensar en cómo se estaba moviendo ella para facilitar el paso de la tela. Ondulándose.

Apretó los puños y se apoyó contra la pared mientras su imaginación se desbocaba.

Ella respiraba más rápido, aunque no tanto como él. No tan rápido como latía su corazón.

No tan rápido como palpitaban otras partes de su cuerpo.

Y entonces escuchó el crujido del taburete de madera contra el suelo cuando ella se subió, y el suave susurro de sus pies antes de meterse en el agua con un suspiro glorioso e impresionante, como si estuviera hundiéndose en un placer puro y sin adulterar.

Esta era, de lejos, una de las peores noches de su vida.

Tuvo que reprimirse con todas sus fuerzas para no darse la vuelta. Para no acercarse a ella. Para no mirar en dirección de la maldita bañera y disfrutar de la imagen de ella, sonrojada por el calor.

«¡Dios!».

No quería desearla.

«Pero la deseas».

Ella iba a casarse.

«Con un patán llamado Robbie».

¿Dónde demonios lo había conocido? ¿Cómo era posible que quisiera casarse con alguien de Cumbria? Metió las manos en los bolsillos. No importaba.

Ella era simple, apropiada y poco interesante.

«Mentira».

Y entonces empezó a lavarse. King tuvo que resistir las ganas de rugir de frustración al oír caer el agua por su piel, contra la bañera, salpicando el suelo mientras se aseaba. Se imaginó los brazos y piernas asomando furtivamente por el borde de la bañera mientras el paño húmedo se deslizaba por la piel, pálida y perfecta. La visualizó inclinando la cabeza hacia atrás mientras se lavaba el cuello y los senos, moviendo las manos lentamente sobre curvas y valles, abajo, cada vez más abajo, hasta que la tela desaparecía y no había nada, salvo su mano, y esos largos dedos que se sumergían en otra humedad diferente.

—¿Por qué te llaman King?

Él casi pegó un brinco cuando ella habló.

Cerró los ojos, apretó los puños y se esforzó por encontrar las palabras.

—Es mi nombre.

Oyó cómo se desplazaba el agua.

—¿Tus padres te pusieron King?

Suspiró, no quería que ella alargara el baño.

—Kingscote.

—Ahh... —dijo ella, permaneciendo en silencio un buen rato antes de continuar—. Un nombre extravagante.

—A mí familia le encanta ser extravagante.

—Una vez estuve en Lyne Castle. —Él no recibió con agrado que le recordara la casa en la que había pasado su infancia. No respondió, pero ella siguió hablando—. El duque abrió las puertas a los visitantes, no recuerdo la razón. Había un laberinto. —Podía figurarse su sonrisa ante el recuerdo del lugar en el que acababa de pensar él mismo—. Mis hermanas y yo nos pasamos la mitad del día perdiéndonos en el interior. Yo llegué al centro y me pasé un par de horas leyendo. Nunca llegaron a encontrarme.

—Está considerado uno de los laberintos más intrincados de Gran Bretaña —concedió él—. Me siento impresionado. ¿Cuántos años tenías?

—¿Siete? ¿Ocho? Me pareció mágico. Para un niño debe ser maravilloso vivir allí.

El laberinto llevaba allí generaciones, perfectamente cuidado, aunque rara vez se utilizaba. King había pasado muchas tardes explorando los recovecos del mismo, huyendo de sus institutrices y tutores sin dificultad alguna. La única persona que podía encontrarlo allí era su padre.

Se aclaró la garganta.

—Es mi parte favorita de la propiedad.

—Imagino que sí. Sin duda posee magia.

Había reverencia en sus palabras y, a pesar de que no quería, pronto comenzó a imaginarla allí, junto a la fuente que había en el centro, donde la estatua de mármol del Minotauro se elevaría por encima de ella como una furia. Se le ocurrió que si él estuviera con ella en el centro del laberinto, ella no iba a estar leyendo.

Se pasó una mano por el pelo con ese pensamiento. Jamás estaría allí con Sophie Talbot.

Jamás.

Una vez que se pusiera bien, se desharía de ella.

Por fin.

—¿Sueles ir a menudo a casa?

¿Por qué quería conversar? Hacía que le resultara difícil escuchar el agua corriendo por su piel.

Apretó los dientes.

—No.

—Ah... —repuso ella, con la obvia esperanza de que él añadiera algo más—. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a casa?

—Quince años.

—Ah... —repitió, ahora con suave sorpresa—. ¿Por qué vas ahora?

—Es cierto que no lees las columnas de cotilleos, ¿verdad? —preguntó—. ¿No es eso lo que hacen las damas de Londres entre los bordados y los té?

—Lo cierto es que ponen muy nerviosa a mi madre —repuso ella, y él supo que estaba sonriendo al oír su tono suave—. Pero no me gusta cómo hablan de mis hermanas.

—Eres muy leal.

—No me debería molestar tanto. Mis hermanas adoran ser las peligrosas Talbot. Están en constante competencia para provocar el suceso más escandaloso.

—¿Quién va ganando?

Hubo una pausa en la que la salpicadura del agua indicó que ella se había movido dentro de la bañera.

—Últimamente Seline. Está prometida a Mark Landry. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Bueno, pues en *El folleto de los Escándalos* publicaron hace varias semanas que el señor Landry estaba enseñando a Seline a montar una impresionante yegua negra que luego le regaló, lo que hizo que mi padre insistiera en que debían casarse.

—¿Por un regalo extravagante?

—Porque la yegua se llama Godiva. Lo que implicaba que Seline, supuestamente, había aprendido a montar desnuda en los establos privados de la propiedad de Landry.

—Eso parece poco probable.

—Eso parece incómodo —respondió ella con voz risueña.

Él se rio.

—No es necesario añadir —continuó ella, riéndose también—, que Seline adora esa ridícula historia. Y el señor Landry también.

—No se puede decir que a Mark Landry no le gusten los escándalos.

—Por eso, posiblemente, mi hermana y él sean tal para cual —respondió

ella—. Supongo que le habrás comprado algún caballo.

—Sí, y además somos socios del mismo club.

—Me resulta difícil creer que Landry sea bien recibido en White's —dijo ella en tono seco—. Jamás le he oído decir una frase que no incluyera algo chocante.

—No se trata de White's —dijo King—. Frecuentamos el mismo club de juego.

—Ah... —dijo ella en voz baja—. Jamás he pensado mucho en los clubs de juego.

—¿No le gustaría ir a uno? —preguntó él—. Están repletos de chismes, escándalos y armas de fuego.

Sophie se rio.

—Estoy segura de que no sería bien recibida. Como ya hemos comentado, no sé lo suficiente sobre cotilleos para alimentar los míos. —Hizo una pausa antes de continuar—. Retomando el tema, ¿por qué regresas a Lyne Castle?

Esa pregunta trajo consigo una cierta pesadez, y él tardó un buen rato en responder. No quería perder ese momento, sin embargo, ya había pasado.

—Mi padre está en su lecho de muerte.

Ella se quedó quieta en la bañera. El silencio los envolvió, pesado y ensordecedor.

—Ah... —repitió una vez más—. Lo siento.

Él se enderezó al percibir la sinceridad de sus palabras.

—Yo no.

«¿Por qué me resulta tan fácil decirle la verdad?».

Sophie no dijo nada durante algunos minutos, quedándose tranquilamente en el agua.

—¿No?

—No. Mi padre es un bastardo.

—Pero ¿no estás regresando a casa de todas formas?

Consideró aquellas palabras y la pregunta que contenían, y luego pensó en su padre, el hombre que había arruinado su futuro hacía tantos años. El responsable de que su vida se convirtiera en lo que era al destruir lo único que había querido.

—Me ha llamado a su lado —respondió, sin entender por qué lo decía—. Y tengo algo que comunicarle.

Más silencio.

—Ya he terminado.

«¡Gracias a Dios!».

No se dio la vuelta cuando ella se levantó de la bañera, ni siquiera se fijó en el chapoteo cuando ella regresó al agua con un pequeño chillido. Ni cuando volvió a ocurrir, lo que supuso que él mismo se sorprendiera de su caballerosidad.

—¿Pasa algo? —se limitó a preguntar.

—No —repuso ella. Pero el sonido se repitió.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro.

Fue un error.

Solo podía ver su cabeza por encima del borde de la profunda bañera de cobre, pero si las mejillas eran una prueba, estaba limpia, sonrosada y perfecta.

—¡No mires! —exclamó ella.

—¿Qué te pasa?

—Es que... —la vio vacilar—. No puedo salir.

¿Qué rayos significaba eso?

—¿Por qué?

—Resbalo demasiado —confesó ella con aire abatido—. Y con el hombro así, no puedo hacer fuerza con el brazo.

Por supuesto. Sin duda estaba siendo castigado por el destino.

Se dio la vuelta y se quitó la chaqueta.

—¡No te acerques! —gritó ella, hundiéndose por debajo del borde de la bañera.

Él la ignoró y continuó acercándose a ella. La frustración era tan patente como la irritación cuando se subió las mangas de la camisa.

—Te aseguro que no tengo más deseos de ayudarte que tú de que te ayude.

Cierto, aunque un poco falso.

Ella se asomó por el borde de la bañera.

—Bueno, tampoco es necesario ser grosero.

Otro hombre podría haber sentido algunos remordimientos ante el hecho de que ella se hubiera tomado las palabras como un insulto y no como lo que eran: puro instinto de conservación.

Aunque ella colocó las manos en posiciones críticas para ocultar sus partes privadas, no obtuvo el efecto deseado. De hecho, llamó la atención sobre la larga hebra errante de cabello que se curvaba, oscura y muy tentadora, por debajo de su hombro hasta sumergirse en el agua, haciendo que deseara moverla... Y reemplazarla por sus labios.

Eso era una locura.

King mantuvo la mirada clavada en la cara de Sophie para no volverse loco.

—Te voy a sacar del agua.

Ella abrió mucho los ojos.

—Pero estoy... estoy...

—Soy muy consciente de cómo estás, *milady*. —Quizá si utilizara el título, no se sentiría tan inclinado a unirse a ella en aquella maldita bañera.

—Cierra los ojos —le pidió ella.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerte daño. Si quieres, ciérralos tú.

Antes de que pudiera seguir discutiendo, se inclinó y la tomó en brazos, derramando toda el agua al sacarla y empapándose la pechera de la camisa y los pantalones al tiempo que hacía un charco en el suelo de la habitación.

Ella lanzó un chillido cuando él la levantó. La vio cerrar los ojos y mover las manos para aferrarse a sus hombros y recuperar el equilibrio. Era una reacción natural, no tuvo ninguna duda, pero también fue un error, ya que al estar las manos en sus hombros, el resto del cuerpo quedaba a la vista... sin ropa que lo cubriera.

Su piel era suave y estaba sonrosada.

Y él ya no la miraba a la cara.

Cuando ella abrió los ojos y se dio cuenta, la piel adquirió un tono carmesí.

—¡Suéltame! —Él lo hizo al instante, como si estuviera en llamas, y ella se envolvió al instante en una toalla—. ¡Me has dicho que no ibas a mirar!

—No —refutó él—. Lo que dije fue que no quería mirar.

Sophie se alejó de él, rodeando la cama. Era evidente que el recuerdo de su piel enrojecida combinado con una cama no era algo que pudiera disuadirlo fácilmente de llevar a cabo las escenas que poblaban su mente.

Aunque no pensaba actuar.

No deseaba a *lady* Sophie Talbot, ¡maldita sea!

Bueno, la deseaba. Pero no quería desearla.

—Eso es pura semántica.

¿Lo había dicho en voz alta? No. Ella hablaba de su mirada.

—*Milady* —dijo con su voz más grave—. Ningún hombre en su sano juicio podría cumplir esa promesa.

Sophie se envolvió en la toalla con más fuerza.

—Un caballero lo haría.

Él se echó a reír; la frustración hacía más ronca su voz.

—Te aseguro que no. Ni siquiera el más piadoso de los sacerdotes.

La vio apretar los labios hasta que se convirtieron en una fina línea.

—Estás empapado. Te sugiero que te pongas ropa seca.

Lo estaba echando. Lo estaba despidiendo una señorita altiva envuelta en una toalla.

Un hombre más benévolo haría caso. Y Dios sabía bien que King debería hacerlo también. Debería darle tiempo para vestirse y recuperarse. Permitirle unos momentos para disfrutar de su aseo. Ir en busca de comida. Portarse de una forma decente.

«Un caballero lo haría».

Pero King no era un caballero. Como si hubiera sido suficientemente malo haber tenido que sufrir la tentación que suponían los sonidos que hacía mientras se bañaba, había tenido que abrazarla, desnuda, y pretender indiferencia ante la experiencia cuando era, de hecho, impactante, y los pantalones hacían poco para disimularlo.

Él no había pedido eso.

Ni la había pedido a ella.

Sophie lo irritaba. Y, aunque sabía que no debería, quería sacarla a ella también de quicio.

—Pues me pondré ropa seca —dijo despacio, disfrutando de la forma en la que ella asintió con la cabeza. La victoria en los ojos azules duró hasta que sacó la camisa de la cinturilla del pantalón y se la quitó por la cabeza. Entonces, la victoria se convirtió en asombro.

—Pero ¿qué estás haciendo? —gritó.

—Ponerme ropa seca.

—Me refería a que lo hicieras en tu habitación.

Él señaló el baúl que había contra la pared.

—Esta es mi habitación.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Hemos estado compartiendo habitación?

—Mucho peor —la provocó—, solo hay una cama.

—No es posible que hicieras tal cosa —dijo ella, frunciendo el ceño.

—No lo hice —concedió él—. El hedor, ¿recuerdas? —Era mentira. Había estado demasiado preocupado de que ella no despertara para considerar siquiera echarse en la cama a dormir. Pero no era necesario que ella lo

supiera.

Era demasiado irritante para que se lo dijera. Así que llevó las manos a los botones del pantalón, recreándose en la forma en la que siguió sus manos con los ojos.

—Una dama no miraría, Sophie. —Ella subió la vista a su cara con las mejillas ardiendo. Si no estuviera tan condenadamente frustrado por culpa de ella, se sentiría muy contento—. Creo que ha llegado el momento de que te des la vuelta.

Pero ella no se giró, y a él se le ocurrió pensar que quizá Sophie era más fuerte de lo que parecía, esa chica que se suponía que era poco interesante. De hecho, lo miró con los ojos entrecerrados.

—No voy a hacer tal cosa, horrible canalla arrogante. Este es mi dormitorio, y estás tomándote unas libertades canallérimas.

Él arqueó una ceja.

—«Canallérima» no es una palabra.

Ella no lo puso en duda.

—Estoy segura de que los que se inventan palabras deberían conocerla para incluirla en el diccionario. Imagino que también se inspirarán en ti para añadir otras. —Hizo una pausa, irguiéndose en toda su altura—. Te sugiero que te busques otra habitación, no eres bienvenido aquí.

Estaba furiosa, aquella mujer era extraña e inesperada. Se había plantado ante él, húmeda y herida, pero no obstante guerrera.

La deseaba.

Y eso era demasiado peligroso. Para los dos.

Él estaba allí para mantenerla con vida. Y nada más.

Se acercó a la chimenea y sirvió el té, dejando que el silencio se alargara entre ellos antes de aproximarse a Sophie rodeando la cama, y cerrando la distancia que los separaba mientras ella se mantenía firme, con los hombros erguidos y sosteniendo la toalla que la envolvía con los puños muy apretados. Pasó junto a ella para dejar la taza humeante al lado del bote de miel, sobre la mesilla de noche, su pecho desnudo casi rozándola.

Fue toda una hazaña que no la tocara.

Pero ella no retrocedió, aunque él sabía que el corazón debía palparle desbocado en el pecho. Sophie alzó la barbilla pero no dijo nada, a pesar de las emociones que brillaban en su mirada: desconfianza, irritación, y otra cosa a la que no quiso poner nombre.

—Siéntate —ordenó él con tanta dureza que la palabra resonó en la

estancia.

Ella miró la cama de soslayo.

—¿Por qué?

—Porque he jurado que no vas a morir. —Levantó el frasco—. Y prefiero mantener mi promesa. —Su atención se redujo a la herida en el hombro, que por suerte todavía no mostraba signos de infección. El doctor era un loco muy afortunado o muy inteligente.

—Soy capaz de cuidarme.

Él la ignoró.

—Siéntate.

Sophie obedeció y acomodó la toalla a su alrededor al tiempo que él mojaba los dedos en la miel. Se hizo el silencio mientras los dos observaban cómo esparcía la viscosa sustancia por la suave piel. King supuso que ya había utilizado suficiente, pero no podía dejar de tocarla, esparciéndola con ternura por encima del hombro.

Deseó no tener que limitarse a su hombro. Deseó poder tocar el resto de ella, toda aquella piel inmaculada, rosada e insoportablemente suave.

Decidió buscar un tema más seguro.

—¿Quién es Robbie?

Ella lo miró.

—¿Robbie?

Él no quería hablar sobre ese hombre, la verdad. No cuando ella estaba allí limpia y desnuda, recién salida de la bañera, oliendo a verano.

—Sí, Robbie. Tu prometido.

Ella lo miró con intensidad cuando dijo eso. ¿Con confusión? Lo que fuera desapareció antes de que él pudiera estar seguro.

—Por supuesto, Robbie. Nos conocemos desde que éramos niños —aceptó ella con ligereza.

—¿Quién es? —la presionó.

—Es el panadero de Mossband.

Un panadero. Seguramente con las piernas cortas y la barbilla débil.

—Y tú vas a tener una librería. —Estaba terminado. Debía detenerse.

La vio asentir moviendo la cabeza con reluctancia.

—Voy a tener una librería.

Era la vida perfecta para ella. Casada, con una librería. La imaginó despeinada y cubierta de polvo... y le encantó.

Levantó los dedos y los miró, brillantes por la miel. Ella lo observaba.

—Deberías lavártelos —aconsejó Sophie en voz baja.

Debería. Había una bañera llena de agua a pocos metros. Y un aguamanil todavía más cerca. Pero no recurrió a ellos, se llevó la mano a la boca y lamió la miel de sus dedos mientras la miraba a los ojos y ella le devolvía la mirada.

Ella tenía los ojos muy abiertos. Las pupilas dilatadas. Pero no vaciló. Fue entonces cuando lo supo.

Si la besaba, no lo detendría.

Si la besaba, no se detendría.

«Una peligrosa Talbot, sin duda».

—Te he traído un vestido —dijo.

—¿Cómo dices?

—Un vestido —repitió, girando sobre sus talones y poniéndose la camisa por la cabeza antes de añadir—: y unas botas. —Abrió la puerta—. Usa las malditas botas.

Y salió de la habitación.

· 9. ¿Visto en Sprotbrough? ·

Cuando descendió desde su habitación en el primer piso tres mañanas después, ataviada con el sencillo vestido gris que el marqués de Eversley le había conseguido antes de desaparecer, Sophie descubrió que el *pub* El Arrullo del Gorrión estaba más lleno la hora del desayuno de lo que hubiera imaginado.

No había visto a Eversley desde la noche en que había ocurrido lo que ahora denominaba el «desastre del baño». Si no lo conociera bien, hubiera imaginado que la había abandonado, como ella le había sugerido, para dirigirse al norte, con su padre. Sin embargo, según le habían dicho Mary y el doctor, que habían comprobado su estado todos los días, el marqués permanecía en el pueblo a pesar de no tener ningún interés, evidentemente, en saber cómo se recuperaba ella.

Lo que a Sophie le parecía perfecto.

Ignoró la punzada de decepción que la atravesó al pensar eso. De hecho, se negó a cualquier clase de tristeza. Sencillamente estaba empezando a estar bien y su estómago vacío gruñía como todas las mañanas.

Cuando entró en el comedor, lo descubrió en el otro extremo de la estancia, desayunando junto a la ventana. Él no la vio llegar, y ella, con toda frialdad, desvió la vista. Después de todo, no eran amigos. Apenas conocidos.

«Te ha salvado la vida».

Se puso rígida ante la idea. No debía preocuparse por una cosa así, ¿por qué habría de hacerlo?

«Querías besarlo».

Ignoró aquel pensamiento traidor. Ese deseo particular había nacido del agotamiento y el agradecimiento que sentía por que le hubiera conseguido un baño. Ahora, sin embargo, estaba totalmente recuperada.

Apenas se fijó en él.

Apenas se dio cuenta de que llevaba la camisa remangada hasta los codos, mostrando la preciosa piel bronceada de sus antebrazos, fornida y con músculos prominentes, ni en la forma en que los oscuros mechones le caían

sobre la frente. O cómo clavaba los ojos verdes en lo que había al otro lado de la ventana del *pub*.

Porque era prácticamente invisible para ella.

Se concentró en un solo propósito. Acercarse a un corpulento caballero que manejaba los grifos del *pub*.

—Señor, perdone que le moleste, estoy buscando un mensajero para enviar a Londres una misiva —le dijo.

El posadero soltó un gruñido, pero ella no se inmutó.

—Puedo pagarle generosamente.

Mary le había devuelto el bolso el día anterior, repleto con los fondos. John se lo había agenciado antes de que se detuviera el carruaje. Agradeció el inapropiado hábito del niño... Si no fuera por eso, ahora estaría sin blanca.

«Ese dinero no es tuyo». Era de Eversley.

La culpa la atravesó y no pudo evitar mirar hacia donde él estaba. Había abierto el periódico y estaba leyéndolo como si ella no se encontrara allí. Como si no se conocieran. Reprimió cualquier atisbo de culpabilidad comprometiéndose para sus adentros a reembolsarle cada centavo que utilizara.

Aunque, para momentos desesperados, medidas desesperadas y todo eso.

Retomó su casi-conversación con el posadero.

—Señor —dijo en voz baja—. Le pagaré muy generosamente.

—Dos libras —respondió sin mirarla.

Ella parpadeó.

—Eso es muchísimo dinero.

El posadero se encogió de hombros.

—Es lo que cuesta.

Ella esperó un momento antes de hablar.

—También quiero un asiento en el carruaje de postas. El que va al norte.

—Por supuesto —gruñó él.

—Gratis —añadió ella.

Él parpadeó.

—Sin pagar nada más —aclaró ella.

—Sin pagar nada más —asintió él.

Bien. Al menos había conseguido eso. Puso la moneda en la barra, encima de un sobre cerrado.

—Y por dos libras, espero que la carta llegue mañana.

El hombre la miró casi ofendido.

—Por supuesto.

Ella arqueó una ceja.

—Le pido perdón. Nunca debería haber sugerido que buscaba apropiarse indebidamente de mis fondos. De hecho, parece un hombre fiable y muy legal.

Él no pareció detectar el sarcasmo con el que había dicho aquello.

—Lo soy.

—Por supuesto que lo es. ¿Cuándo espera que llegue el próximo carruaje?

—Está previsto uno mañana.

Excelente. No había ninguna razón para que ella no estuviera en él.

Ignoró la punzada en el hombro, casi tan irritante como saber que al hombre que estaba en el otro lado de la habitación no le importaba ni un poco su presencia.

—Resérveme un sitio en él.

El hombre metió la mano debajo del mostrador y sacó un billete que puso en la barra. Ella guardó el trozo de papel mientras consideraba su próximo paso.

—Tengo tres preguntas. —Las palabras fueron susurradas en voz baja en su oído, haciéndola estremecer.

Tuvo que resistir la tentación de apoyarse en él. De mirarlo.

—Oh, hola, *milord*.

Él arqueó una ceja.

—Hola.

—¿Has decidido darte cuenta de mi presencia?

—Sophie, te aseguro que ni no estuviera al tanto de tu presencia, no estaría atascado en Sprotbrough.

Sophie apretó los labios. Al parecer, para él ella solo era un problema. Era obvio.

—¿Qué preguntas tienes?

—¿Por qué estás intercambiando monedas con el camarero?

Ella pasó junto a él hacia el aparador en busca de una galleta dura y una taza de té, agradecida de que no le hiciera más preguntas sobre Robbie. Al parecer se había convertido en la prometida del panadero en los días que habían transcurrido desde que le dispararon.

Debería contar a King la verdad sobre Robbie pero, ¡maldito fuera!, no quería que pensara que lo decía por él. Que pensara que él era su objetivo.

Que pensara que lo deseaba.

«Quieres que él te desee».

Reprimió ese pensamiento en cuanto se le ocurrió. ¡Santo Dios! No quería

que la deseara. No estaba tan loca. Si ni siquiera disfrutaba de su compañía... Y desde luego, él no disfrutaba de la de ella.

Recogió el plato y una taza y se volvió para encontrárselo allí, preparado para llevarla por el codo a la mesa que estaba ocupando, la mesa donde él estaba desayunando mientras leía un periódico de hacía semanas.

—¿Y bien? —insistió él cuando se sentaron—. ¿Para qué has pagado al posadero?

—¿Qué más te da?

—Curiosidad conyugal.

Ella tomó un sorbo de té.

—Por suerte para los dos, no tienes arte ni parte en mis asuntos.

—¿No? —preguntó él como quien no quiere la cosa, reclinándose en la silla—. ¿De dónde has sacado el dinero con el que has pagado?

Sophie notó que se le calentaban las mejillas.

—¿Esa es tu segunda pregunta?

—Sí, pero vamos a decir que es retórica. ¿Puedo asumir que nuestro joven carterista te ha devuelto la bolsa con mi dinero?

La galleta seca se convirtió en arena en su boca. Tragó saliva y dejó la bolsa en la mesa, entre ellos.

—Faltan algunas libras —susurró—. Te las devolveré en cuanto pueda.

Él no tocó la bolsa.

—¿Con qué? Mi dinero es todo lo que tienes.

Ella se inclinó hacia delante.

—No por mucho tiempo. Le he entregado una carta al posadero para que se encargue de hacérsela llegar a mi padre, en la que le informo sobre mi situación y solicito que me envíe dinero.

Él también se inclinó hacia delante.

—¿De verdad piensas que tu padre no está buscándote ya?

—No puedo imaginar por qué iba a hacer tal cosa.

King arqueó sus cejas oscuras.

—¿No puedes?

—Yo no soy una de mis hermanas —replicó ella, moviendo la cabeza

—¿Qué quieres decir? —Si no supiera que no podía ser, pensaría que estaba irritado.

—Que son mucho más interesantes que yo. Todas harán unos buenos matrimonios y tendrán niños guapos y ricos que subirán enrejados aristocráticos como si nada. —Miró por la ventana. Un par de bueyes

arrastraban un pesado carruaje, dejando a la vista a un par de hombres cubiertos de polvo que ataban sus caballos al otro lado de la calle—. No soy una arribista. —Él la observó durante un buen rato en silencio, hasta que ella se vio en la necesidad de añadir algo—. ¿Ves? Ya te dije que no estaba intentando pescarte para casarme contigo.

—Si no recuerdo mal, has dicho que no te casarías conmigo aunque fuera el último hombre de la cristiandad.

—Duro, pero cierto, me temo.

—Preguntaría por qué, pero temo que tu brutal honestidad podría herirme. —Él se echó hacia atrás—. ¿Hacemos una apuesta?

—¿Qué tipo de apuesta?

—Te apuesto lo que quieras a que tu padre ya está buscándote.

Ella sonrió.

—Estoy segura de que no es así. Matthew me vio en tu carruaje. Y mi padre ya me conoce.

King arqueó una ceja.

—A lo mejor tu padre se piensa que te he arruinado.

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes por eso. Es un hombre razonable que lo entenderá todo cuando se lo explique. No tendrás que cargar con una esposa.

—Oh, no me preocupaba tener que cargar con una esposa.

Ella consideró las palabras.

—Supongo que no. Ya has evitado el matrimonio después de arruinar a otras jóvenes.

—Es más bien dejar a un lado que evitar. Nunca me casaré. Los padres furiosos me dan igual.

—¿Por qué? —No pudo evitar decir Sophie, pero cuando vio cómo cambiaba la expresión de King se arrepintió—. No importa. No debería habértelo preguntado.

—Tu padre ya está buscándote —dijo él después de un rato—. Esa es la apuesta.

Ella sabía que la victoria era suya. Incluso aunque su padre estuviera buscándola, al día siguiente recibiría su carta y suspendería cualquier búsqueda. No podía perder. Sonrió, disfrutando del momento.

—Te aseguro que no. ¿Qué perderías cuando gane?

—¿Qué es lo que quieres?

—Una librería. En la calle principal de Mossband.

—Hecho. Y cuando yo gane, me darás una prenda de mi elección.

Ella frunció el ceño.

—Me parece un precio muy alto.

—¿Más que lo que cuesta una librería?

Sophie ladeó la cabeza.

—Imagino que no. De acuerdo. Trato hecho.

Él sonrió y se inclinó para robarle un trozo de galleta.

—Solo diré una cosa, eres tonta si crees que tu padre no ha contratado a docenas de hombres para peinar la campiña inglesa y llevarte de vuelta a casa.

—Estoy yendo a casa —corrigió ella.

—A tu hogar en Londres.

—Es solo una casa. Londres no es mi hogar.

—¿Y Mossband sí?

—Sí. —Tenía que serlo. Era su única oportunidad.

—Ni siquiera lo recuerdas.

—Me acuerdo perfectamente —insistió ella—. Recuerdo la plaza mayor, la panadería, la mercería. Recuerdo el árbol de la fiesta de los mayos, adornado con cintas, y la forma en que los días de verano caía el sol sobre las colinas y el río. Recuerdo que todo era más hermoso, más interesante y más... —Buscó la palabra—... sincero que nada en Londres.

—Qué romántico... ¿Te refieres al pueblo o a tu prometido?

Sophie entrecerró los ojos, odiando la forma en que se burlaba de ella, haciéndola ponerse a la defensiva, como si ella no supiera lo que estaba haciendo ni por qué.

Como si estuviera siendo terriblemente obtusa.

Como si tuviera otra elección.

—Si los comparamos contigo y con Londres, a los dos.

No era la imprudencia lo que la hacía regresar a casa. No tenía otra opción. Londres nunca sería para ella. Y nunca la querrían allí. Tenía la esperanza de que en Mossband todo fuera diferente.

Él se terminó el té.

—¿Sabes? Teniendo en cuenta que has estado disfrutando de la comodidad del piso superior gracias a mi generosidad, deberías mejorar considerablemente tu actitud hacia mí.

Ella forzó una sonrisa.

—Lamentablemente, no soy como las mujeres con las que acostumbra a alternar.

Él cogió el periódico.

—No vas a convencerme con ese argumento.

Eversley era un hombre odioso, y Sophie resopló irritada.

—¿Cuál es la tercera?

Él levantó la vista.

—¿La tercera?

—Me has dicho que tenías tres preguntas.

—Ah... —dijo él, mirando el periódico—. Es cierto.

—¿Y bien?

—¿Qué demonios le hiciste al duque de Haven?

¡Oh, Dios!

—¿Cómo has sabido que...? —comenzó a decir antes de darse cuenta de que con esa pregunta reconocía que le había hecho algo. Cambió de táctica—. Oh, ya te lo he dicho.

Lo vio mover la cabeza.

—No. Me dijiste que lo habías insultado delante de todo el mundo.

—Y lo hice —confirmó.

Él arrojó el periódico sobre la galleta rancia.

—¿Qué fue lo que le hiciste antes de eso, Sophie?

Ella bajó la mirada al diario, y sus ojos cayeron sobre un titular en negrita.

¡La peligrosa Talbot remoja al duque!

Aquel no era un periódico antiguo como ella pensaba.

—Ese diario ha llegado a Sprotbrough con una rapidez extraordinaria.

—¿Quién iba a imaginar tal cosa en esta metrópolis? —respondió él con ironía.

—Los signos de admiración me parecen innecesarios —aseguró en voz baja.

—Deberías escribir una queja al director. ¿Qué fue lo que hiciste?

Ella levantó el periódico y se lo ofreció de nuevo.

—Estoy segura de que puedes leerlo todo en este artículo.

—Dice que estuviste a punto de ahogarlo. Se especula que deseabas matarlo.

Sophie puso los ojos en blanco.

—¡Oh, Santo Dios! Le empujé a un estanque de peces que no tenía ni dos palmos de profundidad.

Él se rio. Una risa cálida y envolvente que la sorprendió por su sinceridad. Hizo que deseara que se riera más. Hizo que se olvidara que estaban

discutiendo... hasta que él recuperó el resuello.

—¿Hiciste qué? —le preguntó.

—Se lo merecía, y eso es todo —murmuró.

—No tengo ninguna duda de que era así, es un asno pomposo —confirmó Eversley—. ¿Qué fue lo que te hizo?

—No fue a mí —explicó ella—. No le habría hecho nada si se tratara de mí. La observó detenidamente.

—Entonces, ¿a quién se lo hizo?

—Estaba en el invernadero con una mujer.

—¿Y?

Iba a tener que deletrearlo.

—La mujer no era mi hermana.

—Ah... —se limitó a decir él.

Y eso fue todo. No había prejuicio en el sonido pero, al mismo tiempo, tampoco se podía decir que la comprendiera.

—¿No crees que se lo mereciera?

—No he dicho eso.

—Tampoco has dicho lo contrario. —Al ver que no respondía, Sophie estalló irritada—. Supongo que, de todas formas, debéis tener un club secreto todos vosotros.

—¿Todos nosotros? —preguntó él.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—Traidores a los que no les importa arruinar matrimonios.

—Te lo he dicho ya, no pierdo el tiempo con mujeres casadas.

—Solo con las que se van a casar pronto.

—Es diferente, sí.

Cada vez que empezaba a considerarlo un hombre decente, él le recordaba la verdad. Le lanzó el periódico.

—No, no lo es. —Hizo una pausa—. *Lady Elizabeth*, hija del marqués de Twillery —añadió.

—Ese nombre me suena.

—Debería. Arruinaste su compromiso con el conde de Exeter.

—Oh, sí... ya me acuerdo —reconoció él, relajándose en su silla.

—Acabó casándose con el jefe de cuerdas de su padre.

—Y tan contenta, si mal no recuerdo.

—Después de que la arruinaras y se rompiera su compromiso, no le quedaba otra elección.

—El amor triunfó. ¿No es eso lo que importa?

—Por supuesto... puedes ser condescendiente al respecto —dijo ella—. Eres un hombre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tu reputación solo se ve reforzada con tus acciones, pero la pobre *lady* Elizabeth está arruinada para siempre.

—Es posible que *lady* Elizabeth no esté de acuerdo con tu evaluación de su situación. —Él volvió a concentrarse en el artículo que había en el periódico sobre su altercado con Haven—. Por lo que parece, tú estás arruinada y por tus propios méritos.

—Lo que ocurrió no les hizo gracia.

Él sonrió.

—Imagino. Por lo tanto, ahora ya lo sé.

Lo miró confusa.

—¿Qué es lo que sabes?

—De qué estás huyendo.

—Yo no estoy huyendo —insistió ella—. De cualquier forma, no es asunto que deba quitarte el sueño; he comprado un pasaje en el carruaje de postas que sale mañana. Estoy deseando perderte de vista, y estoy segura de que a ti te ocurre lo mismo.

—No vas a subirme a ningún carruaje de postas —afirmó King, como si ella le hubiera pedido permiso y él se lo negara.

Ella lo miró fijamente.

—Estás actuando como si tu nombre te diera algún tipo de poder especial sobre mí. Repito: no es así.

Su conversación se vio interrumpida por el ruido de la puerta a su espalda. Eversley miró por encima de su hombro a los recién llegados, llegando a doblar el periódico una vez más. Siguió durante tanto tiempo el movimiento de los extraños que ella tuvo que reprimir el deseo de mirar.

—No me digas que es el rey de verdad —dijo, inclinándose hacia delante.

Él la interrumpió con una mirada irritada.

—Imagino que consideras muy divertido reírte de mi nombre.

—Pues lo cierto es que sí —replicó Sophie, sonriente.

—No deberías morder la mano que te da de comer —advirtió él.

—¿Estás comparándome con un perro?

—No. Los sabuesos son más dóciles y obedientes que tú.

Ella estaba a punto de decirle exactamente cuál de ellos dos era un sabueso

cuando él le cogió la mano por encima la mesa como si fuera la cosa más natural del mundo, la miró a los ojos y sonrió.

Sophie contuvo la respiración. ¡Santo Dios! Qué hombre tan guapo... Lleno de fuerza y poder... Por no hablar de esa sonrisa; no era de extrañar que lo conocieran como «el canalla real». Su gesto era casi suficiente como para que ella se olvidara de que no le caía bien y le permitiera todo tipo de libertades. Como cogerle la mano, por ejemplo. Su pulso se aceleró ante la sensación de notar su cálida piel contra la de ella, lamentando y regocijándose a la vez por su falta de guantes. Al instante, intentó retirar el brazo, consciente de que incluso aunque estuvieran casados tal contacto no era adecuado.

Pero él retuvo sus dedos con una fuerza acerada cuando trató de moverlos.

—Yo gano, querida —dijo él en un tono lo suficientemente alto como para que lo oyera la mitad del *pub*.

Ella frunció el ceño. ¿Qué ganaba? «¿Querida?».

—¿Te has vuelto loco o qué? —preguntó inclinándose hacia él.

King volvió a sonreír, una expresión cómplice que prometía algo, como si los dos no solo se cayeran bien, sino que compartieran una vida de secretos. Luego, lo vio llevarse su mano a los labios para besarle los nudillos uno a uno. Lo miró boquiabierto, aunque luego cerró la boca con el corazón palpitante y la atención concentrada en el lugar donde dejaba caer sus besos.

¿Qué estaba ocurriendo?

—Perdonen la interrupción.

Durante un instante, Sophie ni siquiera fue consciente de las palabras, pues estaba demasiado concentrada en el hombre seductor y extraño que había al otro lado de la mesa. Pero Eversley había oído suficiente por los dos, y respondió sin apartar la mirada de ella.

—¿En qué podemos ayudarle?

—Estamos buscando a una chica desaparecida.

«Estaban allí por ella».

Eversley no aflojó su mano, y fue ese agarre firme y constante lo que le impidió jadear sorprendida. Lo miró a los ojos y vio la muda pregunta que estaba haciéndole. Sabía que le iba a dar la oportunidad de descubrirse por sí misma. Sophie alzó la vista y descubrió a los dos jinetes cubiertos de polvo que había observado mientras ataban los caballos.

—Una chica desaparecida —repitió ella, aferrándose a la mano de Eversley como si fuera un puerto en una tormenta—. ¡Qué horror!

«Quizá no estuvieran allí por ella...».

—*Lady Sophie Talbot* —dijo el hombre antes de que el pensamiento hubiera tomado forma.

La habían encontrado.

Sus planes se verían frustrados... King había tenido razón: su padre había enviado a unos hombres a buscarla. Podrían llevarla de vuelta a Londres, al seno de su familia, donde sería acogida y abrazada, antes de devolverla a la sociedad con aquella vergüenza sobre su cabeza.

Se convertiría en Sophie, la muermo de las peligrosas Talbot.

Unos días atrás, hubiera estado bien... Pero ahora sabía que había otra opción. Estaba la libertad. Estaba Mossband. Incluso existía la posibilidad de que Robbie cumpliera aquella promesa al descubrir que ella estaba allí y se casara con ella. Quizá había estado esperándola todos esos años. Quizá no había dejado de quererla.

«O quizá sí».

Allí estaba Eversley.

Buscó sus ojos y luego bajó la vista. ¿Con quién iba a discutir si esos hombres se la llevaban? ¿Volvería a verla?

«¿Le importaría?».

La respuesta fue un susurro en su mente, y ella odió incluso la idea de decirlo en voz alta. Pero no había vuelta atrás. Había dispuesto de una oportunidad para escapar. Para disfrutar de una vida sencilla y feliz lejos de Londres, de aquel futuro que nunca había pedido.

Y estaba arruinada.

«Debes aceptar cuándo has perdido demasiado —le había enseñado su padre una y otra vez—. Entonces, interrumpe tus apuestas. Estrecha la mano de quien sea. Y otro día regresa para destruirlo».

Aquel pensamiento la atravesó mientras guardaba silencio, intentando reunir fuerzas. Haciendo caso omiso de la constante letanía «No hagas que regrese» que hacía eco en su cabeza.

—Se cree que viaja con el marqués de Eversley —añadió el recién llegado. Se quedó paralizada. ¿Cómo habían descubierto tal cosa?

«Matthew».

El lacayo se habría dirigido a Talbot House y entregado su nota. En ese momento, su padre se habría puesto a interrogar al pobre muchacho. Resistió la tentación de preguntarle a aquel hombre si Matthew estaba bien.

—¿Sí? —preguntó Eversley con calma, como si aquello no fuera un asunto que le preocupara—. ¿Se han fugado?

—No, si podemos evitarlo. —El tipo se inclinó—. ¿Cómo se llaman, si no es mucho preguntar?

El agarre de Eversley se tensó mientras ella lo miraba a los ojos mientras él estudiaba al otro hombre. Quería que mintiera para protegerla. Incluso aunque sabía que no tenía por qué hacerlo. «No eres su problema». ¿Cuántas veces se lo había dicho él?

No importaba que quisiera serlo.

—Matthew —respondió él en ese momento con absoluta tranquilidad—. Señor y señora Matthew. —Esbozó con una sonrisa brillante—. Recién casados.

El hombre los observó durante un buen rato antes de que Sophie pusiera la mano libre entre las dos que tenían entrelazadas y esbozara su más cálida sonrisa.

No sabía por qué, pero estaba salvándola. De nuevo.

Y lo peor, estaba empezando a caerle bien.

Sophie tenía una sonrisa preciosa.

Era un mal momento para darse cuenta, pero llevaba mirándola toda la mañana, desde el momento en que ella había entrado en el comedor con aquel vestido tan alejado de la moda que le había comprado a la mujer del posadero. No había nada atractivo en aquel modelo antiguo, pero aun así no podía alejar la vista de ella.

Entonces, ella se había puesto a discutir con él, algo que no le extrañó, ya que parecía ser lo que hacían siempre que estaban juntos. Y fue más emocionante que cualquier cosa que hubiera hecho con otra mujer desde hacía mucho tiempo.

Cuando llegaron aquellos hombres —que había reconocido sin ninguna duda—, y constató que la estaban buscando, había estado a punto de descubrirla. De explicarles que *lady* Sophie Talbot había sido solo una molestia, deshacerse de ella y los problemas que causaba en su vida... Pero cometió el error de mirarla.

Parecía devastada, y lo había mirado con aquellos ojos azules llenos de tristeza y resignación. Solo brillaba en ellos una pequeña astilla de esperanza.

El anhelo de que él pudiera ayudarla a salir de ese lío.

Por lo que había tenido que hacerlo. Como un tonto había perpetuado el mito de que estaban casados, atándolos durante más tiempo, hasta que los

cazadores de recompensas se marcharan. Era una idiotez, por supuesto, teniendo en cuenta el hecho de que ella misma le había enviado un mensaje a su padre, sin duda informándole de toda la situación. De sus planes, a pesar de que el conde de Wight nunca permitiría que los llevara a cabo, daba igual que su hija menor se creyera simple, aburrida o irrelevante.

Sophie no se tenía en alta estima, y King había deseado de repente hacerla cambiar de opinión. A pesar de que parecía una locura.

Culpó de ello a su hermosa sonrisa.

Que él había apreciado en el peor momento, por supuesto.

¡Maldita fuera!

King se levantó en el momento en el que el hombre se alejó de la mesa para sentarse ante la barra. Sabía que no los habían convencido de que eran unos recién casados enamorados. Sabía que estaban a punto de pagar al posadero para obtener información sobre ellos. Sabía que Sophie acababa de pagar a aquel hombre para que hiciera una entrega urgente en Londres. Maldijo por lo bajo y, negándose a soltar la mano de Sophie, la ayudó a levantarse al tiempo que se inclinaba hacia ella.

—No nos han creído. Finge que estás loca por mí.

Ella se volvió a mirarlo, parpadeando.

—¿Cómo se finge algo así?

Esa chica era demasiado inocente. Aquello era demasiado. Se inclinó hacia ella y apretó los labios contra su oreja, disfrutando de la forma en que ella se curvó bajo su contacto.

—Finge que soy tu Robbie.

Vio la confusión en sus ojos, y supo la verdad. Ella no estaba enamorada de Robbie, y eso le hizo sentir un profundo alivio.

Aunque no era que le importara lo más mínimo.

La arrastró fuera de la habitación, usando su fuerza para mantenerla más cerca de lo que marcaban las convenciones. Una vez que estuvieron en la puerta trasera de la posada, la atrajo hacia el pasillo oscuro que había un poco más allá, hacia el pie de la escalera que conducía a las habitaciones superiores.

Se imaginó que no tenían mucho tiempo, por lo que no fue suave cuando la apretó contra la pared.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó, dándose cuenta de que no se lo había preguntado antes. A pesar de que había hablado con Mary y el doctor Loco todos los días, no había visto a Sophie desde hacía tres días. Y debería

haberle preguntado por su herida.

Debería haberlo hecho.

Ella pareció sorprendida por la pregunta, aunque no obstante, respondió.

—Bien, gracias. Lo siento rígido, pero no se ha infectado.

Él asintió.

—Excelente.

—Sabías que estaban aquí —susurró ella—. Por eso has hecho la apuesta.

No era cierto, pero no la corrigió.

—No deberías haberla aceptado.

—Porque eres un sinvergüenza.

—Porque yo no pierdo. —Se oyó arrastrar un taburete contra el suelo en el comedor y los pasos de alguien que se acercaba. King se apretó contra ella, rodeándole la cintura con las manos. Ella chilló sorprendida cuando se inclinó, pero no tenía tiempo para avisarla. Para cambiar el plan que se le había ocurrido. No había tiempo para nada más que actuar—. Esta es mi prenda. Haz que parezca real, señora Matthew. —Y apretó los labios contra los de ella

Por un momento, Sophie se quedó inmóvil debajo de él, apretando los labios en una línea, con las manos en sus hombros, empujándolo. Él notó un pequeño sonido pugnando en su garganta y llevó la mano a su cuello para rozarle la línea de la mandíbula con el pulgar al tiempo que le hundía los dedos en el pelo, masajeándole el cuero cabelludo hasta que se relajó y suspiró de placer por la sensación.

No tenía intención de besar a Sophie Talbot.

Solo quería simular una caricia superficial que durara lo suficiente para convencer a sus perseguidores de que decían la verdad.

Pero el suspiro lo estropeó todo. Capturó sus labios reajustando el ángulo, tiró de ella con más fuerza contra él y vertió toda su experiencia en el beso, sabiendo por instinto que no había sentido eso con ninguna otra mujer. Porque, si había algo en el mundo que le gustara era besar. Adoraba la intimidad de los besos. La magnífica forma en la que degustaba, bromeaba, tentaba y, en última instancia, presagiaba un acto más intenso.

Ella abrió la boca, con aquellos labios carnosos contra los de él, y King se apoderó de todo lo que, probablemente, Sophie ni siquiera sabía que le había ofrecido. Le mordisqueó el labio inferior, apresándolo entre sus dientes antes de calmar el pinchazo con la lengua, y luego la acarició más profundamente, saboreando su gusto a espiga de bergamota, té y algo más dulce, más delicioso

de lo que había imaginado.

Suspiró de nuevo y él la acercó más, adorando la forma en la que ella contuvo el aliento antes de ceder, rodeándole el cuello con los brazos y enredando los dedos en su pelo. ¡Dios! Era increíble.

Era adictivo.

Y todavía fue mejor cuando sus lenguas se encontraron.

Sophie era, sin duda, una pupila aventajada.

Estaban perdiendo el control sobre aquel beso.

King retiró sus labios, listo para detener aquella caricia antes de que ambos perdieran el norte. Pero los ojos de Sophie seguían cerrados y tenía las manos enredadas en su pelo, y se encontró con que no estaba preparado para soltarla. Así que volvió a su piel, trazando con los labios su pómulo, su mandíbula, mordisqueándole el tendón del cuello para llegar al lugar donde se encontraba con el hombro. La besó allí, lamiéndola delicadamente antes de succionar con la fuerza suficiente para arrancarle un pequeño grito.

Que respondió con un ronco gruñido.

—King... —susurró ella. Su nombre, no su título, si no el nombre del que se había burlado una y otra vez, al tiempo que cerraba los puños en su pelo.

Escucharlo fue un enorme placer y sonrió contra su piel.

—¿Cómo me has llamado?

Ella abrió los ojos, azules y llenos de fuego líquido. Tardó un momento en entender la pregunta. La ironía que contenía.

—No te hagas ideas raras.

—Demasiado tarde. —Sus ideas se multiplicaban, y le gustaban cada una de ellas. Le deslizó la mano por la espalda, sobre la curva de su trasero para agarrarle el muslo y levantárselo, apretándola con más fuerza contra su cuerpo.

Ella contuvo el aliento ante su movimiento, pero no se apartó. De hecho, se arqueó hacia él con un gemido. Sophie Talbot parecía compensar su falta de experiencia con glorioso abandono. King podía imaginárselos a los dos en una de las habitaciones de arriba, donde podrían estar una semana explorando todo lo que la hacía jadear, arquearse, suspirar y gemir.

Pero había un hombre a unos metros de distancia y la buscaba a ella. Así que ese no era el lugar ni el momento para que King se pusiera a conocer profundamente a la dama. Un punto que fue corroborado por la aparición del hombre que los había interrogado, que se adentró en aquel espacio con tenue iluminación y no dudó en echarles una larga mirada.

King se movió para ocultarla, intentando que el hombre no pudiera verla con claridad.

—Va pidiendo problemas —gruñó al recién llegado, que llevaba un buen rato sin moverse; demasiado para su gusto.

King se volvió para mirarlo.

—¿Me ha entendido mal?

—No, en absoluto —repuso el hombre—. Es solo que su esposa tiene el mismo aspecto que *lady* Sophie.

—Mi esposa es la señora de Louis Matthew. Pensaba que lo había dejado claro. Y su atención comienza a irritarme más de lo que debería irritarme.

El hombre miró detenidamente a Sophie quien, por primera vez en su vida, se quedó quieta. Por suerte. A continuación, el tipo se quitó el sombrero.

—Señora Matthew, disculpe mi interrupción.

—Gracias —dijo Sophie por lo bajo.

Después, el hombre miró a King.

—Debería buscar un lugar menos público. Da igual que sean recién casados o no.

King nunca había tenido tantas ganas de golpear a alguien. De hecho, deberían darle un premio por no hacerlo.

—Aprecio su consejo —respondió en un tono que pretendía que fuera amable.

Una vez que el hombre regresó al comedor, King agarró a Sophie de la mano y tiró de ella escaleras arriba hasta su habitación, queriendo poner entre ella y ese tipo tanta distancia como pudiera.

Ella se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo sabe —dijo.

King se pasó la mano por la cara.

—Sí, me imagino que sí.

Sophie lo miró de forma inquisitiva.

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—¿Qué verdad? ¿Que no somos más que compañeros de viaje un tanto mal avenidos? —Ella se quedó paralizada y él se sintió idiota por haber dicho eso con su sabor todavía en los labios—. Sophie...

—No —escupió ella, manteniéndolo alejado con sus palabras—. Es cierto. Y además no se lo creería.

No era cierto, pero no la presionó.

—No, no lo haría.

La vio asentir.

—Gracias. Imagino que hemos ganado otro día. Hasta que llegue el correo.

Él miró al techo.

—No vas a ir en el carruaje de postas, ¡maldita sea! Y menos ahora.

—¿Por qué? No me buscará en él.

Probablemente era cierto, pero ya había sufrido bastante con aquella mujer y su falta de precauciones.

—Porque tienes la extraña costumbre de recibir disparos cuando vas en carruajes de postas.

—No fue en el carruaje.

—¿Quién discute ahora de semántica? —Ella cerró el pico—. Pienso llevarte hasta Mossband. —No pudo reprimir el resto de las palabras, a pesar de que ahora sabía, casi con total seguridad, que le había estado mintiendo desde el principio—. Hasta los brazos de tu panadero.

—No seas idiota.

—Lo soy bastante.

King estaba dispuesto a apostar toda su fortuna a que no existía tal panadero. Lo que significaba que ella seguiría huyendo y que él era la única persona que podía ayudarle. Tal como había hecho con otra chica hacía ya una eternidad.

«Y que le condenaran si dejaba que esta también muriera».

Sonó un golpe en la puerta y, cuando abrió, se encontró a Mary, John y Bess. Los tres entraron sin que les invitaran y Mary habló con rapidez.

—Abajo hay un hombre haciendo preguntas sobre una chica desaparecida.

—Sí, nos hemos tropezado con él —dijo King.

Mary miró a Sophie.

—Dice que se llama Sophie y que es una aristócrata.

Sophie se limitó a mirarla sin decir nada.

Mary clavó luego los ojos en King.

—Dice que la acompaña otro aristócrata.

Él no respondió.

—Creemos que eres tú —añadió John.

—¿Le habéis comunicado al hombre vuestras sospechas? —le preguntó King.

—No —repuso el niño—. Soy leal a mis amigos y guardo sus secretos.

Sophie asintió.

—Gracias.

—¿Qué ha hecho para que la persiga un caza recompensas?

Sophie esbozó una sonrisa tan triste que King tuvo que resistir el impulso de acercarse a ella y tomarla entre sus brazos.

—Me alejé de una vida que no quería vivir.

—No podemos pretender no entenderte —intervino Mary, poniendo la mano sobre el hombro de Bess y acercando a la niña a sus faldas.

¡Dios! Iba a tener que cuidar también de esos tres. No podía dejarlos allí a su suerte. Mary era muy joven y los otros dos unos niños... Unos niños inteligentes con hábiles manos de carterista, pero niños, al fin y al cabo.

—Tienen que marcharse —añadió Mary—. Y lo antes posible

King metió la mano en el bolsillo y sacó su bolsa.

—Nos seguiréis —indicó, tendiéndole un puñado de monedas—. En mi carruaje.

Ella alzó las cejas.

—¿Por qué?

Él supo reconocer el orgullo cuando lo vio en los ojos la joven. Y tuvo claro que no iba a aceptar ninguna clase de caridad. Había tenido que luchar para que aceptara que les pagara la habitación, y si lo había hecho había sido por la insistencia de Sophie.

—Porque vamos a contratar otro carruaje. Y estos hombres se pensarán que vosotros sois nosotros. En mi carruaje. Mientras nosotros vamos rumbo al norte, a Escocia.

—¡Van a fugarse! —dijo Bess, hablando por primera vez.

—Pero ¿qué sabes tú de fugas? —intervino Sophie, mirando a la niña.

—Nada —explicó Bess—. Pero sé que cuando la gente se fuga, se va a Escocia.

—¿Es lo que están haciendo? —preguntó Mary.

—¡No! —replicó Sophie sin vacilar.

King la miró.

—Cualquier otro hombre se sentiría ofendido por la rapidez con la que me descartas.

Ella arqueó las cejas.

—¿Otro hombre podría ser menos elegible que tú?

Él pensó en lo que acababa de ocurrir en el pasillo de la planta baja y se abstuvo de discutir.

—¿A dónde van a ir? —preguntó Mary.

—Al norte. Y rápido.

Mary se mordió el labio y los miró a los dos.

—No sé si es adecuado que viaje sin dama de compañía, *milady*.

King estuvo seguro de que no se lo había oído a la chica que debía.

Sophie negó con la cabeza.

—Prefiero que te dirijas a mí como señora Matthew.

—Pero usted no es la señora Matthew. Es la hija de un conde. Debe viajar con acompañante.

—Ya me acompaña el marqués.

Mary le lanzó una mirada irritada.

—Puede que no sea una dama de alta cuna, pero hasta yo sé que él no es una compañía apropiada.

Y la chica no sabía de la misa la mitad.

—Lo hará bien —aseguró Sophie—. Al marqués ni siquiera le importo.

Mary los miró a los dos, y King tuvo la impresión de que no se lo creía.

—*Milord*, espero que entienda que nos sentimos con la obligación de defender a la dama. Ella nos ha salvado la vida.

King asintió con la cabeza.

—Sí, lo entiendo.

—Entonces debería comprender también que, si le hace daño, tendré que destriparle.

Parpadeó, agradeciendo para sus adentros que esa joven no supiera ni la mitad. Asimiló rápidamente la amenaza, seguro de que la chica tenía la habilidad y las agallas necesarias para hacerlo.

—Lo hago.

Satisfecha, Mary asintió.

—¿Qué tengo que hacer?

—Quedaos aquí. Tratad de que pierdan nuestro rastro durante unas horas mientras nos alejamos. Si lo deseáis, podéis quedaros unos días. —Le dio otro puñado de monedas—. Con esto podréis manteneros durante semanas. Cuando lo dispongáis, mi cochero os llevará donde queráis y luego llevará mi equipaje a casa.

Mary parecía insegura.

—Habíamos pensado en ir a Yorkshire. Allí hay un lugar en el que hemos oído que estaremos a salvo.

King negó con la cabeza.

—También hay un lugar para vosotros en Cumbria. O en Gales. O en muchos otros lugares. Para los tres, para John y Bess también. Donde vayáis,

estaréis bajo la protección del duque de Lyne.

—¡Dios! —dijo John.

—¡Un duque! —gimió Mary.

«Algún día... Muy pronto... ».

Iba a hacer lo imposible por proteger a los que no podían protegerse a sí mismos. Quizá, al final, podría hacerlo.

Sophie miró a King.

—Gracias.

—Dámelas cuando estemos fuera de aquí —replicó él, empujándola hacia las inmediaciones de su pecho—. Vístete. Debes dejar la posada de la misma forma en que llegaste.

—¿Herida y desmayada? —preguntó John.

King cogió la librea que seguía manchada —aunque había sido lavada— que había sobre su equipaje y se la tendió a Sophie.

—Como un lacayo.

· 10. Quinina: la cura para el mareo ·

Sophie y King se pusieron en camino menos de una hora después. Mientras Mary y John hacían todo lo posible para distraer a los hombres que los buscaban, Sophie se agarró a la parte trasera del vehículo que había alquilado King, agradeciendo su anterior experiencia en el puesto.

Después de unos minutos en la carretera, el carruaje se detuvo y ella se subió al interior.

—No vamos a detenernos hasta que llegemos a Cumbria —dijo King, golpeando el techo para que el vehículo se pusiera en marcha de nuevo—, salvo para cambiar los caballos. Y permanecerás escondida en el interior. A lo mejor así dispones de unos días antes de que te encuentren los hombres de tu padre. Si piensan que estás conmigo, se dirigirán al castillo de Lyne.

Ella movió la cabeza.

—Mi padre recibirá mañana la nota donde le pongo al tanto de mis planes para ir a Mossband. Después de eso no nos molestará.

King arqueó las cejas.

—Supongo que entonces pedirá mi cabeza. Y por partida doble cuando descubra que te han disparado por mi culpa.

—Eso no tiene sentido. Ni siquiera estabas allí.

—Debería haber estado —dijo él, inclinándose hacia atrás en el asiento—. ¿Has traído la bolsita con las hierbas? —pregunto él antes de que ella pudiera considerar su anterior afirmación.

—Sí —asintió ella.

—¿Y la miel?

—También.

—¿Y vendas limpias?

—No soy una cría, *milord*. Entiendo el concepto de dejar un lugar con lo imprescindible.

Él miró hacia el otro lado, por la ventana, y ella se reclinó en el respaldo del asiento de enfrente, tratando de no pensar en lo que había ocurrido ese día. En nada de lo que había ocurrido. Pero no

pudo evitarlo.

—Me has rescatado de nuevo.

—No te he rescatado.

—Sí, lo has hecho. Sabías que no deseo regresar a Londres.

King tardó un buen rato en responder.

—Algún día voy a aprender a dejar que te las arregles sola —dijo finalmente.

Pero no sería ese día.

Ese día la había salvado de que la llevaran de vuelta a la vida que llevaba en Londres. Le había dado la oportunidad de disfrutar de la libertad.

Ese día la había besado. En el pasillo oscuro de una posada, con los caza recompensas de su padre pisándoles los talones. No era como había esperado que fuera su primer beso.

«A pesar de haber sido magnífico».

Ignoró el pensamiento.

Él se comportaba con total indiferencia ante ese beso, ¿por qué no iba a hacer ella lo mismo? Solo había ocurrido porque los estaban siguiendo. Porque sospechaban de ellos.

Porque casi los habían descubierto. Y la había besado para que la farsa pareciera real.

Sin duda la había sentido como real.

Aunque no importaba.

Era mejor que no volviera a pensar en él de nuevo.

Lo miró de reojo; tenía los ojos cerrados, los brazos cruzados, las largas piernas extendidas por el carruaje con arrogancia, obligándola a arrinconarse en su asiento. Como si los límites del espacio debieran doblegarse ante él.

Se reorganizó en el pequeño espacio que le había dejado.

Sería fácil olvidar aquel beso si él se comportaba de esa manera.

King abrió un ojo.

—¿Estás incómoda?

—No —respondió, intentando acomodar las piernas contra la caja del asiento.

Él la observó durante un rato.

—De acuerdo —dijo, y cerró los ojos una vez más.

Ella tosió.

Al abrir de nuevo los ojos, él fue consciente de su gesto de irritación.

—Lo siento, *milord* —dijo ella con fingida dulzura—. ¿Estoy molestándote?

—No —replicó cortante, y cerró los ojos una vez más. Ella supo que mentía. Se preguntó qué debía hacer... ¿Desaparecer? Ya se había ofrecido a viajar en el carruaje de postas. Había sido él quien insistió en ese plan salvaje.

Por fin, Sophie levantó las piernas y las extendió sobre la resbaladiza madera del asiento. El carruaje eligió ese preciso momento para pillar un bache, y se tuvo que agarrar a los bordes del asiento para no caerse.

—Por el amor de Dios, Sophie. Busca un lugar y quédate en él. —Esta vez ni siquiera abrió los ojos.

Lo miró con incredulidad.

—¿Te das cuenta de que este carruaje no es ese enorme monstruo en el que sueles viajar? Dado que has ocupado el suelo, no me queda otro remedio que reclamar el asiento. Y como recordarás, tengo un balazo a medio cicatrizar en el

hombro, por lo que la amenaza de caerme al suelo desde el asiento es cuando menos... inquietante.

Él la interrumpió abriendo los ojos y mirándola.

—Te acabo de preguntar si estabas incómoda. Me has dicho que no.

Ella frunció el ceño.

—He mentado.

Se incorporó, justo cuando el vehículo pasaba por un bache.

—Dios —murmuró, llevándose la mano a la cabeza.

Sophie notó que estaba poniéndose lívido y puso los pies en el suelo.

—¿Te encuentras mal?

Él negó con la cabeza, pero puso una mano en un lateral del oscilante carro.

—¿Te mareas en los carruajes? —preguntó—. Mi hermana Sesily se pone fatal —añadió al ver que él no le respondía.

—¿Cuál es? —Si no hubiera parecido tan inestable, habría protestado, diciendo que sus hermanas no eran todas iguales y no debería tener problemas para distinguir las.

—Es la segunda —se limitó a aclarar antes de hacer una pausa—. Siendo un granuja como eres, estoy segura de que sabes cómo la llaman cuando no está presente —añadió.

—¿Cómo la llaman?

—No tienes que fingir que no sabes. Yo lo sé, así que tú deberías saberlo también.

La interrumpió con una mirada penetrante.

—¿Acaso te he mentado alguna vez?

Bueno. Desde luego no iba a responder. Se sonrojó.

—Da igual.

—Ahora tienes que decírmelo.

Ella movió la cabeza.

—Es un mote muy poco amable.

—Debe serlo si no se lo dicen a la cara.

Sophie miró por la ventana.

—Se llama Sesily.

—Sí, ya lo has dicho.

Lo miró fijamente.

—Ses-ily.

Él arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—Quieres que lo diga en voz alta.

Lo vio cerrar los ojos.

—Francamente, cada vez me importa menos.

—Sexily —espetó ella con sequedad—. La llaman *lady* Sexily. A sus espaldas.

Por un momento, él no respondió. No se movió. Luego abrió los ojos y los clavó en ella con furia.

—Cualquiera que la llame así es idiota. Y cualquier persona que la llame así delante de ti merece un puñetazo en la cara. —Se inclinó hacia delante—. ¿Quién se atrevió a hacer tal cosa?

—No es importante —dijo ella, sorprendida.

—Te aseguro que lo es —dijo él—. Tienen que tratarte con más respeto.

«Respeto». Era un concepto extraño. Sophie apartó la mirada.

—Las peligrosas Talbot no obtienen respeto, *milord*. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Él maldijo por lo bajo.

—Lamento todo lo que te he dicho.

—¿En serio?

—No es necesario que te muestres tan sorprendida.

—Es solo que a mis hermanas no les importa, por lo que la sociedad nunca deja de decir ese tipo de cosas.

—Pero a ti sí te importan.

Ella se encogió de hombros.

—Como ya hemos dicho, yo no aparezco en las páginas de chismes.

La observó durante un buen rato antes de hablar.

—No es eso lo que te importa.

—No —confirmó ella—. Me importa porque así nos desprecian. Son mis hermanas. Somos personas. Con sentimientos. Existimos. Y parece que nadie puede verlo. Que lo ignoran.

—Que te ignoran —concretó él.

«Sí».

—No quiero que me aprecien —mintió—. Solo deseo verme libre de ellos. La mirada verde la consumió.

—Yo te aprecio, Sophie.

Ella contuvo el aliento al escucharlo. No era cierto, por supuesto. Pero lo deseó, ¡cómo lo deseó!

Sacudió la cabeza, volviendo a un tema más seguro y menos desconcertante.

—Fue un grupo de hombres que hablaba de ella. Me topé con ellos en un baile. No me vieron, estaban demasiado ocupados hablando de ella. —Movié su hombro bueno y lo dejó caer—. Sesily es... Bueno, los hombres siempre se fijan en ella. Y como no tiene sangre azul, los hombres como tú... —se interrumpió, reconsiderando sus palabras—. Los hombres que se creen por encima de nosotras... no dudan en hacer comentarios al respecto. Supongo que se creen muy listos. Y quizá lo son, aunque no lo parecen. —Lo miró—. Me parecen horribles.

—Me gustaría hacer que cada uno de ellos se sienta así de horrible. —Por un momento, pensó que él estaba diciendo la verdad. Por supuesto, no era posible. Él no quería tener nada que ver con ella—. ¿Quién es su escándalo?

Ella frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Cada una de tus hermanas se relaciona con un hombre poco apropiado. ¿Cuál es el de ella?

Por supuesto, eran los pretendientes los que definían a las peligrosas Talbot.

—Derek Hawkins.

—Es un auténtico idiota —dijo él, antes de cerrar los ojos y apoyar de nuevo la espalda en el asiento—. Y el hecho de que no se haya casado con tu hermana y matado a alguno de esos estúpidos lo demuestra.

Aunque ella estuvo de acuerdo, ignoró lo que había dicho.

—Yo no tengo un hombre inapropiado.

Él buscó sus ojos con intención.

—Ahora sí.

Sophie notó que le ardían las mejillas. Aquellas palabras evocaron el recuerdo de su beso. No sabía qué decir, así que volvió al tema original.

—En cualquier caso, el problema de Sesily dificulta los paseos largos en carruaje. —Miró a su alrededor en busca de un lugar donde él pudiera aliviarse, si vomitaba. Recogió su sombrero del asiento junto a él, le dio la vuelta y lo sostuvo debajo de su barbilla—. Si necesitas vomitar, usa esto.

Él abrió un ojo.

—¿Quieres que vomite en mi propio sombrero?

—Ya sé que no es la mejor opción —convino ella—, pero situaciones desesperadas... medidas desesperadas, y todo eso.

Él negó con la cabeza y devolvió el sombrero a su posición original, a su lado.

—No voy a vomitar. Los carruajes me agobian. No me gusta viajar dentro de ellos.

—No entiendo. —Sophie sacudió la cabeza.

—No me siento... cómodo... en ellos.

—Entonces, ¿no viajas?

Él arqueó una ceja.

—Claro que viajo, es evidente como puedes ver.

—Sí. Pero eso debe dificultarte hacer largos viajes.

Hubo una pausa.

—No deseo tener dificultades.

Ella se rio.

—¿Piensas de verdad que es tu aversión a los carruajes lo que te provoca dificultades?

Él sonrió ante la broma, curvando levemente los labios en la comisura.

—Creo que últimamente lo que me provoca dificultades eres tú.

—Claro que no —bromeó ella—. Soy tan fácil como ir a misa los domingos.

—Yo no piso la iglesia —gruñó él, cerrando los ojos de nuevo.

—Entonces, ¿tengo que rezar por la salvación eterna de tu alma?

—No si buscas a alguien que te escuche. Yo soy una causa perdida, soy canalla y punto.

Continuaron el viaje en silencio durante un buen rato, King cada vez más inquieto e infeliz.

—¿Te gustaría que fuera en el pescante con el cochero?

—propuso Sophie finalmente.

Él negó con la cabeza.

—Aquí estás bien.

—Salvo que dejaste claro que no te gusta tener compañía en los viajes. Lo dijiste tú mismo cuando estábamos camino de Sprotbrough.

—Quizá he cambiado de idea. —El carruaje pasó por encima de un bache y ella se movió en el asiento, golpeándose el hombro contra la pared y jadeando del dolor.

Él maldijo con fuerza. Se acercó a ella, la levantó en volandas y giró con ella como si no pesara para acomodarla en el asiento, a su lado. Se vio enjaulada por su cuerpo y sus piernas antes de que pudiera asimilar lo que había ocurrido.

Sophie volvió la cabeza hacia él, que mantenía los ojos cerrados.

—Deja que me mueva.

Él no abrió los ojos ni le hizo caso, volviendo a su posición relajada.

—Estate quieta. Moverte es malo para tu hombro y para mi salud mental.

Bueno, pues estar cerca de él no era bueno para la suya.

No era que él le importara.

Cerró los ojos y lo arrancó de sus pensamientos. Funcionó durante varios segundos, hasta que el calor que desprendía King la envolvió, comenzando donde sus muslos se tocaban, y se difundió a través de su cuerpo hasta que solo deseó apoyarse en él. En cambio, mantuvo toda la distancia que pudo y empezó a pensar en algo que pudiera decir y que no fuera: «Bésame otra vez, por favor, si no te importa».

Aunque se preguntó si lo haría si ella se lo pedía.

Se puso derecha, como si la postura pudiera detener aquellos pensamientos errantes.

—¿Y tu cabriolé?

—¿Qué pasa con él? —repuso, sin mirarla.

—¿Por qué no estás conduciéndolo en vez de estar sentado dentro de este carruaje?

—El cabriolé hubo que desmontarlo y enviarlo a Lyne Castle.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? —Sin duda no era lo que él quería. Ella disfrutaba de su compañía, pero debería estar disfrutando de su vida.

—Carece de las ruedas adecuadas —espetó él, secamente.

Claro que sí.

—Lo siento.

King abrió los ojos de nuevo, con expresión de sorpresa en sus iris verdes.

—Creo que es imposible que lo sientas.

Sophie lo miró intrigada.

—¿Te resulta sorprendente?

—La gente rara vez se disculpa conmigo —replico él con sencillez—. Y cuando lo hacen, pocas veces lo dicen de corazón.

Ella no sabía cómo responder a eso, así que cambió de tema, buscando algo más seguro.

—Nunca había visto a nadie conducir un carruaje con tanta imprudencia.

—¿Te he parecido imprudente?

—Te quedaste sobre una rueda. Podrías haber volcado.

King miró hacia otro lado.

—Eso ya me ha pasado. Y sobreviví.

Se lo imaginó a un lado de la carretera, herido y sangrando. No le gustó la imagen, y frunció el ceño.

—Podrías haber muerto.

—No fue así. —Había algo oculto en sus palabras, algo oscuro que a ella se le escapaba. Deseó que tuviera los ojos abiertos para poder encontrarle sentido a todo aquello.

—Pero podría haber ocurrido.

—Forma parte de la diversión.

—¿Arriesgarte a perder la vida es divertido?

—¿Es algo que no concibes?

—Teniendo en cuenta que casi me muerdo de un tiro hace unos días, creo que no, no lo concibo.

La miró, y no había ni pizca de humor en su mirada.

—No es lo mismo.

—¿Porque no estaba buscando que ocurriera?

—Muchos dirían que sí. —El carruaje rebotó en un bache y ella apretó los dientes.

—¿Tienes miedo a morir? ¿Es eso? ¿Por eso no te gustan los carruajes?

Él hizo una pausa.

—Es que este es un carruaje muy pequeño.

Era un vehículo la mar de corriente.

—¿Por qué?

Por un momento, la mirada de King se oscureció, y ella supo que estaba perdido en sus pensamientos. En algo que parecía desagradable, obsesivo...

Sophie tuvo que resistir el impulso de poner su mano sobre la de él para tranquilizarlo. No esperaba que respondiera, y no lo hizo, aunque movió la cabeza mecánicamente.

—No me gustan —dijo, y luego permaneció en silencio un momento—. Y no quiero hablar de este tema.

Ella asintió.

—De acuerdo, ¿de qué deseas hablar?

—¿Puedo suponer que no me dejas responder que prefiero dormir?

—Parece como si estuvieras a punto de saltar del carruaje en cualquier momento —comentó ella—. No tienes más ganas de dormir que yo de volar.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Si fueras un hombre, no me preocuparía por ti en absoluto.

Sophie arqueó las cejas.

—Tampoco es que te preocupes mucho por mí de todas formas.

Él la observó durante un buen rato.

—Estaba calentándote.

La frase hizo que la atravesara un hilo de emoción que despertó un recuerdo: el oscuro pasillo de El Arrullo del Gorrión, cuando él tenía sobre ella las manos y la boca. Cuando sentía su pelo entre los dedos.

Ella también había estado calentándolo a él.

Se aclaró la garganta.

—Podemos hablar de lo que quieras. —Él no respondió, y pasaron unos minutos en silencio hasta que, finalmente, se dio por vencida—. *milord*, eres muy antisocial. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—No.

Obstinada, Sophie metió la mano en la bolsa que había en el suelo y sacó un libro. Lo abrió, fingiendo que él no estaba allí, con la esperanza de que la distrajera.

Él se inclinó hacia delante, acercándole su olor a limpio mezclado con algo que no pudo identificar. Era un aroma encantador.

Ella se aclaró la garganta y leyó el título. «Tratado práctico de mampostería popular y piedra al corte». ¡Oh, Dios! No parecía divertido.

¿Es que no le podía salir nada bien?

Empezó a leer... distraídamente. Le llamaba la atención la forma en que se tensaban los pantalones sobre sus piernas, que eran más musculosas de lo que podía imaginar. Por supuesto, debería haberlo supuesto con todas aquellas carreras de cabriolés en las que participaba.

Le hormigueaban los dedos por las ganas de tocar el muslo más cercano a ella. El que ella había tocado ya. El que había rodeado con su pierna ese mismo día.

Hacía mucho calor en el carruaje.

—¿De dónde has sacado un libro?

Ella empezó a hablar con las mejillas en llamas. Sin levantar la vista.

—Pensaba que no querías hablar.

—Y no quiero. Pero eso no significa que no quiera una respuesta.

—Estaba al fondo del cajón de la mesilla de mi habitación. —Volvió la página con fuerza, como si al hacerlo así pudiera conseguir que King se hiciera más pequeño. Menos formidable.

Menos intrigante.

Pero no lo consiguió.

Por supuesto, nada podía ser más interesante que un tratado de mampostería y piedra al corte. Pero una hacía lo que podía. Continuó con su lectura.

El silencio se extendió entre ellos mientras el carruaje continuaba su andadura por la Gran Carretera del Norte, alejándose de Sprotbrough y acercándose a su futuro. Sophie leyó un poco, distrayéndose cada dos por tres con los giros de la conducción y la forma en que estos la apretaban contra él.

King, sin embargo, permaneció inmóvil.

Estuvo a punto de hablar en varias ocasiones, desesperada por conversar, pero se negó a ser la primera en romper el silencio y, después de un tiempo, se vio recompensada.

—¿Es entretenido? —preguntó él.

—Bastante —mintió—. No tenía ni idea de que la mampostería fuera tan fascinante.

—¿De verdad? —respondió él en un tono tan seco como la arena—. Bueno, supongo que no debería sorprenderme. A fin de cuentas eres la hermana muermo.

Sophie le lanzó una mirada cortante que hizo que él esbozara una sonrisa; y decidió que, si él no iba a ser un acompañante educado, tampoco tenía por qué serlo ella.

—No hay nada de muermo en esto, *milord*... —Respiró hondo y se lanzó al ataque—. En este libro hay una amplia explicación de cómo se hacen los nichos semiesféricos, las cúpulas hemisféricas, y cómo es la unión a inglete con los cilindros. Se puede aprender mucho.

La sonrisa se hizo más grande.

—Sobre todo de los ingleses, me imagino.

No hizo caso de las palabras, leer en voz alta era con creces el mejor castigo.

—«Este es el primer y único trabajo en inglés sobre el arte de cortar piedra. Hacía años que se esperaba con ansiedad una publicación de este tipo».

—Sin duda... —Él se inclinó hacia ella para cerrar el libro y mirar la cubierta—. Y Peter Nicholson, caballero, te ha convencido de tal cosa.

Hizo caso omiso a la astilla de placer que la recorrió en el momento en que sus manos se rozaron cuando volvió a abrir el libro.

—Creo que es posible que tengas razón. Hay varios capítulos completos dedicados a geometría básica y compleja necesaria para realizar mamposterías adecuadamente. ¿No es fascinante? ¿Sabías qué... —moduló la voz... en la preparación para las piedras que se dispondrán en las paredes, es necesario sobre todo reducir la piedra a sus dimensiones de forma que cada uno de sus ocho ángulos puedan estar contenidos en tres ángulos rectos?

La sonrisa de King se convirtió en una mueca y Sophie se sintió muy feliz de que ese fuera el único libro que encontró en El Arrullo del Gorrión. Se entregó al momento, disfrutando de lo mucho que lo odiaba él.

—Y escucha este párrafo, sobre druidas y estructuras megalíticas.

—No creo que sea interesante.

—A todo el mundo le parecen interesantes los druidas.

—Te aseguro que no a todo el mundo.

—A todo el mundo que tiene gusto, por supuesto. Esta estructura por ejemplo, se denomina dolmen.

—Un nombre precioso.

Su tono indicaba que el marqués de Eversley pensaba que los dólmenes eran poco menos que el Hades. Sophie estaba pasándosele pipa.

—¿No es así? Suena muy pintoresco. Escucha esta fascinante descripción: «esta mampostería de piedra en seco, típica de Gales, cuenta con una losa que pesa más de treinta toneladas, lo que indica que han sido necesarios más de una docena de druidas para ponerla en donde se encuentra». ¿Te lo imaginas?

—Tantos hombres con togas blancas en el mismo lugar... —respondió él, como si estuviera a punto de fallecer de aburrimiento.

Ella dio la vuelta a la página.

—¡Oh, Dios mío! ¡Círculos megalíticos de piedra! ¿Aprenderemos algo más sobre ellos?

Lo de los círculos fue suficiente.

—Basta. Por el amor de dios. Detente antes de que salte del carruaje no por culpa de mis demonios, sino por tu avidez por saber sobre los ingleses con losas.

—Losas de más de treinta toneladas.

—Sinceramente, me importa un cuerno. Cualquier cosa antes que la maldita mampostería.

Ella cerró el libro y lo miró, obligándose a parecer disgustada ante su insistencia.

—¿Prefieres hablar de algún tema concreto?

En sus ojos verdes apareció una cierta comprensión, que fue seguida de irritación y lo que ella interpretó como respeto.

—Eres una tramposa.

Sophie parpadeó.

—¿Perdón?

—Lo has hecho a propósito.

—No sé lo que quieres decir.

—Para conseguir que yo elija un tema de discusión.

Sophie abrió los ojos hasta que sintió que podían salirse de sus cuencas.

—Sin duda, si quieres elegir un tema... No me dignaré a evitar la conversación.

Él soltó una risita y estiró las piernas, apoyando los pies en el asiento de enfrente.

—Entonces, voy a elegir un tema.

Ella lo imitó, subiendo los pies al banco, junto a los de él, al tiempo que colocaba el libro cerrado en su regazo.

—Me imagino que no será sobre piedras.

—No. —Él clavó los ojos en sus botas—. ¿Son cómodas?

Ella siguió la dirección de su mirada, observando las enormes Hessian negras de él junto a los botines grises por el tobillo que ella llevaba, diseñados para ser funcionales y no por seguir una moda. Debería de disgustarle que fueran de segunda mano, pero se las había conseguido King y eso las convertía en perfectas.

—Sin duda —repuso.

Él asintió moviendo la cabeza.

—Debería haberle indicado al médico que te mirara los pies.

—Están perfectamente bien.

—Deberías haber usado otro tipo de zapatos.

—No planeaba tener una aventura.

Él la miró.

—¿Has decidido viajar hasta tu futuro marido siguiendo un impulso?

«¡Oh, Dios!».

No quería hablar de eso. Nunca había llegado a mentirle al respecto, pero ahora parecería ridícula si confesaba la verdad, que Robbie no era el propósito del viaje. Que el viaje no había tenido finalidad hasta que le empezó a parecer lo único que podía llevarla a la libertad.

Pero al marqués de Eversley no le sentaría bien saber que la había rescatado de salteadores de caminos y caza recompensas porque quería ser libre. Así que asintió.

—Sí —mintió—. A veces, cuando surge una idea, debes llevarla a cabo sin más.

Él arqueó una ceja.

—¿Y cuál es tu propósito? ¿Proponérselo? ¿Cortejarlo?

Ella bajó la mirada al regazo y jugueteó con las páginas del tratado.

—¿Qué te hace pensar que no me ha cortejado ya?

Él cruzó una bota negra sobre la otra, rozándole la pierna.

—Porque no te diriges a Mossband en un carruaje equipado, con tu madre y tus hermanas a remolque.

No pudo evitar reírse de aquella imagen.

—¿Qué es tan divertido?

—La idea de que mi madre y mis hermanas decidieran abandonar Londres para ir a Mossband, incluso aunque fuera para mi boda. —Meneó la cabeza—. No hemos vuelto por allí desde que nos marchamos, hace más de una década.

La observó durante un buen rato.

—¿Hace diez años que no ves a Robbie?

—No —mintió con rapidez, sintiendo que la había pillado.

—¿Os habéis carteadado durante este período?

Ella ignoró la pregunta en lugar de seguir mintiendo.

—¿Por qué no vuelves a casa? —insistió él, en un tono más suave, como si supiera...

Aun así, no se atrevió a decirle la verdad.

—Estoy yendo a casa.

—Me refiero a tu casa en Londres. A la mansión que tu padre tiene en Mayfair.

Ella movió la cabeza.

—Ese no es mi hogar.

—¿Lo es un pueblo polvoriento lleno de agricultores?

Ella pensó sobre ello durante un largo minuto, recordó la pintoresca sinceridad de Mossband. De las personas que vivían y trabajaban allí. Pensó en la vida que llevaban antes de que su padre se convirtiera en conde. La vida que podría disfrutar de nuevo.

Quizá fuera debido al vaivén del carruaje, o a la forma en que King esperó su respuesta, con la paciencia del santo

Job, o a la cabina cerrada. Fuera lo que fuera, respondió la verdad.

—Es el único lugar en el que me he sentido libre.

«Hasta el momento».

—¿Qué significa eso?

Ella no respondió.

Él bajó las botas del asiento y puso los pies en el suelo antes de sentarse enfrente de ella para verla mejor. Tenía las rodillas separadas y los dedos entrelazados, entre ellas.

—Mírame, Sophie. —Ella levantó la vista y se encontró sus ojos verdes clavados en los suyos. Brillantes en la penumbra que reinaba en el carruaje—. ¿Qué significa eso?

Ella puso también sus pies en el suelo y jugueteó con el borde del libro, sin saber por dónde empezar.

—Cuando mi padre obtuvo el condado, yo tenía diez años. Entró por la puerta de casa, en la que nunca había soñado más de lo que tenía y anunció: «¡*miladys!*!», antes de soltar una carcajada. Era una especie de broma. Mi madre gritaba y lloraba, igual que mis hermanas, y yo... —Hizo una pausa, pensando—. Era contagiosa. Su felicidad era contagiosa. Así que recogimos todo y nos trasladamos a Londres. Me despedí de mi vida. De mi casa. De mis amigos. De mi gata...

Él frunció el ceño.

—No le sientan bien los viajes.

—¿Cómo a tu hermana?

—Al viajar aúlla.

—¿Sesily?

Sophie sonrió ante la broma.

—Espárrago. Se aferraba al asiento y maullaba. Mi madre no podía soportarlo. —Se puso seria—. Tuve que dejarla atrás.

—Tenías una gata a la que llamabas Espárrago.

—Lo sé. Era una tontería. ¿A quién le importa?

Él sonrió al oírla.

—Es la segunda vez que usas esa expresión.

—La utiliza mi padre —dijo ella con una sonrisa.

—Siempre me ha gustado, ¿sabes?

Ella arqueó las cejas.

—¿En serio?

—¿Te sorprende?

—Mi padre es vulgar para el resto de Londres.

—Tu padre es sincero comparado con el resto de Londres. La primera vez que lo vi, me dijo que mi padre no le caía bien.

Ella asintió.

—Es algo que diría mi padre.

—Sigue. Dejaste a Espárrago atrás.

Ella miró por la ventana otra vez.

—Hace años que no pensaba en ella. Era negra. Con las patas y el morro blancos. —Movié la cabeza para deshacerse del recuerdo—. De todas formas, nos fuimos y no volvimos. Mi padre tiene una casa de campo en alguna parte de Gales, pero nunca fuimos allí. Mi madre estaba demasiado centrada en nuestra nueva vida, la vida aristocrática. Eso significaba que debíamos visitar a otras jóvenes aristócratas, más establecidas, de las que deberíamos hacernos amigas. Que ellas nos debían ayudar a encontrar nuestro lugar. A subir en la sociedad.

»Estaba segura de que en pocos años nos acostumbraríamos y encajaríamos a la perfección. Mis hermanas lo hicieron. De alguna forma se dieron cuenta de que su belleza perfecta las conduciría a las páginas de chismes que adoran, lo que haría que la sociedad las adorara. A pesar de todo, son expertas arribistas. Con excepción de....

Se interrumpió.

—¿Con excepción de...?

—De mí. No encajo. No soy hermosa. —Sonrió de medio lado—. Ni siquiera soy perfecta. Como bien has dicho tú mismo.

—¿Cuándo he dicho eso? —preguntó él, ofendido.

—Cuando me llamaste aburrída. La muermo. —Señaló la librea con la mano, la ropa que había hecho que la llamara gorda—. Por supuesto que no soy guapa. —Él maldijo por lo bajo, pero ella levantó una mano antes de que pudiera decir nada—. No te disculpes. Es verdad. Y nunca sentí que

perteneciera allí. Nunca he sentido que valiera la pena el esfuerzo. Pero en Mossband me sentía valorada.

»Al escapar de Londres, me acordé de cómo me sentía allí. —Sonrió—. Y cuando esos hombres estaban buscándome y me protegiste, me sentí más libre que nunca. —Hizo una pausa—. Y más valorada —añadió en voz baja—. Antes no me habrías ayudado a escapar.

—Eso no es cierto —repuso él en un tono que no admitía réplica.

—¿En serio? Me dejaste tirada con una de tus botas —señaló.

—No es lo mismo. Te dejé allí tirada porque eras valiosa.

—No, tenía un título. No es lo mismo.

Él abrió la boca para discutir, pero ella lo detuvo, incapaz de reprimir su frustración.

—No esperaba que lo entendieras. Tú eres muy valioso. Te llamas King, por el amor de Dios.

Sus palabras flotaron en el interior del carruaje hasta desaparecer en el pesado silencio.

—Aloysius —dijo él finalmente.

Ella parpadeó.

—¿Perdón?

—Aloysius Archibald Barnaby Kingscote. Marqués de Eversley. Futuro duque de Lyne. —Agitó la mano en una reverencia—. A tu servicio.

Era broma.

Pero él no parecía estar bromeando.

—No puede ser... —susurró, repitiendo el nombre mentalmente antes de llevarse la mano a la boca, desesperada por contener la risa. Pero era demasiado. No pudo reprimirse. Soltó una carcajada.

Él arqueó una ceja al tiempo que se reclinaba en el asiento.

—Y eres la única persona con la que he alardeado de él. Por si acaso te lo preguntas. Porque incluso yo tengo mis límites de pomposidad altanera.

Ella guardó silencio, incapaz de decir nada sin reírse.

—Es...

—¿Horrible? ¿Ridículo? ¿Inútil?

—Innecesario —dijo, retirando la mano de la boca.

Él ladeó la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Eso también.

Sophie volvió a reírse.

—¿Aloysius?

—*Milady*, sin pasarse.

—¿No lo sabe nadie?

—Imagino que sí. Está allí, en blanco y negro, en el *Burke's Peerage*, el libro de los linajes, con todos los demás nombres, pero nadie lo menciona en mi compañía. Al menos no lo han hecho desde que estaba en el colegio y dejé claro que no quería que me llamaran así.

—¿Tus compañeros accedieron a tu petición sin más?

—Después de practicar boxeo con ellos, sí.

Asintió.

—Supongo que no esperaban que fueras mejor con eso que con el nombre de Aloysius.

—En algunos círculos es muy chic —dijo él en su tono más aristocrático.

—¿Sí? ¿En qué círculos?

Él sonrió.

—No estoy seguro.

—Lo confieso, yo también querría que me llamaran King —confió ella respondiendo a su sonrisa.

—¿Lo ves? Ahora sentirás lástima por mí.

—¡Oh, sí! —lo dijo con tanta rapidez que los dos se rieron; y Sophie fue muy consciente, de repente, de que le gustaba cómo sonaba su risa. Le gustaba también su aspecto. De repente dejaron de reírse.

—Ya no estás incómodo —comentó ella en voz baja, inclinándose hacia delante. El movimiento del carruaje ya no le inquietaba.

Parecía sorprendido por el recordatorio.

—No lo estoy. Eres una bienvenida distracción.

Sophie notó las mejillas calientes cuando él también se inclinó hacia delante. Consideró echarse hacia atrás, pero descubrió que no deseaba hacerlo. Cuando él levantó la mano hacia su mejilla, se felicitó por su valentía. Sus cálidos dedos eran una bienvenida tentación. Estaban muy cerca... Sus ojos poseían un hermoso tono de verde, sus labios parecían suaves y fuera de su alcance. Se preguntó qué ocurriría si era ella la que se inclinaba hacia delante, haciendo desaparecer la distancia entre ellos.

—Él ni siquiera sabe que vas a ir a verlo, ¿verdad? —susurró él justo en ese momento.

Ella se echó hacia atrás sin fingir que no lo entendía.

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Porque las respondes —replicó él.

—Me gustaría hacerte también algunas.

King asintió moviendo la cabeza.

—Responderé a lo que quieras si me contestas a esta. ¿Por qué el panadero? Entiendo lo de la librería y la libertad... Pero el panadero al que no ves desde hace una década. ¿Por qué él también?

Ella apartó la mirada para observar los campos agrícolas por la ventanilla, el paisaje salpicado de ovejas y brazadas de heno. Todo era mucho más simple que en Londres. Por lo tanto, mucho más libre. Abrió y cerró el libro en su regazo. Una y otra vez.

—Era mi amigo —dijo, finalmente—. Y nos hicimos una promesa.

—¿Qué clase de promesa?

—Que íbamos a casarnos.

—Hace una década.

¿Qué había hecho? ¿A dónde iba? ¿Qué consecuencias tendría esa alocada aventura? No podía pedirle nada más. No quería decírselo. Así que levantó la mirada hacia él.

—Una promesa es una promesa —aseguró.

La observó durante un buen rato.

—Te das cuenta de que esto va a terminar mal, ¿verdad? —le dijo él.

—No necesariamente.

King estiró el brazo sobre el respaldo del asiento.

—Entonces, ¿cómo va a terminar?

Ella se entretuvo pensando durante un buen rato sobre Mossband. Sobre su infancia. Sobre el mundo en el que había nacido y el mundo al que se había visto empujada.

—Espero que tenga un final feliz —respondió.

Él se quedó inmóvil y ella tuvo la repentina sensación de que estaba enfadado con ella.

—¿Piensas que ese muchacho ha estado languideciendo por la hija de un conde que no ve desde hace una década?

—No es imposible y lo sabes —espetó ella. ¿Por qué siempre la hacía sentir inferior?—. Y entonces, no era hija de un conde. Bueno, lo era, pero no de verdad. En realidad nunca he sido hija de un conde. Esa es la cuestión. Éramos amigos, nos hacíamos felices.

—La felicidad... —se burló—. No tienes ni idea de qué hacer ahora que eres libre, ¿verdad?

Sophie frunció el ceño.

—No es asunto tuyo.

—¿Podemos hacer una apuesta?

—¿Quieres apostar a que le importo? Oh, vamos... Por favor.

Él sonrió.

—Claro, una apuesta sobre si le importas a Robbie.

Ella miró su expresión pedante con los ojos entrecerrados, ignorando la rabia.

—¿Qué quieres apostar?

—Si llegamos allí, y él te quiere, ganas tú. Te compraré la librería como regalo de bodas.

—Un regalo extravagante —dijo ella con elegancia—. Acepto. Aunque tengo otra petición.

Él arqueó las cejas.

—¿Quieres algo más que una librería?

Ella ladeó la cabeza.

—Ten cuidado, *milord*, que podría encontrar razones para creer que no estás seguro de ganar.

—Yo nunca pierdo.

—Entonces, ¿por qué no permitirme una segunda petición?

King se reclinó.

—Adelante.

—Si gano, tienes que decir además algo agradable sobre mí.

—¿Qué significa eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—Te has pasado una semana enumerando todos mis fallos. Mi falta de inteligencia, mi falta de entusiasmo, mi falta de porte, mi falta de belleza... y ahora, mi incapacidad para conseguir un marido.

—Yo no quería decir que...

Ella levantó la mano.

—Y será mejor que seas extremadamente cortés.

Hubo un largo silencio.

—Está bien —dijo finalmente en un tono que solo se podía definir como gruñido.

—Excelente. Ahora tendré algo que esperar con ilusión además de la propuesta de Robbie.

Él arqueó una de sus cejas negras.

—Una clara indicación de que casarte con el panadero es la mejor idea. — Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Pero no te olvides, Sophie. Si

llegamos, y es un desastre...

El corazón se le aceleró.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, gano yo. Y tienes que decir algo agradable sobre mí.

Antes de que ella pudiera responder, el carruaje disminuyó la velocidad y se oyó el grito del cochero. Se puso rígida, atenazada por los nervios.

—¿Son salteadores de caminos?

—No. —King le tocó el tobillo. Sentir la tibia piel de su mano contra aquel lugar que no había tocado nadie, la hizo contener el aliento—. Estamos en una parada.

Le dolía el hombro y se sintió feliz de parar.

—¿Pasaremos aquí la noche?

Él negó con la cabeza.

—Solo cambiaremos de caballos, y luego continuaremos. Tenemos que poner la mayor distancia posible entre tú y tus perseguidores.

Luego abrió la puerta y desapareció engullido por el sol dorado de la tarde.

· 11. Sophie y Eversley: ¿Seducción o secuestro?

Gracias a Dios que habían llegado en ese momento.

Un cuarto de hora más y King no habría sido responsable de lo que ocurriera entre ellos. Que Dios lo librara de largos paseos en carruaje con mujeres imposibles, exasperantes y notables. ¿Cómo se suponía que iba a contenerse para no besarla? ¿Para no tocarla?

Cada vez que esa mujer abría la boca, él la deseaba más.

Y entonces, ella había declarado que no tenía mucha autoestima, que solo en ese momento, cuando huía de su pasado y de Londres, se sentía libre. Proclamando su propia existencia.

Como si necesitara una proclama para fijarse en ella.

Como si él no fuera consciente de todos sus movimientos. De todas sus palabras.

A pesar de que no debería ser consciente en absoluto.

Sophie Talbot había sido un problema desde el momento en que la había conocido, al bajar el maldito enrejado de Liverpool House. Y aun así, parecía que nunca sería capaz de escapar de ella. Él era el Minotauro, y estaba atrapado en su laberinto.

Era inútil detenerse para recordarse a sí mismo todas las razones por las que no debía desearla. Por las que no debería disfrutar con ella.

Era todo lo contrario a las mujeres con las que disfrutaba.

«Salvo que no era así».

De hecho, no tendría ningún problema para decir algo agradable sobre ella. Cuando ella enumeró todo lo que había dicho hasta ese momento, se había sentido un idiota. Y además, no creía nada de eso. Ya no.

«Ni nunca».

Empezó a desenganchar los caballos cansados con rápida eficacia, ya que era consciente del hecho de que los hombres que se habían encontrado en Sprotbrough podían ser lo suficientemente estúpidos como para creer que Sophie había sido un lacayo cualquiera en un carruaje cualquiera, pero también eran lo bastante inteligentes como para ver que había abandonado la

posada tarde o temprano. No podían retrasarse. Y eso era lo mejor, porque cuando ella le preguntó si pasarían allí la noche, todo su cuerpo quiso responder de forma afirmativa.

En la misma habitación.

En la misma cama.

Durmiendo lo menos posible.

Si ella quería ser libre, él le enseñaría la libertad.

«Podía mostrarle la felicidad».

Salvo que no podía.

Maldiciendo por lo bajo, entregó el primero de los cuatro caballos al cochero y estaba desenganchando al segundo cuando ella asomó la cabeza por la puerta del carruaje.

—*Milord?* —lo llamó, antes de ocultarse en las sombras del interior.

No quería pensar en Sophie, pero estaba demasiado ocupado pensando en ella.

—Córcholis —murmuró.

¡Dios! Ahora maldecía como ella.

—*Milord!* —Su voz tenía una nota de pánico.

Entregó el segundo caballo al cochero y se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Tengo que entrar en la posada.

—No debe verte nadie. Quédate ahí.

Ella apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

—Es necesario que entre.

Él suspiró. Claro que sí.

—Y creo que quizá, debería vestirme con otra ropa. La librea se ha convertido en algo muy... obvio.

Tenía razón, por supuesto. Parecía un criado que hubiera sido arrastrado por el barro, herido con una bala y dado por muerto. Lo que no era una evaluación incorrecta de la situación. Y con el largo cabello castaño saliendo por debajo del gorro, se la descubría con solo mirarla. Cuando llegaran los hombres de su padre y vieran a una joven vestida como un lacayo desaliñado, sin duda sabrían que la habían encontrado. No había otra opción.

—Ve a hacer tus necesidades. Mientras conseguiré un vestido.

Convenció al dueño de la posada con un largo suspiro y un puñado de monedas, y regresó al carruaje con un vestido, comida y un poco de agua caliente. Al abrir la puerta, vio que ella ya había regresado, por lo que arrojó

los dos primeros artículos al asiento antes de entregarle el agua.

—Para tu té.

Él no le dio la oportunidad de agradecerse, cerró la puerta para volver y ayudar al cochero a enganchar los caballos de refresco.

—Tenemos un duro trayecto antes de llegar a Longwood, *milord* — comunicó el cochero—. Por la noche vamos a necesitar caballos frescos.

—Y otro cochero. Tú tendrás que dormir —añadió King, comprobando por tercera vez los arneses de cuero.

—Puedo aguantar.

King asintió.

—Eres un buen hombre, John.

El cochero sonrió.

—No hay mejor momento para viajar por carretera que por la noche.

King lo sabía muy bien. Y también sabía que era el peor momento para que él fuera en el interior de un carruaje, con la oscuridad cerniéndose sobre él y recordándole un pasado que le resultaba más difícil de ignorar según se acercaba a Cumbria.

Abrió la puerta del carruaje con más fuerza de la esperada, y ella chilló desde el asiento, con las manos apretadas contra el pecho. Llevaba puesto el vestido verde, adornado con pequeños volantes y cintas.

—Todavía no estoy lista —dijo ella, con voz ahogada.

—¿Por qué?

—Porque no lo estoy —replicó ella como si se tratara de una respuesta lógica a la pregunta.

Él arqueó una ceja, pero no se movió.

—Necesito cinco minutos más —añadió ella, echándolo del carruaje... Con el pie.

Fue el pie lo que le dio una pista de la preocupación de Sophie. Pues al bajar la mirada, la posó sin querer en sus pechos, donde se entrecruzaban los cordones blancos del corpiño.

—¿Tienes problemas para cerrarlo? —preguntó.

Ella se puso color carmesí. Ahí estaba la respuesta.

—¡No, en absoluto! —chilló.

—No sabes mentir.

—No suelo tener motivos para mentir, *milord* —soltó ella, con el ceño fruncido—. Es raro que los hombres me hagan esas preguntas tan poco... caballerosas.

—¿No querrás decir canallérrimas?

—Eso también, sí.

Él sonrió.

—*Milady*, ¿necesitas mi ayuda o no?

—Er... sin duda no —respondió ella—. Es que la anterior propietaria de la prenda tenía unas dimensiones algo menos...

«Cierra la puerta —se dijo a sí mismo—, no dejes que termine esa frase».

Por desgracia, sus brazos se olvidaron de cómo funcionaban.

Y entonces, ella terminó la frase, y su cerebro explotó.

—... amplias.

«¡Dios!».

—Tienes cinco minutos —concedió—, y luego nos vamos, estés preparada o no.

Él cerró la puerta y regresó junto a los caballos, comprobando las cinchas mientras contaba hasta trescientos. Al llegar a treinta y seis, estaba imaginando sus generosos pechos. Cuando contó noventa y cuatro, se maldecía a sí mismo por no haber echado un buen vistazo a los pechos en cuestión cuando la tuvo a mano, al principio del día. En ciento setenta, había revivido los acontecimientos de las últimas horas, dividido entre la culpa y el placer. Con doscientos veinticinco, se maldecía para sus adentros por ser la peor clase de sinvergüenza aunque, todo sea dicho, era ella la que había mencionado sus pechos.

«Pero eres tú el que actúa como un crío».

No, incluso los críos se comportaban de manera más apropiada.

«Doscientos noventa y nueve».

«Trescientos».

Abrió la puerta y subió al carruaje, tratando con todas sus fuerzas de no mirarla. Ella no dijo nada, por lo que supuso que había terminado de vestirse adecuadamente. Golpeó el techo y el vehículo se puso en marcha.

Viajaron en silencio durante un buen rato —veinte minutos o más— antes de que ella rompiera el silencio.

—¿Te acuerdas de mí?

Entonces la miró.

«Error».

Ella era preciosa. El vestido era de mala calidad y le quedaba pequeño; entendía que hubiera tenido problemas. Lo había tenido que atar con fuerza hasta la línea media para aprisionar sus pechos, que sobresalían por la parte

de arriba, como si pugnaran desesperadamente por estar libres.

Justo cuando él estaba loco por liberarlos.

Se obligó a subir la mirada hasta los ojos de Sophie.

—Estaba perdido en mis pensamientos.

Ella sonrió al oírlo y él se sintió confortado. ¡Santo Dios! Se comportaba como un crío, ávido de su aprobación.

—No me refería ahora. Si no a antes.

—¿Si me acuerdo de ti antes de qué?

La sonrisa de ella vaciló.

—Bailamos en una ocasión. En un baile.

Él arqueó las cejas.

—Lo recordaría.

—Fue una cuadrilla. En el baile de los Beaufetheringstone.

Meneó la cabeza.

—Estás equivocada.

Sophie emitió un sonido a medio camino entre una risa y un resoplido.

—*Milord...* Creo que me acuerdo de ti más de lo que tú te acuerdas de mí.

Lo estaba haciendo de nuevo.

—Para.

—¿Que pare de qué?

—Deja de creer todo lo que han dicho sobre ti durante estos años. No hay nada en ti que te haga difícil de recordar. Por el amor de Dios, si la última semana ha sido la más memorable de mi vida. Y es gracias a ti. Así que deja de imaginar que eres lo que no eres.

Sophie abrió los ojos como platos y King se sintió idiota.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella por lo bajo.

No quería responder. Ya había hecho suficiente el tonto.

—Solo quiero decir que debería recordar que bailamos juntos —se limitó a decir. Ella se quedó en silencio y, por un largo momento, él pensó que podría sentirse dolida de que no lo recordara—. A partir de ahora te recordaré.

Era el eufemismo del siglo.

—¿Todavía puedo hacerte la pregunta? —se interesó ella.

La que le había prometido responder antes de que el carruaje se detuviera. Antes de que casi la hubiera besado. Antes de que se hubiera fijado en sus pechos. Bueno... antes de que ese día se hubiera fijado en sus pechos.

«Esta noche».

—Sí.

—Me has dicho que tenías que comunicarle algo a tu padre antes de que muriera.

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

La sensación de opresión regresó con fuerza, igual que su percepción de que cada vez había menos luz. Estaba a punto de hacerse de noche y con ella llegarían sus recuerdos. Y sus demonios. Y esa mujer no iba a permitir que los ignorara.

—Hace quince años.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Dieciocho.

—¿Por qué no has vuelto nunca?

Él soltó un largo suspiro y se apoyó en el asiento, deseando que ella estuviera de nuevo sentada a su lado. Le había gustado tenerla allí. En el momento que estuvo a su lado, con los muslos pegados, mientras le leía aquel insoportable libro sobre piedras.

—No he deseado verlo.

—¿Era muy cruel contigo? —Él no respondió—. Perdona. No debería haber preguntado eso —añadió ella finalmente.

Se hizo el silencio una vez más, y King se inclinó hacia la cesta que había dejado en el suelo del carruaje. La abrió y sacó una botella de vino, pan y queso. Cortó un generoso trozo de pan y se lo ofreció con un poco de queso.

—Gracias —murmuró ella mientras lo aceptaba.

El duque de Lyne había sido tan buen padre como podía ser un aristócrata. Cuando otros padres habían estado en Londres, disfrutando de sus clubes e ignorando a sus familias, el suyo había dado prioridad a su finca y a pasar más tiempo con su hijo.

—No era cruel. Conmigo no.

—Entonces, ¿por qué...? —se interrumpió, consciente de que estaba atravesando una línea.

King bebió el vino, dispuesto a ignorar el recuerdo que estaba despertando en su mente.

—¿Qué tal el hombro?

—Me duele de una forma soportable —repuso ella antes de respirar hondo y soltar el aire—. ¿Por qué no deseas verlo?

Debería haber sabido que ella no se detendría.

—Eres como un perro con un hueso.

—¿Estás volviendo a compararme con un perro?

Él sonrió, pero sin humor.

—La crueldad no es la única forma que tienen los padres de arruinar a sus hijos. Las expectativas pueden llegar a hacer el mismo daño.

—¿Qué esperaba el tuyo de ti?

—Que me casara bien.

Ella le lanzó una mirada cáustica.

—Qué cosa más horrible —dijo con seca ironía. Él no respondió—. ¿Por qué no te has casado con cualquiera de las mujeres que has arruinado?

Ninguna de ellas quería casarse con él, pero prefirió no decírselo; optó por soltar la verdad.

—Nunca me casaré.

—Eres un hombre con un título. ¿No es ese tu único propósito en la vida?

La miró de reojo.

—¿Es eso lo que piensan las mujeres?

Ella esbozó una sonrisa inteligente y astuta.

—¿No es eso lo que los hombres piensan de las mujeres?

—Sin duda no es mi propósito. A pesar del profundo deseo de mi padre. El ducado de Lyne ha pasado de generación en generación de aristocracia pura y sin adulterar. Cada duquesa de Lyne ha sido educada para ser solo eso, una duquesa. Sangre azul, modales impecables y una belleza indescriptible.

—Jamás he oído hablar de tu madre —dijo ella de repente—. Ni siquiera cuando vivíamos en Mossband.

Él miró por la ventanilla, detrás de la que el cielo se teñía de colores rosa y rojo por el oeste, anunciando la noche.

—Eso es porque ella murió en el parto. Lo que dejó destrozado a mi padre.

—¿La amaba mucho?

Era tan absurdo que King se rio.

—No. Estaba molesto porque eso significaba que no conseguiría un hijo de repuesto.

—Podría haberse vuelto a casar —aseguró ella.

—Supongo que sí.

—Pero no lo hizo. Quizá sí que la amaba.

Intentó recordar.

—No, los duques de Lyne nunca se han casado por amor. Solo por deber y por tener descendencia. Es para lo que nos educan.

—¿Y tú? ¿Qué deseas?

Nadie le había hecho esa pregunta. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sí mismo. Siempre lo había hecho hasta que dejó de ser posible, debido a la arrogancia de su padre y a su propia imprudencia.

Debido a la promesa que había hecho en la oscuridad de la noche, en un camino muy parecido a ese.

Más tarde le echaría la culpa a esa oscuridad de haberle dicho la verdad.

—Quiero mirar a mi padre a los ojos y privarle de lo que siempre ha querido.

«El linaje acaba conmigo».

¿Cuántas veces le había escrito las palabras a su padre? ¿Cuántas veces se las había dicho a sí mismo? Y de alguna forma, en ese momento, le dolían de una manera que no le habían dolido antes.

—Lo siento —dijo ella bajito.

No quería su compasión. Bebió de nuevo y le ofreció la botella.

—¿Tus padres se aman? —preguntó.

—Oh, de una forma desesperada —confesó, tomando el vino al tiempo que echaba un vistazo a la cesta—. ¿Hay ahí una copa? —Él negó con la cabeza, y ella limpió la parte superior de la botella con la falda. Por un momento, King consideró recordarle que habían hecho mucho más que compartir una botella de vino, pero se reprimió cuando ella volvió a hablar—. Mi padre es bruto y solo le interesa el carbón, mi madre es... bruta a su manera, supongo, pero tiene el profundo deseo de ser aceptada por la sociedad. Sin embargo, no serían capaces de vivir el uno sin el otro. Imagino que por eso no nos hemos casado mis hermanas y yo. Porque sabemos lo que podríamos tener.

«Felicidad».

Oyó la palabra sin que ella la dijera.

—Salvo Seraphina. Ella es diferente.

—Pescó a un duque —le recordó mientras bebía—. Parece que no tenía como objetivo el amor.

Sophie negó con la cabeza tendiéndole el vino.

—Nunca entenderé lo que pasó. Sera era la que más anhelaba encontrar el amor de todas nosotras.

—¿Y tú? —Él no supo por qué lo preguntó. No importaba.

La vio abrir el libro y volver a cerrarlo. Una y otra vez.

—Forma parte de la libertad, ¿no es cierto? —Él no dijo nada—. Yo nunca he imaginado que pueda existir algo tan liberador como el amor —añadió ella

sonriendo. King vio la tristeza que brillaba en sus ojos en la penumbra del ocaso—. Espero experimentarlo, por supuesto. Todas las partes.

—Con tu panadero. —Eso era algo que a él no le gustaba.

—En nuestra librería —agregó ella sin dudar—, que nos habrá pagado un marqués perdedor, que era muy positivo con sus cumplidos.

Las palabras lo hicieron reír.

—No cuentes tus libros antes de ganar, *milady*. —Se hizo un silencio—. No te recrees en poemas y cuentos de hadas.

—¿Por poseer una librería?

—No, en el amor. No cometas ese error. El amor no tiene nada que ver con la libertad. —Su mirada se nubló cuando él le soltó la maléfica verdad—. Es la trampa más devastadora que hay.

Sus ojos brillaron de sorpresa. King tenía que admitir que incluso se había sorprendido a sí mismo. ¿Por qué demonios había dicho eso?

—¿Cómo lo sabes? —indagó ella.

—Sin duda, por experiencia propia —replicó, preguntándose si era la luz menguante la que le impulsaba a confesar sus pecados.

—Has dicho que los duques de Lyne no se casan por amor.

—No estoy casado, ¿verdad?

—¿Estás enamorado? —preguntó ella en un susurro sorprendido—. ¿De Marcella?

—¿Quién es Marcella?

—*Lady* Marcella Latham.

—Ah...—Recordó. La *lady* Marcella de la fiesta de los Liverpool—. No. Sophie frunció el ceño.

—¿Sabes? Deberías recordar a todas las mujeres que arruinas.

King tomó un sorbo de vino.

—Si hubiera ocurrido algo digno de mención en la ruina de *lady* Marcella, me acordaría de ella.

—¿Te escapaste por el enrejado!

—Como ella me pidió.

—Dudo que ese haya sido el caso.

—Es cierto. La dama y yo llegamos a un acuerdo.

—Razón de más para que no te olvides de ella. Es la mínima cortesía. —Metió la mano en la cesta—. ¡Si hay empanadas! —Sacó una, la partió por la mitad y se la ofreció—. Las empanadas son una comida maravillosa. En Londres nunca he encontrado una buena.

—¿Por qué? Tienes cocinera, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y habló con la boca llena. King contuvo una sonrisa. Los modales de Sophie habían desaparecido con el sol.

—Pero es francesa, y las empanadas no son buenas para la cintura.

—No hay nada malo en tu cintura —aseguró él sin pensar. Se detuvo a medio masticar. Probablemente no debería opinar sobre su cintura, pero se encogió de hombros—. Es muy normal.

—Gracias, supongo. —La vio masticar y tragar.

—De nada.

Ella bajó la empanada con más vino.

—Entonces, no estás enamorado de *lady* Marcella.

Sophie había bebido suficiente vino como para soltarse y entrometerse, pero no lo bastante como para olvidar las conversaciones que habían tenido.

—No.

—Pero eres consciente de la emoción. En un sentido personal.

«Lo suficiente para saber que no quiero sentirla de nuevo».

—Sí.

—¿Y por qué no te has casado con esa pobre chica?

Lo había intentado. Había querido.

Recordó cuando la llevó a conocer a su padre. Orgullosa de ella. Quería demostrarle al gran duque de Lyne que el amor existía. Había sido joven y estúpido. Y su padre lo había arruinado todo.

«Prefiero que no te cases nunca a que lo hagas con una mujerzuela barata que solo desea el título», había dicho el duque con desprecio. Y Lorna había huido.

Recordó la forma en que se le había acelerado el corazón cuando la persiguió. Quería encontrarla para casarse con ella. La amaba lo suficiente como para escupir a su padre a la cara. Y luego dejó de recordar, antes de que el resto llenara su mente. Miró a Sophie, que estaba en penumbra. Era ya de noche.

—No puedo casarme con ella.

—¿Por qué? —Era extraña la forma en la que su voz lo envolvía en la oscuridad. Curiosa y consoladora en cierta forma.

—Porque está muerta.

Ella se inclinó hacia delante al escuchar eso, y aunque estaba demasiado oscuro para verla, pudo oír el movimiento de sus faldas contra sus piernas y sentir el calor que emanaba en el pequeño espacio.

—¡Dios mío! —susurró, y luego notó sus manos sobre él, buscándolo torpemente en la oscuridad. Una aterrizó en su muslo antes de que la apartara, como si se hubiera quemado. La llamó, deseando poder ver su rostro, pero agradeciendo no tener su cara delante cuando añadió—. ¡Dios mío, King! Lo siento.

«Ella está muerta, y mi padre la mató».

«Está muerta y yo la maté».

Sacudió la cabeza. La oscuridad hacía que la historia fuera más fácil de contar.

—No lo sientas. Fue hace mucho tiempo. Si te digo la verdad, la única razón por la que te lo he contado es porque me preguntaste por qué no había vuelto nunca.

—Lo estás haciendo ahora.

—Mi padre... —comenzó antes de detenerse para reírse sin humor—. Basta decir que quiero que sepa que su precioso linaje murió con ella.

Hubo un silencio.

—¿Él...? —No terminó la pregunta.

—Igual que si le hubiera puesto una pistola en la cabeza —respondió él de todas formas.

Ella se quedó callada, asimilando sus terribles palabras.

—¿Y tu felicidad? ¿No importa?

Sophie Talbot era tonta. Una tonta preciosa. Un hombre podía tener dinero, un título o felicidad; nunca todo a la vez.

—Los hombres como yo no son felices —aseguró.

—¿Nunca has sido feliz? —susurró ella.

En su mente parpadeó un recuerdo, llamado de Dios sabe dónde por aquella mujer que parecía tener el don de que le contara sus secretos.

—Recuerdo un día cuando era niño... Me acababan de regalar mi primera montura y mi padre y yo visitamos al herrero. —Podría haberse interrumpido ahí, pero de alguna forma era fácil contar la historia en la oscuridad, y una vez que comenzó, no pudo detenerse—. El hombre estaba martillando las herraduras en su pequeño taller, donde hacía tanto calor como en el infierno.

»Mi padre habló con él durante mucho tiempo, y como cualquier otro niño, me dirigí hacia el patio donde descubrí un clavo en el suelo y media docena de herraduras a su alrededor.

—Es un juego —explicó ella.

—Supe instintivamente que fuera lo que fuera, no era para futuros duques.

—Te enseñaré cómo se juega —se ofreció ella con fervor en la oscuridad, por lo que le dieron ganas de sentarla en su regazo y besarla de forma alocada. «Olvidando las reglas para futuros duques».

—No es necesario. Sé jugar.

Una pausa.

—¿Te enseñó el herrero?

—Lo hizo mi padre. —Hubo un largo silencio, hasta que King añadió—: Ese día fui feliz.

Ella se movió y el sonido de sus faldas lo arrancó del pasado, haciéndolo regresar a ese lugar, donde no era un niño en la herrería, sino un hombre que había visto lo que su padre podía llegar a hacer si no cumplía sus expectativas.

Otra imagen surgió en su mente, un carro igual que ese, en la carretera, y King deseó desesperadamente estar en su cabriolé, surcando la carretera a toda velocidad con el viento azotándolo, ahogando aquellos pensamientos que se hacían más fuertes según se acercaba al norte.

Como si ella hubiera leído su mente, se movió de nuevo, inclinándose hacia delante hasta poner la mano sobre su rodilla en un gesto inadecuado. Inadecuado pero desesperadamente bienvenido, ya que disolvió cualquier cosa que estuviera pensando.

Quería que ella espantara todo aquello.

Cualquier cosa menos ese momento. Con ella. De ellos.

King se movió, cruzando el carruaje en penumbra, y se acomodó en el asiento junto a ella. Entrelazó sus dedos con los de Sophie, y aquel leve contacto lo tentó más de lo que jamás lo había tentado nada.

Algo en ella lo tentaba.

Sophie contuvo el aliento al notar su piel, y el placer lo atravesó. Lo deseaba tanto como él a ella.

—Sophie... —susurró, haciendo que su nombre resonara a su alrededor.

—¿Sí? —respondió en voz tan baja que apenas la oyó.

—Me has dicho que deseabas experimentar todas las partes —le dijo al oído, donde olía a miel y especias—. Todas las partes del amor.

King deslizó una mano por su mandíbula hasta enredar los dedos en su pelo.

—¿Quieres que te muestre una? —Le mordisqueó la piel del otro lado de la cara, friccionando los dientes allí hasta que ella jadeó sin aliento por el placer—. ¿Una parte?

La oscuridad lo facilitaba todo.

Sus labios se encontraron con los de ella, y se demoraron allí un poco antes de empezar a adorar su cuello.

—Pensaba que no nos gustábamos —dijo ella con un suspiro.

—No te preocupes. No nos gustamos.

Lo que era mentira.

· 12. Resurge el rey canalla ·

Ella no debería permitirselo.

Ese hombre era un notorio sinvergüenza. Un experto arruinador de jovencitas. Y nunca había recibido castigo por ello. Quizá porque se le daba muy bien. Parecía una pena castigar a alguien por lo que resultaba ser una notable habilidad.

Aun así, no debería permitirselo, sino decirle que se detuviera... Que dejara de enredarle los dedos en el pelo, de pasárselos por la piel y por donde el tejido del vestido le apretaba, que dejara de trazar un camino de tiernos besos en su cuello mientras le prometía enseñarle una parte del amor.

Por supuesto, no era amor lo que le prometía. Era lo otro... la inquietante parte carnal. La parte que había estado imaginando desde la noche que se bañó con él de pie, dándole la espalda, a pocos metros. La noche que miró sus anchos hombros mientras se aseaba, deseando, por extraño que resultara, que fuera él quien estuviera lavándola.

La parte que había ansiado incluso más después de que la hubiera besado con fingida pasión en El Arrullo del Gorrión. Entonces, deseó que aquel beso durara eternamente.

Pero él nunca había indicado que deseara lo mismo, al menos no hasta esa noche, cuando cayó la oscuridad y la conversación se había hecho a la vez más sincera y clandestina. Cuando él le había contado sus secretos, y ella lo había tocado accidentalmente.

Sin embargo, no había sido un accidente.

Quería tocarlo. Había querido que él la tocara.

Entonces lo hizo... y fue increíble.

No importaba que no debiera permitirselo.

King retiró los labios del punto donde el cuello se encontraba con el hombro y los acercó a su oreja.

—Dímelo... —le susurró al oído con una voz ronca, oscura y llena de perversas intenciones.

Cuando le chupó el lóbulo de la oreja, fue todavía peor. O mejor. No estaba

segura. Era difícil pensar en aquellas circunstancias.

—¿Que te diga qué?

—¿Qué quieres? ¿Que te enseñe esta parte?

«Sí. Sí. Sí. Sí».

Tragó saliva, sabiendo instintivamente que si le decía que no, él se detendría. Pero Sophie no quería decir que no. Quería responder «sí». Definitivamente. Sin dudar. Si alguna vez había querido algo en su vida, era ese momento. Él le rozó entonces la piel con la punta de los dientes haciéndola estremecer de placer.

—Por favor —jadeó sin aliento.

—Qué educada... —Notó la sonrisa en su voz.

—Estoy agradeciéndote el ofrecimiento —dijo, apartándose de él.

Cuando se rio, el sonido de su risa prometía algo maravillosamente pervertido.

—Soy yo el que debería estar agradecido, *milady*.

Luego sus labios cayeron sobre los de ella una vez más y se dejó llevar. La oscuridad hacía que todo fuera más ilícito y, de alguna manera, más aceptable, como si nadie pudiera descubrir sus acciones. Como si ese lugar, esa noche, ese viaje no fueran más que un sueño que desaparecería con la luz del día.

Y sería así. El marqués de Eversley no era para chicas como ella. Poco interesantes y feas. Sin embargo, allí en la oscuridad, podía fingir lo contrario. Y esa noche quedaría grabada en su memoria para toda la eternidad.

—¿Qué parte en particular, Sophie? —King había vuelto a acercar los labios a su oreja mientras le acariciaba el borde del corpiño, donde sus pechos se tensaban por los cordones demasiado apretados pugnando por liberarse—. ¿Qué es lo que más te intriga?

Sus mejillas deberían haber ardido ante esa pregunta, pero la oscuridad la protegía.

—Todo —confesó.

Él se rio.

—No —replicó, moviendo la mano en un gesto burlón—. Eso no es suficiente. Quiero que me especifiques qué parte exactamente.

—No lo sé —repuso ella con una sensación de frustración—. Vuelve a tocarme.

—¿Dónde?

«Por todas partes».

—Sophie... —Él le hizo una seña, como si fuera el diablo en la puerta del

infierno.

Ella intentó pensar.

—Hace algunos años vi... —se interrumpió, sorprendida por lo que estaba a punto de decirle.

King se quedó quieto contra ella.

—No me dejes así, querida. ¿Qué viste?

—Me tropecé con uno de los mozos de cuadras. Estaba con una doncella.

—Sigue...

Ella movió la cabeza.

—¿Dónde estabas?

—Había buscado un lugar para leer.

—¿Dónde?

—Estaba lloviendo y hacía frío. Mis hermanas no hacían más que cotorrear sobre bailes, vestidos y chismes... y en los establos había calor y tranquilidad.

—¿Qué fue lo que encontraste allí? —King la besó en el cuello con largas y constantes succiones, haciendo que le resultara difícil pensar.

—Estaba en el pajar.

—¿Y el mozo fue allí? ¿Con la criada? —En su tono había algo que ella no había escuchado nunca en la voz de un hombre. Una especie de jadeo contenido. Como si fuera... ¿excitación? La idea la afectó también, incitándola todavía más. Como si tal cosa fuera posible...

—No —confesó—. Ellos estaban en uno de los cubículos.

—¿Y los espíaste? —Notó su lengua trazando un remolino en la parte más alta de su hombro bueno.

—No era mi intención. Yo solo estaba buscando un lugar tranquilo para leer.

—No te juzgo. —Él le lamió la piel, ¡se la lamió!, entre el hombro y el vestido, y ella pensó que ojalá liberara sus senos de aquellas ataduras—. Solo quiero imaginarme la escena lo mejor posible. ¿Qué fue lo que viste?

—Al principio, nada —aseguró—. No sabía que estaban allí. Si lo hubiera sabido...

—No te habrías quedado, lo sé. Eres una buena chica.

—Pero cuándo los oí...

Un largo silencio.

—Una vez que los oíste no pudiste alejarte.

—Incluso las chicas buenas tienen curiosidad —se defendió.

—¿Qué fue lo que viste, Sophie? —Movi6 ahora la mano por su muslo hacia la rodilla, haciendo que las faldas susurraran de una manera inquietante.

—Al principio no pude ver mucho. Los miraba desde arriba, desde el borde del pajar. Solo veía la parte superior de sus cabezas mientras se besaban.

King pos6 los labios sobre los de ella, aunque los retir6 al instante, dejándola desesperada y jadeante.

—¿Así?

Sophie sacudi6 la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿c6mo?

—Ya sabes c6mo.

—No estaba allí —le record6 6l en un tono burl6n que la hizo todavía m6s consciente de su presencia—. Enséñame.

Solo Dios sabía c6mo tuvo el valor de hacer lo que le pedía, pero lo hizo. Le pas6 la mano por el brazo hasta el hombro y la nuca, y lo atrajo hacia ella.

—Así... —Y entonces lo bes6, introduciéndole la lengua entre los labios hasta lo m6s profundo de su boca, que sabía a vino, con la esperanza de estar haciéndolo bien.

6l gimi6 y la atrajo con m6s fuerza, teniendo cuidado con su hombro mientras la obligaba a subirse a su regazo. Busc6 con la mano el borde de la falda y la desliz6 por su tobillo en una caricia c6lida y maravillosa.

Sí, parecía que lo estaba haciendo bien.

Un momento despu6s, 6l interrumpi6 el beso.

—¿Es esto todo lo que viste?

«No lo s6».

—Todo se volvi6 m6s... —se interrumpi6, esperando que 6l completara la descripci6n para no tener que hacerlo ella. Pero no lo hizo—. ... Er6tico.

El sonido que hizo King solo podía describirse como un gruñido.

—Hay pocas cosas que me gusten m6s que oír esa palabra en tus labios.

—¿Er6tico?

La bes6 con rapidez, sumergiendo la lengua profundamente antes de retirarse, dejándola sin aliento.

—¿Qué te result6 tan er6tico, Sophie?

Se perdi6 de nuevo en sus recuerdos con la esperanza de poder revivirlos de nuevo. Allí. Con 6l.

—6l le abri6 el vestido.

—¿Dios! —exclam6 King—. Tenía la esperanza de que hubiera hecho eso.

Notó entonces que él le aflojaba el corpiño, soltando con facilidad el apretado cordón, y liberando sus pechos. Abrió la boca, dando la bienvenida a la sensación, aunque no fue suficiente porque él no la tocó. Por alguna razón desconocida para ella, mantenía las manos en sus caderas. Se retorció, anhelando sus caricias.

—King... —susurró.

Él volvió a gruñir, aunque con más suavidad, casi como si fuera un jadeo.

—¿Qué hizo el mozo entonces?

—La tocó.

King movió un dedo por la curva inferior de su pecho. Fue algo tan inesperado y deseado que ella casi pegó un brinco. Solo fue un dedo, con el que trazó un largo y lento círculo alrededor de ese seno, dejando a su paso una estela de fuego y dolorido deseo.

—¿Aquí?

—No.

Él estrechó el círculo. Más cerca de donde ella quería sentirlo. Más cerca de esa parte donde, de noche, perdida en la oscuridad y a solas, había imaginado que alguien la tocaba.

Y aunque estaba en la oscuridad y era de noche, ya no estaba sola.

—¿Aquí?

Ella negó moviendo la cabeza. Posiblemente él no la hubiera podido ver, pero lo supo. El círculo se cerró más, y ella pensó que iba a morir mientras esperaba.

—¿Aquí?

—No.

King se detuvo.

—¿Dónde? Enséñame.

Apenas pudo creerse que hizo lo que le pidió, tomando su mano con la de ella y poniéndola justo donde quería sentirla. Al instante, él le dio lo que ansiaba, y empezó a acariciarle y a tirar de la punta de su pecho hasta que la hizo suspirar de placer mientras se apretaba contra él, presa de un doloroso deseo.

—¿Qué hizo después? —Las palabras sonaron tan secas como las ruedas del carruaje sobre el camino.

—La besó —susurró ella—. Ahí.

—Qué hombre más listo —reconoció él antes de poner los labios donde estaban sus dedos y empezando a chupar con suavidad, con si tuviera una

eternidad para explorarla, y tal vez así fuera. Quizá dejaría que se demorara con ella todo el tiempo que quisiera.

Pero él no siguió siendo tan suave, pronto empezó a rozar los dientes contra el endurecido pezón en una caricia tan inapropiada que ella empezó a gemir mientras deslizaba los dedos por su pelo para retenerlo allí. Pero King no le dio lo que deseaba, sino que levantó la boca y sopló aire frío sobre su piel caliente antes de prodigar una atención similar en el otro pecho.

Siguió haciendo eso durante mucho tiempo, alternando uno y otro seno, hasta que ella se arqueó para obtener más contacto, para disfrutar más de su boca, más de él. Y King colaboró complacido, poniéndole la mano en el tobillo y deslizándola por debajo de las faldas por toda la pierna, cada vez más arriba, hasta que la detuvo sobre la suave piel de su muslo, que acarició con los dedos cuando levantó la cabeza.

—¿Y qué pensabas?

—Quise... —se detuvo, avergonzada por el recuerdo.

Él la besó en el cuello durante unos segundos.

—¿Quisiste ser aquella chica?

—No... —lo dijo y era cierto—. Me hubiera gustado...

Deseaba que él moviera la mano.

—Sin embargo, me hubiera gustado sentir lo mismo. Que alguien me adorara de la misma forma. Deseé ser objeto de esa clase de atención.

La besó de nuevo, durante mucho tiempo, con larga y concentrada atención.

—¿Así?

Sophie suspiró.

—Sí. Y entonces él...

En el dilatado silencio, sus dedos la acariciaron lenta y deliberadamente, como si no tuviera nada más que hacer. No podía decirle aquello. ¿O sí que podía?

—Entonces, él le levantó las faldas.

Los dedos de King se quedaron quietos un instante. Un pequeño impasse que ella no habría notado si no estuviera tan pendiente de él. Y, de repente, se sintió muy, muy poderosa. Y las palabras la estaban liberando. Aquellas palabras que nunca se había imaginado diciendo en voz alta, transmitían aquel instante que apenas se permitía recordar.

—Luego, el mozo se puso de rodillas.

La susurrada maldición de King pareció tanto una blasfemia como una bendición.

—¿Y qué hizo?

—Me imagino que ya lo sabes —confió ella, borracha por la forma en que lo dominaba.

—Sé lo que me gustaría hacer a mí.

Entonces, él se arrodilló en el suelo del carruaje. Ella agradeció la oscuridad que los envolvía porque no estaba segura de que fuera a ser capaz de volver a mirar de nuevo a ese hombre. El aire frío le besó las piernas cuando le levantó la falda y la dobló sobre su regazo antes de atraerla hacia el borde del asiento para separarle las piernas.

Sophie supo que tenía las mejillas rojas; no llevaba ropa interior, ya que no podía usarla debajo de la librea que había usado antes. Aunque demasiado tarde, trató de cerrar los muslos. Él se lo impidió.

—¿Sophie? —preguntó, y el sonido la envolvió como si no hubiera nada más en el mundo.

—¿Sí?

King le besó el interior de la rodilla, haciéndola estremecer bajo el inesperado contacto. Él se rio por lo bajo antes de concentrarse en aquella piel sensible.

—¿Quieres que te enseñe también esta parte?

«Todas y cada una de las partes».

—Puedo olerte... y necesito desesperadamente saborearte. Mostrarte todo lo que ese mozo le hizo a la doncella. —Movié los dedos, y ella se puso rígida cuando la tocó, apenas un roce sobre el vello que cubría la unión entre sus muslos—. Estás caliente... y apuesto lo que sea a que también estás mojada. Pero no lo haré hasta que me lo pidas. Hasta que me des permiso.

«Sí. Sí».

—¿Deseas... —se interrumpió buscando valor—... tú deseas hacerlo?

Él soltó el aire contra su piel.

—Estoy seguro de que nunca he querido nada tanto como quiero hacer esto.

Sophie notó mariposas en el estómago... Y también en otro lugar más abajo, más profundo. Más secreto.

—La hizo gritar —susurró Sophie. La historia la ayudaba a pensar.

King soltó otra vez aquella risa.

—Eso espero. Y me gustaría mucho hacerte gritar a ti. Pero debes permanecer en silencio, cariño, para que el cochero no sospeche. —Lo oyó tomar aire y soltarlo antes de continuar—. Estás torturándome lentamente. Dime qué quieres y te lo daré. Dime todo lo que deseas.

«Sí. Sí».

Estaba ante un precipicio, como si aquella decisión pudiera cambiar toda su vida. Más incluso que todas las que había tomado durante la última semana. Era algo que lo cambiaría todo. Pero no dudó. Quería esa parte. Deseaba esa parte.

Lo deseaba a él.

—Sí —soltó ella. Y antes de que la palabra diera paso al silencio, él estaba allí, presionando con los dedos, separándole los pliegues justo donde ella quería, explorándola con tentadores y deliciosos toquitos.

Lo oyó gemir.

—Estás mojada —confirmó entre besos en la suave piel del interior de sus muslos—. ¿También estabas mojada allí?

—preguntó con malicia—. ¿En el pajar?

—No lo sé —respondió ella.

—¿No? —repitió él, pausando los movimientos para torturarla con la falta de sus caricias. Castigándola por mentir.

—Sí —confesó finalmente—. Estaba mojada.

King la dilató con los dedos, y ella cerró los ojos ante aquel contacto lascivo y maravilloso a la vez, agradeciendo la oscuridad aunque estaba desesperada por ver.

—¿Te tocaste?

Sacudió la cabeza mientras lo buscaba con las manos hasta encontrar su pelo suave.

—No. —Él se detuvo de nuevo, paralizando los dedos—. Es cierto. No lo hice. Pero...

Él sopló con suavidad su centro expuesto.

—¿Pero...?

Sophie cogió aire, pero tenía la respiración entrecortada y no fue suficiente. Aunque era él quien se había arrodillado, era ella la que estaba confesándose.

—Pero quise hacerlo.

King recompensó su sinceridad acercando la boca, y ella se vio consumida por el fuego cuando la lamió con largos y lentos movimientos, estimulando el centro de su placer con una promesa. Sophie levantó las caderas para salir al encuentro de su notable lengua, sin preocuparse de que aquella acción pudiera considerarse desenfrenada. Lo deseaba.

Lo necesitaba.

Y él la satisfizo. La mantuvo inmóvil con una mano mientras con la otra la

exploraba, presionando profundamente, curvando los dedos hasta encontrar un lugar que la hacía retorcerse sin que le importara nada más que él y sus maravillosas caricias.

—King —susurró ella, y él apartó la boca.

—Dime qué te gusta.

Ella movió la cabeza.

—No lo sé.

King pasó la lengua con un movimiento largo y devastador.

—Sí que lo sabes... —Puso la lengua sobre el duro brote y lo frotó con ella hasta que Sophie jadeó de nuevo su nombre—. Esto te gusta.

—Sí —susurró ella—. Más.

Él se rio, un pecaminoso sonido en la oscuridad. Como si fuera el propio diablo.

—A su servicio, *milady*. —Y volvió a aplicar la boca.

Pronto se convirtió en una maestra en enseñarle lo que le gustaba, incluso mientras lo iba descubriendo, usando palabras que nunca pensó que usaría, palabras que la arruinarían para siempre ante la sociedad.

Pero a ella no le importaba la sociedad. Solo le importaba él, ese hombre glorioso que le mostraba en la oscuridad más de lo que nunca había conocido bajo la luz.

Y cuando él siguió tocándola con un ronco gruñido, ella se acercó más y más al borde que le había prometido. Los suspiros de Sophie se hicieron más fuertes, y gritó su nombre.

Él se detuvo.

Ella saltó hacia delante, sentándose con la espalda recta.

—¡No! —protestó.

King la apretó contra el asiento.

—¿No te había dicho que no gritaras? —susurró. Inclino la cabeza y la besó con suavidad en la boca abierta—. Debes ser comedida, Sophie —se burló—, no nos deben escuchar.

Aquellas palabras tuvieron un efecto perverso, haciendo que se estremeciera de deseo. Le estaba pidiendo un imposible.

—¿Tenemos que detenernos? —Odió hacer esa pregunta.

—¡Santo Dios! No. No tenemos que detenernos.

Sophie emitió un suspiro de alivio que se convirtió en un jadeo cuando él la besó de nuevo.

—Deseo desesperadamente oír tus gritos, Sophie —dijo entre ociosos

contactos de su boca—. Quiero dejar el carruaje, tenderte bajo las estrellas y hacerte gritar una y otra vez.

Ella ahogó un gemido al escucharlo y hundió los dedos en su pelo.

—Por favor, King.

—Shhh... —susurró él directamente sobre su centro, haciendo que se excitara de una forma salvaje—. Silencio... —Y luego movió de nuevo los dedos, continuando la tortura, hundiéndolos y retirándolos, acariciándola una y otra vez—. Él puede oírte.

Las palabras solo sirvieron para excitarla más, y la cosa empeoró cuando se puso a jugar, tentándola con los dedos mientras le recordaba que debía guardar silencio con aquella voz perversa, como si supiera que la estaba destruyendo lentamente, haciendo que lo deseara más de lo que había deseado nada en sus veintiún años de vida.

—Puede oírte —repitió contra su sexo. Ella se retorció al sentir su cálido aliento mientras él seguía moviendo los dedos—. El cochero podría escuchar tus gritos, o cómo pronuncias mi nombre, tan pecaminosamente *sexy* en la oscuridad.

Sin embargo, ella no era pecaminosa y *sexy*, lo era él.

Pero cuando King hundió su boca en ella, separó los muslos y se arqueó hacia él, ofreciéndose sin vergüenza. Sophie reprimió los gritos que pugnaban por salir de su boca mientras él presionaba con más firmeza, la frotaba con más deliberación, dándole todo lo que ella deseaba.

—No te detengas —susurró—. Por favor, King. No te detengas.

Y él no lo hizo, ni siquiera cuando la tensión se acumuló sin encontrar alivio, ni cuando ella se perdió en la oscuridad, víctima de su lengua y sus labios, de su contacto, entregándose por entero sin dudar.

Se meció contra él mientras el carruaje se balanceaba con ellos. Y de repente, la tensión se liberó y una gloriosa sensación la envolvió haciendo que se olvidara de todo lo que no fuera él, sus roncós gruñidos, su maravillosa boca y la fuerza con la que la retenía.

Cuando el placer la inundó, rompiendo sobre ella y fragmentándola en mil pedazos, fue él quien la sostuvo, permitiéndola explorar todos los rincones del placer sin vacilación. Sin vergüenza. Sin pesar.

Quizá era la oscuridad lo que mantenía la vergüenza a distancia. Porque debería sentirse avergonzada, ¿verdad? Las damas no se comportaban así. Sin embargo, no se sentía avergonzada cuando él retiró la boca y la besó en los labios. Notó que le bajaba las faldas y que volvía a sentarse junto a ella.

De alguna forma, era fácil no avergonzarse con él.

Bostezó mientras King la rodeaba con sus brazos.

—¿Te ha gustado? —susurró.

«Cada parte».

Se acurrucó contra su calor, haciendo caso omiso de la pequeña punzada que sintió en el hombro —en el que hacía horas que no pensaba— y dijo la verdad.

—Muchísimo.

Cambiaron los caballos en mitad de la noche en la siguiente parada, y King dejó a Sophie dormida mientras salía del carruaje en busca de vino, comida y agua caliente para hacer té.

No podía negar la culpa que lo recorría mientras cruzaba el patio de la posada; era consciente de que era él quien los había empujado a los dos, quien la había obligado a viajar tan lejos cuando su hombro apenas había comenzado a sanar. Era impropio de un caballero, en el mejor de los casos; e irresponsable en el peor.

Había tres maneras de llegar a Cumbria, y estaba dispuesto a apostar que los hombres de su padre estaban tomando el camino recto en lugar de ese, ya que era el más rápido. Llegados a ese punto, Sophie y él estaban lo suficientemente lejos de Sprotbrough como para detenerse a pasar la noche. Ella podría haber dormido un par de horas en una cama. Y podría haberse dado un buen baño.

Pero no quería imaginársela en una bañera. La visión era demasiado clara y tentadora.

Y en cuanto a una cama de verdad, después de la facilidad con la que la había engatusado, debían mantenerse alejados de una lo máximo posible. No debía pensar en ella sobre las sábanas, con el pelo extendido encima de las almohadas, las faldas levantadas, el corpiño bajado y las manos sobre su piel.

«Córcholis».

Si avanzaban con rapidez, podrían llegar a Lyne Castle por la mañana. Porque, por supuesto, ella no iba a quedarse con el panadero de Mossband, tuviera sueños con él o no. La iba a llevar a Lyne, donde la mantendría a salvo hasta que su padre fuera a buscarla.

Ni un momento más.

Después de todo, él no era un monstruo. Aunque tampoco estaba en el

mercado para Sophie Talbot, se recordó a sí mismo mientras regresaba con su botín al carruaje donde ella dormía, con el corpiño abierto y las faldas arrugadas, tentándole para que repitiera los acontecimientos anteriores.

Por supuesto, habría sido mucho más caballeroso si hubiera recordado ese hecho antes de que casi la tomara en el carruaje.

Pero a fin de cuentas, era humano. De carne, igual que ella.

Aunque la carne de Sophie era gloriosa. Ojalá él estuviera en el mercado.

Dejó la comida y la bebida junto a la puerta, que había dejado entreabierta para evitar despertarla, y fue a ayudar a enganchar los caballos de refresco. No, no estaba en el mercado porque quería poder enfrentarse a su padre y decirle la verdad: cuando muriera, el ducado moría con él. Nunca se casaría. Nunca transmitiría su nombre.

Había pasado más de una década imaginando la respuesta de su padre a esa promesa.

Era lo que el duque le había pedido, ¿verdad? Había dicho él mismo las palabras, proclamando que prefería que su linaje desapareciera a que King se casara por amor. Y eso era lo que obtendría. El fin del ducado.

Su padre moriría con eso en la mente y, finalmente, King ganaría.

«¿Alguna vez has sido feliz?».

Las palabras de Sophie resonaron en su interior.

Había algo encantador en su ingenuidad, incluso cuando ella sabía que la felicidad no estaba garantizada. Su hermana se había sometido a un matrimonio sin amor como la mayoría de ellos, y Sophie todavía parecía creer el cuento de hadas de que el amor podía triunfar.

Incluso mantenía un nostálgico recuerdo del panadero que no había visto desde hacía una década. Esa era la confirmación de que debía deshacerse de *lady* Sophie Talbot lo antes posible.

«Entonces, ¿por qué no la dejas?».

Se salvó de examinar esa cuestión a fondo porque tuvo un saludo de bienvenida.

—Debo decir que, incluso sin el cabriolé, no has hecho un mal tiempo.

King se puso rígido y contó hasta diez con rapidez antes de volverse hacia el petulante duque de Warnick, que se paseaba por el patio, con un cigarro en la mano y los ojos brillantes. Al verlo, King frunció el ceño.

—Se suponía que estarías aquí hace tres días —resumió sucintamente—. Deberías haberte marchado ya.

—Me gustó este lugar —explicó el duque.

—Es decir, que has encontrado aquí una mujer que te gusta. Apuesto lo que sea.

El escocés sonrió al tiempo que le tendía la mano.

—Sí, ella me gusta y ¿quién soy yo para defraudar a una joven? ¿Qué te ha retenido a ti?

King no respondió, se concentró en apretar el arnés del segundo caballo de refresco y enganchar la bestia al carruaje.

—¿Es un secreto?

Él apretó la cincha.

—¿Has encontrado también una mujer de tu gusto? —insistió Warnick.

—No —replicó antes de que pudiera contenerse.

—Bueno... —El duque arrastró las palabras—, eso suena a mentira.

King lo miró con intensidad.

—¿Estás cuestionando mi honor?

—Sí, más bien, pero no estoy dispuesto a batirme en duelo, así que no lances ningún guante o lo que sea que hagáis los estúpidos ingleses.

No había nada peor en el mundo que un escocés arrogante.

—Este no es tu carruaje —se fijó Warnick.

—Eres muy observador.

—¿Por qué viajas en un carruaje que no es el tuyo?

King suspiró y se volvió hacia él, cruzando los pies y los brazos y apoyando un hombro en el vehículo.

—¿Desde cuándo te has convertido en un agente de Bow Street?

Warnick arqueó una ceja y aspiró una larga calada del cigarro que llevaba entre los dedos antes de dejarlo caer al suelo y aplastarlo con el tacón de la bota negra.

—¿Imagino que no tendrás sitio para mí ahí dentro?

—No —repuso King apretando los dientes. Sabía que Warnick no tenía ningún interés en pasar la frontera.

—Och... —se burló el escocés—. Serían unas pocas horas. Ni siquiera tendrías que cambiar los caballos de nuevo.

—No tengo espacio —insistió King.

—Claro que sí. Yo tengo las ruedas, por lo que tienes espacio de sobra. Soy pequeño.

Además de irritante como el infierno, el escocés era un hombretón.

—Tú no eres pequeño.

—Sin embargo... —Warnick se acercó sin avisar y abrió la puerta del

carruaje.

King debería haberlo previsto. Con una sonora maldición, dejó caer el enganche y fue a por él.

—Cierra la puerta.

Warnick lo hizo con tanta rapidez que fue como si nunca la hubiera abierto. Se volvió hacia él con una sonrisa de complicidad.

—Es cierto, has encontrado una mujer.

—No es una mujer.

Warnick arqueó las cejas.

—¿No? Tiene el corpiño desabrochado y me parece evidente que sí lo es.

King apartó la mirada un instante, pero no pudo reprimir la frustración y la furia, así que echó el codo hacia atrás y plantó el puño en medio de la cara de aquel escocés arrogante.

—Esto por haberle mirado el corpiño.

El duque se llevó la mano a la cara, donde había comenzado a sangrar por la nariz.

—Maldita sea, King. ¿Era realmente necesario?

Él pensaba que sí. Metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo, con el que se limpió la mano. Tendría que conseguir una manta para ella y cubrirla mientras dormía. Le entregó el pañuelo de lino a su amigo.

—Me gustas más cuando estás en la frontera.

—Me gustas más cuando estoy en la frontera —repuso el duque mientras llevaba el pañuelo a su nariz—. Nunca te había visto tan desbordado. ¿Es por tu padre? ¿O por la chica?

Por los dos, sin duda.

—Por ninguno.

Warnick hizo un sonido como diciendo que no le engañaba.

—Hay un cabriolé aquí. Cómpralo y hacemos una carrera hasta casa. Suelta un poco de ira antes de enfrentarte a tu padre moribundo.

Nunca había tenido tantas ganas de aceptar una oferta. Sufría por la libertad que ofrecía el cabriolé. Por su promesa. Quería sentir que estaba al borde del peligro, consciente de su fuerte debilidad, a punto de perderlo todo. Quería recordar que era él quien tenía las riendas de su vida. El que la controlaba.

Pero por primera vez en todo el tiempo que hacía que competía, no trataba de escapar del pasado. No era de sus recuerdos. No quería evitar el carruaje, sino su contenido. Y lo que aquel contenido le hacía desear. Sin darse cuenta, miró al vehículo.

El duque se dio cuenta.

—Manda a esa chica a casa.

—No puedo.

—¿Por qué?

«No puedo deshacerme de ella».

No respondió.

Warnick lo observó detenidamente.

—Ah...

King se sintió irritado.

—¿Qué quiere decir eso?

El duque se encogió de hombros.

—Estás preocupado por tu lacayo.

No era cierto.

—¿Cómo has sabido...?

Warnick sonrió.

—Es posible que tardara en descubrirlo, pero una vez que lo sé, no puedo no verlo.

—Haz todo lo posible por no verla, idiota. —King se dio la vuelta e, ignorando a su amigo, regresó junto al caballo.

—¿A dónde la llevas?

A Lyne Castle hasta que su padre fuera a buscarla para llevársela de vuelta a Londres. ¿Qué otra opción tenía? Si la dejaba allí, podría acabar en las garras de alguien como Warnick.

King se la imaginó en el castillo, junto a la antigua fachada de piedra con aquel ridículo vestido prestado, con un aspecto muy distinto al que debería tener una dama.

«Prefiero que no te cases nunca a que lo hagas con una mujerzuela barata que solo desea el título».

Se quedó inmóvil.

—¿Quién es? —preguntó Warnick. «La más joven de las peligrosas Talbot»—. Porque sin duda es una joven demasiado lista para ti. Lo que significa que da más problemas que otra cosa —continuó Warnick, ajeno al hecho de que King estaba perdido en sus propios pensamientos, y que sus palabras resonaban en su cabeza—. No debes perder el tiempo con mujeres inteligentes. Nunca serás más astuto que ellas y, antes de darte cuenta, ¡zas!, estás casado.

King alzó la vista al escucharlo.

«No me pescarás», le había prometido cuando pensaba que solo quería su título. Ya no lo creía. Ella no estaba por la labor. Pero seguía siendo una peligrosa Talbot.

Y otros no tendrían problemas para creerlo.

«Tu padre se lo creería».

Eso significaba que tenía que ganar su apuesta con Sophie, demostrarle que su panadero perfecto no era nada más que una fantasía. Y entonces tendría que mantenerla cerca. Ignoró el placer que lo atravesó al pensar tal cosa.

Mantener a Sophie cerca no era un placer. Ni siquiera disfrutaban de su mutua compañía.

«Has disfrutado mucho de su compañía durante las últimas horas».

Alejó aquel pensamiento y tiró del arnés para ponerlo a prueba antes de volverse hacia el nuevo cochero.

—A Mossband, lo más rápido que pueda llegar.

El cochero se subió al pescante y tomó las riendas.

Warnick se examinaba con cuidado el puente de la nariz.

—Creo que me la has roto —dijo el escocés.

—Si fuera tú, no me preocuparía. Será una mejora para tu curtido rostro.

El duque frunció el ceño.

—No suelen quejarse.

—Dado que aterras a las mujeres, permanecen en silencio cuando ven tu expresión. —King puso una mano en la puerta—. ¿Vas a quedarte aquí?

El duque levantó la vista al segundo piso de la posada antes de encogerse de hombros.

—Un par de días. Es una buena pieza. —Señaló el carruaje con la cabeza—. ¿No crees que debería echarle otro vistazo? —King frunció el ceño y el escocés empezó a reírse a carcajadas, antes de ponerse serio—. Acepta un consejo, King. Líbrate de ella antes de que te des cuenta de que no puedes.

King asintió, incluso aunque había algo incorrecto en esa idea.

—Lo haré —respondió, abriendo la puerta con renovado vigor—. En cuanto ella sirva para mis propósitos.

· 13. ¿La decena del panadero o el panadero de cena? ·

El carruaje olía a pan recién salido del horno.

El aroma la atravesó, seguido de cerca por el hambre y el deseo. Se sentía como si hubiera pasado una eternidad desde que había tomado una comida caliente, y tal vez había sido así. Entre la huida de la fiesta de los Liverpool, la herida de bala y los hombres que había enviado su padre, comer bien no había sido una prioridad importante.

Y la noche anterior, cuando King había llevado una cesta de comida al oscuro interior del carruaje, no había tenido demasiado tiempo para disfrutar de ella, pues había estado distraída por el portador. El recuerdo de los sucesos ocurridos en aquel asiento la mantenía inmóvil, muy consciente del desorden que la envolvía, cubierta por una manta que no recordaba haber usado.

King debía haberla tapado. Ignoró la calidez que acompañó al pensamiento y se sentó, tirando con rapidez de los cordones de aquel vestido de segunda mano para cubrirse lo mejor que podía a pesar de que le quedaba pequeño. Una vez que completó la tarea más urgente, alzó la vista, percibiendo al instante tres hechos: el carruaje se veía inundado por el susurro de la luz grisácea del alba, King no estaba sentado frente a ella y el vehículo no se movía.

Se asomó por la ventana, sabiendo de alguna manera la verdad, pero los pequeños y modestos edificios de ladrillo, alineados a solo unos metros, se lo confirmaron.

Estaban en Mossband.

Todo seguía igual: la mercería, la carnicería y, sí, la panadería.

Ya abierta... y con el horno en funcionamiento.

Al abrir la puerta del carruaje, Sophie salió por el peldaño que estaba colocado, como si hubiera estado esperándola por ella junto a esa pequeña población, y todos los recuerdos se agolparon en su mente. Se enfrentó al

césped de la plaza, cuya característica más destacable era una enorme piedra, más grande que una casa pequeña, que nadie había podido mover. El musgo había crecido por su lado norte, dando nombre al pueblo.

Respiró hondo, inhalando la luz, el aire y el amanecer.

—¿Está como lo recordabas? —Las palabras rompieron el silencio previo al alba. Se dio la vuelta y encontró a King muy cerca de ella, apoyado en el carruaje. Estaba más próximo de lo que esperaba y la inundó su olor. Podía ver la barba oscura que le ensombrecía la barbilla. Habían viajado sin detenerse y no se había afeitado. Le hormiguearon los dedos por acariciarla.

«No es tuyo para poder tocarlo».

No lo era a la luz del día. Al final de su viaje, cuando estaban a punto de finalizar su amistad. Un conocido que al final la conocía mejor que muchas personas más próximas.

Se aclaró la garganta.

—Está exactamente igual. —Miró la fila de edificios, bebiendo aquel lugar con el que llevaba años soñando. Había un salón de té que no existía cuando era más joven, justo en la cima de la pequeña pendiente que se curvaba detrás del *pub*—. Con excepción del salón de té.

Él estaba mirando el *pub*.

—¿La Comadreja y el Carpintero? ¿En serio?

Sophie se rio de su expresión.

—Creo que es muy creativo.

—Yo creo que es ridículo —refutó él.

Ella movió la cabeza, señalando la roca que había en mitad del césped.

—Selesté se subió una vez. —Percibió su muda pregunta—. Es mi hermana.

—La única de la que no hemos hablado.

No mencionó a su pretendiente y Sophie se dio cuenta. Asintió.

—Se subió, debía tener unos ocho o diez años, y una vez arriba, la inundó el terror. No era capaz de bajarse.

—¿Qué pasó?

—La salvó mi padre —explicó cuando el recuerdo, largo tiempo olvidado, regresó a su mente con absoluta claridad—. Le dijo que saltara a sus brazos.

—¿Lo hizo?

Sophie no pudo contener la risa.

—Hizo que cayeran los dos al suelo.

King se rio con ella, y el profundo sonido inundó la suave luz de la mañana.

—¿Aprendió la lección?

Sophie sacudió la cabeza.

—No. De hecho, después de eso todas queríamos subirnos a la piedra para jugar con papá.

Su voz estaba envuelta en un hilo de tristeza, algo que no entendía, así que sacudió la cabeza, dispuesta a alejar aquella emoción. Se volvió y encontró a King mirándola.

—¿Tú también has subido a la roca?

Ella pasó junto a él, rodeando el carro.

—Sí.

—¿Y has saltado? —continuó King.

Sophie se detuvo mirándose los pies.

—No.

—¿Por qué?

—Porque... —Hizo una pausa, sin querer decir aquello en voz alta. Sin querer que él escuchara aquellas palabras, aunque no le importaba lo que pensara. Ese día se despedirían, y después no se volverían a ver.

—¿Sophie?

Ella se dio la vuelta, adorando cómo sonaba su nombre en sus labios. Cómo la envolvía el sonido en el aire fresco de la mañana gris. Cómo le hacía recordar la noche anterior. Cómo había sonado en la oscuridad.

No debería pensar en eso. Lo haría, claro que sí, pero no debía hacerlo allí, en público. A la luz del día. En presencia de él y de todos los habitantes de Mossband.

—¿Sophie?

Ella sacudió la cabeza y miró la roca en cuestión por encima del hombro.

—Me dio miedo saltar.

Se hizo el silencio y ella se lo imaginó juzgándola. Tampoco era ahora muy diferente. Seguía teniendo miedo. Seguía siendo poco interesante. La muermo. Se preparó para la réplica.

—Hasta ahora.

Parpadeó y lo miró; la observaba con firmeza con aquellos hermosos ojos verdes.

—¿Perdón?

—Ahora no te da miedo saltar. ¿No es por eso por lo que estamos aquí? ¿Por lo que te subiste de polizón a mi carruaje? ¿Por lo que me robaste las ruedas y te subiste al carruaje de postas? ¿No es por eso por lo que estamos escapando de los hombres de tu padre? ¿Para que puedas estar aquí ahora?

¿Para que puedas saltar?

No sabía qué decir, sus palabras primero la molestaron y luego la agujonearon.

—¿Para que puedas ganar tu apuesta? ¿Para que puedas ser feliz?

Miró a la panadería, donde la chimenea escupía humo, y fue muy consciente de que la apuesta era ridícula. Nunca ganaría. Pero él la conducía a la conclusión lógica. Entraría en la panadería, vería a Robbie y regresaría a Mossband, liberada de Londres.

Todo cambiaría.

Comenzaría de nuevo.

Sería libre.

—¿O te rindes?

Agradeció el tono burlón de las palabras de King. La forma en la que llevaron de vuelta a la realidad. La forma en la que le recordaba a la mujer que se había prometido a sí misma que llegaría a ser. La vida que se había prometido que tendría.

Sin títulos ni pretensiones.

Sin Londres.

«Sin él».

No es que lo deseara. Ni siquiera le gustaba. Y ella tampoco le gustaba a él.

Era el momento. Estaba allí, en aquel lugar donde no conocía a nadie, donde no tenía nada. Había encontrado su camino hasta allí. Había hecho su apuesta y seguiría hasta el final. Sí, podía haber cometido un error, pero no iba a regresar a Londres. Y no podía contar siempre con la ayuda de King.

No era el hombre para ella.

«Tenía demasiado miedo a saltar».

«Hasta ahora».

No era ver a Robbie lo que importaba, sino tener la confianza en sí misma de que era lo suficientemente valiente como para hacer eso sola. De demostrarle a King que podía hacerlo. Porque quería que, cuando la dejara, pensara que era valiente.

Que la valorara.

Que la viera así una última vez.

Compuso una sonrisa brillante.

—¿Por qué iba a rendirme cuando estoy a punto de conseguir mi librería?

—Se sintió victoriosa al ver su sorpresa. Él no creía que fuera a hacerlo, y por eso se volvió para abrir la puerta del carruaje y recoger sus insignificantes

pertenencias.

Dejó la cesta junto a sus pies y se alisó la falda.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—Como si hubieras viajado en un carruaje durante veinticuatro horas.

Frunció el ceño antes de recoger la cesta.

—No debería haber preguntado nada.

Él dio un paso adelante y llevó la mano a su cara para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja. El contacto hizo que se estremeciera. Una emoción que ella trató de ignorar, incluso cuando él le acarició la mejilla con el pulgar, limpiando alguna marca invisible. Cuando detuvo la punta de los dedos en su barbilla e inclinó su rostro hacia él, sintió que se le calentaban las mejillas bajo su mirada inquebrantable.

Se quedaron así un buen rato, el tiempo suficiente para que ella se preguntara si pensaba besarla de nuevo. El tiempo suficiente para que deseara besarlo de nuevo. Allí, junto a la plaza de Mossband, ante los ojos de quien quisiera mirar.

—No te olvides de mantener la herida limpia.

Jamás hubiera imaginado que él diría eso. Jadeó presa de una sensación extraña.

—No lo haré.

Levantó la canasta como prueba. Él asintió y se alejó, y ella echó de menos su contacto. No le gustó. Buscó algo más que decir, sabiendo que todavía no estaba preparada para librarse de él.

—Ya sabes que jamás tuve intención de pescarte. —Resultaba extraño decir eso, pero era verdad, y supuso que eso era lo que importaba.

—Sí, ahora lo sé —confirmó él, con una sonrisa en sus hermosos rasgos. Tenía un hoyuelo allí, bajo la barba incipiente. Y ella se moría de ganas de tocarlo, pero no lo hizo.

—Gracias. Por todo —dijo.

—De nada, Sophie.

Y eso fue todo. Ella asintió una vez más.

—Adiós, entonces —se despidió, odiando aquellas palabras.

—Buena suerte —contestó él. Tampoco le gustaba lo que él había respondido.

Tomó aire profundamente y cruzó la calle hacia la panadería, diciéndose que aquel malestar que sentía en el estómago no eran más que nervios. No tenía nada que ver con darle la espalda a Kingscote, marqués de Eversley. El

hombre con el que había pasado casi todo el tiempo la última semana.

Después de todo, ni siquiera se caían bien.

Empujó la puerta de la panadería, haciendo que una campanilla tintineara feliz, anunciando el calor del horno y un olor a canela y miel que le hizo la boca agua. Los mostradores estaban vacíos, ya que era demasiado pronto, y tardó un momento en acostumbrarse a la tenue luz.

—Lo siento, señorita, todavía no tenemos nada a la venta... —empezó a decir Robbie, que se enderezó ante la boca de un enorme horno de ladrillo que ocupaba el centro de la estancia. La miró a los ojos con aquella cálida amabilidad que ella recordaba—. ¿Sophie?

Se acordaba de ella.

Sintió una enorme opresión en el pecho que no pudo identificar de inmediato, y sonrió.

—Robbie.

El nombre le sonó extraño. Desconocido. Incorrecto.

Él salió desde detrás del mostrador, alto y ancho, en mangas de camisa, con el pelo rubio todavía recogido en una coleta y unos risueños ojos castaños.

—¿Qué ha sido de ti? Es decir, leí la noticia, pero jamás volvimos a vernos.

Entonces él se acercó a ella, que dio un paso atrás, sorprendida por su atrevimiento. Robbie percibió su incomodidad y se quedó inmóvil.

—Lo siento —se disculpó—. Me había olvidado de que ahora eres una dama.

Las palabras pusieron cierta distancia entre ellos, estableciendo de inmediato una diferencia. Sophie sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Es que me has sorprendido...

—Te aseguro que el que está sorprendido soy yo. —Él miró a su alrededor buscando algo que no encontró—. No tengo una chaqueta a mano.

Le avergonzaba estar en mangas de camisa, y se odió por hacerlo sentir así. Levantó una mano.

—No te preocupes por eso.

Ella desvió la mirada mientras se hacía el silencio entre ellos.

—Es muy temprano —advirtió él.

—Acabo de llegar.

—¿Desde Londres?

Sophie asintió moviendo la cabeza.

—¿Han venido también tus hermanas?

—No. He venido sola.

—¿Por qué? —se interesó él con el ceño fruncido.

Sophie lo pensó durante un largo momento antes de responder.

—Quería regresar a casa. —Hizo una pausa, pero continuó al ver que él no decía nada—. Quería volver a un sitio que conociera. Con gente a la que importara.

«Quería ser feliz».

Robbie movió la cabeza.

—No entiendo.

—Odio Londres —confesó Sophie tras intentar encontrar una forma amable de decirlo sin conseguirlo.

Él asintió como si las palabras tuvieran sentido, pero ella tuvo la impresión de que no era así.

—De acuerdo. —Lo vio meterse las manos en los bolsillos tensando los tirantes, y balancearse sobre los dedos de los pies adelante y atrás mientras miraba a su alrededor. Finalmente él clavó los ojos en la cesta que había sobre una mesa—. Los bollos todavía no se han enfriado, pero ¿tienes hambre? ¿Quieres una galleta? Son de ayer, pero siguen estando buenas.

Fue entonces cuando ella lo supo.

«Eso iba a terminar mal».

King se lo había pronosticado antes de que hicieran aquella apuesta idiota. Y ella había sabido que era verdad, incluso aunque lo hubiera negado. Eso terminaría mal. Y no porque Robbie Lander no fuera a ser su marido.

Terminaría mal porque durante los diez años transcurridos aquel lugar se había vuelto diferente.

O tal vez era ella la diferente.

Pero, en cualquier caso, Mossband no era su hogar.

Sus pensamientos se desmoronaron cuando sonó la campanilla de la puerta.

—¡Papá!

Una niña pasó junto a ella y Robbie se inclinó para cogerla entre sus grandes brazos, levantándola contra su pecho.

—Buenos días, cielito. Dame un beso.

Sophie observó como la niña lo hacía, apretando los labios contra la cara de Robbie sin dudar. Luego retrocedió.

—Mamá me ha dicho que podía coger dos bollos —aseguró.

—¿En serio? —respondió Robbie, dejando de mirar a Sophie para clavar los ojos en la puerta—. ¿Dos?

—Una debe cumplir las promesas que le hace a las niñas que usan zapatos.

—Las palabras llegaron desde atrás de Sophie, y se dio la vuelta para encontrarse con una joven muy guapa, con el pelo castaño, las mejillas rosadas que sostenía a un bebé contra la cadera. El bebé tenía los ojos castaños de Robbie y una mirada feliz que reconoció de su infancia.

Era la familia de Robbie.

«¿Piensas que ese muchacho ha estado languideciendo por la hija de un conde que no ve desde hace una década?».

No lo había esperado, por supuesto. Pero incluso así, al mirar a esa mujer con su bebé no pudo evitar sentir... envidia.

Robbie tenía allí su hogar. Se había quedado en Mossband, donde disfrutaba de una vida feliz. Con su esposa. Eran una familia feliz.

Algo totalmente ajeno a Sophie.

La esposa de Robbie la miró con una sonrisa de bienvenida.

—Buenos días.

—Jane, te presento a *lady* Sophie, la hija del conde de Wight —dijo Robbie, dejando a su hija en el suelo y moviendo una bandeja llena de bollos al mostrador.

Jane abrió mucho los ojos e hizo una reverencia. El bebé se rio ante el repentino cambio de altitud.

—*Milady*, bienvenida.

—Oh, por favor, no. Señora Lander —protestó Sophie, que odiaba su título—. Por favor, llámeme Sophie. Conozco a su marido desde que éramos tan pequeños como... —miró a la niña— ella. —Se inclinó un poco más—. ¿Cómo te llamas?

—Alice —respondió la niña, mirando la bandeja de dulces mientras tragaba de anticipación.

—Recuerdo esos bollos de cuando era niña —comentó Sophie, el recuerdo llegó acompañado de una sensación de tristeza, y se le puso un nudo en la garganta. Cuando estaba segura de sí misma. Se incorporó con rapidez, intentando reprimir las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos. Pero no quería mostrarse triste con esa niña, con la pequeña familia que Robbie había formado.

Se había imaginado que sentiría muchas emociones al regresar a Mossband, pero nunca tristeza. Nunca soledad.

—Tienes una familia maravillosa, Robbie... Señor Lander —se corrigió.

—La tengo, ¿verdad? —se rio él.

Era perfecta. Una vida perfecta.

—*Lady Sophie* y yo jugábamos juntos cuando éramos jóvenes —le explicó a su esposa, que miraba a Sophie con interés.

—¿Ah...?

Sophie asintió moviendo la cabeza, pero el momento pesaba en la habitación.

—Es verdad.

Se hizo un incómodo silencio y Sophie se preguntó si podría marcharse ya y por dónde. Qué vendría después.

—Papá —dijo la niña, que no parecía sentirse afectada por la presencia de la recién llegada—. Mamá me ha prometido dos bollos.

Robbie miró a su hija.

—De acuerdo. Una promesa es una promesa.

«Una promesa es una promesa».

Ella misma le había dicho esas palabras a King hacía unos días. Odió recordar el aire satisfecho con el que él le aseguró que aquella situación no tendría un final feliz. Había sabido que ella no sería la esposa de Robbie. Pero no que tendría tantas dudas sobre su futuro.

El corazón comenzó a latirle acelerado. Apretó la cesta contra la falda y respiró hondo.

—Tienes cosas que hacer. Debo... despedirme.

Robbie la miró a los ojos mientras cogía un bollo caliente.

—¿Volveremos a verte por aquí?

La mera pregunta amenazó con hacerle perder el control, recordándole que no había nada para ella en Mossband, igual que tampoco lo había en Londres.

Sophie movió la cabeza.

—No lo sé.

Jane frunció el ceño.

—¿Se aloja en el pueblo?

—Er... —se interrumpió, dándose cuenta de que no sabía dónde estaba. Donde iba a estar.

—¿Quizá se esté alojando en la posada? —preguntó la hermosa esposa de Robbie.

—Sí —mintió Sophie, aferrándose a esa excusa. Tenía que dormir en algún sitio—. En la posada.

—Excelente —intervino Robbie—. Entonces nos veremos de nuevo.

—Vendré a por bollos —replicó Sophie.

—¿No toma uno ahora? ¿Para desayunar? —ofreció Jane, sosteniendo uno.

Entonces, odió esos bollos y la cálida tentación que suponían. La promesa de felicidad, recuerdos y pasado. No quería el pan dulce. No quería sentir las extrañas emociones que lo acompañaban. Ni las extrañas emociones que la hacían no aceptarlo.

Y se quedó inmóvil en el centro de la panadería, mirando el dulce que le tendían, preguntándose cómo era posible que la más inteligente de las hermanas Talbot se hubiera convertido en una imbécil redomada, y qué iba a hacer durante el resto de su vida, una vida que empezaría cuando saliera de aquel lugar y se enfrentara bostezando a su gran futuro.

«¿Cómo terminaré?».

Recordó la pregunta de King con una gran incertidumbre.

No sabía donde acabaría, pero no sería allí.

«¿Qué has hecho?».

—¿Sería posible que fueran dos?

Las palabras llegaron acompañadas por el feliz campanilleo de encima de la puerta, y luego King entró en la panadería, y Sophie supo que la situación podría ser peor, mucho peor. El marqués de Eversley, con una hermosa sonrisa, era testigo satisfecho y arrogante de su incertidumbre.

Jane abrió mucho los ojos y su boca formó una O perfecta. Sophie no pudo culparla, ya que King parecía ocupar todo el espacio cada vez que entraba en tabernas, alcobas y carruajes, ¿por qué iba a ser diferente en las panaderías?

—No necesitamos dos —dijo Sophie.

—Claro que sí, querida.

Aquel «querida» captó su atención. Y la de Jane. Y la de Robbie también.

—No los necesitamos —repitió, volviéndose hacia él.

King la ignoró, concentrando en Jane su hermosa y luminosa sonrisa.

—Mi dama adora esos bollos. No ha hecho más que hablar de ellos desde que salimos de Londres.

¡Santo Dios! Volvía a arruinarlo todo. Ante esas personas, ella no podía ser la señora Matthew, ya que sabían que era *lady* Sophie Talbot. La conocían. Y no dudarían en hablar sobre ello.

—*Milord...* —empezó a decir ella, sin saber por dónde iba a salir él.

King la ignoró y le tendió la mano a Robbie.

—Usted debe ser el famoso Robbie.

El panadero parecía terriblemente confundido.

—Sí.

King sonrió.

—Soy el marqués de Eversley.

Robbie lo miró con los ojos redondos como platos.

—¡Marqués! —Se volvió hacia Sophie—. ¿Y tú eres su...?

—Todavía no —se rio King, respondiendo a la pregunta antes de que la formulara—. Lamentablemente, Sophie quería regresar a Cumbria antes de casarse conmigo. Pero jura que me dará el «sí, quiero» en cuanto veamos a mi padre, el duque de Lyne. —Se llevó su mano a los labios mientras la miraba fijamente a los ojos besándole los nudillos—. Si soy sincero, para mí no hace falta ninguna ceremonia. Me hubiera casado con ella el día que la conocí. ¿No es así, cariño?

Sophie ignoró el vuelco que sintió en el corazón ante aquellas palabras tan románticas. Sin duda, King sería un digno actor en cualquier escenario de Londres. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Qué pasaría cuando no se casaran? ¿Cuando ella fuera la arruinada y descartada prometida no deseada del marqués de Eversley?

No era una de esas damas, con muchas ofertas de matrimonio. Solo tenía otra opción y estaba allí. Casada con Jane. Haciendo bollos dulces.

De hecho, Robbie ni siquiera había llegado a ser una opción si era sincera consigo misma.

«Deberías ser sincera, sí».

Supuso que él pensaba que debía estar agradecida por su llegada pero, por el contrario, se sentía bastante avergonzada. No quería que él viera que aquello se había convertido en un desastre. No quería que viera que se había quedado sola. Sin hogar. Sin propósito.

No quería que él se regodeara.

Que la juzgara.

La vergüenza la atravesó en una cálida y desagradable oleada.

Quería que se fuera.

Pero, por desgracia, se quedó.

—Pero ella estaba muy ansiosa por ver a su viejo amigo de andanzas infantiles —dijo, volviéndose hacia Jane. Luego se inclinó hacia ella de forma conspiradora—. Y, aquí entre nosotros, necesito tener uno de esos bollos y Sophie se ha olvidado de pedir el mío. —Miro a Robbie—. Llevamos días viajando, así que debo perdonarla. Una dama tan delicada acusa mucho el cansancio. —Sophie resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Por supuesto, *milord* —repuso Robbie, cogiendo otro bollo y un papel para envolverlo.

—¿Es de verdad un lord? —pregunto Alice, a la que la llegada de un aristócrata debía parecerle más interesante que el desayuno.

—Sí. —King se inclinó hacia ella—. ¿Qué tal estás, señorita...?

—Alice —intervino Sophie al ver que la niña no respondía.

—Alice es un nombre precioso para una damita tan guapa como tú.

La niña se rio.

—Yo no soy una dama. —Miró a Sophie—. Ella sí lo es.

—En efecto —intervino Jane—. Es casi marquesa, y luego será duquesa.

Alice abrió los ojos como platos.

—¡Caray!

—¡Alice! —Jane la hizo callar antes de lanzar una mirada de disculpa a Sophie—. Es que no suele relacionarse con aristócratas.

Sophie sonrió a King, odiando cómo la hacía sentir verlo con la pequeña Alice. ¡Como si a ella le fuera a gustar verlo con otros niños! Por ejemplo con los de él. Empujó ese pensamiento fuera de su mente.

—Ya me gustaría a mí no relacionarme con ellos.

King se rio y se puso de pie, mirando a los presentes como un pretendiente loco.

Sophie quiso darle una patada en la espinilla, y quizá lo hubiera hecho si Robbie no hubiera intervenido tendiéndole el paquete con los bollos a King.

—Dos bollos, *milord*.

—Gracias, ¿sería posible conseguir otro más? —preguntó King, sonriéndole a ella y haciéndole saber que estaba disfrutando mucho todo aquello—. Sin duda el cochero tendrá un poco de hambre.

—Sin duda... —corroboró Sophie, que apenas podía contener la irritación. ¿Es que no se iban a ir nunca de ese lugar?—. Qué amable eres...

Él se inclinó hacia ella.

—Solo cuando estoy contigo —le dijo él al oído, en un tono lo suficientemente alto para que lo oyera todo el pueblo.

Y Sophie se sonrojó, aunque se odió por ello. Por desear que fuera verdad.

Lo odió por ello.

Estaba haciendo que todo fuera mucho peor.

—Gracias —le dijo King a Jane mientras envolvía los bollos y ponía fin a la transición con una suma escandalosa—. Os esperamos en el desayuno de bodas. Como amigos de Sophie e invitados míos.

La vergüenza y la incertidumbre fueron reemplazadas al instante por furia. Una cosa era que se burlara de ella y otra muy distinta mentir con aquella

extravagante audacia. No habría desayuno de bodas. De hecho, dentro de unos minutos se separarían para siempre.

—Debemos despedirnos, *milord*. El señor y la señora Lander tienen que seguir con sus labores diarias.

—¡Y yo! —aseguró Alice.

—Y también Alice —agregó Sophie, agradeciendo aquella ayuda extra.

King se agachó para hablar con Alice como si fuera totalmente normal que un marqués hiciera eso.

—Mis disculpas por interrumpir tu ocupado día, señorita Alice.

La niña asintió.

—Mamá me ha dicho que puedo tomar dos bollos.

Él sonrió, haciendo que Sophie odiara la forma en la que se le encogió el corazón. Seguramente, ella respondería igual ante cualquier hombre que se mostrara amable con un niño. Era una estampa preciosa.

«Pero es más preciosa cuando es él».

Tonterías.

—*Milord*...

King se levantó.

—Tú primero, *milady*.

Y ella le mostró el camino, atravesando la calle de vuelta al otro lado del carruaje. Cuando se giró, se lo encontró justo detrás de ella. Sophie se acercó más hasta que quedaron cara a cara, con las narices casi rozándose.

—Supongo que lo consideras divertido —dijo ella, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Él arqueó las cejas con inocencia fingida.

—No sé qué quieres decir.

Ella entornó más los ojos.

—Sabes exactamente lo que quiero decir —dijo en voz muy baja, consciente de que el cochero estaba a solo unos metros—. Entraste en la panadería para verme completamente humillada.

—¿Humillada? Te vi comprometida con un marqués. ¡Te vi como futura duquesa!

Ella parpadeó. Estaba loco. Era la única explicación. O simplemente era cruel.

—¡Pero eso no es cierto! ¿Qué pasará cuando no te cases conmigo? ¿Cuando me convierta en la mujer que el marqués de Eversley rechazó? Soy consciente de que has arruinado a un buen número de mujeres, pero eso no te

da derecho para arruinarme a mí también.

—Si vamos a ser sinceros, te viste arruinada en el momento en el que te pusiste una librea y te colaste de polizón en mi carruaje.

Él tenía razón, por supuesto.

—No quiero ser sincera.

—Suponía que no querías —dijo King sonriendo.

—¿Estás disfrutando mucho con todo esto? Una victoria más que añadir a una vida de éxitos. —Él abrió la boca para responder, pero ella continuó, furiosa—. Por supuesto que estás disfrutándolo, igual que has disfrutado cada uno de mis errores desde el comienzo de nuestra relación. Has pasado los últimos días burlándote de mí, ¿por qué no añadir algo más? —Dio un paso atrás y abrió los brazos—. No te detengas ahora, excelencia. ¿No vives para esto? ¿Para restregarme por las narices lo equivocada que he estado desde el principio? ¿Para decirme que tenías razón? ¿Para hacerme sentir totalmente idiota?

—No.

Sophie no se preocupó por la respuesta.

—No es necesario que te esfuerces tanto... El chico encantador ofreciendo su maravillosa sonrisa a esa mujer, burlándote soterradamente de Robbie. Me estaba sintiendo idiota. ¿Crees que no me he dado cuenta de que me he equivocado? ¿Que debería estar en Mayfair? ¿Que la censura de la sociedad es, al menos, algo familiar? ¿O es que quieres que te lo diga? Has ganado —escupió—. Consigues tu prenda. Felicidades. Por desgracia no puedo decir nada bueno sobre ti. Ni hoy ni nunca. Me niego.

Con un arrebató de ira, se dio la vuelta para alejarse en dirección a la posada. Iba a alquilar una habitación y se libraría de él para siempre.

—No me culpes por esto —dijo él, deteniéndola en seco. Se giró mientras él continuaba—. No he hecho más que seguir tus indicaciones, como siempre que estamos juntos.

—Se acercó—. Tú eres la que quería salir de Londres. La que quería venir a Mossband, de vuelta a una vida que no podría tener de nuevo, como si pudieras borrar con un bollo pegajoso una década en Londres codeándote con los más ricos y conocidos títulos de la sociedad.

—No sabes nada de mí —mintió ella

—Sé que fantaseabas sobre ese chico.

Arqueó las cejas.

—¿No lo hacía! Como has visto, es de carne y hueso.

—Te lo has inventado todo, tu panadero perfecto, que languidecía por ti. No sé por qué, jamás ha sido para ti y tú lo sabías. ¡Al infierno! Lo sabía incluso yo, y ni siquiera conocía a Robbie.

—Yo quería... —se interrumpió.

Él se acercó más, quedando cara a cara.

—Termina. ¿Tú qué quieres, Sophie?

—Nada.

La observó durante un buen rato, tan cerca que ella podía ver las pequeñas motas de color gris plata en sus brillantes ojos verdes.

—Mentirosa —dijo finalmente.

—Mejor mentirosa que idiota —dijo ella—. Solo querías quedar por encima. No podías dejar las cosas como estaban. No podías dejarme sola. No, tenías que demostrar que estaba equivocada. Que no iba a encontrar el hogar que quería.

—Quería estar seguro de que estabas bien —explotó él en tono seco e irritado—. Se me ocurrió que podías agradecer la oportunidad de demostrarle a Robbie que tu vida fue bien. Mejor de lo esperado.

—¡Oh, sí! Muy bien, por cierto. Estoy atrapada en Mossband, sin dinero ni ninguna idea de lo que voy a hacer con mi vida. —Hizo una pausa—. Pensaba que sería bienvenida —añadió—. Pensaba que iba a ser...

Se detuvo.

—¿Qué? —la presionó, poco dispuesto a permitirle que se interrumpiera.

—Pensaba que iba a ser feliz. —Salvo que en lugar de feliz se sentía más sola que nunca en su vida—. Pensaba que iba a tener por fin un hogar. Que sería libre. —Sacudió la cabeza—. Pero no he encontrado mi hogar. No estoy segura de dónde estoy.

—Lo siento, Sophie.

Ella bajó la mirada.

—No lo haces. No me mientas. Puedo estar irritada y ser estúpida, pero todavía no me has mentado, por lo menos no del todo. —Entonces llegaron las lágrimas, y al verlas, él la estrechó entre sus brazos sin importarle que estuvieran en la vía pública, en el centro de un pueblo.

Y a ella tampoco le importaba.

Se dejó envolver por su calidez y dejó que cayeran las lágrimas, llenas de decepción y frustración, de la certeza de que lo había arruinado todo y jamás sería capaz de enderezarlo.

King la dejó llorar, consolándola con voz ronca y suave, prometiéndole que

todo estaría bien. Dejándola creer por un instante que su apoyo era algo más que fugaz. Él le daba calor. La reconfortaba y la hacía sentirse bien, y si no supiera que no era posible, pensaría que había vuelto a casa.

Solo que él no era su hogar. Nunca lo sería.

Sophie se echó hacia atrás, enderezándose y secándose los ojos. Cuando alzó la vista hacia él, descubrió que parecía tan incómodo como ella.

—He confiado demasiado en ti, *milord*. Has sido un notable protector a lo largo de toda la aventura, pero ya ha terminado. Tomaré una habitación en la posada. Cuando me encuentren los hombres de mi padre, regresaré con ellos. Este viaje ha sido un error.

—Tonterías —dijo él por lo bajo, sorprendiéndola—. Esto era tu sueño. Era la vida que querías tener. Puede que no sea la que vas a tener, pero eso no significa que no puedas tener la libertad. —La observó durante un buen rato antes de negar con la cabeza—. No te vas a alojar en esa posada.

—No tengo elección.

—Vas a acompañarme a Lyne Castle.

Ella lo miró confusa sintiendo que la envolvía también otra sensación... parecida al anhelo. Aunque no pensaba admitirlo nunca.

—¿Para qué?

Él metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones.

—Por dos buenas razones: para empezar, si vienes conmigo, puedo mantenerte a salvo hasta que decidas cuál va a ser tu próximo paso. No hemos huido de los hombres de tu padre para que cambies de opinión cuando las cosas se tuercen un poco.

No parecía que se hubieran torcido un poco, parecía que había cometido un terrible error.

—¿Y la segunda razón?

—Porque quiero hacerte una propuesta —añadió él—. Una que no te ocupará mucho tiempo, pero que va a proporcionarte mucho dinero. —Ella frunció el ceño mientras él continuaba—. Dame unos días y yo te daré el suficiente para comprar esa felicidad que deseas tan desesperadamente.

Sophie parpadeó, era una promesa tentadora.

—Sería mucho dinero.

—Por suerte para ti, tengo mucho. Y estoy a punto de tener más.

—¿Suficiente como para que no deba regresar a Londres?

Él asintió moviendo la cabeza.

—Si eso es lo que quieres... Suficiente para que pongas la librería. Donde quieras ponerla.

El anhelo y la duda pugnaron en su interior.

—¿Por qué vas a ayudarme?

Durante un buen rato, ella pensó que iba a decir algo precioso. Algo que hiciera que él le gustara. La esperanza se extendió por su cuerpo con rapidez, peligrosamente. Pero cuando respondió, no dijo nada en ese sentido.

—Porque eres mi venganza perfecta.

Ella entrecerró los ojos, presa del terror.

—¿Qué quieres de mí?

—En realidad es muy simple. —Abrió la puerta del carruaje y le indicó que entrara, sin saber lo mucho que le iban a doler sus siguientes palabras—. Te voy a presentar a mi padre como mi prometida.

—No lo dices en serio —dijo calmada.

—Sí. Durante la última semana hemos estado fingiendo que estamos casados, así que no será difícil convencer a la gente que estamos comprometidos. Ya hemos empezado.

—No le has dicho a Robbie que estábamos comprometidos para ayudarme. Lo has hecho por ti.

Él sacudió la cabeza.

—Por nosotros. Nos va a ayudar a los dos.

Sophie ignoró la punzada que le atravesó el pecho.

—Me estás pidiendo que le mienta a un duque.

—A mi padre.

Ella parpadeó.

—Pensaba que te habías prometido a ti mismo que no te ibas a casar nunca.

—Y no lo haré —repuso él—. No tengo intención de casarme contigo.

Lo dijo como si eso no le hiciera daño. Y ella sabía que no debería. Él no había insinuado en ningún momento que fueran a ser más que compañeros de viaje.

«Salvo la noche pasada, en el carruaje».

Alejó aquel pensamiento. Ni que ella fuera a casarse con él... Aun así...

—Es un milagro que haya mujeres que te encuentren encantador.

—Sophie —agregó él, como si eso fuera a ayudar—. No tengo intención de casarme con nadie. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Quieres que un moribundo se sienta mejor? —Hizo las preguntas a pesar de saber las respuestas.

—No.

«Eres mi venganza perfecta».

—Porque soy una de las peligrosas Talbot. Nadie con título y fortuna quiere que su hijo se case con una Talbot.

Él se quedó inmóvil, y ella se preguntó si su frustración era tan evidente. Si lo era su dolor.

—Sophie...

Lo interrumpió.

—No, no. Por supuesto. Tu gran y noble padre, sin duda se quedará horrorizado al saber que te has rebajado a casarte conmigo. Me falta la crianza, la sangre y la clase. Mi padre ganó el título en una partida de cartas y nos convirtió en unas usurpadoras de privilegios.

—Él cree en esas cosas.

—Y tú también.

King abrió los ojos como platos y luego los entrecerró furioso.

—No sabes lo que dices.

—¿No? —preguntó, sintiéndose de repente muy valiente—. Creo que sé perfectamente de lo que hablo. No te has quedado aquí porque te preocupe mi futuro. No has entrado en la panadería para rescatarme por la bondad de tu corazón. No me ofreces este arreglo porque desees que sea libre.

—Eso no es cierto.

—¿De verdad? Así que si fuera otra mujer, con la reputación más limpia, con la sangre más azul, ¿me hubieras propuesto lo mismo? —Ella hizo una pausa, pero él no dijo nada—. Por supuesto que no, porque un compromiso con una mujer así no enfadaría a tu padre.

—Sophie... —King tuvo la decencia de parecer avergonzado.

Pero ella no tenía tal cosa.

—Pero esas mujeres tampoco tendrían la oportunidad que yo voy a disfrutar. No me crié para casarme bien, lord Eversley. No he nacido con la cuchara de plata que te permite ser tan absolutamente deplorable. Por lo tanto, de acuerdo. ¿Quieres presentarle a tu padre a una de las peligrosas Talbot? Pues lo harás.

Se agarró al borde del carruaje y subió al interior sin ayuda.

· 14. ¿Guerra entre la peligrosa Talbot y el canalla real? ¿O es algo más? ·

King la siguió al interior del carruaje sin dudar y cerró la puerta, dejándolos confinados en el pequeño espacio. Esperó a que el vehículo se pusiera en marcha antes de hablar.

—Me parece, *milady* —dijo con frustración, ira y no poca vergüenza, arrastrando la voz al decir el tratamiento de cortesía porque sabía que ella lo detestaría—, que se te ha olvidado lo mucho que he hecho por ti durante la última semana.

Ella lo miró llena de furia.

—Ilústrame.

—Podrías considerar, para empezar, que tenía mis propios planes. Que estaba dirigiéndome al norte para resolver un asunto delicado que tenía su prisa.

Ella arqueó la ceja.

—¡Oh, sí! Proporcionar a tu padre moribundo el castigo final. Muy loable por tu parte.

—Si conocieras a mi padre...

—No lo hago —dijo ella como si tal cosa, metiendo la mano en la cesta que había puesto en el asiento, a su lado, y sacando un libro—. Pero, francamente, *milord*, no me siento muy inclinada a sentir compasión por ti en este momento en particular, así que si estás buscando mi simpatía, quizá deberías reservar tus historias para otro momento.

Era la mujer más exasperante que hubiera conocido.

—Te he dado todo lo que deseabas. Te he traído al maldito pueblo de Mossband en vez de mandarte de vuelta a Londres, como debería haber hecho desde el momento en que te encontré, igual que si fueras una maleta perdida. Te he protegido de los hombres de tu padre. Y... ¡Oh, sí! He salvado tu maldita vida.

—Es difícil de creer que consideraras que valía la pena salvar la vida de

una peligrosa Talbot, la verdad. —La vio mientras abría el libro con calma—. Lamento que hayas perdido tu valioso tiempo.

Él se reclinó en el asiento, mirándola. «¡Maldición!». No era tiempo perdido. De eso nada. De hecho, no renunciaría ni a un solo momento de la última semana. A pesar de que ella no fuera la mujer más dócil de la cristiandad.

—Sophie... —dijo, tratando de hacerla cambiar de actitud.

Ella no le hizo ni caso. Pasó la página.

—No te preocupes, *milord*. Tu padre moribundo me odiará. Haré que desee dejar este mundo lo antes posible. Y cuando tú consigas tu venganza perfecta, nos despediremos tan contentos el uno del otro.

King la observó durante un buen rato.

—No te considero inferior —dijo en voz baja—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella pasó otra página.

—¿Soy demasiado corriente para tu vida perfecta? ¿Tan corriente que te aturde pensar que podría llegar a ser una esposa decente? ¿Tan corriente que no puedes dignarte a respirar el mismo aire que yo?

¡Maldición! No era eso lo que quería decir.

—Tampoco creo que seas corriente.

Ella pasó otra página, ahora con más ímpetu.

—Debo admitir que me resulta difícil creerlo, dado que te has pasado la totalidad de nuestra vida en común recordándome lo corriente que soy. —Otra página—. Mi entorno corriente. —Y otra—. Mi familia corriente —Otra—. Mi carácter corriente. —Otra, otra, otra—. De hecho, *milord*, has sido muy claro al respecto. Tan claro que creo que eres un idiota de la peor calaña.

Él se quedó quieto.

—¿Cómo me has llamado?

—Estoy segura de que tu audición está en perfecto estado.

Otra página.

Él se inclinó y le quitó el libro de las manos.

La vio fruncir el ceño antes de acomodarse con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me hará muy feliz perder de vista este carruaje —escupió ella.

—No puedo imaginarme por qué —replicó él—, dado que yo adoro estar aquí —añadió con ironía.

Sin embargo, las palabras no fueron tan sarcásticas como él deseaba. De hecho, al pensar en ese carruaje, sentía una gran cantidad de placer. Más del

que había sentido en cualquier otro vehículo en el que se hubiera subido desde la última vez que estuvo allí, en Cumbria. Más que en cualquier otro desde que era un jovencito.

Salvo que no era por el carruaje.

«Es por ella».

La certeza llegó con no poca incomodidad, ya que no quería que ella le proporcionara placer. Ese no era un viaje placentero, sino doloroso. El objetivo era el dolor de su padre. Iba a ver morir al viejo. A asegurarse de que, por fin, era castigado por la forma en la que le había manipulado y controlado su vida.

Sophie era un medio para ese fin, y nada más.

No podía ser más que eso.

No había sitio para ella en su vida.

«Ella no es tu problema».

Incluso aunque deseara que lo fuera.

Suspiró mientras apoyaba la espalda en el asiento, invadido por la frustración y la ira. Había sido idiota. La había insultado desde el principio y ella no se lo merecía. Sophie merecía algo mejor que él. Aquel pensamiento lo inundó mientras el carruaje comenzaba a moverse, acercándolos cada vez más a Lyne Castle.

«Sophie merece algo mejor que esto»

La miró, sentada tan derecha como un palo en el asiento de enfrente. Los minutos fueron pasando mientras la observaba. Aquel vestido era horroroso. Tenía que conseguir una modista en algún sitio... Le compraría un armario entero lleno de vestidos.

Si no había ninguna modista por allí, la haría traer de Edimburgo. De Londres si era preciso.

Y botines. Haría que confeccionaran media docena de botines a medida para ella. De cuero y gamuza, siguiendo la última moda. Incluso habría un par de botas de caña alta con cordones que subieran por su pantorrilla.

Le gustaban.

Se movió inquieto en el asiento al imaginarse desatándolos, y apartó aquel pensamiento de su mente. Solo había visto a Sophie con la librea y con vestidos mal ajustados desde que la había conocido. Imaginaba que había llevado uno como Dios manda cuando se toparon en la fiesta de los Liverpool, pero había estado tan pendiente de bajar por el enrejado y escapar de los acontecimientos que no se había fijado en ella.

Concentró la atención en el lugar en el que sus pechos desbordaban por encima del límite del corpiño. Luego desvió la atención hacia la larga columna de su cuello, hacia la curva de su mandíbula y sus labios rosados.

Había sido idiota.

Y, por lo que parecía, más de una vez. Habían bailado en una fiesta, y él no podía recordarlo. Pero le resultaba difícil imaginar no ser capaz de acordarse de algo relacionado con ella. Que no recordara sentirla, exuberante y tentadora, entre sus brazos. Que no se hubiera grabado en su mente su olor, a jabón y sol veraniego. Que no se hubiera sentido estimulado por ella, por sus ingeniosos comentarios, por sus sarcásticas palabras y su manera audaz y valiente de enfrentarse al mundo.

¡Dios! Sin duda no iba a olvidarla después de esa semana.

Incluso después de que ella lo hubiera expulsado de su mente y construido una nueva vida. Incluso después de que él le proporcionara la felicidad que tanto ansiaba.

Nunca se olvidaría de ella.

«Lo siento».

Quería decírselo, desesperadamente. Para poder empezar de nuevo. Para enfrentarse a ese salvaje viaje no como un hombre y su polizón, una dama y su sirviente, sino como King y Sophie, quienes fueran y como fueran.

Era imposible, por supuesto.

Sophie lo odiaba, y jamás sería lo suficientemente bueno para ella.

«No hay nada corriente en ella».

Tenía que decírselo allí. En ese mismo momento. Antes de que llegaran a Lyne Castle y perdiera la oportunidad.

Pero ella estaba tan obcecada que estaba seguro de que no le creería. Y quizá fuera lo mejor. Tal vez fuera más adecuado que él la enfureciera. Que quisiera alejarse de él. Que quisiera dejarlo atrás.

El carruaje salió de la vía principal, y él alzó la vista, consciente de que estaban cada vez más cerca del castillo donde su pasado y su futuro se encontraban.

Donde su padre podría haber muerto ya.

Miró a Sophie que, de repente, se había convertido en un puerto seguro ante una tormenta muy turbulenta.

—Estamos muy cerca.

Ella se alisó la falda.

—Necesito darme un baño y cambiarme de ropa antes de reunirme con tu

padre. Aunque imagino que este vestido puede adaptarse a tu deseo de enfurecerle, no voy a conocerlo con un vestido mal cortado y con aspecto de llevar días viajando. Incluso una peligrosa Talbot sabe cómo comportarse ante los viejos duques.

Él asintió.

—También espero que duermas un poco. Debes tomar las hierbas. —Si no estuviera tan ensimismado con ella, no habría notado la forma en que dejó de respirar. Sin embargo, lo percibió, y habría pagado una pequeña fortuna por saber lo que estaba pensando. Impotente, la vio mirar por la ventanilla como si él no estuviera allí.

El carruaje dobló una curva, luego otra, y Lyne Castle apareció en el horizonte. Su corazón latió más rápido y con más fuerza cuando vio las grandes piedras grises que se alzaban ante ellos en el momento en el que el vehículo se detuvo delante del lugar donde había pasado su infancia.

Le traspasó algo afilado. Algo parecido a la tristeza.

Apartó la mirada y volvió la vista hacia Sophie, queriendo decir algo. Con ganas de expresar lo que sentía.

En cambio, abrió la puerta y salió para enfrentarse al gran gigante, a los recuerdos de su tiempo allí. Lo agredió el olor de las verdes colinas de Cumbria, el rumor del río Esk, a un lado, y la frontera con Escocia, al otro; los restos de la muralla de Adriano, que habían sido su montaña cuando era un niño; los alimentos y las cálidas palabras de Agnes, el ama de llaves del castillo, lo más parecido que había conocido a una niñera e, incluso, a una madre; su padre, severo y prudente, cuyo único objetivo había sido educar a un futuro duque.

«Y Lorna». Con los cabellos dorados y la piel pálida, llena de promesas. Promesas de amor. De un futuro. De una vida más allá del título y el decoro.

De felicidad.

Habían sido muy jóvenes. Demasiado jóvenes para darse cuenta de que ninguna de esas cosas era para él.

Empujó los recuerdos a un lado y se giró para ayudar a bajar a Sophie, poniéndole las manos en la cintura. Cuando tuvo los pies en el suelo, ella alzó la vista hacia los muros del castillo y luego lo miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Incluso en ese momento, con la frustración envolviéndola, encontraba espacio para preocuparse por él. King soltó un suspiro que no sabía que guardaba en su interior y se fijó en los enormes ojos azules de Sophie, en sus

mejillas sonrosadas, en la forma en la que se preocupaba por él. Por un momento, se preguntó qué pasaría si se inclinaba y capturaba aquellos labios rosados con el beso que había querido darle desde que amaneció. Entonces, había querido recrearse en aquella piel suave, recordando su sabor. Sustituyendo sus recuerdos de juventud con otros.

Pero sabía que no debía besarla allí, en ese lugar donde los recuerdos parecían grabados en las antiguas piedras.

—Tanto como se puede esperar —dijo.

Un grito puso punto final a sus palabras y King se volvió para ver un enorme caballo gris en la distancia seguido por una jauría de perros. Estudió al jinete, alto y con el pelo grisáceo, con las mejillas rojas y llenas de vitalidad.

«No es posible».

—Mierda... —susurró.

—¿Quién es? —preguntó Sophie. Sus suaves palabras al oído le hubieran agradado en otro momento por la forma en la que lo envolvieron, haciéndolo partícipe de su curiosidad.

Pero él estaba demasiado irritado para encontrar placer en nada.

—Es el duque de Lyne.

—¿Tu padre?

—El mismo.

—Pues no parece que esté a las puertas de la muerte —comentó ella. Estuvo seguro de que había una nota de placer en la observación.

—El duque solicita tu presencia en la cena.

Sophie estaba en la esquina más alejada de la habitación que le habían asignado, estudiando la extravagante vista. Se había bañado antes de dormir durante la mayor parte del día en la enorme y confortable cama. Cuando despertó, había encontrado una colección de vestidos —sin duda prestados—, algunos le servían.

Una criada la ayudó a ponerse uno antes de dejarla sola esperando en la estancia, junto a la ventana, desde donde veía el laberinto en primer plano y las verdes colinas, llenas de vida del verano, en el norte. Estaba preguntándose qué debía hacer a continuación cuando King llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Se volvió hacia él, todavía llena de la ira que había sentido al principio del día, cuando él le había dejado claro que no era

más que un escándalo para él.

Aunque había tratado de no sentirse herida por ello.

Aunque había tratado de olvidar lo ocurrido la noche anterior, la forma en la que la había tocado, besado y susurrado su nombre en la oscuridad.

Lo miró a los ojos, odiando la manera en que se le aceleraba el corazón ante su presencia.

—¿Solo la mía?

Él se apoyó en el marco de la puerta.

—Por desgracia no. También la mía. La nuestra. —Él bajó la mirada al hombro lesionado—. ¿Estás bien?

Ella sonrió. Una sonrisa tan brillante como fingida que habría hecho sentir orgullosas a sus hermanas.

—Estoy a punto de cenar con dos hombres que me desprecian, así que, de hecho, me siento muy bien.

Él la miró fijamente.

—Me refería a tu hombro. Y yo no te desprecio.

Ignoró el último comentario.

—Las hierbas y la miel están funcionando bien.

—¿Te has bañado?

Notó que se le encendían las mejillas.

—No es asunto tuyo, pero sí.

—Es asunto mío.

—¿Porque si fallezco no podrás consumir tu venganza?

King la miró con los ojos entrecerrados.

—No me importa que tengas una lengua tan punzante.

Otra sonrisa.

—Me esforzaré para hacer que te importe. —Ella se acercó—. ¿Le has dicho ya que has vuelto con una peligrosa Talbot colgada del brazo?

Él miró el pasillo por encima del hombro y dio un paso para entrar en la habitación, cerrando la puerta con rapidez.

—No lo sabe —respondió en voz baja—. Pero se enterará muy pronto.

—¿Mi aspecto es el adecuado? —preguntó, sabiendo que sin tener los atributos de sus hermanas no podía parecer más una peligrosa Talbot.

—Estás bien.

Sophie frunció el ceño.

—¿Estás seguro? Las mujeres como yo no están preparadas para cenar con duques. No forma parte de nuestras costumbres.

—Déjalo... —dijo él entre dientes

—¿Que deje qué? —dijo ella, parpadeando.

—Deja de ser tan condescendiente.

—No lo estoy siendo.

—Lo estás siendo. No estás más cerca de considerarte inferior a mí que de que te salgan alas y volar. Ya sabes que eres mejor que todos los demás.

Sophie abrió la boca para responder, pero la cerró, aturdida por aquellas inesperadas palabras. ¿Quién era aquel hombre que la insultaba con tanta facilidad y que parecía hacer lo contrario al mismo tiempo?

—También te mereces algo mejor que nosotros —murmuró él.

—Eso, al menos, es cierto. —Ojalá pudiera convencerse de ello—. He estado pensando en nuestro acuerdo —continuó, dándose la vuelta hacia el espejo para pellizcarse las mejillas como le había visto hacer a Sesily cuando se preparaba para recibir a sus pretendientes. «Los hombres deben sentir que has estado soñando con ellos», le gustaba decir a su hermana a modo de explicación.

Resultaba irónico, dado que Sophie haría cualquier cosa para impedir que King supiera que soñaba con él.

La miraba desde la puerta y sus ojos se encontraron con los de ella en el espejo. Sophie se dedicó entonces a acomodar su escote, haciendo que se fijara en sus rotundos pechos, que ya tensaban la tela. Le había pedido una peligrosa Talbot, y allí estaba ella.

—No me digas que quieres romper el trato —dijo él.

—No me atrevería a hacer tal cosa —replicó ella—. Una Talbot mantiene su palabra. Lo que ocurre es que dados los fondos que posee mi padre, no requiero tu dinero tanto como otra cosa.

Él frunció el ceño con tanta rapidez que ella no lo habría visto si no estuviera concentrada en él.

—¿Qué?

Ella se mordió los labios un par de veces para que estuvieran rojos y algo hinchados. Sí. Sesily estaría muy orgullosa.

—Quiero que me arruines.

—¿Qué demonios significa eso?

—Tú eres el experto, *milord*, no imagino que no sepas a qué me refiero.

Él se acercó más a ella.

—¿Cómo, exactamente, quieres que te arruine? —preguntó con una voz que, de repente, era más ronca y sombría.

—¿Cómo arruinas a todas las demás? —Ella agitó una mano al tiempo que abría mucho los ojos—. Da igual. Hemos pasado casi una semana juntos sin dama de compañía y, además, la noche pasada...

—No —dijo él.

Lo miró. Lo miró por fin, por primera vez, desde que salieron de Mossband. Había algo en su mirada que hizo que no quisiera terminar lo que había empezado a decir de la noche anterior. Que la hacía pensar que aquello había significado algo para él. Algo similar a lo que había significado para ella.

—Bueno, la cuestión es que te agradecería que me hicieras parecer totalmente inadecuada para el matrimonio. Luego podré empezar una nueva vida. Estableceré mi librería en un lugar tranquilo y viviré feliz. Y libre.

—¿Libre de qué? —preguntó él.

—De todo —replicó ella, incapaz de imprimir veracidad a su tono—. De los rumores. De la aristocracia. De todo lo que detesto.

—De mí.

«No».

Forzó una sonrisa.

—Sabes tan bien como yo lo que sentimos el uno por el otro.

King permaneció en silencio durante un buen rato, y Sophie se preguntó qué estaría pensando.

«Ni siquiera nos gustamos», quiso recordarle.

Recordárselo a sí misma.

—Hecho —dijo él, rompiendo el silencio—. Te arruinaré públicamente si eso es lo que quieres.

—Lo es. Anhele la libertad que trae la ruina.

King asintió.

—Juguemos ese juego, *lady* Sophie, y nos libraremos de los demás incluso antes de que se den cuenta de que estábamos juntos.

Salvo que ella se había dado cuenta. Se dio cuenta el día anterior, cuando se marcharon de El Arrullo del Gorrión, y la noche pasada, cuando la besó hasta que pensó que se volvería loca de placer. Y esa mañana, cuando la había herido de una manera brutal, sin pensar.

Estaban juntos y, de alguna manera, ella lo adoraba y detestaba al mismo tiempo.

Se alisó la falda.

—¿Ha llegado la hora de la cena?

Él miraba con intensidad la tela de un intenso color azul, casi púrpura.

—Te queda bien ese tono.

Sophie se obligó a no sonrojarse ante el cumplido... sin conseguirlo. Apartó la vista.

—Lo llaman azul real.

«Digno de un rey».

Cuando volvió a buscar sus ojos, se lo encontró mirándola con aire pensativo.

—Es bonito... aunque un poco corto.

Dejó que la insultara de nuevo.

—Sí, bueno, como bien sabes, no tengo mucha opción. Y tampoco es que esté buscando, precisamente, impresionar a mis compañeros de mesa.

—Me gustaría verte con un vestido a medida. Te mereces uno hecho para ti. Eso es lo que quería decir. —No se sorprendió ante sus palabras, pero odió el hecho de que él no hubiera tenido intención de hacerle daño. Odió el hecho de que eso la reconfortara. Odió lo que había dicho.

Cruzó la habitación tratando de mantener una pose perfecta, y se enfrentó a él, dejando apenas unas pulgadas entre ellos.

—No tienes ni idea de lo que me merezco.

Pasó un momento antes de que él respondiera.

—Sé que te mereces algo mejor que esto.

Ella jadeó. Ya no era un insulto, sino una observación sincera y tranquila. Se obligó a no permitirle llegar a la parte de ella que le importaba lo que él pensaba. La parte que podría imaginar con facilidad que King se preocupaba por ella. Que la tenía en alta consideración. No era cierto. Esa mañana lo había comprobado. Esa tarde lo había vuelto a comprobar. En ese mismo momento, incluso, lo seguía comprobado. Pasó junto a él y abrió la puerta.

—Cuanto antes comencemos nuestra farsa, antes terminará.

Él se giró, pero no se acercó, y la observó durante un buen rato.

—Plena cooperación, Sophie, o no habrá ninguna ruina —dijo finalmente.

Ella esbozó su sonrisa más brillante.

—Plena cooperación —convino.

Recorrieron los largos y oscuros pasillos del castillo, bajando varios tramos de escaleras antes de atravesar un vestíbulo bien iluminado que conducía al comedor, un enorme espacio de piedra decorado con antiguas armaduras y tapices medievales. Un montón de enormes candelabros daban luz a la mesa más grande que Sophie hubiera visto nunca. Allí podrían

acomodarse cuarenta o cincuenta personas con facilidad; en aquellas sillas de caoba con el respaldo alto, que resultaban tan pesadas como imponentes. Era una habitación diseñada para abrumar, y lo hacía. Se detuvo justo al traspasar la puerta.

King se acercó al instante, rozándole el codo.

—Mi padre ha elegido este lugar por una razón —le explicó en una voz tan baja que apenas se oía, comprendiendo lo que ella sentía—. Intimidarte. No permitas que lo consiga.

Por un instante, imaginó que deseaba consolarla. Hacer que se sintiera valorada en ese imponente espacio. Pero sabía que no era así. Sencillamente, King no quería que su padre ganara. Que haría todo lo que fuera necesario para asegurarse su venganza, y eso incluía la adulación.

Ella sonrió y tensó los hombros, sin preocuparse por lo que el duque veía, intentando ocultar su incomodidad a King.

—A las Talbot no nos intimidan fácilmente —dijo en voz baja.

En el otro extremo de la mesa estaba el duque de Lyne, alto, guapo a pesar del pelo que le plateaba las sienes y de las líneas que rodeaban sus ojos. Aquellos ojos, del mismo color verde brillante que los de King, lo veían todo. Les señaló sus lugares en mitad de la mesa, donde unos lacayos esperaban junto a las sillas. La mirada del duque era inquebrantable.

—Bienvenida. Por favor, siéntese.

Su voz no contenía una petición, sino una orden. No había habido una presentación, ni un poco de cortesía para romper el hielo.

A pesar del fuerte deseo de ignorarlo y salir de la casa, Sophie se acercó a la mesa.

—¿No te interesa conocer a *lady* Sophie? —preguntó King.

—Imagino que podremos hablar después de la cena, ¿verdad?

Sophie estaba casi sentada en la silla más cercana a la puerta cuando el duque habló. Sus palabras eran frías y, a lo sumo, indiferentes ante su presencia. En el peor de los casos, podría considerarlo grosero. La irritación que sintió la hizo pasar de largo la silla junto al lacayo, sorprendiéndolos a todos. El duque apenas abrió un poco más los ojos.

—Pero ¿por qué esperar, su excelencia? —preguntó, esbozando la amplia sonrisa que había aprendido de Seleste, y que estaba orientada a ganarse a lo más granado de la aristocracia, y le tendió la mano al duque, al que no le quedó más remedio que estrecharla mientras ella hacía una reverencia perfecta —. *Lady* Sophie Talbot. *Enchanté*.

A Selesté le gustaba decir que nadie podía resistirse al francés.

Pero parecía que el duque sí podía. La miró por encima de la nariz.

—Bueno, Aloysius, imagino que estarás muy orgulloso de que tus invitados compartan tus modales.

Sophie se enderezó, dispuesta a alejarse de la vergüenza que le provocaba aquel reproche. Las Talbot no se avergonzaban. Ninguna de sus hermanas se dignaría a pensar que aquel hombre no las apreciaba.

Y, además, aquel esfuerzo no tenía nada que ver con ella. Tenía que ver con King y su padre. Ella era un peón. Podía ser invisible y nada cambiaría.

Se sentó haciendo caso omiso de los dos hombres.

Le sirvieron sopa desde una sopera de porcelana, pero no fue uno de los lacayos, sino una hermosa mujer de mediana edad que, por su vestimenta, parecía ser el ama de llaves.

El duque se sentó en la cabecera de la mesa y miró a Sophie con frialdad.

—Talbot. Supongo que conozco a su padre.

—Como tantos otros en Cumbria —replicó ella.

La mujer caminó hasta el otro lado de la mesa, donde estaba sentado King.

—Hola, Agnes —dijo él.

Ella le sonrió cálidamente.

—Bienvenido a casa, *milord*.

King respondió a su sonrisa con la expresión más sincera que Sophie le había visto en las últimas horas.

—Tú, al menos, haces que a uno le parezca que ha vuelto a casa.

Ella le puso la mano en el hombro, pero la quitó con tanta rapidez que Sophie no estuvo segura de que hubiera existido algún contacto.

—Tenía un don para encontrar carbón —dijo el duque con brusquedad, reclamando la atención de Sophie. Seguía hablando de su padre.

—No estoy segura de que sea un don —repuso ella—. Solo sé que trabaja más duro que la mayoría de los hombres que conozco.

No es que el trabajo duro fuera un esfuerzo digno de aristócratas, pero era algo que había presenciado una y otra vez cuando era niña. Se concentró en un recuerdo sobre su padre, en un baile algunos años antes, un grupo de damas de la nobleza había criticado sus manos bastas, ásperas y callosas.

—Debería usar guantes cuando venga a Londres —había protestado una de las mujeres.

—No debería acercarse a Londres, con o sin guantes —había respondido otra, provocando la carcajada de todo el grupo.

Sophie las había odiado por aquel insulto. Por la forma en la que valoraban la apariencia en vez de las obras. Por la forma en la que preferían el esnobismo al honor.

—Tiene una habilidad especial para el carbón —repitió el duque—. Y también una gran facilidad para medrar. —Hizo una pausa—. Igual que sus hijas, al parecer. —El duque miró a King, que le sostuvo la mirada mientras seguía hablando—. Podrías haberme avisado de que no vendrías solo.

King bebió un sorbo de vino.

—Y tú podrías haberme enviado un mensaje diciéndome que no estabas a punto de morir.

El duque le lanzó una mirada fría.

—¿Y decepcionarte?

Sophie miró a un hombre y luego al otro, advirtiendo la semejanza que existía en el gesto de obstinación de las mandíbulas cuando King resopló de risa.

—Debería haberlo supuesto, claro está. La decepción ha sido siempre una parte esencial de ser el heredero de tu título.

Sophie abrió mucho los ojos ante el tono provocador.

El duque permaneció inmóvil.

—Me imaginé que si te decían que estaba a punto de dejar este mundo, volverías a casa. Tenemos algunos asuntos que discutir. Al menos va siendo hora de que lo hagamos.

King brindó por su padre.

—Bien, pues he vuelto. El hijo.... —miró a Sophie— e hija prodigos.

Hubo un jadeo en la oscuridad, detrás de Sophie, y se dio la vuelta para encontrarse con el ama de llaves, que miraba la mesa con los ojos muy abiertos.

El duque se reclinó en la silla.

—Así que te has casado.

—Comprometido... —corrigió Sophie con rapidez. No iba a permitir que aquellos dos hombres fueran más allá de lo que estaba dispuesta a llegar ella.

King se volvió hacia ella con una sonrisa ganadora.

—Por ahora.

El duque bebió, saboreando el vino durante un buen rato.

—Es es tu plan, ¿verdad? ¿Regresar a casa cargando con una de las peligrosas Talbot?

Sophie dejó la cuchara en la sopa. No debería sorprenderse por las

palabras, ni por el apodo, pero así era. El duque no parecía estar en sintonía con el resto de la aristocracia. Y a pesar de que odió lo que acababa de decir, y al propio hombre, tenía que admitir que resultaba refrescante que las pronunciaran en voz alta, en público y sin vergüenza.

O, más bien, con vergüenza, pero sin el placer secreto que sentían los que decían el nombre a sus espaldas.

King se puso tenso al otro lado de la mesa, sin duda sorprendido e irritado de que su estúpido plan se hubiera visto descubierto a los pocos minutos de su regreso. Sophie mentiría si dijera que no encontraba un mínimo placer en su fracaso. Alguien que poseía la arrogancia del marqués de Eversley merecía que lo pillaran con las manos en la masa de vez en cuando. Habiendo sido descubiertos, había dejado de estar en deuda con él por su acuerdo y podría seguir su camino. Soportaría felizmente el peso de la reputación de sus hermanas si eso significaba presenciar cómo naufragaba el plan de King.

Él golpeó la mesa con el puño cerrado con una fuerza que hizo tintinear los platos. Lo miró, poco preparada para ver cómo redoblaba sus esfuerzos para presentarla como una mujer que le importaba.

—Como vuelvas a llamarla así, no me hago responsable de mis actos. — No, sin duda no estaba preparada para eso—. No pienso dejar que vuelvas a hacerlo —añadió él—. No dejaré que me alejes otra vez.

«¿Otra?».

Sophie respiró hondo.

—Por fin llegamos al meollo del asunto —afirmó el duque, haciéndole una seña a uno de los lacayos para que le sirviera más vino—. Tu precioso amor. —Se volvió hacia ella—. No va por usted, por supuesto.

Ella no apartó la mirada de King quien, a pesar de su silencio, revelaba más de lo que debía. Recordó la forma en la que había hablado del amor unas cuantas noches antes: «No te recrees en poemas y en cuentos de hadas».

Y cuando ella le preguntó si el duque había hecho daño a la chica que amaba, él le respondió: «Igual que si le hubiera puesto una pistola en la cabeza».

¡Santo Dios!

—¿Y a esta? —continuó el duque provocando a su hijo, ajeno a los pensamientos de Sophie—. ¿A esta también la amas?

«Esto es un error».

Se puso rígida mientras mantenía silencio. No quería que ocurriera eso. Nada de eso. No quería que él tuviera que inventarse un amor, ni que lo

escenificara con ella. Miró a King, reconociendo la furia silenciosa que asomaba en su rostro, sabiendo que ella no le importaba nada. Sabiendo que todo ese viaje, todos los momentos de risas y el innegable y extraño interés que podía haber sentido por ella palidecían en comparación con el que había tenido con la otra.

Sabiendo que el deseo que sentía por ella palidecía al compararlo con el deseo de venganza.

Quiso que dijera la verdad.

Que soltara todas las mentiras que los ataban.

Que la dejara libre.

Quizá si la liberaba, ella podría alcanzar todavía la felicidad.

Pero supo que no lo haría y, de alguna forma, no pudo culparlo. Ese lugar debía estar repleto de recuerdos de ese horrible pasado. Lo odiaba por lo que le había hecho a ella, por obligarla a ser parte de ese juego alocado, pero al mismo tiempo lo entendía.

Ella sabía mejor que la mayoría a lo que era capaz de conducir la desesperación.

—No dejes que la pobre chica se haga preguntas, Aloysius —dijo el duque, arrastrando las palabras.

King la miró y el tiempo pareció detenerse. Sophie solo escuchaba los latidos de su corazón y sabía que no se creería las palabras que él dijera, fueran las que fueran. No quería que dijera que la amaba. No se creía capaz de soportar escuchar eso por primera vez sabiendo que no era cierto.

Y, de alguna forma, no quería que él dijera que no la amaba.

No quería ser el medio para que él alcanzara su objetivo.

Deseaba ser algo más que eso.

Anhelaba ser más de lo que él le ofrecía.

—*Lady* Sophie sabe exactamente lo que siento por ella.

Era el elogio más débil que jamás hubiera recibido y le dolió con más fuerza que todos los desprecios aristocráticos que hubiera oído. Con esas simples palabras, todo había terminado para Sophie. No le importaba su acuerdo, no en

ese momento. No mientras deseaba otra cosa. Mientras deseaba más.

No quería ser parte de ese toma y daca, de esa batalla entre dos hombres poderosos que no sabían lo que era realmente importante en la vida.

Y así fue como Sophie Talbot estuvo a la altura de su reputación como una de las peligrosas hermanas Talbot, ignorando lo que era correcto y haciendo lo

que era adecuado.

Dobló la servilleta hasta convertirla en un cuadrado perfecto y se levantó. Los dos hombres se levantaron con ella; sus ridículos modales parecían tener importancia en eso, pero no en el resto de la noche. Sophie contuvo la risa cuando pasó junto a duque de Lyne e inclinó la cabeza.

—Excelencia, me temo que he perdido el apetito.

—Sin duda —respondió él, en un tono carente de sorpresa.

—Si me perdona... —añadió ella.

—Te acompaño —dijo King, rodeando la mesa—. No es necesario que cenemos con el duque si no es capaz de aceptarte.

Por supuesto, él debía sentirse muy feliz al ver que su padre no la aceptaba. Era lo que estaba buscando.

Ella no era una joven aceptable. Ni para el padre ni para el hijo.

—No —le detuvo. La sílaba resonó como un disparo en la estancia.

King se quedó quieto.

—Me voy sola —explicó.

Él se movió una vez más. Sus largas piernas hicieron desaparecer la distancia entre ellos con un rápido propósito.

—No te irás sola —pronunció de una forma extrañamente directa antes de que continuara en voz baja—: él no se va a interponer entre nosotros, cariño.

Fue aquella muestra de cariño lo que la impulsó.

Aquella terrible mentira que él había dicho.

El terrible error que había cometido.

Levantó una mano, haciendo que se detuviera de nuevo.

—Él no se interpone entre nosotros —dijo con la voz tranquila, fría y certera—. Él no es el problema.

—Sin duda tú no eres el problema.

—Soy muy consciente de cuál es el problema.

Pareció como si King hubiera recibido un golpe con el cucharón de la sopa en la parte superior de su hermosa cabeza, pero a ella no le proporcionó ningún placer. Estaba demasiado ocupada manteniendo la espalda recta y las lágrimas a raya cuando se dio la vuelta y salió de la enorme sala.

· 15. La triste Sophie busca dulce consuelo ·

Sophie estaba resultando ser una experta en hacer salidas escandalosas y no saber qué hacer después.

No podía regresar a sus habitaciones, ya que no deseaba que la encontraran, y no podía salir de la casa, porque era noche cerrada y no tenía a dónde ir. Y de todas formas, no creía que el duque de Lyne se tomara demasiado bien que se apropiara de uno de sus carruajes. Seguramente lo consideraría un robo.

Así que siguiendo su olfato y su apetito, se dirigió al único lugar en el que solía sentirse cómoda en inmensas mansiones como esa: la cocina.

La estancia estaba caliente y bien iluminada, era tan acogedora como todas las cocinas. Había dos grandes mesas en el centro, una con un juego de platos enormes con comida apetecible: ganso asado perfectamente dorado que tenía de guarnición los espárragos más verdes que hubiera visto nunca, una imponente pirámide de patatas al romero, costillas de cordero sobre un lecho de hierbas, un tarro con jalea de menta y un montón de pastelitos de fresa que casi se podía oler desde la puerta.

Como llevaba días sin alimentarse de forma adecuada, la comida debería haber captado toda su atención, pero en esas cocinas, lo que había encima de la mesa no era lo más atractivo. No, llamó más su atención la segunda mesa, llena de sirvientes que comían su propia comida, una cena que no se parecía en nada a los elaborados platos que iban a ser servidos al duque y a su heredero.

Las risas de los criados la hicieron atravesar la puerta, y el olor de la comida caliente le hizo la boca agua. Se puso de puntillas para ver qué estaban comiendo y, cuando lo descubrió, la atravesó una profunda envidia. Empanadas.

Las pequeñas delicias rellenas de carne, verduras y patata ocupaban varios platos en el centro de la mesa de los criados, y la charla seguía incesante mientras comían. Sophie escuchó los rumores sobre el enfado del duque, el regreso del marqués y la chica que lo acompañaba. Ella.

—¿Parecen muy enamorados?

—Él debe estarlo. La ha traído a casa. Así que imagino que sí.

—Ella no tiene dama de compañía —susurró alguien.

—Sin duda están enamorados.

Sophie esperaba que quien lo hubiera dicho no tuviera intención de apostar por ello.

—Y tú eres una experta, Katie. —Esto último lo dijo la mujer que había visto en el comedor, Agnes, mientras dejaba una jarra de cerveza en la mesa.

Katie se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen. —Se volvió hacia el ama de llaves—. Señora Graycote, usted que lleva aquí toda la vida, ¿ha habido alguna vez rumores sobre alguna posible esposa para el marqués?

—Nunca —respondió una chica que no era Agnes.

—Solo lo que vemos en las páginas de cotilleos —intervino una tercera persona—. Y por lo que se lee en ellas, es más posible que ponga fin a un matrimonio a que empiece uno.

Hubo risas alrededor de la mesa, y Agnes sacudió la cabeza cuando un lacayo entró en la cocina por el extremo opuesto de la habitación. El ama de llaves lo miró.

—¿Están preparados para el siguiente plato?

Él asintió.

—La señorita ha abandonado la mesa, y ellos no se hablan.

Agnes eludió el tema.

—Se come mejor en silencio.

—Creo que quiere decir que que estén comiendo reduce las posibilidades de que se maten.

A Sophie le pareció una puntualización excelente, pero Agnes, al parecer, no lo vio así.

—Cuando desee saber lo que piensas, Peter —reprendió el ama de llaves al lacayo—, te lo haré saber.

Él bajó la cabeza y se acercó al ganso, siguiendo las órdenes. Cuando levantó la pesada bandeja sobre el hombro izquierdo, la mirada de Agnes se encontró con la de Sophie, envuelta en la penumbra de la puerta. Sophie empezó a retroceder para marcharse, pero se detuvo cuando la mujer se fijó en ella y su expresión pasó de sorpresa a una sonrisa amable.

La conversación de la mesa continuó, ajena al silencioso intercambio.

—¿Ella ha abandonado la mesa?

—¿Tú no lo harías?

Sophie casi se rio. Era cierto, cualquiera, en su sano juicio, se hubiera levantado de la mesa.

—Claro que lo haría —fue la respuesta—, pero incluso yo sé que no se puede dejar plantado a un duque.

—Técnicamente, a dos duques.

Hubo una pausa.

—¿Quién es esa chica? —preguntó alguien.

—El marqués la ha presentado como su futura esposa —respondió una joven—. Será una de esas damas de la nobleza.

Aunque ella no era ninguna de esas cosas. No de verdad.

—La ayudé a vestirse para la cena —dijo una voz que Sophie reconoció—. No parece una estirada. Tiene una herida de bala en el hombro. Y es muy alta.

—Ser alta no significa nada —dijo alguien elevando el tono.

—Sin embargo, tener una herida de bala en el hombro, sí. ¿Cómo se llama?

Sophie se había pasado gran parte de la última década siendo examinada con desdén, como si fuera un insecto bajo una lupa, pero siempre por los aristócratas. Era una experiencia nueva estar sometida a los cuchicheos de los sirvientes, y fue consciente de inmediato que no pertenecía ni arriba ni abajo.

Notó que le gruñía el estómago.

Pero allí, al menos, podía comer empanada mientras oía los chismes.

—De hecho, tengo un nombre —dijo, dando un paso adelante. Se hizo el silencio al instante y se habría reído de los ojos y bocas abiertas alrededor de la mesa si no tuviera la esperanza de ser bien recibida allí, en esa cocina, por esas personas que parecían más sinceras que cualquiera que hubiera conocido en los últimos años—. Y, dado que abandoné la mesa sin terminar la sopa, compartiré mi secreto con vosotros a cambio de empanada.

Hubo un momento en el que todos parecieron quedarse inmóviles, como si las palabras hubieran llegado desde lo más alto en lugar de haber sido pronunciado por una mujer con el vestido mal ajustado. Y luego, se movieron en masa, arrastrándose a derecha e izquierda para hacerle sitio. Cuando tomó asiento, apareció un plato ante ella, con una empanada recién hecha en el centro.

—Es de pollo y verduras —explicó la mujer que tenía a la derecha—. También las hay de carne de cerdo y verduras.

—Es perfecta —aseguró Sophie, partiéndola en dos. Al momento, el manjar soltó un susurro vaporoso que inundó sus fosas nasales con el magnífico olor del pastel. Se le hizo la boca agua, pero se resistió a tomar un bocado el

tiempo suficiente para decir su nombre—. Soy Sophie Talbot.

Casi no oyó la exclamación de reconocimiento por parte de las criadas más jóvenes, que ocupaba el extremo de la mesa, por culpa de su propio suspiro de placer una vez que tuvo la comida en la boca.

—¡Es una de las peligrosas Talbot! —El grito excitado le llegó de un lugar lejano.

No dejó de masticar.

—Ginny, no debes llamarla así —susurró otra chica—. No está bien.

La chica que recibía el nombre de Ginny tuvo la decencia de parecer avergonzada.

Sophie tragó saliva y señaló el barril de cerveza.

—¿Puedo?

Un hombre cercano llenó de inmediato una taza de peltre y la deslizó hacia ella, que derramó un poco de líquido dorado cuando la cogió. Bebió con sed.

—Algunos se refieren a mis hermanas y a mí como las peligrosas Talbot.

—Por su padre —explicó Ginny—. Por el carbón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó una joven sentada frente a ella.

Ginny se sonrojó.

—Leo los periódicos.

—Las páginas de cotilleos no son periódicos —puntualizó Agnes.

Los presentes se rieron y Ginny bajó la cabeza, avergonzada. Sophie se apiadó de la chica al tiempo que tomaba otro bocado.

—Son más interesantes que los periódicos, ¿verdad? —Sonrió cuando Ginny levantó la cabeza—. Soy la hermana pequeña.

—Las chicas Talbot —explicó la chica a la mesa— son las hijas de Jack Talbot, se criaron aquí, en Cumbria, ¡como nosotros!

—Solo que ella es una dama, y nosotros no —intervino el hombre que estaba sentado en el otro extremo de la mesa. Lo que era un comentario extraño, porque un momento era poca cosa para un duque y en el siguiente demasiado para cualquier otra persona.

«Sin hogar».

Ignoró el pensamiento.

—En realidad —dijo Sophie—, no soy tan distinta. Mi padre trabajó en una mina de carbón, igual que mi abuelo y mi bisabuelo.

—Mi hermano trabaja en las minas —dijo una voz.

Sophie asintió.

—Pues igual que tu hermano. La única diferencia es que mi padre tuvo

suerte y compró una parcela de tierra que, con el tiempo, se ha convertido en la entrada a una de las minas más ricas de Gran Bretaña. —Los sirvientes abrieron los ojos como platos cuando el acento londinense que tanto había trabajado Sophie daba paso a su deje del norte del país mientras contaba relajadamente la historia que había oído mil veces cuando era niña—. Se metió allí dentro y cavó durante varios días hasta encontrar algo de calidad. Algo que los nobles de Londres pudieran usar.

—¿Veis? ¡No es una noble! —canturreó la chica que la había ayudado a vestir.

Sophie negó con la cabeza.

—No lo soy. Me crié en Mossband.

—Sí lo es —contradijo el hombre del extremo de la mesa—. Porque a ella la llamamos *milady* y se va a casar con el hijo del duque.

«En realidad, no».

Empujó a un lado la decepción y bebió un sorbo de cerveza antes de sonreírle por encima de la mesa.

—Mi padre no solo es bueno con el carbón... también se le da bien el juego.

—Dicen que Prinny perdió con él una ronda de faro, que así fue como ganó el condado —susurró Ginny lo suficientemente alto como para que todo el castillo la oyera.

Sophie le guiñó el ojo, sintiéndose más que nunca una peligrosa Talbot. Estaba disfrutándolo. Igual que lo hacían sus hermanas.

—De hecho, eso es lo que se dice, sí.

Las preguntas surgieron rápidamente a partir de ese momento, preguntas sobre su vida y la de sus hermanas, sobre sus pretendientes, su padre y cómo se habían convertido en aristócratas. Ella respondió a todas con el plato y la jarra siempre llenos. La comida y la cerveza la hacían sentirse cómoda y habladora, y se dio cuenta de que por primera vez en lo que parecían años, se sentía libre para responder la verdad en lugar de elaborar cuidadosas respuestas.

—Así que empujó al duque de Haven a la fuente de la condesa de Liverpool —informó Ginny, que parecía saber, lo todo sobre su vida y la de sus hermanas—, y ahora está siendo cortejada por el marqués de Eversley. ¡Qué suerte ser tan famosa!

—Ese chisme ha llegado aquí muy rápido —dijo Sophie con el ceño fruncido.

Ginny sonrió.

—Hoy mismo. Lo leí antes de la cena.

—No era una fuente, sino un estanque. El agua apenas le llegaba por las rodillas.

—¡Aun así! Es usted la estrella de las páginas de cotilleos —suspiró Ginny—. Es tan afortunada...

Pero Sophie no se sentía afortunada. Se sentía como si no pudiera volver nunca a casa. Porque ni siquiera sabía dónde estaba su hogar.

«Ni si lo tenía».

—¿Cómo se siente una chica de Mossband al ser cortejada por un marqués?

—Un marqués muy guapo —puntualizó una de las chicas, provocando un coro de risitas del resto de las jóvenes y un gemido colectivo de los hombres.

Pero Sophie se sintió atrapada por la pregunta. ¿Cómo se sentía? Pues normal, porque no era como si él estuviera cortejándola de verdad. Porque no era más que un arreglo. Ni siquiera una fantasía. Realmente nunca había pensado en vivir en Mossband. En realidad no hubiera tenido sentido que Robbie la hubiera esperado; y si lo hubiera hecho, tampoco habría querido casarse con él. Y King... jamás había sido su marido. Ni su prometido. Y ahora, después de esa desastrosa cena, apenas tenían...

«Ni siquiera nos caemos bien».

¿Cuántas veces se habían dicho eso el uno al otro?

¿Cuántas veces había tratado de convencerse de que era verdad?

No importaba que hubiera momentos en los que se había sentido muy cercana a él. No importaba que le gustara cómo besaba. Que se pusiera de su lado y la defendiera, aunque supiera que era por su propio bien. Ni que le encantara que la hubiera abrazado cuando se desangraba en el carruaje. O cuando la alejó de los hombres de su padre. O cuando atravesó la puerta de la panadería.

Lo que importaba era que no estaban comprometidos y que nunca se casarían.

«No importa lo mucho que lo desees».

Aquel pensamiento la sorprendió. No quería eso, ¿verdad? Levantó la cabeza y respondió a la parte de la pregunta que podía responder sin dudar.

—Es muy guapo.

—Bien, al menos tengo eso.

Sophie cerró los ojos al escuchar las palabras y deseó que el suelo de la cocina de Lyne Castle se abriera y se la tragara. Por supuesto que él estaba

allí. Claro que la había oído. Ella bajó la mirada al regazo, avergonzada más allá de toda medida.

—Lamento interrumpir lo que parece una cena maravillosa —dijo King a los allí reunidos, que inmediatamente se pusieron en pie, asegurándole que no había interrumpido nada. ¿En qué podían servirle? ¿Una cerveza, quizá? ¿Comida?

—No, gracias —rechazó con elegancia—. Solo quería pasar algún tiempo con *lady Sophie*, ¿puedo?

Ella alzó la vista y luego buscó su hermoso rostro, que mostraba una expresión sincera y divertida a la vez. No estaba segura de querer darle ese tiempo que pedía. Desde luego no se lo merecía. King debía haber sentido su inquietud, ya que en lugar de añadir nada más, se dio la vuelta para investigar la mesa de comida cercana. Allí seleccionó dos pastelitos de la parte superior de la torre y los puso en un platito. Luego los cubrió con nata antes de darse la vuelta, lamiéndose el pulgar y el índice.

—Ese no es un comportamiento digno de un aristócrata —aseguró ella, preguntándose de inmediato si quizá era la cerveza la que la hacía hablar así.

Él curvó la comisura de la boca con una sonrisa tímida.

—Tampoco lo fue mi comportamiento esta tarde. ¿Me perdonas?

Por mucho que se disculpara, no había sido correcto.

Sin embargo, Sophie notó las mejillas calientes incluso antes de que le tendiera el plato.

—Esta gente no es la única que te puede alimentar. Tengo pastelitos. ¿Puedo tentarte para que me acompañes?

Una de las criadas suspiró a su espalda.

Sophie tuvo que resistir el impulso de hacer lo mismo.

Observó el plato con los dulces durante un buen rato. Tenían un aspecto increíble.

—Supongo... —Se levantó y se alisó la falda—. Con los pastelitos.

Él sonrió al tiempo que se llevaba una mano al pecho.

—Por supuesto. No se me había pasado por la imaginación otra cosa.

Ella cogió el plato y dejó que la guiara hacia la puerta, donde recordó darse la vuelta.

—Gracias a todos por la cena.

Los sirvientes parecieron sorprendidos por su gratitud.

—Gracias, *milady* —respondió Agnes—. Es bienvenida a nuestra mesa

siempre que quiera.

Sophie siguió a King a través de la puerta.

—Me gusta verte sonreír —dijo él en voz baja cuando estaban en el pasillo a oscuras—. No sueles hacerlo cuando estás conmigo.

Alzó la vista hacia él.

—No he tenido demasiadas razones para sonreír desde que nos conocimos.

—Me gustaría cambiar eso.

Ella levantó el plato.

—Pastelitos de fresa es un buen comienzo.

No dejó de mirarla.

—Creo que lo puedo hacer mejor. —Se giró sobre sus talones y la guio a través del laberinto de pasillos tenuemente iluminados, hasta subir un tramo de escaleras para atravesar una de las enormes puertas que comunicaba con una de las alas del castillo.

Ella lo siguió a pesar de que no quería.

O posiblemente lo deseara mucho.

Con ese hombre, todo era muy confuso.

—¿A dónde vamos?

Él se detuvo frente a unas puertas enormes, justo de espaldas a ellos.

—A tomar el postre.

Había algo en sus palabras, en la expresión de sus ojos cuando las dijo, que hizo que a Sophie se le acelerara el corazón.

Ese no era el King que había conocido hasta ahora.

—Aquí hay una biblioteca. ¿Quieres que te la enseñe?

Ella frunció el ceño.

—Estás sobornándome con libros.

—¿Funciona?

Sophie enfocó la vista en la puerta, por encima de su hombro.

—Quizá.

King sonrió de medio lado, haciendo aparecer un hoyuelo en su mejilla.

—Vamos a verla, ¿de acuerdo? —dijo, abriendo la puerta para revelar la biblioteca más bonita y más grande que ella hubiera visto nunca. La habitación era como una caverna, ocupando dos alturas en todos los lados con un balcón de hierro forjado que recorría el perímetro de la estancia. Frente a ellos había varios sillones y una enorme chimenea de metro y medio de alto por tres de ancho.

Y todo lo demás eran libros, que ocupaban lo que parecían kilómetros de

estantes desde el suelo hasta el techo, encuadernados en rojos intensos, verdes, marrones y azules. Allí dentro había más libros de los que una persona podía leer en su vida.

Pero siempre se podía intentar.

Entró en la habitación y giró lentamente sobre sí misma, preguntándose cuánto tiempo requeriría él su atención antes de que la dejara vagar a su aire por la estancia.

—Esto es... —se interrumpió, asombrada.

—¿Es...? —la presionó él después de un buen rato.

Se volvió hacia él sonriente.

—Está funcionando.

King se rio.

—Excelente. —Él cerró la puerta a su espalda y se sentó en uno de los enormes sillones de cuero que ocupaban el centro de la sala, junto a un montón de volúmenes de mayor tamaño. Dejó el plato con los pastelitos en el brazo del sillón e hizo un gesto con una mano a modo de invitación—. Sé que te mueres por explorarla, cariño. Estás en tu casa.

Ella salió disparada hacia la escalerita de hierro.

—Siempre he querido tener una biblioteca —confesó ella, pasando con reverencia la punta de los dedos por los libros.

—Pensaba que querías una librería —repuso él desde abajo.

—Eso también. La cuestión es que me imaginaba a mi padre poniéndome una librería —dijo ella—, después de todo, sería una inversión.

—¿Y una biblioteca no lo es?

Sophie movió la cabeza, pasando un dedo por el ribete dorado de un volumen de Milton que acababa de encontrar.

—Una biblioteca es un lujo.

—Tu padre es muy rico. Creo que podría pagar las dos cosas.

—Siempre me ha comprado libros, pero mi madre... —se interrumpió y encogió los hombros—. A ella no le preocupan.

—¿Qué quieres decir?

Lo miró y, por un momento, se olvidó de la biblioteca, concentrada en la forma inquebrantable en que la escrutaba con sus ojos verdes.

—Hizo que los ocultara.

—¿Por qué?

—A nadie le gusta una mujer con ideas —repuso ella, haciéndose eco de las expresiones que había oído docenas de veces a su madre—. Supongo que

imaginaba que los libros hacen pensar.

—Es cierto. A la gente inteligente, al menos.

—No estoy muy de acuerdo contigo. A pesar de todos los libros que he leído, soy la única de las Talbot atrapada en el norte con un marqués soltero y una herida de bala en el hombro.

—Pero tu situación actual no tiene que ver con leer sobre dólmenes.

Sophie se rio mientras pasaba la mano por una larga fila de encuadernaciones en cuero.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Eres mejor por todos los libros que has leído.

Ella curvó los dedos alrededor de la barandilla de la balaustrada de hierro y se inclinó para mirarlo.

—Si tú fueras una de las peligrosas Talbot, mi madre perdería la esperanza contigo. Sería un milagro si te casaras.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, mirándola—. Eres la mujer más fácil de casar que he conocido.

—¿En serio? —Ella lo miró calmada.

—Por supuesto. —Lo vio tomar un bocado de pastelito como si la afirmación fuera completamente normal.

—Quieres decir una vez que uno se entera de que no estoy tratando de pescarlo.

—Sí, una vez que ocurre eso —confirmó él con una sonrisa.

Algo la hacía sentir un poco mareada. La cerveza.

Sí, definitivamente la cerveza.

No él.

—¿Por qué?

Era la cerveza la que la había hecho hacer esa pregunta; la cerveza y la distancia entre ellos, que de alguna forma la impulsaba ser más valiente que nunca.

—¿Por qué no quieres casarte? —contrató él. Sophie no respondió—. Eres inteligente, valiente y honorable.

«Excelente —pensó Sophie—. Como un perro o un caballo».

—Y no olvidemos que también eres muy guapa —añadió él.

—No soy guapa —rechazó ella, deseando poder desaparecer. Simplemente desvanecerse detrás de los libros y no volver a aparecer.

Por desgracia, no fue así.

—Sí que lo eres.

Sophie negó con la cabeza, odiando la forma en que la vergüenza le contrajo el pecho. No quería hablar de su belleza o falta de ella. Ninguna mujer corriente quería, sobre todo con un hombre tan apuesto como ese.

¡Dios Santo! La había oído cuando dijo que era guapo.

Tragó saliva, desesperada por poner fin a esa conversación.

—¿Sophie?

Lo miró.

«No me obligues a responder».

«No me hagas pensar en por qué jamás serás para mí».

Era la cerveza la que le hacía pensar esas cosas. No le importaba si él era o no para ella.

Salvo que, de vez en cuando, lo pensaba. Como cuando le ofrecía pastelitos de fresa, le enseñaba aquella biblioteca mágica o le decía que era guapa.

Y le hacía querer creerlo.

Entonces le importaba, le importaba mucho.

—Estoy comiéndome los pastelitos. Me siento obligado moralmente a decírtelo.

Ella se sintió aliviada, una sensación que se vio reemplazada con rapidez por algo mucho más peligroso. Algo que hizo que Sophie deseara estar en otro lugar, que fueran otras personas. Y solo tener que pensar en esas bromas sobre pastelitos de fresa.

Miró hacia abajo y lo vio descansando en el sillón de cuero, levantando el plato hacia ella como una ofrenda.

Quizá por esa noche sería suficiente con pastelitos de fresa.

—¡Te has comido el mío! —dijo ella con los ojos muy abiertos.

—Parecía que no lo querías.

—Por supuesto que lo quería, ¡ladrón de pastelitos!

Lo vio sonreír.

—Entonces, ¿por qué estás ahí arriba?

¿Por qué, ciertamente?

Bajó los escalones en solo unos segundos y le arrebató el plato de la mano.

—Solo queda un pastelito a medio comer.

—De lo mejor que he probado en mi vida —aseguró él, empezando a abrir el libro que había en la mesita, junto a él.

—¡Alto! —ordenó ella.

Él se detuvo al tiempo que la miraba con asombro.

—¿Qué pasa?

—Tus dedos. Están manchados de nata. No toques el libro.

—Ni que estuviera a punto de matar a alguien.

—Esto es peor —vaticinó ella—. El libro quedaría manchado para siempre.

Él alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo... No quiera Dios que se manche...

Sophie se sentó en un sillón, frente a él, y dio un mordisco al postre, suspirando de placer cuando saboreó la deliciosa fruta acompañada con nata en su punto.

—Es exquisito —aseguró, con la mirada clavada en el dulce.

—¿Verdad que sí? —La voz de él era más ronca que nunca, más calmada. Más pecaminosa.

Levantó la vista y se lo encontró con los ojos en su boca, por lo que el placer gastronómico se convirtió en un tipo diferente de placer.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Ya no sabía si estaban hablando del pastelito. Le tendió el plato, y él negó con la cabeza.

—¿Seguro?

—¿Por qué los libros?

Ella arqueó las cejas.

—¿Perdón?

—¿Por qué son tu vicio?

Sophie dejó el plato en la mesa y se limpió la mano en la falda antes de coger el volumen que había en la parte superior de un montón de libros de pequeño tamaño, encuadernados en piel para ofrecérselo.

—Venga.

—¿Y ahora qué? —dijo King, agarrándolo con los dedos.

—Huélelo. —Él inclinó la cabeza, y ella no pudo evitar una sonrisa—. Venga...

Él lo acercó a su nariz e inhaló.

—No es... —explicó ella—... realmente un olor.

King arqueó una ceja, pero hizo lo que ella le decía.

—¿A qué huele? —preguntó Sophie.

—A cuero y tinta.

Ella negó con la cabeza.

—A felicidad. A eso huelen los libros. A felicidad. Por eso siempre he

querido tener una librería. ¿No crees que lo mejor de la vida es vender felicidad?

La observó durante un buen rato mientras ella se acomodaba y daba otro mordisco al pastelito.

—No me has dicho si me perdonabas o no —dijo él bajito mientras ella masticaba.

El cambio de tema la sobresaltó.

—¿Perdón?

—Por la forma en que te he tratado. En la cena.

Ella miró el dulce, seleccionó una fresa y se la comió sola, dándose tiempo para pensar la respuesta.

El silencio se alargó durante un buen rato.

—Por la forma en que te he tratado desde que salimos de Mossband. Desde anoche. En el carruaje.

Ella lo miró.

—No hiciste nada malo en el carruaje.

King se rio, pero estaba claro que no le veía la gracia.

—En el carruaje hice un centenar de cosas malas, Sophie.

—Sí, pero no fueron esas cosas las que me hicieron sentir triste. —Lo dijo sin pensar, antes de poder retener las palabras. Antes de que pudiera parecer menos delicada, dejó el plato a un lado y se levantó—. Lo siento.

Él se inclinó hacia delante.

—No te atrevas a pedir perdón. Creo que es la primera vez que alguien me dice la verdad sin tapujos desde hace años. Yo... —vaciló—. ¡Dios, Sophie! Lo siento.

—No es... —Meneó la cabeza.

—Alto. —Lo vio levantarse y acercarse a ella—. Soy idiota. Tú misma me lo dijiste, ¿recuerdas?

—No debería haberlo dicho.

—¿Que soy idiota?

Sophie miró sus ojos verde hierba que la miraban fijamente.

—Lo fuiste. Bastante.

King asintió.

—Lo fui.

—Y esta noche, todavía lo has sido más.

—Lo sé. Me gustaría no haberlo sido.

—He querido tirarte la sopa por encima.

Él arqueó la ceja.

—Estás tomándote en serio eso de decir la verdad.

Sophie sonrió.

—Es muy liberador.

Ella se echó a reír y luego se puso seria.

—¿Me perdonas?

Lo observó durante un buen rato.

—Sí.

Él soltó el aire como si hubiera estado conteniendo la respiración, y se estiró hacia ella, sorprendiéndolos a ambos, para pasarle la punta de los dedos por la barbilla. Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Nunca he querido hacerte daño.

Ella tragó saliva al sentir su contacto, el calor de su piel.

—No debería haberte traído aquí —dijo él en voz baja. Ella odió aquella idea hasta que siguió hablando—. Eres demasiado buena para este lugar. Para los hombres que hay aquí.

Ella jadeó.

—No creo que sea cierto.

—No me conoces —argumentó él.

—Pues enséñame cómo eres —ofreció ella, deseando desesperadamente que estuviera de acuerdo y le hablara de ese lugar y sus hombres.

No lo hizo, clavó los ojos en sus labios y le acarició la mandíbula con el pulgar.

—Tienes nata en el labio.

De los pastelitos. Ella levantó la mano, pero él intuyó el movimiento y le capturó la muñeca antes de que pudiera retirar los restos de la tarta.

—No —susurró, acercándose y abrumándola con su olor a jabón y especias—. Permíteme.

Sophie se quedó quieta, sin entenderlo del todo pero queriendo lo que fuera que le ofreciera. Y de repente, estaba allí, con sus labios sobre los de ella, lamiendo con la lengua aquella nata.

Jamás había experimentado nada tan escandaloso.

Nada tan...

—Mmmm... —ronroneó él con suavidad mientras levantaba la cabeza—. Es exquisito.

Antes no estaba hablando de la tarta.

Ella no pudo evitar ponerle la mano en el cuello, rodeárselo de la misma

forma que él rodeaba el suyo, enredando los dedos en su cabello oscuro.

—Enséñame... —repitió, pero esta vez no quería que hablara. Quería que la tomara.

O tal vez fue ella quien lo tomó, alzando su rostro hacia él y capturando sus labios.

· 16. ¡Lascivia desatada en la biblioteca de Lyne Castle! ·

Ella lo besó.

King podría haber sido capaz de detenerse si solo hubiera sido un beso, podría haberla besado un poco para recordar su sabor sin más, si ella no lo hubiera hecho levantando su cara al tiempo que le hacía bajar la cabeza, tentándolo con su silencio.

Pero, después de todo, él era un hombre.

Y no existía ningún hombre en la tierra capaz de resistirse a esa mujer.

Así que le devolvió el beso, profundizándolo mientras la envolvía con sus brazos, alzándola contra su cuerpo, y ella le rodeó el cuello con las manos dejándose llevar.

La primera vez que la besó, había sido a oscuras, en el pasillo de la maldita posada El Arrullo del Gorrión. La segunda, no había podido verla.

Que le condenaran si se perdía un momento de la tercera vez.

Sophie era suave, dulce y se quedaba sin aliento contra él. Lo miró con los ojos muy abiertos cuando la alzó entre sus brazos sin romper el beso, volviéndose hacia el enorme sillón de cuero en el que había estado sentado antes, cuando la estuvo observando desde abajo, tratando de no echar un vistazo por debajo de aquella falda demasiado corta. Tratando desesperadamente de ver algo. Intentando no fijarse demasiado en ella, pero incapaz de resistirse a mirarla mientras le decía que era guapa y ella —¡Oh, Dios!— no le creía.

De repente, fue muy importante que sí lo creyera. Se sentó con ella en el regazo e interrumpió el beso. Sophie suspiró, decepcionada, y él le robó otro más. Ella le correspondió a la perfección, imitándolo y abriéndose para él, deslizando la lengua mientras lo acariciaba para demostrarle que deseaba eso tanto como él.

Y él lo ansiaba con todas sus fuerzas.

Pero había algo más. Algo más importante que lo que él deseaba. Retiró los

labios de los de ella.

—Sophie...

Ella abrió los ojos, el azul era más intenso y oscuro que a primera hora de la noche. Había cambiado con sus caricias. Con sus besos. Él lo había hecho cambiar.

Y eso lo hacía sentir más poderoso que nunca. No solo era un título, una fortuna, un heredero, sino algo más. No estaba preparado para hacer el amor con ella. No podía. No quería arruinarla. Sophie se merecía un hombre mejor. Uno capaz de amarla. Uno que se casara con ella.

Por una vez en su vida, iba a hacer lo correcto.

Por esa mujer que había hecho tantas cosas correctas en su vida.

—Eres tan guapa... —dijo, sabiendo que las palabras revelaban demasiado. Que eran demasiado reverentes. Parecía un adolescente y se sentía como tal. Ella hacía que se sintiera así.

¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

Sophie se puso rígida entre sus brazos, intentó alejarse de él, pero la atrapó, impidiendo que se escapara.

—¿A dónde vas, cariño? Todavía no hemos terminado.

—Detente —dijo ella, sacudiendo la cabeza al tiempo que lo empujaba.

King la soltó, y ella se puso en pie, pero cuando él le capturó la mano, se lo permitió, aunque apartó la mirada.

—Sophie... —comenzó, deseando decir lo correcto.

—No soy una de esas mujeres con las que estás. No soy como ellas —afirmó.

—¿Otras mujeres? —No le gustaba esa idea. De eso nada.

Sophie bajó la mirada a sus manos, a sus dedos entrelazados.

—No es necesario que me mientas.

Salvo que no estaba mintiéndole. No quería mentir a Sophie. Deseaba que ella supiera la verdad.

—No estoy...

La vio suspirar.

—King, basta. ¿Crees que no escucho lo que dicen de mí? ¿Que cuando yo nací, la belleza ya se había agotado? ¿Que mis hermanas son las guapas? ¿Las agradables? ¿Las que están llenas de talento? —Lo miró—. No soy guapa y lo sabes. Tú mismo lo has dicho.

Entonces era idiota. Y ciego. La peor clase de imbécil.

—Eres muy amable al decir ahora que soy guapa —continuó ella—, y

supongo que entiendo por qué lo haces, pero mentir al respecto no va a conseguir que esto me guste más —dijo moviendo una mano entre ellos—. De hecho, hará que me guste menos. —Sophie se soltó—. Me hace disfrutar menos.

King no supo que decir. No había sido un impulso dicho con intención de que tuviera más ganas de meterse en su cama, era la verdad. Quería agarrarla por los hombros y sacudirla para que entrara en razón. Quería decírselo una y otra vez hasta que ella lo creyera. Hasta que ella misma viera que era cierto. Pero no era eso lo que Sophie deseaba.

Y él quería que tuviera lo que deseaba. Siempre.

¡Santo Dios! Para siempre.

Esa palabra lo envolvió, haciendo que sintiera una extraña emoción en el pecho mientras la miraba. Le cogió la mano una vez más, y ella se lo permitió.

—Sophie, mírame.

Cuando lo hizo, percibió un aire de cautela en sus ojos.

Un día pediría la cabeza de la persona que la había hecho sentir menos hermosa de lo que era.

—No voy a decirte que eres guapa.

La cautela se transformó en alivio y en algo parecido a la tristeza; pero esta desapareció con tanta rapidez que no pudo estar seguro.

Se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos.

—Déjame hablar claro. Eso no quiere que decir que te vaya a permitir abandonar Lyne Castle creyendo que no lo eres.

La vio sonrojarse antes de que desviara la mirada.

—Llegará un día en el que te diré eso y no mirarás hacia otro lado.

Sophie se volvió hacia él.

—Entonces, vas a tener que trabajar con mucha rapidez.

—¿Por qué?

—Porque me iré cuando venga mi padre —repuso ella, y las palabras tuvieron más impacto de lo que podía haber imaginado—. Francamente, deberías sentirte feliz de ello, ya que te obligaría a ir al altar más rápido de lo que puedes llegar a imaginar si conociera nuestra disposición.

Él no quería que se fuera. La quería tener allí.

«Para siempre».

No, no para siempre. Eso era imposible. Con Sophie, «siempre» significaría amor. Ella no sería feliz de otra manera. Sin todas las partes. Y el amor no entraba en sus posibilidades.

Jamás.

Ni siquiera con esa mujer que, de alguna forma, se hacía más perfecta cada día, con su boca aguda y su mente inteligente, con aquella risa que le daba ganas de pasarse escuchándola toda la vida. Perfecta a pesar de que seguía siendo idiota cuando estaba con ella.

—Te he tratado fatal —afirmó.

Ella negó con la cabeza, y él tiró de su mano para sentarla en su regazo.

—Me has salvado la vida —le recordó ella con suavidad, dejando que la acercara más.

—He hecho que te sientas triste —susurró contra su sien, besando los mechones castaños que se habían soltado de su peinado. «Triste» era una palabra corriente, casi dañina. Lo que había entre ellos significaba más. Le había hecho daño, y ella le quitaba importancia.

—Me he sentido triste antes, *milord*. Y volveré a sentirme así en el futuro.

Él lo odió.

—Me gustaría poder empezar de nuevo.

Ella sonrió.

—No es posible. Estamos aquí. Tu padre y el servicio creen que estamos comprometidos, igual que toda la población de Mossband. Y eso no incluye a todos los que nos hemos cruzado en el camino, que piensan que estamos casados. Y que nos apellidamos Matthew.

Lo había enredado todo mucho, ¿verdad?

—Si lo piensas —continuó—, si fuera cierto que estaba intentando echarte el guante, diría que he hecho un trabajo notable.

—¿Echarme el guante? —Él se rio de la expresión.

—Es una expresión horrible, ¿verdad?

—No es horrible —replicó—. Solo que no es aplicable.

Las palabras supusieron un punto de inflexión y los dos se pusieron serios. Percibió la pregunta en los ojos de Sophie: «¿Por qué?».

«Muéstrame», le había pedido ella antes, cuando le dijo que era demasiado buena para ese lugar. Y le dolía hacer precisamente eso. Decirle el tipo de hombre que era. Compartir su pasado.

Podía contárselo.

Enséñame.

Entrelazó sus dedos con los de ella y le acarició la piel suave con el pulgar mientras estudiaba la colección de pecas que marcaban la base de la mano.

—Cuando me fui de aquí, tenía dieciocho años...

Sophie se quedó inmóvil en el regazo de King, pero no dijo nada. No lo presionó por temor a que cambiara de opinión, porque no había nada que quisiera más en el mundo que él continuara.

—Había venido a casa durante el verano —desgranó King—. Como cualquier chico de mi edad, odiaba estar aquí. Quería pasarme las vacaciones bebiendo y...

Sophie sonrió.

—No es necesario hablar de lo que desea hacer un chico de dieciocho años. Vio aparecer el hoyuelo que él tenía en la mejilla derecha.

—¿Qué sabes tú de chicos de dieciocho años?

—Lo suficiente para saber que beber no era todo lo que querías hacer ese verano.

—Era demasiado mayor para irme a pescar al río y nada más.

Se lo imaginó más joven, menos corpulento, con el cuerpo todavía sin madurar, sus rasgos sin el carácter que mostraban en ese momento. Guapo, sí, pero no como ahora. Solo el armazón del hombre en el que se convertiría. Sophie sonrió mientras se acomodaba entre sus brazos.

—Me hubiera gustado ir a pescar contigo.

La miró, sorprendido.

—Te llevaré.

—¿Ahora no eres demasiado mayor para hacerlo? —bromeó ella.

Él negó con la cabeza.

—Ahora soy lo suficientemente mayor para saber que no es una manera tan horrible de pasar el tiempo —hizo una pausa—, en particular si disfrutas de la compañía adecuada.

¿Se refería a ella? Sin duda a Sophie le gustaría pescar con él. Harían una hoguera a orillas del río y pasarían la noche hablando de su vida mientras oscurecía a su alrededor.

Aquella idea imposible la calentó por dentro.

—Ella era una lechera —confesó con una risita de incredulidad, perdido en sus pensamientos—. Una lechera. Fue como si viviéramos en uno de esos cuadros holandeses. Su padre tenía una lechería en una finca al este, y trabajaba con vacas.

Sophie no se rio.

—¿Cuántos años tenía esa chica?

—Dieciséis.

—¿Y cómo fue que...?

Se interrumpió, pero él adivinó su pregunta. Se llevó su mano a los labios para besarle los nudillos, haciendo que la atravesaran escalofríos de placer. Cuando se detuvo, sostuvo la mano junto a los labios mientras continuaba.

—Se escapó una de las vacas. En los límites de las propiedades de Lyne Castle. Y ella vino a buscarla. —Hizo una pausa—. Fue muy shakesperiano todo, era la cosa más hermosa que hubiera visto nunca.

Sophie bebió sus palabras. Resultaba sorprendente lo fácil que era creerlo cuando no se refería a ella.

—¿Cómo era?

—Rubia, con la piel perfecta de un color cremoso, ligeramente rosado —repuso él, y Sophie imagino a la mujer, joven y con unos inocentes ojos de cervatilla—. Desde el momento en el que me miró con la cara manchada de tierra por la búsqueda, quise protegerla.

Lo creyó, recordando cómo había querido atacar al hombre que le disparó, cómo se había lanzado de inmediato a la pelea.

—¿Requería protección?

—A mí fue lo que me pareció —dijo él, perdido en sus recuerdos—. Tenía un aire frágil, como si fuera a romperse. —La miró a los ojos—. Quise casarme con ella desde el principio.

Sophie no estaba preparada para el ardiente aguijón de los celos, que la atravesó en el momento en que lo escuchó. Ni tampoco para avalancha de preguntas que surgieron a continuación.

—¿Y...?

—Pasamos juntos el verano, reuniéndonos en secreto, ocultándonos de todos, de nuestros respectivos padres. Nos enviábamos mensajes a través de los mozos de cuadra, uno en particular, a los que pagué generosamente. Ella estaba aterrada de que pudiera descubrirnos su padre. —Sophie asintió, aunque no dijo nada—. Lo suficientemente asustada para rogarme que me casara con ella en secreto. Quería que nos fugáramos, que cruzáramos la frontera, buscáramos al herrero más cercano y nos casáramos sobre el yunque. —Se detuvo—. Debería haberlo hecho.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no quería que fuera en secreto. Cuando me casara, quería hacerlo delante de todo el mundo. Que toda Gran Bretaña fuera testigo. Quería convertirla en marquesa. En duquesa. No había ninguna vergüenza en eso, y no quería que se convirtiera en un escándalo. La amaba.

—Querías hacerla tu esposa —comentó Sophie con suavidad. Los títulos no

valían nada comparados con eso. Comparados con la idea de vivir con él, como su compañera, para siempre.

«Para siempre».

Le dio un vuelco al corazón al oír aquello; sabía lo que vendría después, y sentía celos de aquella chica que le había robado el corazón hacía tanto tiempo y había hecho imposible que ella lo conquistara ahora.

Aunque de todas formas, no era que tuviera habilidad para hacerlo.

Él se rio sin ganas.

—Por supuesto, era joven y estúpido. Molinos de viento y todo eso...

Sophie notó su frustración en la rigidez de su pecho, en la forma en la que se le aceleró la respiración, en cómo se tensaron los tendones en su cuello, revelando la firmeza de su mandíbula, en sus labios apretados. Así que hizo lo único que se le ocurrió, le puso la mano en la cara y le acarició el pómulos con el pulgar.

Por un momento, fue como si él no se percatara de su contacto, y luego sus ojos se encontraron con los de ella, verdes, brillantes e intensos. King levantó la mano para sostener la suya al tiempo que giraba la cara para besarla en la palma antes de continuar.

—Era 1818 y el rey se había vuelto loco, el Regente se dedicaba a beber y a jugar, a lanzar elaborados partes. Había escándalos, la guerra había terminado y ya era hora de que mi padre borrara de su cabeza todas esas estúpidas ideas sobre el título y la sangre azul, de que aceptara que había lugar para el amor en el mundo.

Sophie no pudo reprimir una triste sonrisa al escucharlo. Por supuesto que había lugar para el amor en el mundo, pensó con el corazón en la garganta, pero el mundo de la aristocracia no era normal, y en él, las lecheras no se convertían en duquesas.

—Era joven y jamás me habían negado nada —continuó él como si hubiera leído sus pensamientos.

Ella arqueó las cejas.

—Y tienes un nombre que lo demuestra.

King rio, una risa que recordó a Sophie que aquella trágica historia era lo que lo había hecho como era. Sano, saludable y suyo.

«No, no es tuyo».

Suyo por ahora, se corrigió. Suyo en ese momento.

—Nadie le decía que no a King.

Se hizo el silencio entre ellos, y ella se quedó quieta, sabiendo por instinto

que la historia estaba a punto de cambiar.

—La traje aquí, a ese ridículo comedor, donde mi padre estaba sentado en un extremo de esa mesa gigantesca, con Agnes sirviendo su famoso ganso asado. Le presenté a Lorna a mi padre como el niño caprichoso que era. Todavía recuerdo cómo me temblaba la voz. Cómo me latía el corazón en el pecho.

En ese instante, el corazón de Sophie palpitaba con la misma rapidez. Nunca se le había ocurrido que él hubiera recreado esa noche todos aquellos acontecimientos. Que la experiencia hubiera sido diseñada no solo para castigar a su padre por los pecados del pasado, sino por unos que habían sido cometidos en esa misma habitación.

—La expuse ante mi padre y se la presenté como mi futura esposa.

«Santo Dios...».

Al menos, cuando lo sufrió ella, había estado preparada, pero la pobre Lorna, no. Aquella pobre chica no sabía lo que le venía encima. Sin duda, se habría echado a temblar ante el semblante del duque que acababa de conocer.

Sophie se llevó la mano al pecho como si así pudiera protegerse del resto del relato.

—¿Qué ocurrió?

—Mi padre la insultó. Jamás había visto que un hombre tratara tan mal a una mujer, fuera lechera o no. —King sacudió la cabeza, tenía la mirada desenfocada, estaba totalmente sumergido en el pasado—. La echó. Insistió en que jamás lo aprobaría, que jamás sería duquesa, que era barata y ramera, y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para medrar.

«Tiene una especial habilidad para medrar», había dicho antes el duque sobre su padre.

—Al parecer, medrar es el peor de los pecados.

—Imperdonable —convino King—. Hay un lugar reservado en el infierno para aquellos que medran.

Sophie no pudo dejar de recordarle la historia.

—Así que te marchaste.

—Debería. Hubiera sido lo mejor. Debería haberla agarrado de la mano para huir lejos de allí. De inmediato. Debería haberla llevado al otro lado de la frontera y haber hecho lo que ella deseaba. Gretna Green está ahí al lado —confió—. Pero no lo hice. La llevé a su casa y dejé que durmiera en su cama. Quería disponer de esa noche para reunir fondos y hacer los preparativos para el viaje que nos alejaría de Lyne Castle hasta que mi padre falleciera y yo

fuera duque. Necesitaba formular un plan, y pensaba regresar por la mañana con uno.

—Parece lo más lógico —asintió ella.

Lo miró y notó su tristeza. Sus remordimientos. Su arrepentimiento.

—Sin embargo, no lo fue. Jamás se me ocurrió que él fuera a hablar con su padre.

Sophie abrió los ojos como platos.

—¿Qué ocurrió?

—El duque de Lyne visitó esa noche la lechería por primera vez. Le contó al padre de Lorna lo que había ocurrido, dejándole muy claro que si ella pisaba de nuevo las tierras de Lyne, ambos serían castigados por entrar sin autorización.

—¿Qué hizo su padre? —preguntó, boquiabierta.

King sacudió la cabeza.

—Ella vino a buscarme con el vestido desgarrado y sangrando por el labio. Llegó aterrada. —Hizo una pausa—. Se arrojó a mis brazos y me rogó que la salvara. Todavía puedo sentir sus temblores. La metí en un carruaje, con su padre pisándonos los talones. Sin embargo, mi padre era la mayor amenaza de todas.

El miedo anudó las entrañas de Sophie cuando empezó a vislumbrar la forma en que terminaba la historia. Le apresó las manos con las de ella, agarrándolas con fuerza, deseando evitar lo que estaba a punto de contar.

—Conduje el carruaje. Ella estaba dentro. Era una noche oscura y llovía, y las carreteras... —vaciló—. Bueno, después de esta semana, ya sabes cómo son los caminos.

—King... —susurró ella, apretándole la mano.

—Tomé una curva demasiado rápido.

—No fue culpa tuya —dijo ella, moviendo la cabeza.

—Los caballos estaban desequilibrados. Los había enganchado demasiado rápido, sin prestar atención.

Por eso se pasaba tanto tiempo comprobando los enganches de los carruajes.

—Eras un crío —lo consoló ella, cerrando sus manos con más fuerza hasta que tuvo los nudillos blancos.

En ese momento fue King quien movió la cabeza.

—Sin embargo, no era un crío. Tenía dieciocho años, suficientes para heredar el título. Para sentarme en la Cámara de los Lores. Ella confió en mí, e

hice lo último que debía haber hecho para protegerla.

Sophie se llevó sus manos a los labios y las besó.

—No —susurró entre caricias—. No. No. No.

—El carruaje volcó y acabamos en una zanja. El carruaje, los caballos, nosotros... A apenas un par de kilómetros de aquí. Ni siquiera estoy seguro de que traspasáramos la frontera. —Negó con la cabeza—. De hecho, no creo que lo hiciéramos.

—¿Tú...?

La miró.

—Yo estaba bien. Unas leves contusiones. Nada grave.

—¿Y...? —No fue capaz de decir su nombre.

—Ella gritó —relató en voz baja, y Sophie supo que él ya no estaba allí, en la biblioteca, sino en el camino, bajo la lluvia—. La oí gritar cuando volcamos, pero en el momento en que todo se detuvo, reinaba el silencio. Estaba callada. Me subí al carruaje e intenté abrir las puertas, pero... — Sophie se cubrió la boca con una mano mientras comenzaban a caer las lágrimas, imaginándolo llamar a la mujer que amaba—. Por la forma en que volcó el carruaje, las puertas estaban bloqueadas. No había manera de entrar. Estaba atrapada allí dentro y no podía oírla. Por fin, rompí una ventanilla. — Lo vio mirarse los nudillos, flexionando los dedos como si las heridas producidas por el vidrio siguieran en carne viva.

Sophie no había oído nada tan horrible en su vida. Las lágrimas se deslizaban libremente mientras lo observaba.

—Ella murió en el interior de aquel maldito carruaje —concluyó la historia —, en mis brazos.

No era de extrañar que odiara viajar en ellos.

—Por eso haces carreras de cabriolés —adivinó ella—. Para pagar tu penitencia. Te pones en peligro por eso.

Él no respondió.

—Te dije que mi padre la había matado —le recordó él—. Como si le hubiera puesto la pistola en la cabeza.

Sophie asintió sin saber qué decir.

—Pero no fue el odio de mi padre lo que puso la pistola en su cabeza. Fue mi amor.

Al escuchar aquello, se volvió hacia él y encerró su atractivo rostro entre las manos para que la mirara. Esperó hasta que sus ojos se encontraron, hasta que estuvo segura de que él estaba prestándole atención.

—Fue un accidente.

—No debería...

—Eras un muchacho, y estabas haciendo lo que considerabas mejor. Lo que pensabas que era acertado. No la mataste.

—Sí, lo hice. —La confesión lo devastaba y, de repente, entendió a King perfectamente.

Sophie hizo lo único que se le ocurrió para aliviar el dolor que le oprimía el corazón. Para aliviar el dolor de King.

Acercó su cara a la de él y le dio un beso. Al principio fue suave y vacilante, como si esperara que él fuera a empujarla en cualquier momento, como si le estuviera molestando. Retiró los labios un par de veces antes de profundizar la caricia, deslizando la lengua por el labio inferior, adorando la forma en que él contuvo la respiración, abrió la boca y la rodeó con las manos.

Entonces, él le devolvió el beso, dando tanto como aceptaba, acariciándola con frenesí. Ella gimió cuando King asumió el control, convirtiendo lo que había comenzado como un gesto vacilante en algo pecaminosamente maravilloso. Fue glorioso.

Cuando King soltó sus labios, comenzó a presionarle cálidos y húmedos besos por el cuello mientras ella enredaba los dedos en sus cabellos, guiándolo a lugares que ni siquiera sabía que se podían besar. Él le pasó la lengua por el punto donde el cuello se encuentra con el hombro al tiempo que llevaba las manos a la parte delantera del vestido para soltar los cordones con movimientos rápidos y furiosos. Era un momento de descontrol, de impulsos. Las manos y los labios tentaban y se tocaban, buscándose, enviando escalofríos de placer. Sin dudas.

Era puro instinto, sin control.

Deseo por otra persona que lo entendía todo.

Que no juzgaba.

Que ansiaba.

Sophie lo comprendía mejor que nadie.

Y cuando King liberó por fin los cordones del vestido y sus pechos se derramaron en sus manos, deslizó los pulgares sobre las puntas mientras los levantaba.

—Eres magnífica —dijo mirando sus senos fijamente.

Ella le creyó cuando se inclinó y chupó una punta rosada, que se erizó dentro de su boca mientras él jugueteaba con los labios y la lengua,

rodeándola hasta que Sophie se retorció en su regazo. Entonces, él la alzó y la recolocó a horcajadas sobre él para poder adorarla mejor.

Cada vez que movía la lengua, era como si estuviera rindiéndole culto.

Cada vez que le acariciaba la piel con los dedos, era como si estuviera idolatrándola.

Cada vez que abría los ojos verdes y la miraba como si fuera su ancla en la tormenta, era como si estuviera venerándola.

Eso era lo que ella quería ser.

En ese momento.

Para siempre.

—Sí... —susurró.

King la soltó.

—¿Sí qué?

—Sí lo que sea. Lo que quieras.

Él sopló una línea de aire sobre el lugar que lo deseaba.

—Pero ¿qué es lo que deseas, Sophie?

Ella le peinó con los dedos, maravillada por la suavidad de su pelo.

—Quiero tu lengua. —Más tarde se sorprendería y se sentiría avergonzada por sus palabras. Estaba segura de que las damas no mencionaban las lenguas. Pero en ese momento no le importó.

Él gimió y se la ofreció. Con largos y persistentes lametones que amenazaron su salud mental.

—Eres peligrosa para mí.

Ella se rio.

—¿Yo soy peligrosa? ¿Cómo?

Él deslizó los dedos por sus cabellos haciendo que las horquillas rebotaran en el sillón y cayeran al suelo de la biblioteca. Que sus rizos los envolvieran mientras la miraba a los ojos fijamente.

—Me haces desear... —dijo él.

Ella se acomodó en su regazo, sintiendo lo duro y fuerte que estaba. Lo oyó gruñir por lo bajo, y un vibrante poder la atravesó.

—¿Qué deseas? —preguntó ella, repitiendo sus palabras. Se sorprendió por cómo sonaban en sus labios, roncadas y llenas de anhelo.

Era una mujer diferente cuando estaba con él.

King se apoderó de nuevo de su boca en un beso profundo, y cuando se retiró, los dos jadearon.

—Me haces desear —dijo con sencillez—. ¡Dios, Sophie! Me haces

desearte.

Las palabras la afectaron tanto como el beso. Asintió.

—Yo también te deseo.

Todo lo que él podía darle.

Todas las partes. Incluso aunque no fueran más que partes. Ella se encargaría de unir las.

King cerró los ojos.

—Maldición... —dijo por lo bajo con impactante suavidad, y ella se quedó inmóvil cuando él se sentó. Sus manos quedaron flojas, sin insistir ni presionarla, luego empezó a subirle el corpiño.

«¿He hecho algo mal?».

—¿King? —preguntó ella llevando los dedos a los cordones del vestido y tirando de ellos presa del pánico. No sabía qué había hecho—. ¿Qué te ocurre? —Una vez que cerró el corpiño del todo y la miró a los ojos, ella se relajó. Reconoció el deseo reprimido; pero tan claro y cristalino como el cielo en el norte—. ¿Por qué te has detenido?

—Lo siento —se disculpó él por lo bajo con la voz ronca por el deseo.

—¿Lamentas haberte detenido? —Lo miró más confusa que nunca en su vida—. No me debes una disculpa.

—Sí que lo hago. Por todo —afirmó él—. Por todo lo que he hecho y dicho. Por traerte aquí. Por esto.

—Estaba disfrutando bastante.

Él soltó el aire bruscamente, y el áspero sonido le erizó la piel.

—Ese es el problema.

Sophie abrió mucho los ojos.

—¿Lo es?

King se levantó, obligándola a poner los pies en el suelo.

—No. Por supuesto que quiero que disfrutes, pero esto...

—Se interrumpió para maldecir de nuevo en un tono cortante, que resonó en la silenciosa biblioteca—. ¡Dios! Yo también estaba disfrutando. Demasiado. No puedo disfrutar, Sophie. No puedo. Y tú no debes disfrutar conmigo.

«Demasiado tarde».

Sophie frunció el ceño.

—¿Por qué no? —Empezó a buscar la manera de protegerse a sí misma—. Me prometiste que me ibas a arruinar, ¿verdad? Esto es la ruina absoluta, ¿no?

Él la miró con los ojos verdes brillantes de ira, frustración y algo cercano a la tristeza. Entonces, le rompió el corazón.

—Sophie, no tengo intención de hacer el amor contigo. Ni esta noche ni nunca.

· 17. Primero King, duque después ·

King pasó el día siguiente vagando por el castillo, medio evitando a Sophie, medio esperando encontrársela. Medio esperando poder verla y recuperar el increíble alivio que había sentido cuando le contó la verdad sobre Lorna y no salió corriendo de la habitación. Un alivio que había sido consumido por la culpa cuando vio la decepción que ella sentía al decirle que no iban a hacer el amor.

La tarde lo encontró una vez más en la biblioteca, tomando *whisky* en el mismo sillón en el que había estado sentado la noche anterior, torturándose con el recuerdo de Sophie explorando la enorme estancia pletórica de placer mientras él se comía los pastelitos. Se le ocurrió que a partir de entonces cuando se acordara de ella sería así, riéndose con los criados, suspirando por las empanadas, sentada frente a él en el comedor.

Pensaría en ella con pasión.

Sophie era toda pasión, fuerza y perfección. Detenerse antes de tomarla allí mismo, en ese sillón, en el suelo, frente a los estantes llenos de libros, una y otra vez hasta que ninguno de los dos se acordara de nada había sido una de las cosas más difíciles que hubiera hecho nunca.

Pero dejarla había sido todavía más difícil.

Y eso lo aterraba.

Había actuado como un caballero, por lo que no debería sentirse culpable. No iba a arruinarla, a pesar de aquel estúpido acuerdo. Eso era lo que debía hacer, ¿verdad? Ser un hombre decente y proteger su virtud. Pero se sentía culpable, y no tenía nada que ver con no habérsela llevado a la cama, sino con el hecho de que no podía ser el hombre que ella quería.

No podía darle el amor que deseaba. El amor que se merecía. Y no podía hacer nada mejor por ella que decirle que hiciera las maletas, llevarla de vuelta a la posada de Mossband y fingir que no la había conocido.

Como si pudiera olvidarse de ella...

Bebió un largo trago mientras la culpa se convertía en frustración. Qué idiota había sido al llevar allí a Sophie, al haber compartido con ella sus

demonios. Al haberlos tentado a los dos con lo que nunca podría ser.

Porque incluso aunque se casara con ella, no podría amarla nunca.

Lo había hecho una vez, y no había más que ver cómo había terminado: solo, borracho, en la biblioteca.

—¿*Milord*?

King miró hacia la puerta, donde acababa de aparecer Agnes. La mujer que había estado a su lado desde su infancia, más madre que ama de llaves, más amiga que sirvienta. Era la única persona del mundo capaz de mirarlo con adoración y desdén a la vez.

—Adelante, Agnes. —La invitó a entrar y le señaló el sillón de enfrente—. Siéntate y cuéntame algo sobre la última década.

Ella se acercó más, pero no se sentó.

—¿Estás borracho?

La miró fijamente.

—Estoy en ello.

Agnes lo estudió durante un buen rato.

—Tu padre desea verte —dijo finalmente.

—Pero yo no quiero verlo a él.

—No tienes opción, Aloysius.

—Nadie me llama así —protestó.

—Sí, ya, pero yo no pienso llamarte King —replicó Agnes en tono seco—. Ya tengo uno.

—Y un monarca también en Londres —bromeó él.

—Eso solo lo diría un borracho, me gustaría poder borrar toda esa mala educación.

La miró. Seguía siendo muy guapa. Los años habían sido amables con ella a pesar de que él se imaginaba que su padre no lo habría sido.

—Soy demasiado viejo para aprender, Nessie. Y ya he pasado la edad en la que no hay que faltar el respeto a tu padre.

Ella lo observó con los ojos entrecerrados.

—Puedes faltarle al respeto a tu padre todo lo que quieras, pero no voy a permitir que seas irrespetuoso conmigo. Estés borracho o no.

Las palabras le hicieron volver atrás. Para un niño sin madre, Agnes había sido la mejor compañía posible, siempre había sido franca, siempre le había cuidado, siempre había estado allí. Cuando él era niño, era joven y bonita, y nunca decía que no a jugar. Había sido ella la que le mostró los rincones y lugares secretos del castillo, siempre encontró tiempo para él. Cuando King se

rompió la muñeca, después de caerse por las escaleras, fue ella la que le tomó en brazos y le prometió que iba a estar bien. Y había sido ella la que le había dicho la verdad, incluso aunque le hiciera sentir un estúpido.

Como ahora.

—Perdón.

El ama de llaves asintió.

—Y ya que tocamos el tema, ¿por qué no intentas no faltar al respeto a tu futura esposa?

«Para eso es demasiado tarde».

—No es mi futura esposa.

Agnes arqueó una ceja.

—Entonces, ¿ha recuperado el sentido y te ha dejado?

Todavía no lo había hecho. Pero la había retenido allí, contra su voluntad, obligándola a interpretar una historia que no quería contar. La liberaría de su acuerdo tan pronto como fuera posible. Ese mismo día. En el momento en que la viera.

Y ella lo dejaría.

—Lo hará —respondió, odiando la idea.

—Sabes que todo será culpa tuya.

—Lo sé —asintió él.

Porque lo sabía. La había alejado tal como había hecho con todas las demás mujeres que habían mostrado un mínimo interés en él desde que Lorna había muerto. Salvo que todas las demás veces había sido fácil... Una sonrisa, un beso robado, la promesa de que iban a encontrar a alguien mejor. Alguien ideal y perfecto para ellas.

Pero no quería que Sophie encontrara a otro hombre.

Solo sabía que él no podía ser.

«¡Maldición!».

—Odio este lugar.

—¿Por qué?

Suspiró, reclinó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Porque me hace sentir como un niño. Me hace sentir como el niño que era cuando vivía aquí, aferrado a tus faldas sin saber qué hacer a continuación. La única diferencia es que no me importa lo que él opine sobre mis acciones.

Agnes lo observó con atención.

—No estoy segura de que sea verdad.

Tenía razón, por supuesto. Le preocupaba mucho lo que su padre pensara de

sus actos. Quería que los detestara. Se levantó, irritado por la certeza.

—Cuando lo herede, voy a arrasarlo este lugar y todo lo que me recuerda. — Se acercó a la mesa cercana y llenó el vaso una vez más—. Guíame. Llévame ante el señor del castillo para que pueda recibir las instrucciones pertinentes y me deje en paz. Si todo va bien, podremos irnos y no volveré a verlo.

Se habría machado ya, si no fuera por Sophie.

—No es el villano que crees que es, ¿sabes?

La interrumpió con una mirada penetrante.

—Con el debido respeto, no eres su hijo.

—No —aceptó ella—, pero he llevado su casa desde que naciste. Estaba aquí la noche que te fuiste. He estado aquí cada noche desde entonces.

—Desde que se excedió y me hizo matar a la mujer que amaba.

Agnes se detuvo en seco. King nunca había dicho esas palabras en voz alta y, en las últimas veinticuatro horas, las había dicho dos veces. Era como si decírselo a Sophie hubiera abierto la puerta.

—¿Qué? —preguntó él.

Agnes sacudió la cabeza y se puso de nuevo en movimiento.

—Le prometí a tu padre que te llevaría hasta allí.

—Puedo ir solo, Agnes —dijo—. No necesito escolta.

—Creo que tiene miedo de que te vayas si te dejo solo.

Si no fuera por Sophie, ya se habría marchado.

—No está mal. Solo he venido a decirle que su linaje muere conmigo.

—¿Crees que esa chica encantadora no querrá tener hijos?

Claro que querría tenerlos. Y sería una madre maravillosa.

Pero no serían hijos de él.

Sino de otro hombre. Alguien que la querría como se merecía, a ella y su maldita librería llena de libros que solo ella quería. Ese sería su regalo. La libertad de tener su librería. De encontrar la felicidad. El amor.

Justo como había hecho con todas las otras mujeres cuyos compromisos había roto antes de que se casaran. Le regalaría la posibilidad de encontrar el amor.

La posibilidad que Lorna no había tenido nunca.

Sophie sí la tendría.

Que odiara la idea de que ella se enamorara de otro hombre era irrelevante.

—Espero que escuches lo que tiene que decirte antes de marcharte —deseó Agnes, como si él estuviera dispuesto a seguir su sugerencia—. Me lo debes.

—¿Por qué?

La miró y se dio cuenta de que, aunque habían pasado quince años y seguía siendo una mujer hermosa, aquel lugar la había hecho envejecer.

—Llevo muchos años preocupada por ti.

Siempre decepcionaba a las mujeres que le importaban.

Se detuvo ante la puerta del estudio de su padre y la miró, recordando aquellos momentos en los que, siendo un niño, había estado allí mismo, con el corazón en la garganta, preocupado por lo que diría el hombre que había dentro.

Ahora no sentía esa inquietud juvenil.

Agnes levantó la mano para llamar, para anunciar su llegada.

King la detuvo.

—No.

Fue él quien giró la manilla antes de entrar.

El duque de Lyne estaba en el otro extremo del estudio, de cara a los miradores desde los que se dominaban las vastas tierras de la propiedad y se volvió al oír que se abría la puerta. Estaba impecablemente ataviado con una chaqueta azul marino de lana y ante, botas por la rodilla y una corbata bien planchada.

—Cualquiera evitaría vestirse de manera tan formal lejos de Londres.

El duque le estudió con una larga, exhaustiva y desdeñosa mirada.

—Cualquiera pensaría que recordarías tus modales a pesar de la distancia, y que no aparecerías borracho a mediodía.

King no esperó a que lo invitara a sentarse y se acomodó en una silla cercana, disfrutando al ver que su padre arqueaba una de sus cejas grises con irritación.

—Me parece que el alcohol me ayuda a soportar el disgusto que siento en este lugar.

—No lo odiabas tanto cuando eras niño.

—Todavía no sabía la verdad.

—¿Qué verdad?

King bebió un trago.

—Que nos convierte en monstruos.

El duque se acercó y se sentó en un sillón, enfrente de él. King estudió a su padre, todavía alto y con buena planta, el tipo de hombre que las mujeres encontrarían atractivo mientras envejecía. Aunque se veía avejentado después de la última década. Las hebras plateadas que una vez había tenido solo en las sienes se habían extendido por todo el cabello. También se le habían

profundizado las líneas que rodeaban la boca y los ojos, arruguitas que una vez habían sido solo señales de buen humor.

Era gracioso el hecho de pensar en su padre como un tipo de hombre al que se le conoce por sonreír.

—Tienes buen aspecto —comentó el duque—. Te has hecho mayor.

King bebió un sorbo.

—¿Para qué estoy aquí?

—Es hora de que hablemos.

—Me habéis enviado una nota diciendo que estabas muriendo.

Lyne agitó la mano.

—Todos estamos muriendo, ¿no es cierto?

King le lanzó una mirada cortante.

—Parece que algunos no lo suficientemente rápido.

El duque se reclinó en su silla.

—Supongo que crees que me lo merezco.

—Sé que te lo mereces —repuso King. Hubo una pausa—. No voy a volver a preguntarlo, excelencia —insistió—. O me dices para qué me has citado aquí o me dejas en paz. La próxima vez que vea este lugar tendré tu título.

—Podría seguirte a Londres.

—Te he evitado durante quince años. Londres es una ciudad muy grande.

—Va a ser difícil que puedas hacerlo si retomo mi papel como duque.

—Para hacer tal cosa, tendrías que ocupar tu asiento en el Parlamento. Estoy seguro de que el resto de la Cámara de los Lores estaría encantada de que por fin los respetes. —Estudió a su padre—. De hecho, para ser un hombre al que le preocupa tanto su título que es capaz de llegar a unos extremos inverosímiles para evitar que se vea contaminado con mala sangre, es una contradicción que hayas evitado durante tanto tiempo un derecho tan importante. Solo has ido a Londres, ¿cuánto? ¿Media docena de veces en quince años?

—Tenía mis razones para permanecer alejado.

—Estoy seguro de que eran excelentes —se burló King.

—Algunas mejores que otras —suspiró el duque—. No debería haberte dejado solo durante tanto tiempo.

—¿Dejado? —inquirió, arqueando una ceja.

El duque cerró los puños sobre sus rodillas.

—Eras joven e insolente, y no sabías nada del mundo. Cada vez que regresabas, te negabas a verme. Un único y petulante mensaje: «El linaje

termina conmigo». Nunca debería haberlo permitido.

—Me divierte que pienses que tú me has permitido hacer algo que he hecho desde la noche que me exiliaste.

Lyne lo evaluó con la misma mirada verde y fría que él había utilizado con otros. No le gustaba cómo sonaba eso.

—Te lo he permitido todo. He llenado tus arcas con mi dinero, te he dado caballos, la casa de Mayfair, el cabriolé que has conducido como un demonio durante un año antes de destrozarlo, el carruaje que nunca has usado.

King se inclinó hacia delante, aborreciendo la forma en que su padre reclamaba todo aquello.

—Ese dinero se ha multiplicado por doce. La casa se encuentra vacía, allí mismo, en Park Lane, así que toda tuya. Los caballos están muertos. Y sí, el cabriolé se rompió, pero el carruaje está aquí. —Miró a su padre con los ojos entrecerrados—. He vivido con lo tuyo hasta que pude hacerlo por mi cuenta. Y nunca te he pedido un chelín. Cualquiera pensaría que no deberías reclamar nada. Cualquiera podría pensar que he usado esos fondos como penitencia porque mataste a una chica, aunque la consideraras prescindible.

—Y por fin llegamos al meollo de la cuestión.

—Sí, lo hacemos.

El duque se reclinó en su sillón.

—Yo no fui el instrumento que la mató.

Era una expresión extraña, así que King imaginó que su padre la utilizaba para evitar sentir cualquier responsabilidad.

—No, fui yo, gracias por aclarar la situación, como si yo no hubiera estado allí.

—No, tú tampoco lo fuiste.

King levantó la mano.

—Era yo quien llevaba las riendas. La oí gritar. Yo estaba allí cuando nos dejó. La tenía entre mis brazos.

—Y eso será tu cruz. Cada hombre tiene la suya.

King se pasó una mano por el pelo, apenas capaz de contener la furia y la frustración.

—¿Por qué estoy aquí?

—Le ofrecí dinero —confesó el duque—. A la lechera.

—Para que se alejara de mí. —Lorna no se lo había dicho, pero tampoco suponía una gran sorpresa.

—No me siento orgulloso de ello, pero no tenía otra forma de asegurarme

que no iba detrás de tu título. De tu dinero. Que no era una arribista.

King se rio.

—¿Se supone que debo creer que tratabas... que querías... asegurarte de que me quería?

El duque miró más allá de su hombro.

—Lo creas o no, es la verdad.

—Eso es mentira y lo sabes. Durante toda tu vida solo has defendido la importancia de la sangre, del buen nombre y el linaje. Si le ofreciste dinero, lo hiciste con la esperanza de que me dejara. Asumo que se lo ofreciste también a su padre.

El duque asintió.

—Sí.

—Y él aceptó. Ella fue en mi búsqueda porque me quería. Y el dinero no fue suficiente para evitarlo.

—No lo aceptaron —explicó el duque—. El dinero no era suficiente, tienes razón. Tú los habías tentado con otra cosa. Algo mucho más valioso. Algo que no pensaron que conseguirían y, de repente..., podían tener.

Las palabras le hicieron pensar. Ella había querido huir desde el principio. A través de la frontera. King le había dicho que quería casarse por la iglesia. En Gran Bretaña. Delante de todo el mundo. Y Lorna estuvo de acuerdo. ¿No era así?

—Ella no te contó lo del dinero —continuó su padre—, porque sabía que si lo hacía, vendrías a por mí, enfadado. Y yo te diría la verdad. Le preocupaba lo que podías pensar. Así que no te dijo nada.

King no se lo creía. Negó con la cabeza.

—No es cierto.

—Lo es. —Las palabras llegaron desde la puerta, donde al parecer había permanecido Agnes como una centinela.

—¿Incluso eres capaz de mentir por él? —preguntó mientras la traición le atravesaba el pecho como una marea caliente y desagradable.

—No miento —afirmó el duque.

—Su padre vino al castillo después de que muriera, Aloysius —explicó Agnes—. Después de que desaparecieras. Estaba destrozado. Y dijo la verdad, habían ido a por el título desde el principio. Compinchados.

King negó con la cabeza.

—No. Ella le temía. Me dijo que su padre estaba persiguiéndonos. Que la mataría si la encontraba. Que tenía miedo de...

—Ese hombre no tenía miedo de mí —comentó el duque—. Se veía como una especie de Bolena. Me escupió en la cara que le rompió el vestido. La abofeteó y le partió el labio. Me juró que sería la próxima marquesa de Eversley antes de que saliera el sol.

King aún podía ver el vestido, desgarrado desde el cuello. Y su labio, sangrando. Empujó el recuerdo a un lado. Su padre mentía. Lo hacía.

—¿Por qué no los detuviste?

—Fui a Rivendel. —El condado vecino, el propietario de la finca donde vivían Lorna y su padre. El duque se rio de su estupidez—. De hecho, pensé que sería capaz de detenerlos. Sin embargo, esa chica y su padre aspiraban a un ducado. Y estaban dispuestos a arriesgarlo todo. En el momento en que regresé a casa, habías desaparecido. Con ella. En el carruaje. —El duque se interrumpió—. Fue entonces cuando me enteré de que la aristocracia no tenía poder contra la voluntad humana.

A King le daban vueltas en la cabeza las imágenes de esa noche, las tenía grabadas a fuego en su memoria. Las lágrimas de Lorna, sus súplicas, el miedo que asomaba en sus ojos. Su mirada... Tendría que haber sido la mejor actriz de Gran Bretaña.

«O ansiar algo tanto como para hacer cualquier cosa».

Pero la idea de que ella le hubiera mentido, de que todo lo ocurrido ese verano, con esa chica, fuera falso, la posibilidad de que había imaginado esa vida sin base alguna, era devastador. E imposible de creer. No importaba que la duda estuviera en su mente, no germinaría. No crecería. ¿Qué ocurriría si el único amor que había conocido era mentira?

¿Y si el dolor más oscuro que jamás había sentido fuera producto de la traición en lugar del amor?

¿Quién era él, sino el hombre que habían forjado los hechos de aquella noche?

King se puso en pie, desesperado por salir de allí. Por librarse de su padre. Por no ver a Agnes, de la que jamás pensó que lo traicionaría. Reforzó su acusación contra ella.

—Los dos mentís.

—Vuelve a llamarla mentirosa, y no serás bienvenido en esta casa —dijo el duque en tono frío—. Aguantaré tus insultos, pero Agnes te ha defendido desde el día en que naciste, y no permitiré que hables mal de ella.

En cualquier otro momento, la ira contenida en las palabras de su padre le habría sorprendido, pero en ese no tenía tiempo para fijarse. Se volvió hacia

el duque.

—Esto no cambia nada. Este lugar nos ha convertido en monstruos a los dos. El linaje terminará conmigo como me he prometido a mí mismo.

—¿Y la mujer que me has presentado? ¿Qué ocurre con lo que ella desea? «Sophie».

—No me digas que piensas que me ama. Es una de las peligrosas Talbot. El duque no alteró su mirada.

—Después de ser testigo de cómo se comportó anoche, creo que esa chica te podría venir bien. Tu lechera jamás se habría levantado de la mesa como hizo esa Talbot.

Perfecto, la intocable Sophie, que quería un hogar lleno de felicidad y sinceridad. Sophie, a la que él devolvería a la vida que deseaba tan pronto como fuera posible. Odiaba imaginarla allí, en ese lugar, con ese hombre y sus revelaciones.

Hubo un momento en el que creyó en el amor. Entonces, deseaba encontrarlo. Pero había perdido lo único que había amado. E incluso ahora, la verdad estaba nublada con mentiras.

—Entonces sus deseos se marchitarán con los míos.

Solo se había mantenido fiel a una cosa.

«Este lugar. Este linaje. Termina conmigo».

Incluso aunque eso significara dejar a Sophie.

Incluso aunque de alguna manera dejar a Sophie se hubiera convertido en lo último que quería hacer.

Apretó los dientes con rabia e incredulidad, con algo mucho más complicado.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó una última vez con voz dura y desagradable.

—Eres mi hijo —replicó el duque con sencillez. En sus ojos había un brillo que King no quiso identificar—. Eres mi hijo, y no ha habido un momento en el que no fueras mi alegría. Mereces saber la verdad. Y más que eso, tienes derecho a conocer la felicidad. —El duque hizo una pausa, pareciendo más viejo—. ¡A la mierda el orgullo!

Aquellas palabras eran peor que cualquier golpe físico, y respondió de la única manera que podía. Salió de la estancia sin abrir la boca para ir al único lugar que se le ocurría en el que encontraría consuelo. El laberinto.

La ira y la frustración lo impulsaron a través del complejo trazado, cada esquina le devolvía un recuerdo de su juventud, de sus errores. Del pasado

que llevaba escapando tantos años. Siguió el camino sin vacilar, recorriendo la ruta hasta el centro de los setos. Era Teseo dirigiéndose hacia el Minotauro, la batalla ya hacía estragos en su mente y su corazón. Pero en el centro del laberinto no se encontró con el monstruo.

Sino con Sophie.

El laberinto Lyne era tan magnífico como ella recordaba.

Sophie se sentó en el borde de la extravagante fuente de mármol que había en el centro con un libro en el regazo. Se olvidó de leer mientras buscaba coraje para marcharse.

Se había pasado gran parte del día explorando los giros y recovecos del trazado. La búsqueda del centro había ocupado su mente lo suficiente como para evitar pensar en King. Claro que había pensado mucho en él, en su infancia en Lyne Castle; él mismo le había confesado que ese era su lugar favorito de la propiedad. La de cosas que debía haber evitado escondido en el interior del laberinto...

Dado que ella misma estaba intentando evitar sus propios fantasmas, podía dar fe de los beneficios que tenía aquel laberinto.

La noche anterior, él la había acompañado a su habitación, que estaba separada de la de él por una pared y una puerta de comunicación, mientras ella se reprimía para no protestar por haber tomado la decisión de dejarla intacta. Él había sido todo un maestro en el arte de ocultar sus emociones, y ella no pensaba ofrecer su opinión sobre el asunto.

Por supuesto, una vez que la puerta estuvo cerrada y la vela junto a la cama apagada, dejó de reprimir las lágrimas tanto como el deseo, no solo de sus caricias y sus palabras, sino de todo lo demás. La historia que él le había contado, el amor que había sentido por Lorna le hacían sentir dolor por él y la chica que había perdido.

Y también había sentido dolor por sí misma.

Le dolía la insoportable certeza de saber que lo quería. Que deseaba sus confesiones, sus deseos y su verdad. Pero no importaba, porque ella podía quererlo todo lo que quisiera, daba igual, él no volvería a arriesgar de nuevo su corazón.

Así que era mejor que ella permaneciera allí, perdida en el interior del laberinto, invisible para el mundo. Allí, podía encontrar el valor necesario para ignorar lo que sentía por él. Y cuando se marchara, lo haría con la cabeza

alta, dispuesta a empezar de nuevo.

Aunque nunca con otro hombre.

Ahora lo sabía. No había otro para Sophie Talbot, la hija pequeña de un minero del norte, más que el marqués de Eversley. Y este no era para ella.

Así que se marcharía.

Y se lo diría tan pronto como lo encontrara.

Introdujo los dedos en el agua fría mientras observaba la magnífica batalla de mármol que había en el centro de la fuente. El Minotauro enfrentándose cara a cara a Teseo. La cascada de agua los envolvía mientras luchaban mano a mano, cada uno más fuerte que el otro. Había algo en los elegantes detalles de la escultura que la hacía ponerse a favor del monstruo en la batalla; había sido un peón en el juego de Teseo, había nacido con aspecto de monstruo como castigo a su madre. No le parecía justo que hubiera tenido una vida solitaria, incluso aunque el laberinto del mito fuera tan hermoso como ese.

—Has recordado el camino.

Sophie retiró la mano del agua. Finalmente, había sido él quien la había encontrado.

Se le aceleró la respiración al oírlo y se volvió hacia King desde su escondite secreto.

—Sí...

—Para ocultarte de mí.

Sonrió, odiando el dolor que acompañaba el hecho de verlo. Incluso con la sombra de la barba incipiente cubriéndole la mandíbula, con el pelo en desorden, en mangas de camisa... la perturbaba. Quizá todo eso la desequilibraba más, pues mostraba al hombre que no veía el resto de Londres. Al hombre que podría haber tenido en otro momento, en otro lugar.

Apartó la mirada para clavarla en el agua.

—Por si te consuela, es más de la idea que tengo de ti que de lo que eres realmente.

Él curvó los labios en una sonrisa.

—¿Hay alguna diferencia?

—La idea es mucho más inquietante.

—Una lástima —dijo él—. Me gustaría resultar tan inquietante en persona.

Pero ya era terriblemente inquietante. De hecho, si fuera más inquietante, ella habría salido corriendo. Así que se levantó y se secó la mano en la falda.

—Si estás aquí para ocultarte de mí, me alegra poder dejarte en paz.

La sorprendió constatar que, por un momento, él pareció considerar la

oferta. La sorprendió y casi la ofendió. Después de todo, había sido él quien la había insultado, ¿verdad? Había sido él quien dejó claro que nunca habían estado destinados el uno para el otro. Así que, ¿por qué tenía que marcharse ella?

«¿Acaso no has llegado aquí antes?».

Pero imaginó que él no se regiría por las reglas entre hermanos.

Sin embargo, King cambió de opinión.

—Quédate —susurró—. Quédate y acompáñame.

Hubo una nota en su voz que la hizo volver a sentarse y mirarlo, deseando que estuviera más cerca. Deseando poder ver el brillante verde de su mirada. Poder leer allí sus emociones.

Y luego, él añadió un tierno e insoportable «por favor».

Había ocurrido algo.

—*milord* —preguntó—, ¿va todo bien?

Él ignoró la pregunta y se sentó en el banco de piedra a unos metros de distancia, enfrente de ella y de la fuente, donde estiró sus largas piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos al tiempo que hacía lo mismo con los brazos sobre el pecho. Ese movimiento dejó al descubierto los musculosos y bronceados antebrazos.

—¿Sigues leyendo sobre dólmenes? —preguntó alzando la barbilla para señalar el libro que tenía en el regazo.

A ella le llevó un momento recordar que sostenía un libro. Lo agarró con más fuerza y forzó una sonrisa.

—¿Quieres que te lea un poco?

Él no mudó de expresión.

—Lo creas o no, ni siquiera los dólmenes serían capaces de capturar mi atención en este momento.

Ella miró el libro.

—No trata de dólmenes.

—¿De qué trata?

No lo recordaba. Bajó la vista al canto del volumen.

—Sobre los mitos griegos.

—¿Resulta interesante?

—La mitología está llena de canallas y toda clase de sinvergüenzas.

—Suenan fascinante.

—Si disfrutas con los arruinadores de mujeres...

—¿Y lo haces?

«Sí».

Se quedó callada, valorando la pregunta. La respuesta a considerar. Buscó sus ojos.

—Bueno, me gustas tú.

—Pensaba que no nos gustábamos.

Ella sacudió la cabeza.

—Me parece que he cambiado de idea. —Él se puso en pie y se acercó a ella antes de que terminara de hablar—. A pesar de que no debería.

King se sentó a su lado, en el borde de la fuente y levantó una mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, no deberías... —convino en voz baja—. Yo no voy a arruinarte, Sophie.

—Ese es nuestro trato —recordó.

—Al que ambos hemos renunciado.

—Me has cuidado de forma excelente —repuso ella. Él frunció el ceño y ella aclaró—: algo bueno sobre ti. Es lo acordado. Yo no he renunciado.

Él cerró los ojos durante un buen rato. Cuando los abrió, brillaban como estrellas verdes.

—Todavía puedes hacerlo. No pienso destruir tu reputación.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué? No vacilas en hacerlo con otras. —Hizo una pausa, presionándolo—. No dudaste en destruir la de Marcella. —Le molestaba su silencio, había algo que no encajaba de lo que había ocurrido en Liverpool House. Marcella se había despedido tan feliz desde la ventana, como si estuviera perfectamente satisfecha de que King hubiera destruido su reputación.

—No las has arruinado, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó él arqueando una ceja.

Ella se hundió en los recuerdos.

—Porque vi la cara de Marcella cuando te marchabas. Cuando se asomó por la ventana y te dio las gracias.

Él miró hacia el agua y pasó los dedos por la superficie.

—Quizá ella disfrutó de nuestra cita.

—No me lo creo —aseguró Sophie entrecerrando los ojos.

—Bueno. Eso duele un poco.

Sophie ignoró aquel intento de esquivar la conversación.

—No tuvisteis una cita, ¿verdad?

—No la tuvimos —concedió él inclinando la cabeza.

Ella frunció el ceño.

—Entonces, ¿para qué? ¿Para enfurecer al conde? —Sophie hizo una pausa mientras lo comprendía todo—. Ya entiendo. Marcella se casará con otro.

Él asintió.

—Con el propietario de Hoff & Chawton, ropa para caballeros, si no recuerdo mal. Me ha prometido todas las corbatas que desee.

—El padre de Marcella no podrá evitarlo.

—Imagino que se sentirá muy agradecido de que alguien se case con su hija. Y el señor Hoff es muy rico.

Sophie se rio.

—Le has ofrecido el matrimonio que nunca habría podido tener.

—Ella jura que será por amor.

—¿Y las demás? —preguntó Sophie—. ¿Se han casado por amor?

—Todas.

Sophie pensó de nuevo en las otras mujeres, a las que tanto había envidiado durante su discusión en el carruaje.

—Te cargas su reputación para que puedan ser felices.

«Yo sería feliz si me arruinara».

—Les doy el empuje que necesitan.

—Debería haberme dado cuenta antes —reflexionó ella—. Si había algo entre vosotros, no os... —Se interrumpió. No podía decir eso.

—¿No nos qué...?

—Nada.

—¡Oh, no, *lady* Sophie! —dijo él—. Ahora que se ponía interesante.

Ella soltó el aire con fuerza, cansada de mentir.

—Si hubiera algo entre vosotros, no os habríais despedido tan rápido. —Él se quedó inmóvil—. Marcella no habría sido capaz de decirte adiós con tanta facilidad. —King retiró los dedos de la fuente y le pasó la fría y húmeda yema por la mejilla. Ella cerró los ojos—. Es muy difícil despedirse de ti —susurró.

Hubo un largo silencio.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él en voz baja—. ¿Decirme adiós?

«No».

«Nunca».

King miró la estatua que se erguía detrás de ellos.

—¿Qué sabes sobre el Minotauro?

La pregunta la hizo seguir el rumbo de su mirada hasta la hermosa escultura de mármol, un hombre desnudo con cabeza de toro.

—Sé que estaba atrapado en el laberinto.

—Estaba en el centro de un laberinto imposible, cuya solución encontró una sola persona.

—Ariadna —dijo ella.

Él arqueó una ceja.

—Algo sé —confesó Sophie, sonrojándose.

King le cogió la mano y la puso con la palma hacia arriba. Luego mojó un dedo en el agua y pintó el centro con algunas gotas frías. La atravesaron unas intensas sensaciones de placer.

—Dado que era la única que conocía los secretos del laberinto, Ariadna era la que dirigía los sacrificios de vírgenes al Minotauro cada año para mantener felices a los dioses.

—Parece una tarea terrible —dijo Sophie.

—Su padre se la encomendó porque era demasiado preciosa —explicó King, trazando líneas por la palma de su mano como si estuviera aprendiéndose su propio laberinto secreto—. Convertirla en una parte tan esencial del proceso, la mantenía cerca de casa. Tenía la ventaja añadida de que así la convencía de que no era digna de nada más allá de los muros del laberinto.

Sophie arqueó una ceja.

—¿Y lo era? ¿Era digna?

Él la inmovilizó con una mirada.

—Más de lo que podía imaginar. Era muy hermosa, y además, brillante y amable. —Ella contuvo el aliento mientras él continuaba—. El Minotauro nunca la atacó. Se decía que la amaba.

King no se refería a ella. Estaba volviéndose loca. Sophie carraspeó.

—Por otra parte, fue lo suficientemente inteligente para saber que ella era la llave que le llevaba la cena.

Lo vio arquear una ceja oscura.

—¿Me dejas contarte la historia? ¿O prefieres hacer chistes?

Ella se llevó una mano al pecho.

—Perdón, *milord*... Por supuesto. Continúa.

—Cuando se acercaba el sacrificio del tercer año, Teseo entró en el laberinto.

Ella alzó la mirada a la estatua.

—Parece que se avecinan problemas.

—Se comprometió a matar al Minotauro y Ariadna se prestó a ayudarlo a moverse por el laberinto.

Sophie retiró la mano, inquieta por el remolino.

—Eso me parece cruel, teniendo en cuenta los sentimientos del Minotauro.

—El amor nos hace hacer cosas extrañas.

Y ella lo sabía mejor que nadie.

—¿Estaba enamorada de Teseo? —Al ver que asentía moviendo la cabeza, añadió—: Eso debió traer problemas. Del peor tipo.

—Ariadna llevó a su amante hasta el centro del laberinto —continuó King—, donde luchó contra el Minotauro.

—Por sus vidas —añadió ella.

—¿Ves? No me estás prestando suficiente atención. Teseo luchó por su vida —confirmó sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, el Minotauro luchó por Ariadna.

Al oírlo, Sophie se quedó inmóvil. Buscó sus ojos mientras él continuaba.

—Lucho para estar con ella en ese mundo del que no podía escapar, dispuesto a aceptar los años de soledad si eso significaba que podía verla, aunque fuera fugazmente. Ariadna era la única razón de su vida, y si no podía tenerla, no le importaba morir. Ella era la única persona del mundo que lo entendía. —A Sophie se le aceleró la respiración cada vez más, hasta que se inclinó hacia delante, escuchándolo con atención—. La única persona que lo había amado.

—Qué tragedia... —susurró.

—Pero Teseo no tenía opción en la lucha; el Minotauro poseía la fuerza de diez hombres —explicó King, mirándola fijamente—. Aunque Teseo llevaba la espada de Egeo, que era la única arma que podía matar al Minotauro, la perdió en mitad del combate. —Señaló los pies de la estatua y Sophie descubrió allí la espada descartada, también tallada en mármol—. El Minotauro habría ganado si no fuera por Ariadna. Ella entró en la refriega y le devolvió a Teseo la espada caída.

—Pobre bestia... —Sophie sacudió la cabeza.

—Fue traicionado —explicó King con sequedad—, por la mujer que amaba. Se dice que cuando la vio elegir a Teseo, se tendió y se ofreció para el golpe final. —Hizo una pausa—. Siempre he pensado que el golpe de gracia de la espada no le dolió tanto como la traición de Ariadna.

Sophie movió la cabeza con lágrimas en las mejillas.

—Es una historia terrible.

Él estiró el brazo y le secó las lágrimas.

—Probablemente, su muerte era el mejor resultado. En el laberinto nunca hubiera sido libre. —Hubo un largo silencio—. Baste decir que siempre he sentido cierta simpatía por el Minotauro.

Aun sabiendo que no debería hacerlo, que era un error, Sophie se acercó a él y le puso la mano encima del cálido brazo para que la mirara. Al ver que no lo hacía, se detuvo delante de él, sus faldas rozándole las rodillas. King no levantó la vista, sino que miró su cuerpo como si pudiera ver a través de él, ensimismado en el cuento. En otra cosa.

—King —susurró ella. Cuando sus ojos se encontraron, la tristeza que leyó en ellos la abrumó. Sin vacilar, le pasó la mano por el cabello oscuro, saboreando la sedosa sensación entre los dedos—. ¿Qué ha ocurrido?

Él cerró los ojos ante la pregunta y, a continuación, hizo algo impensable: le puso las manos en la cintura, la acercó más y presionó la cara contra su vientre al tiempo que suspiraba, apretándola con todas sus fuerzas.

Sophie movió la mano libre y la unió a la otra para enredar los dedos en sus cabellos, manteniéndose así, deseando estar allí, queriendo oír todo lo que pasaba por su mente, con ganas de decirle lo que sentía.

«Debería decirle que quiero marcharme» .

Solo que allí, en ese momento, sintiendo sus manos y su aliento sobre ella, no quería marcharse. Quería quedarse para siempre.

—King... —susurró.

Él sacudió la cabeza al oír su nombre.

—Sophie, te deseo de forma desesperada.

Se le detuvo el corazón cuando escuchó esas palabras.

—¿De verdad?

La miró, guapo y devastador.

—Sí —dijo—. Te he deseado desde el principio, ¿sabes? Desde que casi te golpeé la cabeza con la bota.

Ella sonrió con tristeza.

—No, no es cierto.

—Quizá no en ese momento —confirmó, ladeando la cabeza—, pero sin duda lo hice cuando te encontré bebiendo con Warnick en los establos.

—¿Vestida con la librea de tu lacayo?

—Ahh... Entonces admites que es mi lacayo.

—No, nunca. —Ella se rio, disfrutando de la sensación.

Adorando la mirada de King.

«Amándolo».

Respiró hondo.

—King, ¿qué...?

—Ella no me quería —confesó él en voz baja.

—¿Quién? —indagó con el ceño fruncido.

—Lorna. Solo quería el título, nada más.

Sophie no podía creérselo, y menos después de cómo había hablado de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. —La soltó, poniendo distancia entre ellos—. El linaje termina conmigo —susurró. Ella sufrió al escuchar esas palabras—. Era mucho más que venganza. Era una penitencia —siguió hablando él—. Juré mantenerme alejado del matrimonio porque no podía soportar la idea de traicionar a la chica que amé una vez. —Sophie sufría, las lágrimas no derramadas hacían que le picaran los ojos, devastada por la traición que adivinaba en la voz de King—. Pero ahora... Sé que quería casarse conmigo por dinero. Por el título. Por tener seguridad. Me mintió.

King se apartó de ella y se dirigió hacia el laberinto. Se dio la vuelta antes de entrar y la miró durante un buen rato. En sus ojos se leía ira, frustración y decepción.

—Pensaba que ella era la única persona que me había querido como era. Y ahora sé la verdad. Me quería por mi título y mi fortuna. No por mí. Nunca me ha querido nadie por mí.

Sophie vaciló, sentía la desesperada necesidad de que él escuchara la verdad y eso la impulsó más cerca de él.

—Eso no es cierto. —Ella lo amaba, desesperadamente.

Él la entendió y su mirada se volvió depredadora. Era un cazador y ella su presa.

—Yo no puedo amarte —dijo él, sin embargo.

—Lo sé —asintió ella mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—No quiero que te vayas. Quiero que te quedes. Quiero seguir aquí, en el centro del laberinto. A pesar de que es lo peor que podríamos hacer.

—No creo que yo pudiera sobrevivir a tu traición.

Se acercó a ella y luego, con rapidez, le alzó la cara para que lo mirara a los ojos.

—No quiero que te vayas —repitió King—. Quiero que te quedes.

—¿Qué pasaría si lo hiciera? ¿Cómo sería mi vida si me quedara? —Le

dolía la garganta porque sabía la respuesta. Sabía que él nunca sería capaz de darle lo que deseaba. Lo que siempre había anhelado y, de alguna manera, nunca se había dado cuenta que quería.

King jamás la amaría. Jamás se casaría con ella. Nunca tendrían hijos a pesar de que podía verlos con claridad. Pequeños querubines de cabellos oscuros, ojos verdes y hoyuelos que solo aparecían cuando sonreían.

Él no le preguntó qué quería. Ya lo sabía.

—Sophie... —empezó, y ella supo que era consciente de ello y escuchó su negación. Aunque no quería escucharla.

Así que se estiró hacia él, le pasó los dedos por la mejilla, atrayéndolo más cerca.

—Mañana... —susurró, tan cerca de sus labios que fue casi como si hubiera hablado él—. ¿Y si mañana volvemos al mundo?

—Sí —respondió él. La sílaba era a la vez un voto y una súplica, y también una maldición—. Sí —repitió—. Mañana.

Luego la tomó en sus brazos para llevarla de vuelta a la fuente.

Y ella lo supo: ese lugar, con ese hombre, siempre sería su hogar.

· 18. ¡Amantes en el laberinto Lyne! ·

King sabía que era un error. Que sería un sinvergüenza de la peor calaña si aceptaba lo que ella le ofrecía. Que no se la merecía. Que ella se merecía algo infinitamente mejor que él.

Pero saberlo no lo detuvo.

Por el contrario, lo impulsó a seguir adelante, aun sabiendo que no debía tocarla. La deseaba a pesar de tener la aguda conciencia de que no podía tomarla. Su camino estaba establecido, era largo, recto y sin espacio para las distracciones. No cabían en él las emociones, por mucho que le llamaran, ni había lugar para la belleza que ella traía consigo, para las promesas que susurraba.

Ella lo reclamaba desde el centro del laberinto, tentándolo con la promesa de algo más, haciendo que casi olvidara lo que iba a ser su vida.

«¿Cómo sería mi vida si me quedara?».

La pregunta había sido retórica cuando la hizo Sophie, pues sabía la verdad, que él no podía darle lo que ella deseaba.

No podía darle su amor.

Y Sophie querría amor. Lo anhelaría puro y sin restricciones, entregado libremente con todo lo que implicaba: casarse, tener hijos, felicidad y todas las promesas que traía aparejadas.

Casi podía ver la vida que ella deseaba: niñas de ojos azules y pelo castaño, enamoradas de los libros y de los pastelitos de fresa. Por un momento, se las imaginó sonriéndole como su madre, llenas de felicidad y esperanza.

Por un momento, se permitió creer que podría darle todo aquello.

Pero ella también querría amor, y él nunca sería capaz de entregarse.

No le quedaba nada dentro. Así que esas niñas no serían suyas.

La sentó en el borde de la fuente y se arrodilló ante ella, como si fuera Ariadna y él, el Minotauro, adorándola a sus pies. Venerándola aunque sabía que no podía sobrevivir en el laberinto. Que después ya no viviría.

—Hablemos de la noche pasada —le pidió en voz baja, mirándola mientras

apresaba el dobladillo de las faldas con las manos.

—¿A qué...? —Ella se interrumpió sin aliento cuando él empezó a explorarle la piel de los tobillos—. ¿A qué te refieres?

—Lo odié —confesó—. Odié parar.

Sophie apretó los labios hasta que formaron una línea recta.

—Y yo odié que te detuvieras.

King le deslizó las manos por debajo de las faldas y las subió cada vez más arriba, hasta los muslos. Apretó los labios contra la suave piel del interior de sus rodillas antes de comenzar a recorrerla con la lengua, adorando la exclamación de sorpresa y placer que acompañó su caricia.

—Odiaría tener que detenerme ahora —susurró contra su piel.

Notó las manos de Sophie en la cabeza, que hundió los dedos en su pelo cuando comenzó a besarle los muslos. Le subió más la falda, agrupando la tela en su regazo al tiempo que se inclinaba sobre ella. Depositó largos y cálidos besos en aquella piel suave que nadie había tocado antes.

—King —suspiró ella—. No te detengas.

Él cerró los ojos al escucharla y le separó los muslos para hacerse espacio entre ellos. Se inclinó para darle un persistente beso en la cara interna, que le arrancó un pequeño grito e hizo que ella le tirara del pelo, manteniéndolo contra sus piernas.

Sophie era perfecta.

Sonrió contra su piel, rozando con los dientes ese lugar privado.

—¿No me vas a detener cuando te bese aquí?

Ella abrió más los muslos.

—No —susurró.

Subió más la mano buscando los suaves rizos que ya había tocado antes pero que nunca había visto.

—Separa más las piernas. —Sonó como una orden—. Quiero que te abras a mí.

Sophie hizo lo que le pidió, ofreciéndose a su tacto y su mirada, y él se sentó sobre los talones para mirarla, maravillándose de la perfección rosada que ella le entregaba.

Era suya, punto.

Subió la vista hasta su cara y adoró sus mejillas sonrojadas, encantado al notar que, aunque se avergonzaba, no era lo suficiente para detenerlo.

—Sepáralas más —repitió, dejando que la orden flotara entre ellos.

Y ella le obedeció, haciéndole la boca agua.

—Dios... —susurró mientras se inclinaba hacia ella, pasando los dedos con suavidad entre sus rizos hasta llegar al húmedo calor femenino—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

—No es cierto —repuso ella antes de apartar la mirada.

Odiaba que no le creyera.

—Ya sé que te he dicho que no te diría eso. Sé que te he dicho que iba a hacer lo que me pedías y que buscaría otra forma de halagarte, pero no puedo.

—Se acercó de nuevo de rodillas y alargó el brazo para obligarla a mirarlo—. Eres hermosa, Sophie. Más guapa de lo que puedas imaginarte.

Antes de que pudiera negárselo, se apoderó de su boca con un beso profundo y pecaminoso, como si dispusiera de una eternidad para explorarla. Como si el tiempo se hubiera detenido en el interior del laberinto. Y fue una exploración larga y persistente con la lengua, los dientes y los labios, que incluyó suspiros, gemidos y gruñidos con los que prometía más de lo que podía ofrecer.

Porque no iba a arruinarla.

Aunque eso lo matara, no la arruinaría.

Interrumpió el beso para pasarle los labios por la mejilla buscando la suave piel de debajo de la oreja, donde se detuvo.

—Es cierto. Punto.

La oyó suspirar, y supo que no le creía.

—Quiero desnudarte aquí, en este lugar, sobre la hierba. Sin más testigos que el sol, el cielo, la estatua y mi boca. Quiero explorar cada centímetro de tu cuerpo, conocer los sonidos que haces cuando alcanzas el placer, y sí, cariño, eres preciosa.

Le chupó el lóbulo de la oreja haciéndola gemir, y ella le pasó las manos por el torso.

—King... —susurró.

Él le agarró la mano y se la llevó hasta donde su erección tensaba con desesperación la tela del pantalón.

—Mira lo que me haces —susurró—. Me haces sentir dolorido por ti. Consigues que quiera tumbarte y poseerte hasta que solo quedemos nosotros y el laberinto.

Ella lo exploró con dedos ansiosos.

—Sí. —No dudó y apretó la palma contra él, consiguiendo que quisiera demostrarle con precisión lo salvajemente excitado que estaba.

En cambio, King negó con la cabeza al tiempo que la apartaba de él.

—No. No voy a arruinarte, Sophie.

Ella frunció el ceño.

—Pero...

—Esto no es para mí, amor. Es para ti.

La vio mover la cabeza.

—Yo prefiero que sea para los dos.

No podía dejar que fuera para los dos. Si lo hiciera, no podría dejarla marchar.

Odió aquel pensamiento, así que se concentró en acariciar su núcleo, separando los pliegues para descubrir su calor, su suavidad, su olor al sol y al aire.

—Estás tan mojada —se maravilló, sumergiendo un dedo en su interior y adorando la forma en la que ella respondió meciéndose contra él, ansiosa por que le diera más. Y King estaba tan ansioso como ella—. No puedo... —dijo él—. No puedo no saborearte.

Le clavó los dedos en los muslos y se inclinó hacia ella, pintando su hermoso centro rosado con la lengua mientras adoraba la sensación de sentirla, la forma en que suspiraba y se movía, guiándolo sin saber siquiera lo que hacía. Poco después, levantó los labios y sopló una corriente de aire en el punto más vulnerable para hacerla gritar de placer.

Ella enroscó los dedos en su pelo y tiró con fuerza apretándolo contra su núcleo expuesto, y él la probó una y otra vez. Se perdió en ella, la lamió, chupó y acarició con la lengua y los dedos, hasta que Sophie se entregó a él, respirando cada vez más rápido, hasta que arqueó las caderas para salir a su encuentro, buscando la liberación.

Y justo antes de que la alcanzara, King se detuvo, retiró la boca, consciente de que estaba siendo malvado, y ella gritó su nombre presa de la frustración. Entonces, apretó los labios contra el sedoso interior del muslo un par de veces al tiempo que se acomodaba para mirarla, para buscar sus ojos azules, brillantes de deseo y de algo más primitivo. ¿Necesidad quizá?

—Pobre amor mío —dijo él con su sabor en los labios, pero dejando juguetonamente que sus palabras estimularan todavía más su centro ardiente.

—King —se quejó—, ¿qué me estás haciendo?

—Quiero que me hables.

Sophie abrió mucho los ojos.

—¿Que te hable?

—Quiero que me digas todo lo que deseas.

—Deseo...

—¿Qué?

La vio negar con la cabeza.

—No puedo. —King se inclinó y la lamió con lentitud, haciéndola suspirar de placer—. Por favor.

Se demoró en aquel lugar donde ella ansiaba su contacto.

—Me gusta que me ruegues, cariño. ¿Qué más deseas?

—¡Eso!

Él sopló una larga corriente de aire sobre su centro anhelante.

—¿Qué, exactamente?

—No me obligues a decirlo —suplicó ella.

—¿Por qué? —bromeó—. ¿Porque las damas no dicen esas cosas?

Ella se rio, emitiendo un leve resoplido que hizo que la adorara todavía más.

—Las damas, definitivamente, no dicen esas cosas.

—Inténtalo.

—Deseo... —Durante un buen rato, mientras esperaba a unos milímetros de donde ella lo deseaba, él pensó que no diría nada más. Pero era allí donde deseaba estar. De repente, Sophie habló—: Deseo tu placer. —Y con esas tres palabras, lo destruyó.

King se echó hacia atrás y buscó la verdad en su mirada sin poder encontrar las palabras necesarias para hablar.

Ella se estiró hacia él para levantarle la cara hacia la de ella.

—Lo que tú quieres, King, es lo que yo quiero también.

—Apretó los labios contra los de él con insistencia—. ¿No lo ves? Mi placer es tuyo, y yo también —dijo después de levantar la cabeza.

Y eso fue todo.

El beso que compartieron después fue más o menos una reivindicación pecaminosa y llena de promesas.

—Eres mía —pronunció entonces como si lo que ella había dicho lo hubiera desbloqueado, y quizá hubiera sido así. Sin duda había amenazado su control. Su deseo. Su necesidad—. Eres mía —repitió encima de su boca—. Eres mía —volvió a decir mientras la besaba.

—Tuya —susurró ella cuando él liberó sus labios para volver a concentrarse en su sexo.

—Te has entregado a mí —musitó él, desesperado por ella.

Sophie lo empujó hacia abajo.

—Sí —confirmó bajito—. Soy tuya.

Y luego la cubrió con la boca, la estimuló con la lengua, vertiendo en la caricia todo su deseo y necesidad, toda su frustración y su adoración y sí, su ira. Ira por no poder tenerla así para siempre, allí, abierta para él. Ira por no haberla conocido años antes. Ira porque el amor de esa mujer no era suficiente para curarlo.

La besó una y otra vez, haciéndole el amor salvajemente con la boca, queriendo recompensar su sinceridad pero también castigarla por ella, porque parecía saber que lo que él quería estaba en sintonía con su propio deseo. Por la forma en que lo usaba.

Porque a él le encantaba que lo hiciera.

Jugó con ella con la lengua y los dedos hasta que Sophie gritó junto a la fuente, en el laberinto, bajo el sol y el cielo, primero su nombre y luego otra palabra, una y otra vez, como una letanía y un arma, bendiciéndolo y destruyéndolo con ella.

—Tuya.

«Suya».

Él no le dio tregua, la mantuvo en aquel doloroso punto en el que lo quería, haciéndole el amor hasta que explotó, gritando su placer con esa única palabra.

«Suya».

Se quedó con ella hasta que regresó a la tierra, al laberinto; Ariadna y su Minotauro, capaz de alguna manera de destruirlo con un solo contacto.

«Suya».

Oiría esa palabra en su voz, durante el resto de su vida.

«Suya».

Verdad y mentira a la vez.

No podía ser suya, por supuesto. No podía ser suya porque eso le obligaría a ser de ella. Requeriría su amor de la forma en que se merecía. Y eso nunca ocurriría. Era imposible.

Él levantó la cabeza para decírselo, y se encontró con su somnolienta sonrisa saciada, que lo tentaba más de lo que podía imaginar.

—¿Qué pasa con tu placer? —dijo ella después, destrozando sus intenciones. Fue una pregunta suave, pero el golpe que le propinó fue tan duro y brusco como cualquiera que hubiera recibido en un ring de boxeo. El golpe que más había querido en su vida—. ¿No te gustaría disfrutar también?

Quería, por supuesto. Con más desesperación de lo que había querido nada.

Pero no podía.

«No voy a hacerlo».

Ella se merecía algo mejor.

—No —mintió, intentando mantener un tono tranquilo y odiándose por ello—. No quiero.

Si hubiera tenido todo el dinero de Gran Bretaña, Sophie lo habría apostado a que la tomaría allí mismo, a los pies de la fuente, con el cielo de Cumbria como único testigo.

Y habría perdido la apuesta.

La decepción la atravesó, como era de esperar, por supuesto. Había anhelado que King estuviera dispuesto a hacerle el amor y su negativa no fue una experiencia positiva. Había encontrado un placer increíble entre sus brazos y quería más. Quería compartirlo con él.

Lo que no había esperado era desolación. La sensación de que sin él, estaba sola en el mundo. Que sin sus caricias, su compañía, no podría sobrevivir ni un día más.

La sensación de que sin él, no podría existir.

Y esa idea la aterrorizaba.

No se lo había planteado hasta ese momento. Nunca se había imaginado que querría tanto a alguien, que desearía con tanta ansia que su futuro se entrelazara con el de otra persona, ni que desearía verle la cara todos los días, durante el resto de su vida.

Se había planteado ser feliz, sí. Casarse, tener una familia, vivir de forma tranquila y apacible. Pero nunca había llegado a imaginar que podría querer tanto a un hombre que su rechazo le doliera.

Nunca había previsto el camino para llegar al único hombre que quería tener fuera inaccesible.

Nunca había planeado enamorarse.

De forma vaga, se le ocurrió que a otras personas el amor les parecía una experiencia agradable, llena de rosas y palomas, ternura y otras cosas por el estilo. Esas personas eran, sin duda, afortunadas. Porque ella amaba al marqués de Eversley de forma desesperada y no había nada remotamente placentero en ello.

Se aclaró la garganta y se enderezó para bajarse las faldas, pillando las manos de King por debajo durante un insoportable momento. Trató de escapar

de su contacto.

—Entiendo...

Él arrastró los dedos hasta su tobillo y ella se levantó para huir de la sensación. El roce rompía algo en su interior, hacía que deseara meterse en la fuente para lavarlo y, al mismo tiempo, tirarse a sus brazos y rogarle que continuara. Por suerte, no siguió ninguno de los dos impulsos, y se alejó de él como si los acontecimientos de la tarde fueran perfectamente normales. Como si se apresurara a protegerse del dolor que sentía sin ni siquiera pensarlo.

—Entiendo... —repitió, odiando volver a decir lo mismo. Se obligó a permanecer en silencio mientras se alejaba de él.

¿Por qué King permanecía todavía de rodillas en el suelo? ¿Por qué no se levantaba? ¿Por qué seguía allí con ella?

¿Por qué la estatua del Minotauro no había cobrado vida y los había engullido a los dos?

Lo vio ponerse en pie y acercarse a ella con los brazos abiertos. Ella levantó una mano. ¡Oh, Dios! Que estuviera de pie era mucho peor, con diferencia.

—Sophie, déjame explicarte...

¡Santo Dios! Lo último que quería era que él le explicara por qué no quería hacer el amor con ella. Se alejó de él y miró hacia la salida del laberinto, más allá de su hombro.

Y luego él estuvo lo suficientemente cerca como para impedirle ver nada, obligándola a fijarse en los hombros en su totalidad. Esos anchos y hermosos hombros...

«¡Basta!», se dijo a sí misma. Las mujeres normales no se fijaban en los hombros de los caballeros.

—Sophie, no voy a arruinar tu reputación —explicó él, acercándose y obligándola a retroceder.

—Entiendo... —dijo ella mientras trastabillaba para alejarse de él—. Entiendo...

¡Dios! ¿Es que no podía ocurrírsele decir otra cosa?

—No creo que lo entiendas —dijo él—. ¿No ves que te mereces más? —La espalda de Sophie chocó contra el seto espinoso, una incómoda y maldita inconveniencia. King se acercó todavía más. Lo suficiente para poder levantar la mano y colocarle el pelo detrás de la oreja y hacer que se sintiera desesperada cuando él comenzó a hablar con ese tono ronco y embaucador—. ¿No ves que te mereces a alguien que se case contigo?

Ella cerró los ojos al oírlo, como si al no verlo, no hubiera dicho esas palabras. Sophie sabía que King no iba a casarse con ella; no era idiota. Pero aun así, oírlo dolía.

No tenía por qué decirlo en voz alta, ¿verdad?

—Entiendo... —dijo una vez más.

Al parecer, eso era todo lo que iba a decir de ahora en adelante. Excelente. Él la había convertido en idiota.

Él maldijo con fuerza, haciendo que deseara decir una frase más sucia que esa que parecía condenada a repetir por toda la eternidad.

—¡Dios, Sophie! Deja de decir eso. Te mereces a alguien que pueda amarte. Tenía que salir de ese laberinto. De esa propiedad. Alejarse de ese hombre. Ya.

Antes de que dijera «Entiendo» una vez más.

O peor, antes de que no pudiera decir cualquier otra cosa.

Asintió al tiempo que cruzaba los brazos y pasó junto a él en dirección a la salida del laberinto sin añadir una palabra. En otro momento, habría tenido el orgullo de cuadrar los hombros y caminar con decisión. Sin embargo en ese no podía ver más allá de las lágrimas, por lo que no podía pensar en asuntos tan triviales como su postura.

Él maldijo de nuevo, esta vez detrás de ella.

Sophie se detuvo, pero no se dio la vuelta. No podía. Al menos no podía sin correr el riesgo de confesárselo todo y quedar como una patética idiota.

—Me gustaría regresar a Mossband —dijo, reuniendo la última pizca de orgullo que le quedaba.

—¿Cuándo? —preguntó él tras una larga pausa.

—Tan pronto como sea posible —replicó.

King asintió.

—Mañana vamos a comprar tu librería. Te pondré en contacto con el abogado de mi padre. Tendrás todo el dinero que necesites para vivir feliz.

A ella no le importaba la librería. No le importaba Mossband. De hecho, no iba a formar parte de su futuro. No podía estar tan cerca de ese lugar y de sus recuerdos. No podía estar tan cerca de él. Respiró hondo.

—No creo que pueda esperar hasta mañana.

—Sophie... —dijo en voz baja, más cerca de lo que a ella le gustaría. Odiaba oírlo decir su nombre—. Mírame.

Se volvió hacia él, incapaz de negarse. Era el hombre más guapo que hubiera visto nunca, con el pelo oscuro, los ojos verdes y los labios, firmes y

magníficos. Era demasiado guapo para ella. Demasiado perfecto.

Se tragó todos esos pensamientos.

—Debo irme. Ya —aseguró—. Hoy mismo.

Él la observó durante tanto tiempo que ella llegó a pensar que iba a besarla de nuevo. Quería que lo hiciera, pero también odiaba la idea de que la besara otra vez.

Sin embargo, él se acercó y le ofreció su mano, cálida y bronceada por el sol.

Sophie miró aquellos dedos durante mucho rato, sin poder evitar que las lágrimas fluyeran, odiándolas y, de alguna manera, amándolas cuando él subió el brazo para secárselas con las yemas. Dejó que la tocara, adorando la sensación, memorizándola hasta que no pudo soportarlo más y lo empujó.

Aunque, en el momento en que lo tocó, él la capturo y entrelazó sus dedos con los de ella. Ella intentó liberar su mano, desesperada por liberarse de él tanto como se deleitaba con la sensación de tocarlo.

Él se negó a soltarla, y la condujo a través del laberinto con su cálida mano. Caminaron en silencio, recorriendo los giros y vueltas hasta la salida, donde él se detuvo, todavía oculto por el seto, para volverse hacia ella, acercarla y sostener su cara entre las manos.

—Lo siento —musitó—. Siento no poder ser el hombre que deseas que sea.

Las lágrimas surgieron de nuevo y Sophie sacudió la cabeza. No quería oír nada más.

—Eres tú quien no lo ve. Yo solo deseo que seas el hombre que eres.

Entonces, King la besó un último y exuberante momento, y ella se aferró, volcando todas sus emociones en la caricia: deseo, dolor, pasión...

«Amor».

Pero él nunca lo sabría.

Cuando retiró los labios de los de ella, King le señaló la salida, dejando que fuera ella la primera en abandonar el laberinto. Ella caminó hacia la vida real, aunque echaba ya de menos ese lugar mágico y mítico.

Salió al mundo una vez más. King se quedó a atrás, como el recuerdo que amenazaba en convertirse desde hacía mucho tiempo.

El único recuerdo que le importaba.

Casi de inmediato, escuchó los caballos, un estruendo que procedía de un carruaje tirado por seis animales que entraron al galope en Lyne Castle. King y ella se volvieron al unísono hacia los recién llegados, protegiéndose del resplandor que el sol vespertino arrancaba del carruaje con una mano sobre la

frente a modo de visera.

Era un coche dorado.

Un vehículo dorado con querubines escoltándolo.

—Córcholis —susurró Sophie, llena de desolación y no poca incertidumbre.

El carruaje se detuvo en la rotonda que había frente al castillo y el conductor saltó de inmediato para abrir la puerta y facilitar la salida de los ocupantes, que se agolpaban como ovejas recién liberadas en los pastos.

Ovejas muy bien equipadas. Con vestidos de seda y extravagantes peinados adornados con flechas y plumas... y... ¿eso era una jaula? Una de ellas luchó por salir primero.

—¡Déjame pasar! —Y corrió a un rosal cercano para vaciar allí el contenido de su estómago.

—Déjame adivinar —dijo él en un tono seco como la arena. Solo un tonto podía ver un carruaje tan ostentoso y no adivinar quiénes lo ocupaban—. Esa es Sesily.

—¡Es horrible! ¡Hemos caído en desgracia!

Sophie apenas había cerrado la puerta de la sala de recepción de Lyne Castle cuando aquella dramática frase de su madre desató una oleada de gritos de pánico.

—¡Nos han retirado todas las invitaciones a las fiestas campestres! —anunció la condesa.

—Derek ni siquiera me habla —informó Sesily de forma casual, abriendo el bolso y sacando un frasquito de sales—. Desapareció antes de que terminara la fiesta de los Liverpool, menudo bastardo.

—¡Sesily! ¡Vigila tu lengua! ¿No lo ves? ¡Es horrible! —gritó la condesa de Wight mientras se dejaba caer en una silla. Sesily acercó las sales a su madre y esta inhaló con profundidad—. ¡Horrible literalmente!

—¡Nos han exiliado! —Seleste se desplomó en otra silla cercana y sus elaboradas faldas color rosado cayeron en cascada sobre los reposabrazos—. Estamos en Cumbria, ¡por el amor de Dios! ¿Puede haber algo peor? —Se reclinó hacia atrás y una de las flechas que adornaban su peinado quedó enganchada en el brocado dorado del asiento. Ella se echó hacia delante con un pequeño grito y se quitó la flecha, tirándola a sus pies.

Para sorpresa de Sophie, ni siquiera ser un polizón vestido de lacayo,

recibir un disparo en la Gran Carretera del Norte y fingir estar comprometida con un hombre que jamás se casaría con ella era tan difícil como pasar la tarde con las peligrosas Talbot.

Y no podía decir que fuera una tarde; apenas habían pasado treinta segundos.

—Y todavía no hemos mencionado lo que le ha pasado a Seraphina —dijo Sesily, retirando el sombrero con forma de jaula para pájaros de lo alto de su cabeza.

Sophie podría haber preguntado por el sombrero si no fuera por el comentario. Así que se volvió hacia su hermana mayor, la única que había permanecido en silencio desde su llegada. Seraphina permanecía de pie junto al ventanal, con la mirada fija en el exterior.

—¿Qué te ha pasado a ti?

Sera hizo un gesto con la mano.

—Nada más de lo que ya sabes.

—¡Por supuesto que sí! —intervino su madre, poniéndose en pie una vez más—. El duque ni siquiera le ha permitido poner un pie en su casa. Dice que después de tus acciones, no quiere tener nada que ver con ella o con cualquiera de nosotros. ¡Y ella está embarazada!

Sophie no apartó la mirada de su hermana.

—¿Es verdad? ¡Córcholis!

—¡Sophie, esa lengua!

Sera agitó la mano de nuevo.

—No es por ti, Sophie. Si no hubieras hecho eso, habría sido otra cosa. —Sus ojos se encontraron—. ¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Estás bien?

—Lo estoy —mintió. Podría tener el corazón roto, pero al menos no había sido repudiada por su marido y estaba embarazada, ¿no era cierto?

Sera la observó durante un largo rato, viendo más que las demás. Su hermana mayor siempre era capaz de leer en ella.

—No te preocupes, Sophie. Esto no es por ti.

—Por supuesto que sí, ¡maldición! —protestó Sesily.

—Sesily —intervino su madre—, cuidadito con lo que dices.

—Mamá, si no se puede hablar mal en este momento, no sé cuándo se puede hacer. —Se volvió hacia Sophie—. Por supuesto que debes preocuparte por el resto de nosotras. ¡Derek ni siquiera quiere hablar conmigo! Dice que necesita el apoyo de la aristocracia. Y gracias a ti, ahora no lo tiene.

—Suspiró—. Nunca se casará conmigo.

Sophie no creía que no casarse con Derek Hawkins fuera algo para echarse las manos a la cabeza, pero trató de mostrarle su apoyo.

—Además, lord Clare lleva una semana sin ponerse en contacto conmigo —dijo Seleste, que parecía bastante desolada por haber perdido a su conde. Vio como su hermana metía la mano en el escote para sacar un cuadrado de papel doblado—. Hemos recurrido a las cartas de amor —hizo una pausa—. En realidad, es bastante romántico, suponiendo, claro está, que la situación se corrija.

—Conserva un resquicio de esperanza —bromeó Seline—. Es difícil que puedas discutir por escrito.

Sesily soltó una risita.

—Si alguien puede encontrar la manera de pelearse por escrito, son Seleste y Clare. —Miró a su hermana—. ¿Alguna vez los has visto más de veinticuatro horas sin discutir?

—Por supuesto —replico Seleste—. Esta semana sin ir más lejos.

Seline sonrió.

—Eso no es una prueba. Quizá deberíais evitaros el uno al otro por una cuestión práctica.

—No podemos, no todos han escalado hasta nuestro balcón como Landry —replicó Seleste.

Seline se rio ante la mención de su amante.

—Eso es porque Mark tiene cuidado —explicó a Sophie, sirviendo un *whisky* en un aparador cercano y pasando la copa—. No le gusta usar la puerta principal.

—¿Por qué le importa lo que la gente piense? —preguntó Sophie. Mark Landry tenía más dinero que todos los demás londinenses juntos, y no le interesaba la sociedad. Jamás habría imaginado que le preocuparía su reputación.

—Haven tiene poder —dijo Sesily, aceptando la copa de Seline—. Más del que jamás hemos imaginado. Y está furioso. La aristocracia ya no visita las cuadras de Mark en Tattersall. No van a comprar caballos a alguien cercano a nosotras. Es posible que Derek haya recibido amenazas similares, pero a diferencia de Landry, es un maldito cobarde.

—¡Sesily! —gritó la condesa.

—Bueno, lo es —aseguró Sesily—. A ver si regresa conmigo después de esto. Es una traición. —Brindó con Seline—. Sin embargo, debes retener a Mark. Es un valiente.

—Me encantaría —replicó Seline antes de mirar a Sophie—, pero está esperando a que lo arregles.

—¡Debes arreglarlo todo! —exclamó su madre.

Sophie las miró de una en una.

—¿Cómo voy a conseguir tal cosa?

Nadie parecía tener una respuesta.

—¿Quién iba a imaginar que tú serías la del escándalo? —meditó Sesily, sentándose junto a la chimenea—. Primero empujando a Haven al estanque y luego huyendo con Eversley.

—Yo no he huido con Eversley —aseguró Sophie.

—Claro que sí —gritó su madre.

—¡No he huido con él! Solo me colé en el carruaje equivocado.

—Oh, bueno, pues vamos a decírselo a los periódicos de chismes. Estoy segura de que corregirán sus artículos —dijo Sesily con ironía—. Como si comprobaran los datos que publican.

—No es necesario ser cruel, Sesily —intervino Seraphina.

—Todas nos hemos visto afectadas —replicó Sesily—. Y tú más que nadie. ¿O quieres que te recuerde que tú y tu hijo estáis ahora sin hogar?

—Por supuesto que no es verdad —interrumpió Sophie.

—¿No? —preguntó Seline—. Entonces, ¿tienes un plan para pescar al marqués y rescatarnos del ostracismo?

Aquella pregunta la hizo recordar que un rato antes se había enfrentado a la verdad: King nunca la amaría. Nunca sería suyo. Iba a dejarlo y a pasarse el resto de su vida esperando que su futuro fuera diferente.

Negó con la cabeza mientras intentaba tragarse el nudo que tenía en la garganta.

—No voy a casarme con él.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Selesté—. ¿Te vas a convertir en su amante?

—Eso no ayudaría en absoluto —señaló Seline.

—¡Necesitamos discreción! —explotó la condesa.

Sophie hizo caso omiso de lo que sintió al oír esa pregunta. Si él le hubiera ofrecido convertirse en su amante, hubiera aceptado. Aceptaría cualquier cosa que viniera de él. Durante el tiempo que le pudiera dar.

Lo aceptaría allí o en Londres. Para siempre o por un tiempo.

Lo amaba.

Sin duda, de todas las emociones que podían afectar al corazón humano, el

amor era la peor.

Apartó la mirada de su familia.

—Estaba a punto de volver a Mossband cuando habéis llegado. Iba a dirigirme a la posada.

Sesily gimió.

—¡Estamos perdidas!

La condesa se desplomó en el sofá, de forma tan espectacular como siempre.

—¡Sabía que todos esos libros acabarían siendo tu perdición!

Ninguna de sus hermanas pareció considerar la acusación de la condesa, por lo que Sophie tampoco se demoró en ella.

—Siendo justos, nuestra reputación no era precisamente impoluta.

—¡Pero recibíamos invitaciones! —protestó la condesa—. Tus hermanas tenían pretendientes.

Seline frunció el ceño por primera vez desde que llegaron.

—Mark no me ama, ¿verdad?

Sophie no pudo contener la frustración durante más tiempo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo—. Ni que hubiera hecho algo realmente escandaloso. La duquesa de Lamont fingió su muerte y se casó con el hombre que creía haberla matado, y la sociedad la adora.

—¡Ella no molestó públicamente a la aristocracia!

—¡Oh, claro! Eso es mucho peor que arruinar la vida de un hombre. ¿Qué van a hacer los ricos con título ahora que los he insultado?

—¡Arruinar nuestras vidas! —repuso Sesily con firmeza, reemplazando su mordaz ingenio por fría sinceridad—. ¿Por qué crees que estamos aquí? ¡Todas hemos perdido a nuestros pretendientes gracias a ti!

—Todas vosotras habéis sido maltratadas por hombres que no podrían encontrar ni su propio ombligo.

—Esos hombres estaban dispuestos a casarse con ellas

—exclamó su madre—. Y estaban dispuestos a asumir que tú, Sophie, te convertirías en una solterona agradable, bienvenida en sus hogares.

—¿Eso es lo que iba a ser? ¿La vieja tía soltera? ¿La que viviría enclaustrada en las habitaciones de la torre del castillo? ¿Oculta de por vida?

—¿Qué clase de vida habías planeado entonces? —preguntó Sesily.

—Bueno, no es que estés siendo muy amable —replicó Sophie.

La sala quedó en silencio.

—Perdona. Pero tienes que entender, Sophie, que esto es doloroso para

todas.

—No puedes estar diciendo que todas estáis sufriendo los efectos residuales de mi...

—Error. —Seleste de nuevo.

Salvo que no había sido un error. Los diez días después de la velada en casa de los Liverpool, había vivido más emociones que nunca. Miró a sus hermanas de una en una.

—No deseo ser una carga para vosotras. No lo deseaba antes, y sin duda no lo deseo ahora.

—Sin embargo, tienes que haber pensado en esa posibilidad —dijo la condesa, en un tono suave que desmentía sus venenosas palabras—. No eres la más...

—...elegible... —continuó Sesily.

—... de nosotras —terminó Seline.

Qué maravilla. Qué encantadoras. Qué emocionante...

«La muermo».

Salvo que durante los últimos días, no había sido así. Y no porque hubiera recibido un disparo. Ni porque se hubiera vestido de lacayo. O porque hubiera vendido las ruedas que llenaban un carruaje o escapado de los hombres de su padre. Ni siquiera porque hubiera estado a punto de perder la virtud en un laberinto.

Sino a que se había enamorado de King.

Porque él la había alimentado con pastelitos de fresa y la había besado hasta perder el sentido, tentándola con una vida que era más de lo que jamás había imaginado. Porque la había hecho creer que era más que Sophie Talbot, la menor y menos interesante de las peligrosas Talbot.

Y entonces había llegado su familia, haciendo que la realidad le estallara en la cara. Pero no iba a quedarse callada, iba a decir la verdad. Miró a sus hermanas.

—Si pensáis que no vais a tenerlos por mi culpa, es que no valían la pena.

—¿Oh? —intervino Seline, dispuesta a defender a su pretendiente—. Supongo que tu Eversley no tiene nada que vale la pena, ¿verdad?

No era lo mismo. Él no se alejaba de ella porque hubiera empujado al duque de Haven a un estanque de peces. De hecho, había permanecido a su lado después de descubrir que lo había hecho.

«Él vale la pena».

—Lo has hecho a propósito —estaba diciendo Sesily—. Nunca has querido

ser aristócrata. Y ahora nos has arrastrado al resto al lodo contigo. Míranos, descoloridas y cansadas después de días en carruaje. ¡En Cumbria!

—Esto es precioso —argumentó Sophie.

—Si te gustan las ovejas... —replicó Sesily.

—Y el verde —añadió Selesté.

—No es Londres —suspiró Seline.

—Sinceramente, ya no somos las peligrosas Talbot.

—Solo tú, Sophie. —Esta vez era Seraphina, y Sophie se volvió hacia ella, sorprendida. Su hermana mayor habló en voz baja, con firme amabilidad—. ¿Sabes cómo nos sentimos cuando regresamos a casa después de la fiesta de los Liverpool y descubrimos que te habías marchado sin otra cosa que la librea de un lacayo? Nos sentimos orgullosas. Habías dado la espalda a un mundo que no te importaba. Me pareció algo maravilloso. —Señaló a las demás hermanas con la barbilla—. Igual que a ellas, aunque no lo admitan.

—Lo admito —concedió Sesily—. Siempre has sido la primera en salir en nuestra defensa. Estaba feliz defendiéndote a ti.

—Y yo —dijo Seline—. Mark pensaba que eras condenadamente fantástica.

—Seline, ese lenguaje.

—Fue así cómo lo dijo Mark, mamá.

—Bueno, yo soy incapaz de amonstarlo a él.

Sophie sonrió. Había echado de menos a sus hermanas. A su madre. A toda su familia.

—No fue fácil estar orgullosa de ti cuando Londres se puso en contra de nosotras. No esperábamos que la aristocracia nos repudiara —agregó Seline—. Estoy segura de que a ti te parece perfecto, Sophie, pero...

—... para nosotras no es así —finalizó Selesté.

Por supuesto, Sophie lo sabía. No deseaban la misma vida que ella. La felicidad para sus hermanas tenía forma de fiestas, títulos e invitaciones para Windsor Castle.

Suspiró.

—Lamento haberos causado tantos problemas —dijo—, pero si las páginas de escándalos nos han enseñado algo, es lo siguiente: Cuando el verano termine y regreséis a Londres sin mí, la sociedad olvidará que tenéis una hermana más joven, y vuestros pretendientes regresarán. Y, si no lo hacen, seguiréis siendo jóvenes, guapas y escandalosamente ricas —señaló—. Las tres cualidades más importantes en una dama elegible. Encontraréis otros caballeros. Que os merecerán más.

Se hizo el silencio.

—¿Lo vais a negar? —espetó, mirándolas una a una—. Os aseguro que seguiréis siendo igual de hermosas a pesar de mi escandaloso comportamiento. Le pediré a papá mi dote y me desvaneceré. Todo irá bien. —Se volvió hacia Seline—. ¿No eres tú quien dice que somos como los gatos y siempre caemos de pie? Sobreviviréis a esto. Con facilidad.

—Incluso los gatos tienen un número de vidas limitado —intervino la condesa, las tristes palabras resultaron extrañamente familiares. Eran un eco de los chismes que se habían oído en la fiesta de los Liverpool.

«Cuando todo cambió».

—La belleza no es el problema —dijo Sera por lo bajo desde su lugar junto a la ventana—. Sophie...

—El problema es el dinero. —La voz llegó desde la puerta, que Sophie no había oído abrir. Jadeó cuando se volvió y vio a su padre, con la mano en el marco de la puerta y los pantalones todavía cubiertos por el polvo y el sudor del caballo.

—Papá... —Sophie hizo una pausa—. Has venido...

Fue entonces cuando supo que había ocurrido algo horrible. Jack Talbot no cruzaba Gran Bretaña con su esposa y sus cuatro hijas por nada. Una sensación de salvaje aprensión la atravesó y tuvo la intensa certeza de que ese era el día más importante de su vida. El día que había dicho adiós a King y el día que su padre lo cambiaría todo.

Su padre miró al resto de sus hijas.

—Id a vuestras habitaciones, chicas.

Ellas cumplieron sus órdenes en manada, graznando por lo bajo, acompañadas de la condesa, para encontrar unas habitaciones que, sin duda se habían aireado por primera vez en una década. Si no estuviera tan sorprendida por la llegada de su padre, le habría hecho gracia la idea de que el duque de Lyne se encontrara cara a cara con las peligrosas Talbot.

—¿Por qué has venido, papá? —preguntó cuando se quedó a solas con su padre.

—He venido —repuso— porque estoy preocupado.

Ella parpadeó.

—Sabes tan bien como yo que la sociedad encontrará otra cosa que detestar en menos de una semana. Es probable que la hayan encontrado ya.

—Pero Haven no.

—Haven es idiota —afirmó ella.

—Eso nunca ha sido más cierto, gatita, pero es un duque. Y tiene la sartén por el mango.

Ella arqueó las cejas.

—Eres Jack Talbot. Eres más rico que todos ellos juntos.

Su padre se quedó en silencio.

—No sin ellos, Sophie. Ese era el trato que traía aparejado el título que tu madre deseaba tanto. Ellos hacían su inversión, y yo la mía. Todas vosotras os convertíais en damas, pero no puedo ganar dinero sin los peces gordos. Y tú has hecho un excelente trabajo al huir así. Llamar patán a Haven fue lo mejor que podías hacer.

El miedo se apoderó de ella al oír aquello. No tenía sentido, por supuesto. Los títulos no se otorgaban sin más, tenían requisitos.

—Pensaba que había sido una apuesta.

—Y lo fue —dijo su padre sonriente—. Pero Prinny puso los términos y yo los acepté.

—¿Han dejado de invertir?

—Pusieron sus fondos en manos de otro hombre. Haven se encargó de que así fuera. La noche después de tu escena, recibí notificación por parte de trece de ellos. El resto llegó por la mañana. —Se detuvo durante un buen rato antes de acercarse a ella y, por primera vez en su vida, notó la edad de Jack Talbot. Su preocupación—. ¿Quieres tu dote? ¿Tu libertad? —Él negó con la cabeza—. Quiero dártela, gatita, pero ya no hay dote alguna. No puedo mantener a tu madre y a tus hermanas, pagar esas ropas nuevas y carruajes dorados y...

—Clavó los ojos en una mesa cercana—. ¿Por qué demonios llevan jaulas en la cabeza?

Ella sonrió con poco entusiasmo.

—Por lo menos no hay dentro ningún pájaro.

—No digas eso delante de Sesily o acabaré teniendo que mantener también a las malditas aves.

Sophie movió la cabeza.

—Papá, pensaba que eras...

—Te sorprendería lo rápido que desaparece el dinero, gatita. En especial cuando los peces gordos se alejan. —Se acercó a ella y la abrazó. Olía a cuero, a caballo, el aroma la envolvió como sus recuerdos de infancia, cuando abrazaba todo

lo que le importaba. Jack Talbot había sido siempre más grande que la vida, un héroe en todos los sentidos. Había fomentado el amor de Sophie por los

libros, abrazado su deseo de no ser solo una aristócrata. Y en toda su vida, nunca le había pedido ayuda. Quizá podía haber encontrado la forma de negar a sus hermanas lo que deseaban, pero no a su padre, él no tenía ni pizca de dramatismo. Y si estaba preocupado por el futuro, ella también lo estaba.

La besó en la coronilla.

—Estaba muy orgulloso de ti por defender a tu hermana. Por ti misma —susurró contra su pelo—. Pero ahora... ahora nos tiene pillado por las pelotas.

Ella se echó atrás y miró sus claros ojos castaños.

—Haven se ha portado de una forma abominable.

—Y lo hubiera golpeado sin pausa, cariño. No lo dudes. Pero el mundo estaba mirando. Su mundo. Lo has avergonzado delante de todos.

«Te destruiré...»

Las palabras que su cuñado dijo en el invernadero de los Liverpool resonaron en su cabeza. Y ella se había burlado de él.

«Me gustaría que lo intentaras».

Lo había hecho. Sin dudar. Su nombre y su título lo hacían más poderoso de lo que ella sería nunca.

Sophie sacudió la cabeza.

—No pensé.

—Piénsalo ahora —aconsejó él.

Jack Talbot podría haber conseguido un condado, pero no había tenido ningún hijo, por lo tanto, ninguna de sus cinco hijas tenía futuro sin un matrimonio ventajoso. Ellas no tenían futuro. Y menos ahora que Sophie lo había arruinado.

Parpadeó.

—¿Qué he hecho?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Actuaste de forma imprudente, mi niña. Defendiste a tu hermana sin pensar en que esto es una carrera de fondo. Y tenemos que pagar el precio.

Sabía lo que venía a continuación antes de que él lo sugiriera. Y después, cuando se enfrentó a la oscura verdad de lo que tenía que hacer, admitiría su secreto más íntimo.

Que nunca en su vida había deseado nada más.

—¿Cómo vamos a sobrevivir? —preguntó.

Hubo un largo silencio antes de que su padre respondiera.

—Eversley...

· 19. ¡Confesiones en el castillo! ·

Esa misma noche, mucho después de que la casa se quedara en silencio, Sophie esperaba a que sus pensamientos hicieran lo mismo.

Se estiró en el borde de la cama, vestida con una de las batas de Sesily, una hermosa creación de satén verde hierba cubierta de perlas y plumas, así como el camisón y las zapatillas a juego.

Era un uniforme más que cualquier otra cosa. Lo iba a utilizar para hacer lo que habían hecho antes un sinnúmero de mujeres con vestimentas similares. Pescar un marido.

Alejó el desagrado que le provocaba el pensamiento y se acercó a la puerta que separaba su habitación de la de King. Había hecho todo lo posible para posponer el momento de ir a por él: bañarse, cambiar el vendaje del hombro, secarse el pelo ante la chimenea, peinarlo hasta que brillara... Ya era lo suficientemente tarde, sin duda, para que estuviera dormido sin pensar en ella.

Apenas habían hablado en las horas transcurridas desde que llegó su familia. King se había desentendido de ella de inmediato, seguramente agradecido de que ya no fuera una responsabilidad. Habían cenado con él, aunque su padre no se había presentado. Por supuesto, sus hermanas habían estado más que dispuestas a rellenar cualquier incómodo silencio que hubiera surgido sobre Londres y la sociedad.

King había mantenido la calma, respondiendo solo aquellas preguntas que le hacían directamente.

Sus hermanas se lo habían pensado muy bien antes de dialogar con él.

Hubo un momento en el que su madre le preguntó por qué habían tardado tanto tiempo en realizar el viaje. Entonces, King miró a Sophie con una silenciosa pregunta en los ojos, sorprendido de que la condesa ignorase que ella había recibido un disparo y que había estado convaleciente en Sprotbrough.

Hasta el momento no había encontrado el instante preciso para contarle a su familia lo que le había ocurrido. Por extraño que pudiera parecer, una herida de bala le resultaba insignificante comparada con la que había recibido su

familia. Con la que iba a provocarle a King.

Lo había estudiado durante la cena, memorizando su rostro, sus ojos, la forma en que curvaba los labios al pronunciar las palabras. Quería recordar todos los pequeños momentos que pudiera anteriores a esa noche. Antes de que llamara a su puerta y cambiara sus vidas para siempre.

Ojalá pudiera encontrar el valor para hacerlo.

Ojalá encontrara la voluntad para hacerlo.

«Quizá él te rechace».

Sintió un profundo alivio al pensar eso. Si la rechazaba, su familia tendría que intentar arreglar la situación de otra manera. Si la rechazaba, podría marcharse y buscar su vida en otra parte. No tendría que regresar a Londres. Ni a Mossband. Podría desaparecer, y ellos vivir sin ella.

Él podría vivir sin ella.

«Tú tendrías que vivir sin él».

Aquel pensamiento le hizo sentir una opresión en el pecho. Con el corazón latiendo de forma dolorosa, suspiró y se aproximó a la puerta de separación. Tendría que terminar de una vez. Golpeó la madera: él la rechazaría y ella se marcharía.

A pesar de que anhelaba de forma casi desesperada que la aceptara.

«Pero no así».

No, no así. Pero la idea de que no volvería a verlo, a tocarlo, a estar cerca de él...

Era una tortura.

Puso la mano en la puerta, colocando la palma contra la fresca caoba, y luego apoyó la frente. Respiró hondo, imaginando que podía oler allí, al otro lado, el jabón y el aroma especiado de King.

Pensó en lo mucho que lo quería y en lo poco que deseaba hacer aquello.

Se enderezó y levantó la mano, preparada para anunciar su presencia cuando llamaron a la puerta de su habitación.

Bajó el brazo como si se hubiera quemado y se alejó de inmediato de la puerta de comunicación. Cuando la abrió, allí estaba Seraphina, sujetándose el vientre con las manos.

—Temía haber llegado demasiado tarde —jadeó la mayor de las Talbot.

Sophie dio un paso atrás y Sera entró en la habitación.

—Yo estaba... aplazándolo.

Sera cruzó hasta el centro de la estancia y se volvió hacia Sophie mientras ella cerraba la puerta.

—¿Lo amas?

La pregunta sorprendió a Sophie, que tardó un momento en responder.

—¿Acaso importa?

Sera se sentó en el borde de la cama para recuperar el aliento.

—Sí, mucho.

Sophie se acercó para servirle un vaso de agua.

—¿Por qué? —preguntó después de observar cómo lo bebía.

—Si no lo amas, no debes hacer esto.

Sophie negó con la cabeza.

—¿Acaso crees que voy a encontrar a otro hombre que me ame?

—Creo que no deberías casarte con un hombre al que no le importas.

Demasiado tarde para eso.

—Para ti es fácil decirlo. Mis acciones no van a cambiar tu futuro. —

Sophie se sentó junto a su hermana—. Lo siento, Sera. Si no hubiera...

Sera le cogió la mano y se inclinó hacia ella mientras se la apretaba con fuerza.

—Tú me defendiste. Nadie más lo habría hecho. —Hubo un largo silencio antes de que Sera se riera entre dientes—. Y se lo merecía.

—Se merecía algo mucho peor —aseguró Sophie.

La risita se convirtió en una carcajada.

—¡Verlo caerse de culo en el estanque fue impagable!

Sophie acompañó las risas de su hermana.

—¡Pobres carpas!

—Oh, espero que odie el pescado para siempre —se rio Sera—. Su cocinera es francesa, con una inclinación particular por el *poisson*.

Se rieron juntas durante un buen rato, y se secaron las lágrimas de los ojos antes de regresar a la realidad y ponerse serias una vez más. Sophie se inclinó hacia su hermana.

—Lo haría de nuevo —confesó. Los acontecimientos de aquella velada la habían llevado hasta King. Y no hubiera querido perderselo por nada del mundo.

—¿Lo amas o no? —insistió Sera, apretándole la mano.

Las lágrimas inundaron de nuevo sus ojos, esta vez no era por la risa, e hicieron que le picaran los ojos.

—Sí —repuso con sinceridad—. Lo amo con desesperación.

Más de lo que nunca hubiera pensado.

«Ella me mintió», había confesado él con la voz rota. Devastado.

No podía hacerle eso.

No podía mentirle. La convertiría en un monstruo. Como a Ariadna en el laberinto, no se lo merecería.

Sera se volvió hacia ella y luego, apretando sus manos con las suyas, puso en voz alta los pensamientos de Sophie.

—Entonces, no debes hacerlo.

—Pero si no lo hago, ¿qué será de vosotros? ¿Qué será de Sesily, Seleste y Seline? ¿Y de papá?

Sera sonrió.

—Crecemos como la hiedra. ¿Crees de verdad que un crudo invierno va a poner fin a nuestro viaje?

—No sabes si...

Seraphina asintió.

—Lo sé. Porque mi vida es inamovible. Soy la duquesa de Haven. Y llevo al futuro duque en mi interior. —Sophie observó que la mirada de su hermana se volvía más triste—. Debido a eso, puedo decirte que si lo amas, debes decírselo. —Sacudió la cabeza—. Nunca llegué a decírselo a Haven, y mira en qué lío estamos metidos. —Sophie la miró mientras se llevaba sus manos a los labios—. Díselo, Sophie. Aprovecha la oportunidad de ser feliz.

«No puedo amarte».

Sophie negó con la cabeza.

—Él no quiere que lo ame.

—Quizá porque no sabe que ya lo haces. —Los ojos de Sera se volvieron acuosos por las lágrimas contenidas—. Respiró hondo. —Lo que papá te pide es... demasiado. Sí, podrías salvarlo. Podrías salvar a Sesily, a Seleste y a Seline. Sí, te convertirías en marquesa, luego en duquesa, y ese título podría ayudarnos. Pero Eversley... él te odiaría por ello.

No podía soportar la idea de que King la odiara. Pero ¿qué pasaría con su familia?

—No puedes protegernos, Sophie. No para siempre.

Miró a Seraphina, su hermana mayor, a la que siempre había considerado más afín.

—Te quiero.

Sera la envolvió con sus brazos.

—Lo sé. Lo sabemos. ¿Por qué crees que hemos venido? Pero a él también lo amas. Y no se ama con medias tintas, llegarías a odiarte a ti misma si lo obligas a casarse contigo. Lo sé mejor que nadie.

No quería pescarlo.

Quería que la deseara. Que la amara con la misma desesperación que lo amaba ella.

No podía hacerlo. Ni siquiera por su familia. Tenía que haber otra manera.

—Sophie..., por favor. Dile que lo amas y a ver qué pasa.

Sophie miró hacia la puerta de separación detrás de la que él estaba durmiendo, con una opresión en el pecho, inundada por la esperanza y el terror.

—¿Y si se ríe de mí?

—Lo empujaré al estanque más cercano —le prometió Seraphina.

Sophie resopló de risa, aunque no le hacía gracia.

—¿Y si...?

«No puedo amarte».

—¿Y si no me ama?

Sera permaneció en silencio un buen rato.

—¿Y si te ama? —dijo finalmente.

Sophie asintió.

—Si no lo hace... tendré que marcharme. Mamá y papá...

—Te ayudaré.

—¿Con qué dinero?

—Ser la duquesa de Haven tiene sus ventajas —dijo Sera con una sonrisa—. Te ayudaré. Podrás ir donde quieras. A Gales. A Las Hébridas. Al extranjero. América. Donde quieras.

Lejos de allí. Lejos de él.

Libre.

Como si alguna vez pudiera librarse de él.

Sophie asintió.

—Mañana.

—Sí, mañana...

Sophie se puso en pie sabiendo que no podría tenerlo para siempre. Pero deseaba tenerlo al menos esa noche. Apretó el cinturón de aquella extravagante bata, adornada con plumas y brocado.

—Esta ropa es ridícula.

Sera se rio entre dientes.

—Sesily te diría que hace que tus senos tengan un aspecto maravilloso. —Extendió la mano y retiró todas las horquillas que Sophie llevaba en el pelo, dejándolo suelto sobre sus hombros y colocándoselo con gracia. Cuando

estuvo satisfecha de su trabajo, sus miradas se encontraron—. Ni siquiera sabrá de donde vino el golpe.

Sophie respiró hondo y miró la puerta de comunicación mientras Sera salía de la habitación.

—Sera —la llamó y esperó a que su hermana abriera la puerta.

Seraphina se dio la vuelta.

Sophie no sabía qué decir, pero la mayor de las Talbot pareció entender su mudo mensaje. La vio bajar la mano a la barriga creciente y acariciarla. Protegiéndola.

—Díselo. Despeja el camino desde el principio.

Asintió.

Lo haría. Por su hermana.

«Por ti misma».

Seraphina cerró la puerta con un suave clic, y el sonido hizo que Sophie atravesara la estancia hasta el punto donde estaba antes de que llegara su hermana. El corazón le latía tan rápido que pensó que le iba a dar algo; no había estado tan nerviosa en toda su vida.

Si no llamaba en ese momento, perdería el valor.

Le había prometido a Sera que lo haría.

«¿Y si no me ama?».

«¿Y si te ama?».

Levantó la mano, obligándose a golpear la puerta.

Quizá ni siquiera estaba en el dormitorio.

Quizá estaba profundamente dormido.

No le gustaría despertarlo.

«¡Deja de darle vueltas y llama a la maldita puerta de una vez!».

Respiró hondo, deseando que su corazón se apaciguara, y llamó.

La puerta se abrió al instante, como si él hubiera estado de pie al otro lado, esperándola. Soltó un pequeño grito de sorpresa por la rápida respuesta y él arqueó una ceja.

—¿Te he asustado?

—Sí, un poco —dijo ella, mirándolo, estudiando los rizos que le caían sobre la frente, las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos, los pies descalzos... Era tan increíblemente atractivo que resultaba difícil no mirarlo.

Era demasiado para ella.

No era suficiente para él.

—Sabes que la respuesta normal a un golpe en la puerta es abrir dicha

puerta, ¿verdad? —La broma la hizo sentir más cómoda. Conocía bien a ese hombre. Había pasado muchos días con él.

Sonrió.

—Y tú sabes que la mayoría de las personas no se encuentran junto a una puerta esperando que llamen, ¿verdad?

—La mayoría de las personas no comparten una puerta contigo. —El corazón le dio un vuelco y la sorpresa la atravesó de pies a cabeza—. ¡Dios! Sé que no tengo que decírtelo, Sophie, pero eres preciosa.

Esa vez le creyó. Por difícil que resultara. Bajó la mirada a la bata.

—Es de Sesily.

—No me refiero a tu ropa.

No supo qué responder a eso, así que cambió de tema.

—¿Estabas esperándome?

—Anhelando más que esperando.

Ella frunció el ceño. ¿Por qué anhelando? Se había despedido de ella ese mismo día. Había dejado claro que lo suyo no podía ser.

—Pero esta tarde me dijiste que...

—Ya sé lo que te dije. —Hizo una pausa—. ¿Por qué has llamado a la puerta?

Había media docena de razones y solo una importante.

«Decírselo».

—Er... —No podía—... me voy mañana.

Él asintió.

—Ya suponía que tu familia no tenía pensado establecerse aquí.

—No creo que eso le gustara a tu padre.

—La idea tiene su encanto.

El silencio se alargó entre ellos. Pensar en su padre reforzaba todo lo que sabía sobre ese hombre y su inexistente futuro con él. King no se iba a casar. No iba a tener hijos. Su linaje terminaba con él.

Lo amara o no.

«Díselo».

Respiró hondo.

—Quería decirte que...

¡Santo Dios! Era difícil...

—¿Qué te pasa? —No pudo mirarlo a los ojos y desvió la vista a un lado, donde King cerraba los puños contra sus muslos. Tenía los nudillos blancos, como si estuviera sosteniendo algo con fuerza.

Comenzó de nuevo, hablándole a esa mano.

—Quería decirte que...

«Quería decirte que no estoy segura de que sea capaz de vivir sin ti».

«Quería decirte que siempre seré tuya».

«Quería decirte que...».

—Sophie... —Su nombre era una respuesta y una pregunta a la vez.

Lo miró entonces, tenía los ojos verdes clavados en ella.

—Quería decirte que te amo.

Por un momento, el universo se detuvo. King no dijo nada. No se movió. No apartó la mirada de ella. Sophie notó que se le había detenido el corazón. De hecho, la única evidencia de lo que había dicho era el intenso calor que inundó sus mejillas como consecuencia de su confesión.

—Me marcho mañana, y no voy a regresar a Londres —dijo ella de forma precipitada al ver que no podía soportar ni un segundo más el silencio—. Voy a buscar la libertad. Y antes... cuando hicimos el trato estuvimos de acuerdo en que esta noche podría ser nuestra... —Hizo una pausa—.

Sé que te dije que no podría soportar estar contigo más tiempo... —Miró de nuevo el puño—. Pero he cambiado de opinión. Me gustaría estar contigo. Esta noche. Solo esta vez. Me gustaría que arruinaras mi reputación por completo. La verdad es que ya la has arruinado de todas formas. Y no sé, la verdad. No sé qué felicidad sería viable ahora. Pero sé que esta noche, contigo... —Se interrumpió un segundo antes de seguir con un susurro—: podría ser feliz esta noche.

Él se había quedado paralizado, pero cuando habló, su voz era ronca, como si saliera de algún lugar profundo de su interior.

—Vuelve a decirlo.

Ella movió los pies, sintiéndose como una niña, de repente insegura de sus palabras.

—Por favor, Sophie —rogó él—. Dilo de nuevo.

Como si pudiera impedirlo.

—Te amo —musitó.

Vio que él abría el puño, que levantaba la mano hacia ella para enredar los dedos en su pelo, atrayéndola para poseerla con un largo y pecaminoso beso. Un beso maravilloso que la dejó sin aliento y sin cordura hasta que él se retiró y apretó la frente contra la de ella. Entonces, le pasó el pulgar por la mandíbula mientras buscaba sus ojos.

—Dilo otra vez.

—Te amo —repitió. Las palabras se perdieron en otro beso salvaje. Esta vez llegó acompañado por las caricias que le hizo en la espalda con las manos antes de que la apretara contra su cuerpo y la levantara del suelo, animándola a rodearlo con las piernas mientras se alejaba de la puerta, que cerró con una patada de una de sus largas y musculosas piernas.

La llevó hacia la cama, donde la depositó antes de seguirla, apretándola contra el blando colchón con su peso. Lo acogió entre los muslos y ella jadeó sin aliento ante la sensación de placer en aquel punto, donde lo deseaba desde hacía tanto tiempo. Él empezó a besarla en la cara y el cuello sin dejar de murmurar.

—Dios, Sophie... No debería desear esto... No debería aceptarlo... No puedo ser lo que tú deseas.

Salvo que sí era lo que deseaba.

Era lo único que había deseado en su vida.

—No debería aceptar tu amor —continuó él entre besos suaves y adictivos mientras le desataba el cinturón de la bata. Luego le pasó los labios por la suave piel del cuello—. Nunca seré lo suficientemente bueno para ti. —Él hizo una pausa para levantar la cabeza y mirarla a los ojos—. Pero Dios, te deseo.

—Soy tuya —se ofreció ella, arqueándose hacia él y capturando su labio inferior entre los dientes para chuparlo hasta que él gimió de placer y la besó como deseaba—. Yo también te deseo.

Él maldijo. Su exabrupto fue como una bendición mientras la liberaba del cinturón de la bata.

—Jamás te he visto desnuda —dijo mientras intentaba desabrocharle los botones de perla del camisón—. Eso es lo que quiero ahora. Antes de que te marches en busca de una vida más perfecta de la que yo te puedo dar. Estaré una eternidad en el infierno por ello —prometió—, pero no me importa. Quiero verte desnuda. Quiero adorarte hasta que solo te acuerdes de mi nombre. De mi tacto. De este lugar.

»Quiero adorarte hasta que no pueda cerrar los ojos sin verte. Quiero recordarte, Sophie. Para siempre. Por eso, cuando te ame otro hombre y te dé la vida que te mereces, podré torturarme con él.

Las lágrimas llenaron sus ojos.

«No habrá ningún otro. No amaré a otro hombre», quiso gritarle. Era solo suya. Para siempre.

Ella también lo deseaba, le encantaba la sensación de la seda sobre su cuerpo mientras él dejaba su piel al descubierto, bajo la luz de las velas y su mirada. King se echó hacia atrás, levantándose para sentarse. Sophie se puso nerviosa al instante y se movió también para incorporarse, cubriendo su desnudez.

—No —dijo él, empujándola con suavidad para que volviera a tenderse en las sábanas de lino, expuesta a su mirada y su contacto. King le miró el hombro—. ¿Cómo te sientes?

Sonrió ante su preocupación.

—Apenas lo noto.

—Mentirosa... —la acusó él con una sonrisa—. Vamos a ver si podemos hacer que sea cierto. —King extendió las manos sobre su piel, por los costados de su caja torácica, sobre la suave curva de su vientre, por los muslos... Y Sophie se olvidó de que tenía hombro, y más de que había recibido un disparo—. Eres preciosa —repitió—. Hermosa.

Le recorrió las piernas hasta las zapatillas y se bajó de la cama para arrodillarse en el suelo y descalzarla. Tomó un pie con las manos y le pasó los pulgares por el puente, haciendo que la atravesaran unas inesperadas oleadas de placer.

—Todavía me acuerdo de ti en la carretera, con aquellos escaarpines —recordó él en voz baja, besándole el tobillo y haciéndola caer en un placer todavía más decadente—. Odiaba que estuvieras maltratándote de esa manera.

Cambió al otro pie y le ofreció el mismo tratamiento mientras ella negaba con la cabeza.

—Ahora no me duele nada.

—¿No? —preguntó él antes de pasar la lengua por el tobillo, buscando la sensible piel que había allí debajo.

Ella suspiró de placer.

—Es una sensación maravillosa.

—Bien —susurró él—. Quiero que te maravilles de lo que sientes.

Sophie adoraba sus caricias, pero también lo deseaba a él. Quería explorarlo como él hacía. Si solo iba a tener una noche, tendría aprovecharla. Se sentó y buscó su suave cabello con los dedos para impulsarlo hacia arriba, sobre ella, hasta que pudo llegar a sus musculosos y largos muslos, continuando hasta la cinturilla del pantalón para sacarle los faldones de la camisa.

Él la agarró por las muñecas y ella se resistió.

—No —susurró— Esta noche es para mí también.

King la observó durante un buen rato, con los ojos más oscuros cada segundo que pasaba.

—No estoy seguro de que pueda soportarlo.

—No tendrás que hacerlo —repuso ella—. Quiero explorarte también.

La soltó y se puso de rodillas incorporándose sobre ella para tirar de la camisa por encima de la cabeza, dejando al descubierto su pecho, su torso, definido como una estatua renacentista. Sophie no pudo evitar pasar los dedos por los músculos, adorando la forma en la que él contuvo el aliento.

—Eres como el *David* de Miguel Ángel —se maravilló ella, explorando las pendientes y ondulaciones de carne fibrosa—. Eres perfecto.

La miró mientras lo tocaba, con la respiración acelerada.

—No soy perfecto en absoluto —aseguró—, pero te juro que me haces sentir como si lo fuera.

Se incorporó con ganas de acercarse a él, de sentir su calidez. Le apoyó las palmas de las manos sobre el pecho, recreándose en su calor y su fuerza, y no pudo resistirse a inclinarse para besarlos allí, notando que el vello que salpicaba su piel le hacía cosquillas en los labios.

—No creo que pueda aguantar mucho esto, cariño —protestó él, hundiendo los dedos en su cabello para inclinar el rostro en su dirección.

Ella sonrió, consciente del poder que le otorgaban aquellas palabras y adorándolo.

—Sin duda puedes... ¿O hace falta que te recuerde tu reputación?

Él soltó un resoplido de risa que se convirtió en un gemido cuando ella deslizó la mano por sus pantalones.

—Creo que ya hemos llegado a la conclusión de que mi reputación es más un cuento que real, ¿verdad? —Ella buscó los botones con los dedos, aunque se vio traicionada por su propia inexperiencia. Él la detuvo mientras maldecía por lo bajo—. Sophie, no creo que sea una buena idea que...

—Sí —replicó ella, sorprendiéndose a sí misma con su valor—. Creo que es mi turno.

Él arqueó una ceja sin dejar de mirarla.

—Creo que es más el mío que el tuyo.

—Ya veremos —dijo ella sonriente.

King se inclinó y se apoderó de sus labios en un beso salvaje que tardó mucho tiempo en interrumpir.

—Tú eres insoportablemente perfecta.

Sophie se sonrojó.

—Los pantalones, por favor —le instó cuando encontró el valor necesario—. Te he querido ver sin pantalones desde que te vi con aquellos de cuero la noche que nos conocimos —confesó con un susurro.

—¿Te gustaban esos? —preguntó él con una sonrisa mientras se levantaba para deshacerse de ellos.

Ella recordó la forma en que los pantalones de cuero revelaban los gruesos músculos de sus piernas.

—Mucho. —La lana gris se deslizó hasta el suelo, dejando al descubierto sus piernas y supo que el cuero no le había hecho justicia.

Entonces vio la cicatriz.

Larga, ancha y brutal —blanca tras los años transcurridos—, que recorría casi toda la longitud del muslo izquierdo. No pudo reprimir un jadeo al verla, por el dolor que debía haberle provocado. Alargó el brazo hacia ella, pero él dio un paso atrás.

—Siempre me olvido de que está ahí —comentó King.

Era mentira, por supuesto. Nadie puede olvidar algo así.

—¿Qué te ocurrió?

—El accidente del carruaje.

«En el que murió la joven que amaba».

No. No era así. Era la mujer que le había traicionado.

La mujer que le hizo jurar amor. La que había hecho imposible que ella tuviera lo único que deseaba.

Se estiró hacia él con ganas de quitarle el dolor que había provocado aquel accidente. Pero supo sin preguntar que a él no le gustaría que prestara atención a la cicatriz más de lo que le gustaría que le tuviera compasión. Y podría negarle el resto. Así que se acercó al borde de la cama donde estaba él, cubriéndose con una mano aquella parte misteriosa. Ella dejó que su mirada cayera en aquel punto.

—Quiero verte.

King la observó durante un buen rato y luego movió la mano, revelando la dura longitud que palpitaba contra su estómago. Su mirada no se alteró ni siquiera cuando ella dijo lo único que se le ocurrió.

—En esto en cambio, no te pareces nada al *David*.

King se rio y la tomó en sus brazos.

—Lo tomaré como un cumplido —gruñó, acercándola más para deslizarle el borde de la bata por los hombros y los brazos hasta que también ella estuvo

desnuda.

—¿Puedo pedirte que te acuestes para mí? Me lo facilitarías mucho todo — aseguró ella. Y, para su sorpresa, él se tendió de espaldas sobre la cama y la alzó para ponerla a horcajadas sobre su cuerpo, con las rodillas apoyadas a ambos lados de sus caderas.

Sophie bajó la mirada hacia aquel cuerpo que era pura belleza masculina.

—Estás... —se interrumpió.

King llevó las manos a sus pechos, jugando con las duras puntas hasta que ella suspiró y se meció contra él, haciéndolo gemir.

Si seguían así, jamás lograría explorar el cuerpo de King. Así que le agarró las manos.

—Detente, es mi turno.

Él arqueó una ceja.

—¿No quieres que te toque?

—Claro que sí. Pero me gustaría más tocarte antes.

Él suspiró profundamente antes de estirar los brazos hacia arriba y ponerlos debajo de su cabeza.

—Soy tuyo para que explores a tu antojo, *milady*.

Y le permitió recrearse y descubrir sus brazos y su pecho. Le permitió inclinarse para besar los fibrosos músculos de sus hombros, lamer la piel de su cuello, besar la pendiente de su torso hasta que jadeó y gimió su nombre.

—Eres una dulce tortura —susurró—. Puedo sentirte, cálida y húmeda encima de mí.

Se apretó contra él, deleitándose en su duro calor.

—¿Te duele?

—Sí —dijo él—. De la mejor manera.

—¿Cómo?

Tiró de ella para darle un beso.

—Eres demasiado curiosa...

—Si esta es la única vez... —se detuvo a tiempo. No pensaría en eso. Se lo guardaría para sí misma—. ¿Cómo te duele?

—Sufro por tenerte.

Ella se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto la dura longitud.

—¿Puedo tocarte ahí?

King apretó los dientes.

—No debería dejarte —dijo—. Debería ponerte esa bata verde y mandarte

de vuelta a la cama. Antes de que sea demasiado tarde.

Ella movió la cabeza.

—Me gustaría que no lo hicieras. —Y le tocó de todas formas, acariciándolo con un contacto largo y persistente, disfrutando de la forma en que tomó aire con los ojos cerrados—. ¿Eso ayuda?

—Hazlo de nuevo. —La orden hizo que la atravesara un pecaminoso placer.

—¿Te gusta? —preguntó mientras lo obedecía.

King abrió los ojos verdes y le dirigió la mirada más salvaje que le hubiera visto nunca. Alargó las manos para enseñarle cómo tocarlo, y su erección creció bajo sus cuidados, haciéndose más dura y más larga. Más potente y masculina.

No podía dejar de mirarla.

—¿Lo que me hiciste a mí... con la boca... ? —dijo.

Él gimió con fuerza, y el sonido resonó en la silenciosa habitación.

—¿Sí?

—Me gustaría... —No llegó a terminar la frase, simplemente se deslizó hacia atrás y se inclinó para besar la dura y cálida punta de la longitud mientras se apoyaba en las manos. Levantó la cabeza cuando lo oyó gruñir—. ¿Esto es...?

—Es condenadamente perfecto —terminó él—. ¡Dios, Sophie!

De alguna forma, aquel lenguaje áspero y grosero contribuyó a hacer el momento más perfecto si cabe, y bajó los labios de nuevo para tomarlo con la boca, lamiéndolo, chupándolo a ratos, interpretando la forma en la que él se movía contra ella, demostrándole lo que le gustaba mientras canturreaba su nombre como una letanía.

—Sophie... Cariño... Sí...

Ella continuó, memorizando su sabor y su contacto, encantada de proporcionarle placer. Adorando el hecho de poder darle ese placer allí, en ese momento, una vez, antes de marcharse. Volcó todo su amor en la caricia, consciente de la verdad: nunca habría otro hombre para ella.

Después de un rato demasiado corto, él hundió los dedos en su pelo y la levantó.

—Detente —susurró King, sentándose mientras tiraba de ella con sus fuertes brazos para sentarla a horcajadas sobre su regazo y capturar sus labios en un beso largo y lleno de pecado. Cuando la soltó, tenía la respiración jadeante—. Detente —repitió.

—No quiero...

La hizo rodar hacia abajo, sobre su espalda, para acomodarse entre sus muslos mientras hundía las manos en su pelo, manteniéndola inmóvil para besarla otra vez más.

—Yo sí. ¡Dios! Nunca había sentido nada así. —Apretó la frente contra la de ella con los ojos cerrados—. Debes volver a tu habitación, cariño. No podemos hacer esto.

«No».

No quería dejarlo.

Le puso la mano en la mejilla.

—King...

Él sacudió la cabeza.

—Me he quedado a este lado de la maldita puerta una eternidad, tratando de convencerme de que no eres mía. De que no puedo tener esto. Si seguimos adelante, Sophie...

Se interrumpió y ella imaginó las múltiples maneras en las que podía acabar la frase.

«Si seguimos adelante, nunca me lo perdonaré».

«Si seguimos adelante, te arruinaré».

«Si seguimos adelante, mañana te quedarás sola».

Así que se acercó y lo besó con suavidad.

—No me importa. Es lo que quiero.

—Me deseas.

—Te amo —corrigió—. Y voy a tenerte al menos una vez.

—¿Cómo puedo negarte nada después de eso?

Sophie arqueó las caderas contra él, comprobando el poder de su movimiento y recreándose en la forma en que se le oscurecieron los ojos.

—No vas a rechazarme.

—Sophie —susurró él. Se desplazó de forma que su dura longitud encontró su húmedo centro, haciéndola sentir la punta en el lugar donde anhelaba tenerlo de forma desesperada. La atravesó un incommensurable placer.

King repitió el movimiento.

¡Santo Dios!

—King, no te detengas.

Y no lo hizo, pero en lugar de presionar más profundamente, se meció con ella, estirándola con suavidad antes de detenerse y repetir su nombre. Lo miró a los ojos.

—Eres muy estrecha, cariño. ¿Estás bien?

Aquello era extraño e inquietante, y de alguna forma pecaminoso y maravilloso a la vez.

Sophie asintió.

—¿Hay más?

Él se echó a reír antes de capturar sus labios en un largo beso.

—Lo hay.

—Más, por favor.

Y él se lo dio, meciéndose cada vez más profundamente hasta que la llenó más allá de lo que jamás había imaginado. Estaba muy cercano a ella. Estaban unidos en ese momento, esa noche. Jamás olvidaría ese momento. Cuando lo tomó por completo. Era un momento para recordar. Cuando King fue suyo. Lo recordaría siempre.

Las lágrimas inundaron sus ojos de forma espontánea, y él se detuvo.

—No. Dios. No. —Comenzó a retirarse de su interior—. Sophie, cariño. Lo siento.

—¡No! —exclamó ella, encerrándolo entre sus muslos—. No. No te detengas.

—Estoy haciéndote daño.

—No es cierto. —No había nada doloroso en la forma en la que la tocaba. Nada.

—Cariño, estoy viéndolo —razonó él—. Estás llorando.

—No me haces daño —dijo ella, moviendo la cabeza—. Es una sensación maravillosa.

Él la besó mientras se mantenía inmóvil y luego la miró a los ojos.

—Entonces, ¿qué te pasa?

«Esto me duele. Este momento. La verdad que conlleva».

«Que esto sea lo único que voy a tener de ti».

No podía decírselo, por supuesto. Así que se limitó a repetir lo único que importaba.

—Te amo.

La besó de nuevo, deslizando la mano entre sus cuerpos para acariciar un punto sensible justo encima del lugar donde estaban unidos.

—Podría estar escuchando toda mi vida esas palabras —aseguró él, pasando el pulgar por esa parte una y otra vez—. Voy a hacer que me lo digas esta noche muchas veces. Haré que lo digas mientras alcanzas el éxtasis y veré las palabras en tus labios mientras explotas entre mis brazos, mientras vuelvo a juntar las piezas.

Se lo diría las veces que quisiera. Esas palabras la habían liberado y las susurró una y otra vez como una oración cuando se levantó sobre ella y empezó a mecerse con movimientos largos y lentos que provocaban estragos en su cuerpo y en su mente. Mientras tanto siguió moviendo el pulgar cada vez más rápido, trazando pequeños círculos, jugueteando con aquel espléndido lugar y haciendo crecer las sensaciones, prometiendo algo increíble. Ella empezó a tensarse como un arco, desesperada por alcanzar la liberación. Abrió los ojos y buscó los suyos, presa de un doloroso placer que solo él podía satisfacer.

—Te amo —susurró, y las palabras los espolearon a los dos. Ella llegó al borde cuando los movimientos de King lo impulsaron más profundamente, más rápido, con más fuerza, haciéndola olvidarse de todo menos de su nombre, presa de la sensación de tenerlo dentro, de la forma en que lo amaba.

—Mírame, Sophie. Quiero verte.

Y lo hizo, gritó cuando la cresta la inundó y se dejó llevar por el placer, con el sonido de su nombre en los labios de King mientras él caía con ella.

Fue magnífico.

King rodó a un lado, llevándola consigo. Tuvo cuidado con el vendaje, por lo que puso los dedos encima del hombro bueno.

—Sophie... —susurró él, dejando que su nombre los envolviera con calidez a los dos en la habitación en penumbra.

Él era magnífico.

Sophie suspiró, acurrucándose más cerca de él, que le besó la parte superior de la cabeza. La suave caricia la tentaba casi tanto como el resto del interludio.

Juntos eran magníficos.

«Pero nunca estaremos juntos».

Y con aquel insidioso pensamiento, regresó a la realidad, entre los brazos del hombre que amaba pero que nunca la amaría. Que tenía otros planes para su vida. Unos que no incluían el amor.

Quizá podría haber vivido sin amor antes de esa noche. Antes de su confesión. Antes de saber que nunca sería capaz de estar con él sin querer a cambio su amor de una forma desesperada.

Pero no podía. Así que se iría. Esa misma noche. Escaparía en la oscuridad, huiría del salvaje plan de su familia para pescar al marqués de Eversley. No quería atraparlo.

La única forma en la que quería casarse con el marqués de Eversley era por

amor. Y eso no sucedería nunca. Así que buscaría su camino lejos de allí y se recrearía el resto de su vida con el recuerdo de esa noche.

Con el recuerdo del placer de King cuando le dijo la verdad.

Cuando le confesó su amor.

«El recuerdo será suficiente».

Aunque era mentira.

Se deslizó fuera de sus brazos hasta el borde de la cama.

«Bastará», se dijo, haciendo caso omiso a la verdad.

Tendría que ser suficiente.

· 20. ¡King pescado! ·

Iba a casarse con ella.

De hecho, seguramente debería habérselo dicho antes de hacer el amor con ella en su cama. Antes de arruinarla del todo. Pero había algo maravilloso en hacer el amor con ella sabiendo que estaba dispuesta a entregarse a él por completo sin la promesa del título.

Sabiendo que, de hecho, no le preocupaba el título.

Sabiendo que lo quería a él, no su nombre o su fortuna.

Sabiendo que lo amaba.

«Ella me ama».

En el momento en el que Sophie se lo dijo, King supo que se había sellado su destino. Supo que la tomaría allí, en esa cama, sobre las frescas sábanas de lino en las que había intentando conciliar el sueño y, en su lugar, había encontrado solo visiones de ella. Supo que se apoderaría de su virginidad y, con ella, de su futuro.

Supo que se casarían.

«Sophie lo amaba».

Quería que se lo dijera de nuevo como si no se lo hubiera dicho una docena de veces ya. Estaba seguro de que no se cansaría jamás de escucharle decir esas palabras. De recrearse en la verdad que contenían. Sophie Talbot le quería.

Su amor había hecho que la deseara a fondo, sin ninguna clase de dudas.

Incluso aunque nunca fuera capaz de amarla como lo amaba ella. Sabía que estaba siendo egoísta y arrogante, que era codicia de la peor clase, pero había comprobado la sinceridad de Sophie, la había visto en sus ojos y sentido en su contacto.

Y la deseaba para él.

Para siempre.

Por lo que la había tomado sin vacilar. Sin decirle la verdad, que si dejaba que la poseyera, se casarían. Le inquietaba que se marchara si lo hubiera sabido, temerosa de exigirle amor a cambio de ofrecerle su mano en

matrimonio.

Y por eso había recurrido a una trampa de la peor clase.

Ahora iba a tener que casarse con ella, porque estaba arruinada definitivamente. Y, a pesar de que la pérdida de la virtud había sido parte del acuerdo en constante evolución que habían hecho, no existía forma sobre la tierra de que él fuera a permitir que lo dejara.

Nunca.

Mientras yacían tranquilamente en la cama, bañados por la luz de las velas y las sombras, sintiendo la suave piel de Sophie y la forma en que su respiración se sosegaba, todavía afectados por el intenso placer y con la declaración de amor de ella flotando en el aire, se le ocurrió que debía decirle lo que iba a ocurrir.

Que debía proponérselo.

Que Sophie se merecía una propuesta.

King sería capaz de hacérsela, quizá en una fiesta veraniega en la plaza de Mossband, una fiesta de máscaras, con un anillo y una declaración pública de sus intenciones.

Aunque Sophie jamás querría algo tan extravagante.

La oyó suspirar entre sus brazos, acercándose más a él, y la besó en la coronilla.

La llevaría de nuevo al centro del laberinto. Con una bandeja de pastelitos de fresa hechos por Agnes y una manta de lana. Iría a buscar a Mossband una cesta de bollos de Robbie, el panadero. King sonrió en la oscuridad. A su dama le gustaban los dulces. Él alimentaría con placer esa debilidad durante el resto de su vida.

En cuanto la llevara al laberinto y le dijera la verdad: que aunque el pasado le hacía imposible prometerle amor, quería ofrecerle el resto. Que haría todo lo posible por hacerla feliz.

Por escasa que fuera la oferta, ella lo amaba y le diría que sí. Aceptaría, sí, y se comerían los dulces. Después la tendería sobre la manta, la desnudaría y lamería el azúcar de sus labios con el cielo y el sol como únicos testigos.

No sería en una fiesta en la plaza de Mossband, pero sería más rápido, y esa era una gran ventaja. Se la llevaría al otro lado de la frontera y se casaría con ella en Escocia. Podrían ir al día siguiente.

Y sería suya. Para siempre.

Ella se tensó entre sus brazos y se alejó de él, moviéndose hacia el borde de la cama. ¿A dónde iba? Era el hombre el que se deslizaba en la oscuridad de

la noche, ¿verdad? Y ese era él, y tenía planes para ella. En los que estaban incluidos más besos, más caricias... y sobre todo, más declaraciones en las que ella le decía que lo amaba.

Pero lo iba a dejar.

Se acercó a ella y le cogió la mano antes de que pudiera escapar.

—¿A dónde vas?

Sophie se inclinó para recoger la bata y se cubrió.

—Es que...

—No es necesario que te vistas, Sophie —aseguró, dejando que su deseo fuera patente en su voz—. Yo te mantendré caliente.

Ella inclinó la cabeza, avergonzada por sus palabras. Le enseñaría a no avergonzarse de su deseo. Algún día, Sophie se acercaría a su cama desnuda. Aquel pensamiento hizo que se excitara de nuevo.

—Sophie —indicó—, vuelve a la cama.

—No puedo —confió ella, que seguía de pie, cerrándose la bata y atando el cinturón sin orden ni concierto—. No deben pillarnos.

—No nos pillarán —aseguró él, se deslizó por la cama para llegar hasta ella, que estaba de espaldas, y se arrodilló en el colchón. De todas formas, no importaba si los pillaban. Iba a casarse con ella.

Le puso un mechón castaño detrás de la oreja y le pasó el pulgar por el pómulo. Era la cosa más bonita que había visto nunca.

—Quédate... —susurró, inclinándose para robarle un beso largo e intenso. Disfrutó de la forma en la que su lengua salió al encuentro de la de él hasta que los dos estuvieron sin aliento. La atrajo hacia su cuerpo, y se demoró acariciando la suave piel de la oreja con los dientes y la lengua—. Quédate, cariño. Tenemos mucho más que explorar.

Ella suspiró ante las palabras, pero dio un paso atrás.

—No puedo —se negó. La vio tragar saliva mientras retrocedía—. El trato era una noche.

Eso era antes, por supuesto. Antes de que supiera que lo amaba.

Antes de que hubiera hecho el amor con ella.

Sophie no podía pensar que iba a permitir que se marchara, no podía imaginar que una noche fuera a ser suficiente. Pero lo iba a dejar. Lo atravesó un escalofrío.

—¿A dónde vas?

Ella le sostuvo la mirada.

—Lejos. Lejos de aquí.

Lejos de él.

—¿Y si yo quiero que te quedes? Entonces, ¿qué?

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo. Es demasiado...

Había algo raro en su voz, algo tierno pero brutal y triste, y se dio cuenta de que lo iba a dejar porque quería quedarse. Porque pensaba que él no le ofrecería lo que ella deseaba.

Y tal vez no lo haría, aunque a largo plazo...

Quizá nunca sería el hombre que ella merecía.

Pero, ¡maldición!, iba a tratar de serlo.

Quería pasarse la vida tratando de hacerla feliz.

Salió de la cama y la siguió cuando se dirigió a la puerta de separación.

—Sophie... —la llamó—. Espera.

Ella negó con la cabeza, y él hubiera jurado que tenía los ojos llenos de lágrimas mientras se alejaba, corriendo hacia la puerta. King supo que tenía que cambiar los planes. No iba a proponerle matrimonio al día siguiente, sino ahora.

No podía soportar su tristeza ni un solo momento.

«La amo».

¡Santo Dios!

Se detuvo en seco al darse cuenta. Lo había sabido al considerar que era posible que la hubiera lastimado. «La amo». No quería volver a hacerle daño de nuevo. Haría cualquier cosa para impedir que sufriera. Haría cualquier cosa por ella.

Para siempre.

Y quería que Sophie lo supiera. De inmediato.

—Sophie, espera —repitió, incapaz de contener la risa cuando la vio abrir la puerta, desesperada por librarse de él. Iba a tomarla en brazos para llevarla de vuelta a la cama, donde le diría lo mucho que la quería. Una y otra vez, hasta que estuvieran a la par.

Hasta que ella le creyera como él la creía.

Iba a proponérselo y a sellar su acuerdo con un beso. Luego harían el amor hasta que saliera el sol y la pintara de oro con sus rayos.

«Me ama».

Aunque Sophie se había detenido y había clavado una mirada horrorizada en el interior de su dormitorio. King también se quedó quieto. Sintió que el

temor le retorció las entrañas al verla negar con la cabeza.

—No —susurraba ella, sosteniéndose con la mano en el borde de la puerta—. No —repitió, más fuerte—. He cambiado de opinión.

«¿Cambiado de opinión?».

Jack Talbot apareció en la puerta, y su mirada cayó sobre la cama, de la que King se acababa de levantar. Desnudo.

El conde arqueó una ceja.

—Eversley...

King solo miraba a Sophie.

—¿Has cambiado de opinión con respecto a qué?

—La has deshonrado —estaba diciendo su padre.

De repente, King lo entendió todo con meridiana comprensión, y lo atravesó una oleada de dolor que no reconoció.

—Me parece que ya estaba bastante deshonrada.

Fue tanto el dolor que brilló en los ojos azules de Sophie, que él casi se lo creyó.

—King, no es esto lo que yo quiero.

—Sin embargo, lo has hecho, ¿verdad? Querías pescarme.

«Traicionado por la mujer que amo».

Ella negó con la cabeza.

—No lo he hecho. Te lo juro.

—Querías pescarme —repitió, odiando cómo se le cerraba la garganta al decirlo. Aquello le recordaba a otra mujer. Otro momento. Otro amor que no era amor—. Solo quieres ser duquesa.

—No —insistió ella—. Me he ido. —Percibía la angustia en su voz, parecía sincera—. Te lo he dicho. Me voy a marchar.

—Estabas permitiendo que nos pillaran —razonó él—, para poder pescarme.

—¡No! —exclamó ella.

—Me has mentido.

Ella no se iba a marchar. No había planeado una última noche.

«No me ama».

Fue eso último lo que lo destruyó. Buscó sus ojos.

—Me has mentido.

Sophie abrió los ojos como platos al oírlo, al ver su ira.

—No es cierto —refutó ella, acercándose a él.

King dio un paso atrás. Si lo tocaba, no sabía lo que sería capaz de hacer.

Nunca se había sentido tan devastado. Ni siquiera la noche que Lorna murió.

«Nunca amé a Lorna como a Sophie».

Y esa certeza era peor que cualquier golpe.

—Querías casarte conmigo.

Ella tragó saliva.

—No.

Notó que mentía y eso lo destruyó por completo. No fue capaz de controlar su carácter.

—¡Deja de mentirme!

El conde se interpuso entre ellos.

—Como vuelvas a gritarle, no vivirás para casarte con ella.

—Se las ha arreglado para atrapar a otro duque usando a una de sus hijas como cebo, ¿y ahora se acuerda de protegerla? —King no tuvo ocasión de clavar el puño en la cara de su futuro suegro, pues Sophie empezó a gritar.

—¡De acuerdo! ¡Quería casarme contigo!

No debería haberse sorprendido, pero lo hizo.

No debería sentirse devastado, pero lo estaba.

A pesar de que había oído una mentira, había esperado que fuera verdad.

«Deseaba decirte que te amo».

Había sido un idiota. Nunca en su vida había querido creer algo como que ella lo amaba. Pero no podía. Sophie lo había traicionado. Como Ariadna al Minotauro. E igual que el monstruo maldito, no lo había visto venir.

—Quería casarme contigo, sí. ¿Qué mujer en su sano juicio no querría casarse contigo? Eres... —Hizo una pausa con los ojos brillantes por las lágrimas—. Eres perfecto. —Lo estaba destruyendo con palabras sencillas, con la forma en que las decía, apenas levantando la voz, como si no pudiera creer en

sí misma—. Pero no tienes que casarte conmigo. Piensa en las demás, no te has casado con ellas.

No había deshonrado a las otras. Nunca las había tocado. Nunca había conocido el tacto de su piel o cómo caía su cabello sobre las sábanas o la forma en que sus labios se ponían rojos y exuberantes, como cubiertos por fresas, después de sus besos.

No había amado a las demás.

La miró durante un buen rato, odiando sus lágrimas porque se le clavaban en el corazón incluso a pesar de las mentiras. La odiaba por hacerlo amar de nuevo. Por conseguir que la amara. Por hacer que odiara amarla.

—Es posible que no seas la más guapa o la más interesante, pero eres la más peligrosa de las Talbot, ¿verdad, Sophie? —pronunció, odiando también sus palabras al ver cómo la afectaban.

Se imaginó que se odiaría a sí mismo muchas veces en el curso de aquel matrimonio.

Quería castigarla como ella lo estaba haciendo. Por darle todo lo que ansiaba y luego arrebatárselo.

King miró al conde.

—Tendrá su boda —aseguró antes de alejarse en dirección al escritorio en busca de papel y lápiz—. Ahora, váyase.

La tarde siguiente, King quiso reunirse con ella en el camino de acceso a Lyne Castle.

Sophie se peinó adecuadamente y se vistió con un hermoso modelo color púrpura que pertenecía a Seleste. Su hermana le juró que con ese vestido — que Sophie pensaba que le quedaba demasiado apretado para resultar favorecedor— llamaría la atención de King. Sin duda era una prenda imponente, con la falda de satén, un pronunciado escote y escarpines a juego.

Escarpines que, por cierto, le quedaban demasiado apretados. Pero Sophie estaba dispuesta a hacer lo necesario para disponer de una oportunidad para convencer a King de que no le había mentado, así que un vestido demasiado apretado y unas zapatillas incómodas no le parecían un precio demasiado elevado a pagar. Quizá si él encontraba atractivo su aspecto, le permitiría explicarle lo que había ocurrido. Por qué había acudido a él anoche y por qué se había marchado.

Quizá entonces la dejara ir.

La dejaría alejarse, libre. Entonces él tendría la oportunidad de encontrar a otra mujer. Una a la que creyera.

Él la esperaba subido al cabriolé mientras la pareja de caballos negros pifiaba pisando la tierra con nerviosismo. Levantó la mirada hacia él; tenía las riendas en la mano, el sombrero calado y la mandíbula tensa.

—Te han traído el cabriolé.

—Sin ruedas —repuso sin mirarla.

Sophie se sintió culpable.

—Lo siento.

—Encuentro tus disculpas poco sinceras, *lady* Sophie

—dijo como si tal cosa, tensando las riendas—. Venga, sube, que no tenemos todo el día.

Eran las tres de la tarde.

—¿A dónde vamos?

Él se volvió hacia ella con una mirada fría y calmada como la de un... rey.

—Sube, *milady*.

Ni el hombre o el tono le resultaban familiares. La tristeza la consumió, unida a una buena dosis de frustración, mientras pisaba en el bloque para subir. El apoyo no era suficiente para llegar arriba con comodidad, pero él no hizo ningún gesto para ayudarla.

Sophie buscó sus ojos, y él arqueó una ceja con aire desafiante.

Pues ahora no pensaba retroceder. Se levantó la falda todo lo que pudo — más de lo que debería hacer cualquier dama decente, pues dejaba al descubierto sus piernas y rodillas—, se asió a la enorme rueda y se alzó hasta donde él estaba.

Él no hizo ningún comentario, solo chasqueó las riendas con aire experto y puso el vehículo en marcha. Después de largos minutos en silencio, Sophie decidió que era un momento perfectamente razonable para explicarse.

—Lo siento.

King no respondió.

—Nunca quise que ocurriera esto. No me importaba que fueras marqués o que estuvieras destinado a ser duque.

—Hizo una pausa, pero él no le dio ninguna indicación de que la hubiera oído—. Me he dado cuenta de que no me crees, pero todo lo que te he dicho es verdad. Jamás quise regresar a Londres. No quería casarme con un aristócrata.

«Hasta que me enamoré de ti».

Quería decírselo. Pero no sería capaz de soportar su incredulidad.

Y tampoco podía culparlo por no creerla.

—He llevado a mi familia a la ruina —siguió explicando—. Haven ha expulsado a Seraphina de su casa, a pesar de que está embarazada. Ninguna de mis hermanas tiene un pretendiente que se precie. Mi padre ha perdido todos los inversores en las minas... Y todo porque yo actué de forma precipitada. Sí, por un momento pensé en pescarte, pero solo porque te deseaba de una forma desesperada. Nunca ha tenido que ver con tu título. Ni con mi familia. La única razón es que te quería. —Hizo una pausa antes de seguir con un susurro—. Para siempre.

—No vuelvas a decirme eso. —Fue la fría y enfadada respuesta—. No

existe un «para siempre» para nosotros. Ninguno de los dos se lo merece.

Eso le dolió, pero se negó a llorar. Clavó los ojos en la carretera que subía y bajaba ante ellos.

—Cuando llamé anoche a tu puerta...

«Solo quería decirte que te amo».

No lo dijo.

—... había cambiado de idea. No quiero casarme contigo —dijo, sin saber si las palabras eran verdaderas o falsas—. No quiero que tengas que cargar conmigo.

—No lo haré —repuso él con distante frialdad—. No te preocupes por eso.

Daba igual la certeza que imprimió a su voz.

—¿A dónde vamos?

Él no respondió, pero se apartó de la carretera para tomar un camino más estrecho que terminaba ante un enorme castillo de piedra que se erguía en mitad del paisaje como una edificación más propia de los caballeros de la Mesa Redonda.

Junto a la fortaleza, había un carruaje de seis caballos, ya enganchados y preparados, como si alguien acabara de llegar. King detuvo el cabriolé detrás del otro vehículo y saltó para golpear la puerta de la torre. Unos segundos después, se abrió para revelar al duque de Warnick y una joven envuelta en un *plaid* verde y negro.

Warnick salió de la torre con una sonrisa y dio una palmada a King en la espalda antes de volverse hacia ella.

—*Lady Sophie* —la saludó, adelantándose para ayudarla a bajar—. Veo que su futuro marido empieza a descuidarse.

—¿Mi futuro marido? —Sophie parpadeó.

Warnick ladeó la cabeza y la observó con curiosidad antes de volverse hacia King.

—¿No se lo has pedido? Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

King no la miró.

—Ella ya sabe que estamos a punto de casarnos. Solo está haciéndose la tímida.

Sophie se obligó a sonreír ante aquellas palabras.

—Por supuesto —dijo ella, tratando de ocultar su confusión—. Lo que pasa es que no sabía si usted lo sabía, Su Excelencia.

Él se rio.

—*Milady*, en Escocia tenemos unas leyes muy laxas, pero las que rigen la

actitud de los testigos de bodas son bastante firmes. Lo sé, porque voy a ser el oficiante.

Sophie parpadeó de nuevo.

—¿El oficiante?

—¡Sí! No se preocupe, he estado en varias bodas. La de hoy me la tomaré en serio.

—¿La de hoy? —repitió ella.

—Sí.

—¿Estamos aquí para casarnos?

—Sí —repuso el enorme escocés con una sonrisa—. ¿Por qué razón iba a venir King a Escocia?

—Por supuesto —convino ella—. ¿Por qué?

Pero quería gritar.

—Si me permite decírselo —continuó el duque—, es una novia preciosa. —Habla como si todo fuera perfectamente normal—. Aunque claro, a última vez que la vi, iba vestida de una forma mucho más... curiosa.

—Cállate, Warnick —gruñó King.

Sophie parpadeó, incapaz de sentir vergüenza por su atuendo de lacayo cuando solo podía centrarse en el hecho de que estaba a punto de contraer matrimonio.

—Hemos venido a su casa para casarnos.

Warnick se volvió a la decrepita torre.

—A una de ellas. Por desgracia, no es la mejor.

—No vamos a entrar —explicó King—. Por lo menos, los escoceses entendéis las conveniencias civiles. —Miró a la chica del *plaid* a cuadros—. Supongo que es el segundo testigo.

—Sí, *milord* —repuso ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él, en un tono una octava más baja que su voz habitual.

—Catherine.

Cuando King sonrió, Sophie no pudo evitar que se le acelerara el corazón al ver los hoyuelos que aparecieron en su hermoso rostro.

—Bien, Catherine, puedes llamarme King.

La chica le devolvió una cálida sonrisa que hizo que Sophie quisiera golpearla. Con fuerza.

King se volvió hacia Warnick, que observaba la escena con precaución.

—Vamos a centrarnos en el tema.

Warnick asintió.

—Supongo que podemos omitir la parte de amarse, respetarse y todo eso...

—En efecto —repuso King.

—No sé —espetó Sophie—. Catherine parece necesitarla.

Warnick arqueó las cejas y miró a King.

—Entonces la incluiremos.

King sonrió.

—Los deseos de mi prometida son órdenes.

—Amados hermanos —entonó el duque—, nos hemos reunido hoy aquí para unir a este hombre —señaló a King— y a esta mujer —la indicó a ella— en santo matrimonio.

—Espere —lo interrumpió Sophie.

—¿*milady*? —preguntó el duque solícitamente.

—¿Estamos haciéndolo ahora?

—Sí —repuso King.

—¿Ante la puerta del castillo del duque de Warnick?

—*Och...* ¿No lo ves? No le gusta el castillo —señaló Warnick a King antes de inclinarse hacia ella—. Mis *Highlands* son mucho mejores.

—No, no. No es por el castillo, que es precioso. Pero ¿no podríamos hacerlo en un lugar más... auténtico?

King la miró durante un buen rato.

—Si me fuera a casar con una novia más auténtica —repuso finalmente—, me habría preocupado de encontrar un lugar mejor.

Ella contuvo el aliento.

—Eres horrible.

—Sí, parece que lo soy. ¿No somos una pareja estupenda?

—Quizá deberíamos esperar y terminar la ceremonia en otro momento —sugirió el duque, mirándolos a ambos.

—Quizá —repuso ella. No iba a casarse con él. No así. Mientras estaba tan furioso. Se dio la vuelta hacia el carruaje y logró avanzar varios pasos antes de torcerse el tobillo con una roca particularmente irregular. Jadeó de dolor y se agachó para inspeccionar el pie—. Tal vez no sea un buen momento para *lord Eversley*.

—Deberías tener más cuidado —dijo King, con la mirada clavada en su escaupín. Por primera vez desde que se habían reunido en el camino de acceso a Lyne Castle, mostraba un poco de emoción. Se había quedado lívido.

—Bueno, lamento no estar preparada para una boda en un camino de

guijarros. Deberías tener más cuidado de a donde me llevas —replicó ella—. Ahora me he quedado sin zapatilla.

Warnick resopló de risa.

—Estamos aquí para casarnos. En este lugar. En este momento —le recordó King con fría calma, apartando la vista para mirar al duque—. Sigue.

Ella se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Creo que no me has entendido —empezó—, no pienso...

Catherine la interrumpió desde la puerta del castillo.

—Ya está.

Todos la miraron.

—¿Perdón? —preguntó Sophie.

—He dicho que ya está —indicó Catherine—. Usted ha dicho «Estamos aquí para casarnos». —Señaló a King—. Y él «Estamos aquí para casarnos. En este lugar. En este momento». Yo he sido testigo de ello, igual que Alec. —Miró al duque—. Lo has oído, ¿verdad?

—Sí —corroboró Warnick, algo sorprendido—. ¿Es así de sencillo? ¿Podemos obviar la parte de amarse y tal?

Catherine se encogió de hombros.

—Lo importante es el matrimonio, no como se llega a él. —Miró a Sophie y a King—. Ya está. Hemos sido testigos de su intención de casarse y, por eso, están casados. —Sonrió—. Felicidades.

No podía ser cierto.

Warnick arqueó las cejas antes de asentir.

—Me parece bien.

—Ha sido mucho menos doloroso de lo que esperaba —bromeó King.

—¡No! —dijo ella. Si iba a casarse con él, quería que hubiera algo que pareciera una boda. No podía ser así. No podía pasarle eso.

El duque la miró.

—¿No quiere casarse con él?

—No así —explicó.

—Esta es la única manera —intervino King—. Dicho y hecho.

Sophie lo miró a los ojos, odiándolo y amándolo a la vez.

—*Milady*, ¿desea casarse con él o no? —insistió Warnick, ahora en serio.

Ella no apartó la vista de King, no pudo. Y dijo la verdad. Pronunció su voto en aquel lugar lleno de locos.

—Lo deseo.

Los ojos de King brillaron de furia antes de que apartara la mirada.

Lo vio recoger una caja del suelo del cabriolé y dejarla en el suelo del carruaje.

Según parecía, Sophie tenía dos opciones. Podía ver cómo la dejaba allí, ante la fortificación que poseía el duque de Warnick, con Catherine, o podía intentar decirle la verdad. Cada trozo de la misma. Y que él decidiera qué hacer después.

Un mes antes, podría haber optado por la primera opción.

Pero ahora era una Sophie diferente, así que lo siguió, sin preocuparse de que su primera discusión como marido y mujer fuera inmediatamente después de la boda, que parecía haberse perdido de todas formas.

—No quiero esto —dijo claramente—. No así.

—Me temo que yo no estaba en el mercado de la sociedad en St. George —dijo él.

—No es necesario estar en el mercado para esto —repuso ella—. Jamás te pedí que te casaras conmigo.

—Tienes razón. No tuve tiempo para preguntártelo.

Ella cerró los ojos, odiando que dijera eso.

—Pensaba que no tenías intención de cargar conmigo.

Él se movió hacia la parte delantera del carruaje e inspeccionó que los seis caballos estuvieran bien enganchados, probando cada arnés.

—No lo haré —aseguró, desenganchando uno de los animales y volviendo a conectarlo al carruaje—. Podemos estar casados, pero no hay ninguna razón para que volvamos a interactuar.

Dolía. La idea de tenerlo tan cerca y, sin embargo, tan increíblemente lejos le daba ganas de gritar de frustración. Nunca se había planteado nada de eso.

—¿Así de simple?

—Sí, más bien —corroboró él, pasando al siguiente caballo—. Poseo media docena de casas por toda Gran Bretaña. Elige una.

—Elijo aquella en la que estés tú —dijo, observándolo.

Él detuvo las manos sobre el arnés brevemente, apenas el tiempo suficiente para notarlo.

—¿Quieres Lyne Castle? —se rio sin humor—. Por supuesto... Sin duda mi padre adorará tenerte allí. Eres todo lo que siempre ha temido en una nuera.

Sophie ignoró el dolor que acompañó aquellas frías palabras.

—No elijo Lyne Castle, sino cualquier lugar. Hoy será el catillo, mañana la casa en Mayfair. Elijo vivir con mi marido, a quien... —«Amo».

Se interrumpió, pero él supo cómo terminaba su declaración.

—Sophie, no tienes que seguir mintiendo. Tienes el matrimonio, como querías. No es necesaria ninguna declaración de amor. Perdiste la oportunidad de vivir conmigo cuando me mentiste para pescarme.

Resistió el golpe lo mejor que pudo.

—Yo quería marcharme.

—Para que tu padre te encontrara. Estoy al tanto. Todo salió sobre ruedas.

—No —insistió ella—. Quería abandonar el castillo. Irme de Cumbria. Jamás quise nada de ti, salvo lo único que no podías darme.

—Y, sin embargo, de alguna manera, te las arreglaste para pescarme —dijo él lleno de ira—. *Lady Eversley* —escupió antes de pasar al siguiente caballo para comprobar el arnés—. Marquesa. Futura duquesa. Bien jugado.

—No quiero el título, King. Ni el matrimonio. —Hizo una pausa—. No quería casarme contigo. Solo quería amarte.

Él volvió a concentrarse en el arnés asegurándolo con cuidado antes de rodear los caballos para detenerse frente a ella.

—No vuelvas a decirme esas palabras. Estoy cansado de escucharlas. Cansado de creerlas. El amor no es más que la peor mentira.

—No de mí —continuó ella—. Nunca de mí.

—Tu mentira fue la peor de todas —aseguró él en tono dolorido—. Incluso mientras luchaba contra la verdad del pasado, contra el conocimiento de que Lorna me había traicionado, de que nunca le había importado otra cosa que mi título, me tentaste con una nueva verdad. Me tentaste con un futuro.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sophie no esperaba esa confesión. Y no podía soportarla.

—King...

Él le impidió hablar.

—Me amenazaste con sanarme —continuó él—. Me tentaste con tus preciosas promesas. —Hizo una pausa—. Me hiciste pensar que podría amar de nuevo.

Se estiró hacia él, pero King se apartó y abrió la puerta del carruaje.

—Entra.

Le obedeció, agradeciendo la privacidad. Ansiosa por regresar a Lyne Castle para tener la oportunidad de convencerlo de que podían volver a intentarlo. Una vez sentada, lo miró, enmarcado por la puerta. Sin embargo, no se unió a ella.

No iba a acompañarla. La incertidumbre la atravesó.

—¿A dónde me mandas?

—A Londres —dijo de forma casual—. ¿No es eso lo que querías desde el principio? ¿Regresar ante la aristocracia como la heroína que me conquistó? ¿La próxima duquesa de Lyne?

A ella le dio un vuelco el corazón. Eso no era lo que quería.

—Nunca quise nada de eso y lo sabes.

—Bueno, Sophie, parece que todos tenemos que conformarnos con no conseguir lo que queremos. —Sus miradas se encontraron. Los ojos de King brillaban de furia—. Lo que resulta irónico es que te habría dado lo que me pidieras. Te hubiera suplicado ese «para siempre» si no me lo hubieras querido robar.

Esas palabras eran peores que un golpe.

Antes de que pudiera recuperarse, él cerró la puerta y el carruaje comenzó a moverse.

King observó el vehículo durante un buen rato, hasta que se perdió de vista. Hasta que no pudo verlo.

Hasta que estuvo solo en Escocia, recién casado, lleno de ira y de algo mucho, mucho más peligroso. Algo parecido a la tristeza.

—Bueno. Ha sido la boda más extraña de la que he sido testigo —comentó Warnick, apoyado contra el muro bajo de piedra que mucho tiempo antes delimitaba el foso del castillo, con un cigarro en la mano.

—No tienes aspecto de haber sido testigo de muchas bodas —dijo King—, teniendo en cuenta lo que has hecho en esta.

—Estaba dándole un poco de pompa, para que recordaras la ocasión.

King no creía que fuera a olvidarla nunca.

Era una maldita pesadilla.

Se había casado con ella. Era su esposa.

¡Dios! ¿Qué había hecho?

—Te voy a decir una cosa... —comenzó Warnick.

—Por favor, no —respondió King, incapaz de apartar la mirada de la cima por la que finalmente había desaparecido el carruaje—. No me interesa lo que quieras decirme.

—Compañero, me temo que estás en mis tierras —dijo el escocés, arrastrando las palabras—. A petición tuya, te he organizado una boda. Te he prestado un carruaje con seis de mis mejores caballos.

—No estaban enganchados correctamente —le espetó King, pensando en que ella iba en ese carruaje, a toda velocidad por la Gran Carretera del Norte. ¿Debería haber comprobado todos?

—Sí lo estaban —replicó Warnick—. Estás loco.

—¿Había comida en el carruaje? ¿Y agua?

—Todo lo que me has pedido —replicó el duque.

—¿Y agua caliente? —preguntó King. La necesitaría para el té, que había en la cesta que había llevado desde Lyne

Castle—. ¿Vendas limpias?

Podría necesitarlas.

—Y la miel, como me has pedido —repuso Warnick—. Una extraña muestra de artículos, pero cada uno es como es. Disfrutará de todas las comodidades del hogar.

«Hogar»

La palabra le hizo recrear una imagen de Sophie inclinada sobre la barandilla de la biblioteca de Lyne Castle, riéndose con él. De ella en la cocina, comiendo empanadas con el personal. De ella sentada en el borde de la fuente, en el laberinto, con un libro en el regazo.

En su cama, con los ojos nublados por el placer.

El placer y sus bonitas mentiras.

Se pasó una mano por el pelo odiando la forma en que esa mujer consumía sus pensamientos. Ella se había marchado. Miró a Warnick.

—Estoy preparado para la próxima carrera.

Warnick arqueó una ceja negra.

—¿Detrás de tu esposa?

King lo maldijo sonoramente.

—Al norte. A Inverness.

—Esa es una carrera larga. Y las carreteras son peligrosas.

Perfecto. Algo que le impediría pensar en ella.

—¿No estás dispuesto?

—Siempre lo estoy —se jactó Warnick—. Y estás tan distraído que quizá incluso podría ganarte. Voy a avisar a los muchachos. ¿Cuándo te gustaría empezarla?

—Mañana —propuso King. Mejor deshacerse de ese lugar y sus recuerdos cuanto antes.

Warnick miró el cabriolé.

—Veo que ya lo has reparado.

King siguió la mirada de su amigo, odiando que el vehículo que había adorado una vez estuviera ahora lleno de recuerdos de ella.

—No ha sido gracias a ti.

El duque sonrió.

—Es una chica inteligente. Mira que vender tus ruedas...

—No eran tuyas. No podía venderlas. Es una ladrona.

—¿Crees que no lo sé? Es muy convincente.

«Quería decirte que te amo».

Nunca había estado tan convencido de algo en su vida.

Nunca había deseado tanto que algo fuera cierto.

El maldito cabriolé estaba lleno de ella. Desde las ruedas a su glorioso desafío anterior, cuando se levantó las faldas y se subió.

Había sido idiota al no ayudarla.

Y ahora, que tenía que regresar a Lyne Castle, esos recuerdos estropeaban la perfección del vehículo. Ya no era un lugar seguro, donde liberar sus pensamientos. Donde solo había sitio para la velocidad y la competición. En su lugar, estaba lleno de pensamientos sobre ella. De sus bonitas mentiras.

«Te quería. Para siempre».

—Te lo vendo —dijo.

Warnick parpadeó.

—¿El cabriolé?

—Ahora mismo —continuó él.

El duque le observó durante un buen rato.

—¿Cuánto quieres?

El vehículo valía una fortuna. La cabina era de encargo, las ruedas altas, especiales. Las amortiguaciones estaban perfectamente equilibradas, diseñadas para que el asiento fuera ligero y lo más cómodo posible en las carreras largas. Resultaba mucho más ligero que otros cabriolés. Había sido construido siguiendo sus especificaciones exactas por los mejores artesanos de Gran Bretaña.

Pero no soportaba mirarlo.

Ella le había agitado la diversión.

Sacudió la cabeza.

—Nada. Ya no lo quiero. —Consideró los caballos antes de volverse hacia el duque—. Necesito una silla de montar.

—¿Me entregas el cabriolé —preguntó Warnick— a cambio de una silla de montar?

—Si no lo quieres... —dijo King.

—¡Oh, no! Claro que lo quiero —respondió Warnick. La sorpresa acusó su acento escocés cuando se giró hacia la puerta para enviar a uno de sus sirvientes a por una silla de montar.

—Bien. —King empezó a desenganchar uno de los caballos negros—. Volveré a por el otro cuando tenga tiempo.

Los dos permanecieron en silencio durante los largos minutos que tardaron en llevar una silla de montar desde los establos de Warnick.

—Si me lo permites... —Finalmente fue el duque quien habló primero.

—Creo que ya he dejado claro que prefiero que no me digas nada.

Warnick no parecía dispuesto a seguir sus deseos.

—Nunca había visto a un hombre caer tan bajo por amor.

—No la amo —espetó él.

Lo que era mentira.

—Eso es una lástima —se recreó Warnick, aplastando el resto del cigarro con el tacón de la bota—. Pues ella parece bastante enamorada de ti.

Ella lo había traicionado. Por su título. Algo que le habría dado libremente, sin dudar... Junto con su amor.

—El amor no lo es todo.

En ese momento llevaron la silla y King la colocó con rapidez en el caballo. Warnick se quedó en silencio, viéndolo trabajar antes de responder.

—Es posible que sea ese el caso, pero por lo que estoy observando, no lo creo. Y por la forma en que te veo, me siento condenadamente agradecido de haber escapado de ello.

—Es lo mejor —dijo King, tirando de la silla.

—Sabes que ella querrá tener hijos —comentó Warnick—. Todas quieren.

Esa idea llenó su mente con una imagen de aquellas niñas de ojos azules. Las que había estado seguro que nunca conocería.

Había tenido razón.

El linaje acababa con él.

—Pues que lo hubiera pensado mejor antes de casarse conmigo.

· 21. El desgraciado marqués ha cometido un gran error ·

Él regresó a Lyne Castle al caer la noche, cuando la luz menguante había hecho que los residentes en la casa estuvieran en sus habitaciones, ya que el sol se ponía muy tarde durante el verano en el norte. Se sentía feliz por la tranquilidad reinante y porque la noche era el mejor momento para emborracharse. A la mañana siguiente se marcharía a la casa de Yorkshire.

La biblioteca, obviamente, no era una opción, ya que estaba llena de recuerdos, por lo que se dirigió al único lugar en el que sabía que había *decente*: el estudio de su padre.

Lo que no se esperaba era encontrar allí a su progenitor.

Y todavía se esperaba menos encontrarse a Agnes en brazos de su padre.

Ambos se separaron en el momento en el que él abrió la puerta, y Agnes le dio la espalda al instante, alejándose de él. ¡Por Dios! ¡Si estaba abrochándose el corpiño!

«¡Santo Dios!».

King se dio la vuelta lo más rápido que pudo.

—Er... ¡Dios! Perdón. —Y entonces se dio cuenta de lo que había visto. Había pillado a su padre con Agnes.

Su padre, ¡el duque!, estaba liado con el ama de llaves.

—Puedes mirar, Aloysius —dijo ella por lo bajo.

Se volvió de nuevo hacia ellos, que estaban cada uno en un extremo de la enorme ventana que había en el otro lado del estudio. Los observó: su padre, un hombre distinguido con el cabello plateado, y Agnes, más hermosa que nunca.

Miró a su padre.

—¿Qué demonios estabas haciendo?

El duque arqueó una ceja oscura con una sonrisa en los labios.

—Imagino que eres capaz de adivinarlo.

Agnes se sonrojó.

—George... —le advirtió.

King no podía creerse lo que acababa de oír. Nunca había oído que nadie se refiriera a él con otra cosa que no fuera su título. Sinceramente, le habría llevado su tiempo recordar el nombre de pila de su padre.

Pero Agnes lo había usado sin vacilar.

Su padre la miró y le guiñó el ojo.

—Nessie, ya no es un niño. No creo que se vaya a traumatizar.

—De hecho, estoy traumatizado —confesó King—. ¿Cuánto tiempo hace que ocurre esto? —Sacudió la cabeza y clavó los ojos en Agnes—. ¿Cuánto tiempo lleva aprovechándose de ti?

Los dos se echaron a reír, como si acabara de soltar un chiste muy gracioso. Como si no quisiera matar a alguien.

Como si ese no fuera el peor día de su vida.

—No estoy bromeando —aclaró—. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Lo que ocurre es que tenemos la casa llena de visitas y Agnes insiste en que sigamos ocultándonos en lugar de decir la verdad. —Su padre se acercó al aparador y sirvió dos vasos de *whisky*—. ¿Quieres uno? —preguntó, mirándolo.

King asintió y contempló atónito como el duque servía otro vaso y se lo entregaba a Agnes con una cálida sonrisa —desconocida para él— antes de que cruzara la estancia para ofrecerle el tercer vaso.

—¿A qué verdad te refieres, papá?

El duque de Lyne buscó su mirada.

—Amo a Agnes.

Si a su padre le hubieran salido alas y se hubiera puesto a revolotear por la estancia, King no estaría más sorprendido.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

«Para siempre».

¡Dios!, cómo odiaba esa palabra.

—¿Ese «desde siempre» cuánto tiempo es? —King bebió un sorbo, esperando que el licor le proporcionara algo de cordura.

—Casi quince años —respondió Agnes, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Quince años... —repitió, clavando los ojos en su padre.

—Desde que te fuiste —reconoció el duque sosteniéndole la mirada con

seriedad.

Sintió cómo lo inundaba la ira. Y la frustración. Y bastantes celos. Su padre había tenido a Agnes y él no había tenido a nadie.

—No te has casado con ella.

—Se lo he pedido cada día durante ese tiempo —confesó Lyne, mirando a Agnes. Y King supo que era cierto. Se amaban—. Pero no quiere aceptarme.

Se volvió hacia el ama de llaves.

—¿Por qué?

—A ver si tú la entiendes —intervino el duque, levantando las manos.

Agnes ignoró aquel gesto melodramático.

—Soy el ama de llaves.

—¡Oh, sí! Sin duda es mucho mejor que ser duquesa —replicó King.

—Lo es, te lo aseguro —dijo ella.

Y sus palabras le hicieron recordar a Sophie con los escaupines, enfrentándose a él en la Gran Carretera del Norte, censurando a la aristocracia en la que lo incluía.

«Arrogante, insípido, sin propósito... En resumen, está demasiado pendiente de su título y su fortuna, algo que ha recibido sin ningún esfuerzo por su parte. En serio, ¿de verdad piensa que quiero casarme con usted?».

—No quiero que nadie piense que lo he pescado —explicó Agnes—. Que se crean que carga conmigo por alguna razón estúpida. No quiero que la sociedad se meta en nuestra vida.

—Ignoremos a la aristocracia, Nessie —dijo su padre, acercándose a ella.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —repuso Agnes al tiempo que levantaba la mano hasta su cara para acariciarle la mejilla—. No quiero que te cases conmigo, solo deseo amarte. Y eso tiene que ser suficiente.

Aquellas palabras cayeron sobre él como losas y se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho?

«No quería casarme contigo. Solo quería amarte».

«No quiero que tengas que cargar conmigo».

—¿Aloysius?

¿Cuántas veces le había dicho ella eso? Que no quería casarse, que no quería pasar por eso.

¿Cuántas veces le había dicho que no tenía otra opción?

Supo que había cometido un terrible error.

Miró a su padre.

—Pero Lorna... La apartaste de mí. No quisiste que me casara por amor.

—La alejé de ti porque iba detrás de tu dinero. De tu título. —Su padre respiró hondo—. Jamás esperé que te lo tomaras de esa manera. Jamás pretendí la muerte de esa chica. Nunca tuve intención de echarte. —Lyne bebió y se quedó mirando el vaso—. Tú tenías dentro la rabia de la juventud y yo la arrogancia de la edad. Así que te dejé marchar —dijo al líquido ambarino—. Jamás imaginé que serías tan... —Se calló.

Fue Agnes la que terminó la frase.

—... que serías como él. Sois los dos tan orgullosos, tan obstinados, tan poco dispuestos a escuchar.

King observó a su padre y, finalmente, vio grietas en el gran duque de Lyne. Grietas que fragmentaban aquella fachada de fría indiferencia con la que se protegía y dejaban aparecer al hombre que se ocultaba detrás.

El duque lo miró.

—Llegaste aquí con *lady* Sophie para enfadarme. Así que te complací. Porque era más fácil ser el hombre que deseabas que fuera que el que me gustaría tratar de ser. —Clavó los ojos en Agnes—. Pero no creo que esa chica vaya detrás de tu título.

Agnes sonrió.

—Apostaría todo lo que tengo a que tu bienestar le parece algo mucho más valioso.

«Solo deseaba amarte».

Y él la había metido en un carruaje rumbo a Londres.

Miró a su padre.

—Me he casado con ella.

Él asintió moviendo la cabeza.

—He hablado con su padre. Me ha comentado que la chica le ha hecho perder algunos inversores. Algo sobre Haven y un lago, creo.

—Fue un estanque de peces.

—Lo que sea. Me ha dicho que forzó el matrimonio.

Salvo que no lo había hecho. No de verdad. La propia Sophie lo había dicho: él podía haberse negado. Ya había provocado suficientes escándalos antes —ella lo sabía—, pero él no había cuestionado la decisión de Jack Talbot.

Porque quería casarse con ella.

A pesar de que había querido castigarla, la quería para él.

«Para siempre».

—Ella no quería.

—Chica lista —intervino Agnes, mirando al duque.

Era lista. Y él no se la merecía. Ella se merecía algo mucho mejor.

—La he obligado.

—Chico listo —añadió su padre, mirando a Agnes a los ojos—. Quizá debería publicar las amonestaciones sin decírtelo. Entonces tendrías que casarte conmigo.

King dejó el vaso en la mesa.

—Ir a Escocia es más rápido.

El duque arqueó una ceja.

—¿Gretna Green?

—El torreón de Warnick. —Cerró los ojos—. Ni siquiera pronunciamos los votos.

No era cierto. Los habían dicho. Ella lo había mirado directamente a los ojos, orgullosa, fuerte y más valiente que nadie y lo había dicho. Lo suficientemente alto para que lo oyera todo el mundo «Sí, quiero».

Y él no había estado más enfadado en su vida. ¡Qué idiota había sido!

Su padre se puso serio.

—¿La has pifiado?

Sophie estaba sola, en un carruaje, la noche de bodas. Cuando debería estar con él.

—Sí.

—¿Esa chica te ama?

—Sí. —Había intentando cerrar la puerta a ese sentimiento, demasiado ocupado pretendiendo que podía vivir sin ella ahora que ya había entrado en su vida. Fingiendo que podría vivir un día sin ella. Miró a su padre y dijo lo único que importaba—. Y yo la amo.

El duque le señaló la puerta.

—Entonces, será mejor que vayas a intentar arreglar las cosas.

Se puso en movimiento enseguida.

Atravesó las carreteras vacías en la noche, parándose en cada posada sin encontrar rastro de Sophie. Y cada vez que se detenía, su frustración crecía mientras que su esperanza menguaba, al considerar los errores que había cometido. Estaba desesperado por encontrarla y enmendarlos.

«¿Cómo terminaría todo?».

«Espero que con un final feliz».

Sería así. Él haría que así fuera. La encontraría. La había alejado de él, llorando, y no iba a parar hasta que la encontrara y se asegurara de que nunca

volvía a llorar. Viajaría directamente a Londres, sin detenerse a descansar, si era necesario. Si era así, se reuniría con ella en Mayfair.

Haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que no volvía a llorar.

Se inclinó hacia su caballo y se permitió por primera vez, desde que se había dado cuenta de que la amaba, imaginar cómo sería tenerla por completo.

Para siempre.

La imaginó entre sus brazos, en su cama y en su casa. Se imaginó regalándole libros, bromas y bebés. «Sus bebés». El linaje no terminaría con él. Le daría hijos, dulces niñas con inclinación por la aventura, como su madre, que era la mujer más intrépida que había conocido.

Desde el momento en que se subió al enrejado en la propiedad de los Liverpool, Sophie Talbot había convertido su vida en una aventura.

Ya no era Sophie Talbot.

Ahora era Sophie, marquesa de Eversley.

Su esposa.

Su amor.

«Maldición, ¿es que no voy a encontrarla nunca?».

Aquel pensamiento inundaba su mente cuando tomó una curva brusca de la carretera y vio un carruaje algunas yardas más adelante, con los faroles exteriores balanceándose en la oscuridad. Era lo suficientemente grande para ser el que buscaba y, al acercarse, oyó el estruendo de los cascos. Tan sonoro como para corresponder a seis caballos emparejados.

«Es ella».

Azuzó a su montura hacia delante, ansioso por llegar hasta ella. Por alcanzarla.

Por amarla.

Le regalaría un gato. Negro, con las patas y el morro blancos. Quizá entonces le perdonara.

Doscientas yardas se redujeron a la mitad, y luego a un cuarto y pudo ver que se trataba del carruaje correcto cuando se acercaba a la siguiente curva. Era el mismo vehículo, con el escudo del clan de Warnick estampado en la parte posterior.

No pudo evitar llamarla cuando el carruaje giró.

—¡Sophie! —gritó, impulsando el caballo más fuerte y más rápido. Lo alcanzaría enseguida, y entonces estaría con ella de nuevo.

«Si ella quería estar con él».

Aquel pensamiento le dolió.

Querría. Él haría lo que fuera para recuperarla. Recurriría a cualquier acción; detendría el carruaje y la montaría a lomos de su caballo, como si fuera un saltador de caminos. La llevaría a un lugar hermoso y aislado, donde sanaría todos sus males. Le demostraría lo mucho que podía amarla, mejor de lo que nadie podría jamás.

Se pasaría el resto de su vida demostrárselo.

—¡*Lady Eversley!* —llamó en ese momento, como si ese nombre pudiera convencer al universo de que la merecía.

De que estaba harto de estar lejos de ella.

Quería disfrutar de su compañía.

«Para siempre».

El carruaje tomó la curva y King utilizó el momento para aproximarse más. Estaba lo suficientemente cerca para oír cómo estallaba un radio de la rueda delantera. Había oído ese sonido antes, solo que en ese momento, esa noche, no sabía lo que anunciaba.

El miedo se sobrepuso a todo lo demás.

—¡Alto! —gritó, impulsando al caballo a sus límites. Suplicando al animal que fuera más rápido, incluso mientras gritaba—. ¡Detenga el vehículo!

Fue demasiado tarde.

La velocidad era mucha, el carruaje muy grande y la rueda crujió de nuevo.

—¡No! —gritó, desesperado por que el conductor lo oyera, pero la palabra se perdió con un poderoso crujido, seguido por el relincho de los caballos cuando el carruaje cayó, haciendo que el conductor surcara el aire desde el pescante antes de que el vehículo cayera a un lado y se deslizara por la carretera una docena de yardas hasta que los aterrados caballos se detuvieron.

—¡*Sophie!* —gritó, saltando del caballo aún en movimiento, ansioso por llegar a ella—. ¡No! No, no, no... —repetía una y otra vez mientras corría hacia el carruaje, desenganchaba una linterna y la bajaba sin pausa para abrir la puerta.

«Que esté viva».

«Dios mío, por favor, déjala vivir».

«Haré cualquier cosa si está viva».

—Debes estar viva, cariño. Tengo mucho que contarte —dijo a la oscuridad, esperando que estuviera dispuesta a escucharlo—. No voy a perderte, *Sophie*. No ahora que te he encontrado. ¡No hemos terminado!

El interior estaba oscuro, y él sostuvo la linterna, buscándola.

—Vive —dijo en voz alta—. Por favor, vive. Dios, por favor. Que esté viva...

Las palabras eran una letanía mientras encontraba el hermoso vestido de seda morada que ella había usado por la mañana.

Pero no lo tenía puesto.

Porque Sophie no estaba en el carruaje.

El alivio lo atravesó, bendito y bienvenido, y su corazón se sosegó una vez más.

«Está viva».

Y justo después llegó otra certeza mucho más devastadora.

«Me ha abandonado».

· 22. La marquesa escapa apresurada, ¿encontrará su final feliz? ·

Sophie pasó las primeras horas del viaje desde Escocia llorando a lágrima viva.

Habían acelerado mientras recordaba cada minuto que habían pasado juntos, cada conversación, cada contacto. La rabia incontrolada que había sentido King —tan desnudo y furioso como un Minotauro traicionado— cuando su padre los descubrió.

Aunque ella no lo había traicionado.

Habría hecho cualquier cosa para quedarse con él allí, en el centro de aquel laberinto imposible. Para siempre.

Pero ninguno de ellos se merecía un «para siempre».

Lo había dicho él mismo antes de que la alejara en el carruaje de Warnick, con aquellas palabras finales y devastadoras.

«Te hubiera suplicado ese "para siempre" si no me lo hubieras querido robar».

Sus lágrimas se secaron con el tiempo, y luego pasó lo que le pareció una eternidad mirando el campo, las ovejas, las vacas, las pacas de heno que transcurrían sin cesar, hasta que cayó la noche y no pudo ver nada.

Y todo lo que podía pensar era que él la había arruinado, finalmente... para cualquier otro hombre.

«Para siempre».

Y en la oscuridad encontró la fuerza necesaria. Y tomó una decisión.

La había dejado con una bolsa llena de monedas, vendajes, bálsamo y la irrefutable certeza de que él no quería verla más. Y no lo haría.

Cuando su coche se detuvo para cambiar los caballos, el carruaje de postas bloqueaba el acceso por culpa de su propio cambio de caballos y cochero. Y se había subido a él un nuevo pasajero, vestido como un mozo de cuadra.

Después de todo, no podía comenzar su nueva vida con uno de los frívolos vestidos de su hermana. El cochero de Warnick ni siquiera se dio cuenta de

que ella se había bajado.

El amanecer inundó el interior del carruaje de postas, tiñéndolo de un color gris plateado y revelando los diversos estados de sueño de los demás pasajeros. Sophie se preguntó cuáles serían sus destinos. Se preguntó también cuál sería el suyo. Quizá volvería a Sprotbrough.

Recordar aquel pueblo la hizo pensar en King.

Cuando la sacó de la bañera.

Cuando la besó en el pasillo en penumbra.

Cuando la ayudó a escapar de los hombres de su padre.

Las lágrimas inundaron sus ojos de forma espontánea.

No, Sprotbrough quedaba descartado.

El carruaje comenzó a disminuir la velocidad y Sophie cerró los ojos, deseando que la inundaran los recuerdos del agradable contacto de King, de su risa burlona, de su voz profunda y maravillosa susurrando su nombre.

Jamás se olvidaría de su voz.

—¡Sophie!

Se enderezó al oír aquel grito. No era posible.

Los demás pasajeros del carruaje comenzaron a despertarse y el hombre que ocupaba el lugar más cercano a la ventanilla deslizó la cortina en busca del origen del sonido.

—No estamos en una posada.

Ella cerró los ojos cuando el carruaje se detuvo.

—¿Son salteadores de caminos? —preguntó la mujer junto a ella en tono de pánico.

—No lo creo —respondió el otro hombre—. Parece solo un loco.

Sophie estiró el cuello para echar un vistazo por la ventanilla, y su corazón comenzó a latir de forma desbocada.

No parecía un loco. A ella le parecía perfecto.

Pero sonaba bastante furioso.

—Sophie Talbot, sal de ese maldito carruaje antes de que entre y te saque yo.

El hombre de la ventanilla miró a la mujer que tenía al lado.

—¿Se llama Talbot?

Ella negó con la cabeza.

Le hizo la misma pregunta a las demás mujeres del carruaje, ignorando por completo a Sophie. Cuando todas respondieron de forma negativa, el hombre bajó la ventanilla.

—Aquí no va ninguna señorita llamada Talbot —gritó. Luego se dio la vuelta hacia el interior—. No me cree —confió a la ahora absorta audiencia.

Sophie se echó hacia atrás en el asiento y bajó la gorra, intentando pasar desapercibida. La puerta se abrió de golpe, anunciando la temprana luz de la mañana y a su marido, cuya mirada cayó sobre ella de inmediato después de explorar su ropa.

—¿Es que nadie en este maldito país mira los zapatos?

Ella clavó los ojos en los escaarpines, que le quedaban demasiado apretados.

—No encontré unas botas que me sirvieran.

—¡Es una joven! —se sorprendió el hombre sentado junto a la ventanilla.

—Lo es, se lo aseguro —corroboró King con sequedad, claramente irritado—. Sophie, ¿qué te he dicho sobre los carruajes de postas?

Ella frunció el ceño.

—Dado que me has enviado a Londres hace apenas unas horas, con la promesa de no volver a verme, no estoy demasiado interesada en lo que tienes que decir sobre la forma en la que viajo.

—¡Oh, una pelea de amantes! —adivinó la mujer que tenía al lado, en un tono bastante alegre.

—No somos amantes —espetó Sophie.

—Si él ha perseguido el carruaje de postas para buscarla, lo serán —indicó el hombre, bajándose el sombrero sobre los ojos y reclinándose en el asiento.

Solo que no lo serían.

—Usted no sabe nada. Ni siquiera me cae bien.

—Sal de ahí, Sophie.

—Venga, Sophie, que tenemos prisa —dijo otro pasajero.

—¡Y yo también! —insistió ella.

King arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿A dónde te diriges?

Ella no lo sabía. Todavía no. Sin embargo, no estaba dispuesta a decírselo.

—A Sprotbrough. Tal vez recuerdes el lugar donde trabajaba aquel apuesto médico.

—Recuerdo cada minuto, cariño.

—No me llames así.

—¿Por qué? Te amo.

Sophie jadeó al oírlo. Era un monstruo.

—Vete —le dijo en voz baja, odiándolo por decirlo. Por hacerla desear que

fuera cierto.

—Señor, dentro o fuera —dijo el cochero por encima del hombro de King—. Tengo que cumplir un horario.

Él no apartó la mirada de ella.

—¿Debo subir? —preguntó en voz baja—. ¿O sales tú?

—Si no va ella iré yo —dijo una de las pasajeras.

—Vaya, chica —la animó el hombre de la ventanilla.

Ella lo ignoró.

—Me enviaste lejos.

—Fui idiota.

—Lo fuiste, sin duda.

—Eso es, muchacha —intervino su vecina—. Mantente fuerte.

King le tendió una de sus fuertes manos.

—Por favor, Sophie. Tengo mucho que decirte. ¿Puedes salir y escucharme?

Para inmensa gratitud del conductor, y a pesar de los sentimientos encontrados de los pasajeros y de sus propias dudas, Sophie se bajó del carruaje. El vehículo siguió su camino en cuestión de segundos, dejándola sola con King en la Gran Carretera del Norte, con solo su montura como testigo.

Se volvió hacia él cuando los sonidos del carruaje de postas se desvanecieron en la distancia.

—¿Qué...?

La pregunta fue interrumpida por un beso profundo, largo y urgente que la tentó hasta límites insospechables, sobre todo cuando él le encerró la cara entre las manos. Se perdió al instante en la caricia, devastada por él, porque nunca había imaginado que volviera a besarla.

No debía permitirle que la besara.

No era justo que deseara tan desesperadamente que lo hiciera.

Cuando la soltó, ambos jadeaban, y vio que las manos de él temblaban. Las apretó con las suyas.

—¿King?

—Pensé que habías muerto —susurró antes de apoderarse de nuevo de sus labios con la misma urgencia.

Ella se apartó.

—¿Qué? No estaba muerta, sino en el carruaje de postas.

—El carruaje se estrelló.

Ella abrió los ojos como platos cuando recordó la forma en la que había comprobado cuidadosamente los arneses de los caballos cuando estaba

preparando el viaje, vestigio de lo ocurrido con Lorna.

—¿Cómo...?

—La rueda se rompió —explicó él—. Lo vi caer. —Negó con la cabeza—. No pude detenerlo. Podrías haber muerto.

Ella agarró sus manos y se las sostuvo con fuerza, sabiendo que en ese momento había revivido su peor pesadilla.

—¿Y el conductor?

—Bien. Es un milagro, pero está bien.

—Gracias a Dios.

—Pero podrías haber muerto —repitió él.

Ella le apretó las manos contra las mejillas.

—Estoy viva.

—Casi te perdí —suspiró él, en un tono tan tranquilo como desgarrador—. Y entonces, justo cuando descubrí que no estabas en el carruaje, que estabas viva, te había perdido de nuevo.

Lo soltó y respiró hondo. Desde su verdad, aquellas palabras no tenían sentido.

—Me enviaste lejos de ti.

King se acercó a ella.

—Sophie...

Dio un paso atrás.

—Te dije que te amaba, y me alejaste.

Lo vio maldecir y pasarse las manos por el pelo.

—Lo sé. Estaba equivocado. ¡Dios!

—Yo no quería casarme contigo —explicó ella, odiando la tristeza que se reflejaba en su voz—. No así.

—Lo sé —aseguró él.

—No creo que lo sepas —musitó ella. No podía soportar seguir mirándolo, así que se dio la vuelta y miró la carretera que se extendía ante ellos por donde había desaparecido el carruaje de postas.

Estaba atrapada.

Y él también.

—King, no puedo casarme contigo. No así. Por eso abandoné el carruaje. —Hizo una pausa y lo miró de nuevo. Buscó sus hermosos ojos verdes mientras pensaba que lo amaba demasiado para casarse con él sin confianza. Sin amor—. Te lo confesé todo. Te desnudé mi alma. Mi amor. Y no fue suficiente. Te mereces algo mejor que verte atrapado en un matrimonio que no

deseas. —Sacudió la cabeza—. Y yo también me merezco más.

Le dio la espalda para alejarse, sin saber a dónde iba, pero segura de que no podía quedarse con él.

King la llamó.

—Lo deseo.

Sophie cerró los ojos, pero no se detuvo.

—Dios sabe que no te merezco, pero lo siento, Sophie, no vas a tener otra cosa. Eres mi esposa. Y te quiero. Cada pedazo de ti. Te amo. Más de lo que puedas imaginar. Y he sido un idiota. Debería haberte escuchado. Debería haberte creído.

Se volvió para enfrentarse a él, incapaz de detenerse. Él iba hacia ella sin dejar de hablar.

—Quería proponértelo ayer por la noche. Antes de hacer el amor contigo. Pero como el idiota que soy, quería proponértelo correctamente. Iba a llevarte al laberinto, cariño. Con pastelitos de fresa. ¿Te hubiera gustado eso? —Se detuvo frente a ella—. Por favor, Sophie.

—Me hubiera gustado —dijo por lo bajo.

—Lo haré —prometió—. En cuando estemos en casa. Te llevaré allí y lo haré.

—No es necesario. Ya estamos casados.

—Pero yo sí lo necesito —explicó él—. Dios, lo necesito. Dame las manos. Lo hizo, y vio con sorpresa cómo él se arrodillaba ante ella.

—No. King.

Él le besó las manos, primero una y luego la otra.

—No tenemos testigos, pero tendrás que conformarte. Te amo, Sophie Talbot. Me encanta tu belleza, tu brillo, y te juro aquí, ante Dios, en la Gran Carretera del Norte, que ayer quería casarme contigo y que hoy también quiero casarme contigo. Tengo intención de casarme contigo cada día durante el resto de mi vida.

Sophie le acarició la parte superior de la cabeza, sus hermosos rizos, incapaz de creer que estuviera allí y que la deseara.

—¿Y tú me crees? No quería pescarte.

King se levanto y apretó la frente contra la suya.

—Fui idiota. Estaba enfadado, y me sorprendió la situación... —Hizo una pausa—. Quería atraparte, creo. Y entonces, como el idiota que soy, te envié lejos. —Cerró los ojos—. Cuando vi que el carruaje volcaba... —Los abrió—. ¡Dios, Sophie! En ese momento sentí como si se acabara mi vida. No sé lo

que hubiera hecho si...

—Estoy viva —lo interrumpió. Y le puso la mano en su pecho, donde su corazón latía con fuerza—. King. Estoy viva. —Sonrió—. Parece que has hecho una carrera para rescatarme.

King le deslizó la mano hasta la mandíbula y le levantó la cara hacia la de él para mirarla a los ojos.

—Siempre te rescataré. —La besó de nuevo antes de continuar—. Te envié lo más lejos que pude porque me dabas miedo. Me daba miedo lo que me hacías sentir. Me aterraba la vida que me habías hecho desear. Te alejé de mí porque tenía miedo de no llegar a ser nunca el tipo de hombre que te mereces.

»Quiero ser ese hombre, Sophie. Necesito amarte. Necesito que me ames de nuevo. Necesito que enseñes a amar a nuestros hijos. —¿Hijos?—. Espero que no te importe, pero me gustaría mucho tener unas cuantas hijas de pelo castaño y ojos azules a las que les gusten los libros.

—¿Me amas?

King entrelazó los dedos con los de ella y se llevó su mano a los labios.

—Desesperadamente.

Ella sacudió la cabeza.

—Jamás pensé que te tendría —confesó ella bajito—. Nunca me he considerado lo suficientemente interesante. Nunca se me ocurrió que alguien pudiera llegar a amarme. Si soy sincera, ni siquiera me preocupaba. Tenía a mi familia y con eso era feliz. Luego te conocí. —Hizo una pausa—. Y pusiste mi vida patas arriba.

—Creo que fuiste tú la que puso la mía patas arriba.

Sophie sonrió.

—Lo único que quería era que me llevaras a Mayfair.

—¿Te arrepientes ahora de que no tuviera previsto ir a Mayfair?

Ella negó moviendo la cabeza.

—Ni un poco. A pesar de que podría habérmelas arreglado sin todas las emociones que encontramos en el camino.

—Demasiadas emociones, sí —corroboró él, robándole otro beso—. Nunca volverás a viajar en carruaje.

—Nunca fui divertida antes de conocerte —confesó ella.

—No me lo creo.

—Es cierto. —Enredó los dedos en su pelo para tirar de él hacia abajo—. Nunca había robado antes un lacayo. —A continuación le dio un beso largo e

intenso.

Cuando la caricia terminó, él le mordió el labio.

—Ladrona. —Otro beso—. Esto es un final feliz —prometió en voz baja. Y ella le creyó—. Dilo otra vez —pidió—. Quiero asegurarme de que no te he perdido.

—Te amo. Mi esposo. Mi King. —Hizo una pausa—. Ahora dilo tú —susurró.

Y lo hizo. Una y otra vez, hasta que no pudo recordar un momento en el que no fuera cierto.

· Epílogo. La sorpresa de Sophie en St. James ·

Noviembre, 1833

—Esto es muy embarazoso —dijo Sophie desde su lugar en lo alto del cabriolé, junto a su marido—. ¿No nos van a ver muchísimas personas?

—Como es martes al mediodía —razonó él, en un tono profundo, ronco y encantador—, sí, nos verá mucha gente.

Ella se sonrojó.

—¿Te cuento algo que creo que te va a distraer?

Se volvió hacia él, brindándole su sonrisa.

—¿Se me ve ridícula?

—Se te ve perfecta. —King le agarró una mano enguantada y la llevó a sus labios para darle un beso—. He recibido noticias del idílico pueblo de Sprotbrough esta mañana.

Ella se enderezó. Mary, John y, por supuesto, Bess habían optado por instalarse en el pequeño lugar.

—¿Y?

—El médico me ha informado de que Mary es la mejor enfermera a este lado del canal, y que John tiene una cabeza prodigiosa para la anatomía. El doctor tiene la esperanza que de esa cabeza combinada con sus ágiles dedos lo conviertan algún día en un brillante cirujano. Bess vuelve loca a su niñera.

—¿Y al médico? —preguntó Sophie con una sonrisa.

—Estoy seguro de que disfruta como un loco del caos.

La sonrisa se hizo más profunda.

—Creo que es maravilloso. Todos felices al final. —Sophie mantenía la esperanza de que Mary acabara convirtiéndose en algo más para el doctor.

El cabriolé giró a la izquierda y Sophie levantó las manos hasta la venda.

—¿Es necesario que lleve los ojos vendados?

King le cogió las manos antes de que llegaran a su objetivo.

—¿Sabes? No estás siendo una buena peligrosa Talbot.

—Ni siquiera a mis hermanas permitirían que les vendaran los ojos ante

todo Londres.

—¿Ni siquiera Sesily?

—Quizá Sesily sí —concedió ella.

Una vez que Eversley y el duque de Lyne unieron fuerzas para que Jack Talbot recuperara su puesto entre la aristocracia, las hermanas de Sophie habían regresado a Londres con aire triunfal. Mientras que el conde de Clare y Mark Landry habían sido recibidos con satisfacción por sus respectivas peligrosas Talbot, Derek Hawkins no había tenido tanta suerte.

Sesily había empujado al mayordomo fuera de su camino cuando Derek se presentó de visita en Wight Manor y, delante de todo Mayfair, había puesto a aquel pomposo arrogante en su lugar.

Desde entonces, en Londres solo se hablaba de Sesily Talbot.

Hasta ese momento, claro.

—Sabes que esto aparecerá en las columnas de cotilleos de mañana, ¿verdad? —le preguntó ella—. Casi puedo leer los titulares.

—¿Sophie privada de la vista?

Ella se rió.

—Eso no es suficientemente picante.

—¿Tiene los ojos vendados fuera del dormitorio?

Ella se sonrojó de nuevo ante la escandalosa imagen.

—Eso es demasiado picante.

Él bajó la voz.

—Me hará muy feliz demostrarte esta noche lo perfectamente picante que es.

Se volvió hacia él e igualó el tono.

—Ahora mismo me hubiera gustado que no estuviéramos en público.

Él gruñó y, de repente, Sophie sintió mucho calor por debajo de la manta.

—No me distraigas, que tengo que darte una sorpresa

—protestó él, haciendo que el carruaje se detuviera—. Estamos llegando.

Ella llevó de nuevo las manos a la venda.

—¿Puedo...?

—Todavía no —dijo él. Sophie notó cómo se movió el cabriolé cuando él se bajó.

—¡King! —chilló ella—. No te atrevas a dejarme aquí sola delante de todo el mundo.

Y, a continuación, el vehículo se movió de nuevo y él se inclinó sobre ella

—Nunca —susurró por lo bajo—. Nunca te dejaré.

Ella se volvió hacia sus palabras mientras él le desataba la venda, y se lo encontró lo suficientemente cerca para tocarlo. Para besarlo. Su mirada cayó en los labios masculinos y él sonrió.

—Cuando estemos dentro, cariño —prometió.

—Eres un canalla —aseguró mirándolo a los ojos.

—¿Y no te gusta?

Él se apartó antes de que pudiera responderle y la ayudó a bajar a la calle, donde la observaban algunos transeúntes, sin duda, calculando la velocidad con la que podían ofrecer esa historia a las páginas de cotilleos. La marquesa de Eversley, llegó con los ojos vendados en un cabriolé a St. James de la mano de su locamente enamorado marido.

Pero a Sophie no le importaba quién pudiera verlos, solo tenía ojos para la emoción que había en los ojos de King. Sacudió la cabeza.

—No entiendo. ¿Dónde estamos? —apartó la mirada de la entrada—. ¿Es una librería?

—No es una librería cualquiera —dijo él, y la miró con arrogante orgullo.

Ella levantó la vista al letrero que colgaba sobre la puerta. «Librería Matthew & Hijos». Se quedó quieta antes de volverse hacia él con una sorpresa y una alegría abrumadores.

—¿Matthew?

King sonrió.

—Es el primer apellido que compartimos.

Ella arqueó una ceja.

—El apellido que compartíamos con mi lacayo —explicó él.

—Creo que te refieres a mi lacayo, pero sí.

Matthew era, de hecho, el lacayo de los dos, puesto que estaba felizmente empleado en su casa de Mayfair.

—Una librería... —se rio Sophie.

De nuevo, él esbozó esa sonrisa. La que hacía que lo amara más cada día.

—¿Te apetece entrar?

Estuvo en la puerta antes de que terminara la pregunta.

Él sacó la llave del bolsillo y empujó la puerta con una mano.

—Debes saber que está vacía. He pensado que te gustaría llenarla a ti misma. —La dejó pasar delante para que admirara la habitación oscura y silenciosa que ella tenía intención de llenar con libros de todos los rincones del mundo.

Ella no entró, se quedó apoyada en el marco de la puerta, a plena vista de

todo St. James.

—Es perfecta.

King la miró confuso.

—No la has visto —protestó, moviendo la cabeza.

—No es necesario. Sé que es perfecta.

Él se acercó más.

—Tú sí que eres perfecta.

Sophie le puso la mano en la cara sin preocuparse de que no era correcto que las mujeres tocaran a sus maridos en público. Pero solo le importaba él.

—Matthew & Hijos... —Sophie ladeó la cabeza—. Es posible que no sea el nombre correcto.

—Podemos cambiarlo —propuso él con rapidez—. Si no te gusta. Matthew no importa, aunque creo que se siente orgulloso de que use su apellido. Pero sin duda puede ser otro.

—No se trata de eso.

Él negó con la cabeza, y ella supo que empezaba a sentirse frustrado.

—Sophie, no importa. ¿No te gustaría verla por dentro?

Ella quería, desesperadamente, pero el momento era demasiado perfecto.

—Sí —fingió vacilación—, pero creo que es importante tener en cuenta que no vamos a saberlo con certeza hasta dentro de unos meses.

—¿A quién le preocupan unos malditos... ? —se interrumpió—. ¿Meses?

Fue el turno de Sophie para sonreír.

Se acercó un paso, aunque si fuera una dama pondría distancia entre ellos. Sin embargo, alguna ventaja había de tener ser una peligrosa Talbot.

—¿Cuál sería ese nombre, Sophie? —gruñó.

Ella adoraba ese gruñido.

—Bien —dijo—, no puedo estar segura, pero ¿odiarías la posibilidad de que se llame Matthew & Hijos?

Cuando las páginas de cotilleos informaron sobre los escandalosos acontecimientos de esa tarde, no fue la marquesa con los ojos vendados lo que dominó los titulares. De hecho, fue el marqués que, profundamente enamorado de su esposa, y en un momento de adoración sin límites, evitó el decoro y besó a su esposa a plena luz del día, en el umbral de la nueva librería frente a St. James.

Fue lo único que hizo antes de tomarla en brazos, traspasar con ella el umbral y cerrar la puerta de un portazo con su enorme bota negra.

· Nota de la autora ·

La inspiración para este y todos los demás libros de la serie *Escándalos y canallas* son los chismes de las celebridades modernas, algo que para los lectores que, como yo, sienten un amor secreto por *US Weekly*, *Defamer.com* y *Tattler* será evidente enseguida. De hecho, es difícil imaginar un tiempo más parecido al nuestro que esos años de principios del siglo XIX, cuando las páginas de chismes eran numerosas y tan poderosas como hoy en día. Aunque *Escándalos y canallas* es un invento mío, había docenas de publicaciones de ese tipo en los tiempos de Sophie y King, muchas de las cuáles resultaban tan brillantes como ahora. Estoy en deuda con la vasta y fascinante colección de la Biblioteca Pública de Nueva York y la Biblioteca Británica. En una lectura menos escandalosa, Peter Nicholson, existió y publicó un tratado popular y muy práctico sobre el arte de cortar la piedra en 1828, el texto perfecto con el que Sophie podía incordiar a King durante el viaje.

Cuando empecé este libro, no tenía la menor intención de que nadie recibiera un tiro, pero Sophie es, después de todo, una peligrosa Talbot. Estoy en deuda con el doctor Daniel Medel por muchas razones este año, la menos importante de las cuales es su disposición a responder a mis llamadas llenas de pánico sobre la medicina en el siglo XIX y por haberme dicho no pocas veces que Sophie iba a morir. Como siempre, cualquier error es solo mío.

Este libro no sería posible sin mi magnífica editora, Carrie Feron, la maravillosa Nicole Fischer y el extraordinario equipo de Avon Books, que incluye a Liate Stehlik, Shawn Nicholls, Pam Jaffee, Caroline Perny, Tobly McSmith, Carla Parker, Brian Grogan, Frank Albanese, Eileen DeWald y Eleanor Mikucki. Estoy muy agradecida a todos ellos y a mi agente, Steven Axelrod, por conseguir que Sophie y King existan.

Gracias a Ally Carter por sugerirme hace mucho tiempo el título de *Un canalla que no lo era*, y a Lily Everett, Carrie Ryan, Sophie Jordan y Linda Francis Lee por la fe y los ánimos. Nunca sabréis cuánto me importa y cuánto tesoro vuestra amistad.

Y, como siempre, gracias a Eric, el mejor ladrón de tartas que conozco.

Table of Contents

- [1. El patinazo social de Sophie](#) ·
- [2. La ilícita huída con Eversley pone furioso al conde](#) ·
- [3. Sophie encuentra un disfraz. Advertencia: hay juego sucio](#) ·
- [4. Una peligrosa Talbot ha sido secuestrada; se sospecha de cierto canalla](#) ·
- [5. Maltrato por correo. ¿La Gran Carretera del Norte? ¿O el Gran Grosero del Norte?](#) ·
- [6. Sophie está herida Hay que encontrar un cirujano](#) ·
- [7. La Bella Durmiente despierta Ni siquiera es necesario un beso](#) ·
- [8. Agenda de la peligrosa Talbot: Despertarse... Asearse... ¿Ser cortejada?](#) ·
- [9. ¿Visto en Sprotbrough?](#) ·
- [10. Quinina: la cura para el mareo](#) ·
- [11. Sophie y Eversley: ¿Seducción o secuestro?](#) ·
- [12. Resurge el rey canalla](#) ·
- [13. ¿La decena del panadero o el panadero de cena?](#) ·
- [14. ¿Guerra entre la peligrosa Talbot y el canalla real? ¿O es algo más?](#) ·
- [15. La triste Sophie busca dulce consuelo](#) ·
- [16. ¡Lascivia desatada en la biblioteca de Lyne Castle!](#) ·
- [17. Primero King, duque después](#) ·
- [18. ¡Amantes en el laberinto Lyne!](#) ·
- [19. ¡Confesiones en el castillo!](#) ·
- [20. ¡King pescado!](#) ·
- [21. El desgraciado marqués ha cometido un gran error](#) ·
- [22. La marquesa escapa apresurada, ¿encontrará su final feliz?](#) ·
- [Epílogo. La sorpresa de Sophie en St. James](#) ·
- [Nota de la autora](#) ·